UN THRILLER POLICIAL DE DI BROADBENT

JACK PROBYN

PALOS Y PIEDRAS



PUEDEN ROMPERTE LOS HUESOS...

PERO TAMBIÉN PUEDEN MATARTE

UN THRILLER POLICIAL DE DI BROADBENT

JACK PROBYN

PALOS Y PIEDRAS



PUEDEN ROMPERTE LOS HUESOS...

PERO TAMBIÉN PUEDEN MATARTE



ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34

Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58
Capítulo 59
Capítulo 60
Capítulo 61
Capítulo 62
Capítulo 63
Capítulo 64
Capítulo 65
Capítulo 66
Capítulo 67
Capítulo 68
Capítulo 69
Capítulo 70
Capítulo 71
Capítulo 72
Capítulo 73

Capítulo 74
Capítulo 75
Capítulo 76
Capítulo 77
Capítulo 78

Otras Obras de Jack Probyn
Sobre El Autor

PALOS Y PIEDRAS

UN ESCALOFRIANTE THRILLER POLICIAL CON UN GIRO IMPACTANTE

LA INSPECTORA STEPHANIE BROADBENT: SERIE DE THRILLERS POLICÍACOS

LIBRO 5

JACK PROBYN

CLIFF EDGE PRESS

Copyright © 2026 Jack Probyn. Todos los derechos reservados.

El derecho de Jack Probyn a ser identificado como el autor de la Obra ha sido reivindicado por él conforme a la Ley de Derechos de Autor, Diseños y Patentes de 1988. Publicado por: Cliff Edge Press, Essex.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son productos de la imaginación del autor o se utilizan de manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o fallecidas, negocios, empresas, eventos o lugares es completamente coincidencial.

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida en forma escrita, electrónica, de grabación o fotocopia sin el permiso por escrito del autor, Jack Probyn, o de la editorial, Cliff Edge Press.

eBook ISBN: 978-1-80520-426-8

Primera Edición

Visite el sitio web de Jack Probyn en www.jackprobynbooks.com.

CAPÍTULO
UNO

Stuart Pritchard era un hombre de pocas palabras. Le gustaba guardarse sus pensamientos para sí mismo, y a menudo daba la impresión de ser un cabezota, un cascarrabias y un amargado, incluso en sus mejores momentos. Por supuesto, tenía un repertorio de respuestas monosilábicas cuando le preguntaban por su día o por cómo se sentía. Sin embargo, cuando se trataba de la actualidad —la economía, la inmigración y el nivel de vida en el Reino Unido— o de las varias veces a la semana que veía a once de sus hombres favoritos, y a la vez más odiados, correr por un campo de fútbol, tenía mucho más que decir. *Mucho* más. A veces no sabía cuándo ni cómo callarse. No obstante, cuando se ha despertado en mitad de un denso bosque en plena noche, rodeado de una arboleda infinita, solo le ha venido una palabra a la mente. Probada, fiable. Un valor seguro.

—¡Joder!

Su voz, habitualmente grave y gutural, casi en armonía con las vibraciones de la tierra, ha sido un susurro ronco mientras rebotaba y resonaba en los árboles. Stuart estaba tumbado de espaldas, mirando hacia una copa de ramas negras entrelazadas por la débil

luz de la luna. Se balanceaban suavemente, crujiendo, susurrándose unas a otras.

Susurrándole a *él*.

—Estás en un buen lío, chaval —decían.

—Estás bien jodido, ¿verdad? Buena suerte para salir de esta.

Sus voces eran intimidantes pero extrañamente reconfortantes, como si quisieran matarlo y calmarlo al mismo tiempo. Todo resultaba muy confuso. Pero no ha podido centrarse en ellas durante mucho tiempo; su mente delirante ha empezado a registrar lentamente la temperatura. Frío. Gélido. Esa clase de frío que solo se siente tras estar expuesto a los rigores de un invierno de febrero bajo cero durante varias horas. Esa clase de frío que se le había filtrado por la ropa hasta calarle los huesos. Muy, muy hondo. Entumeciéndole todo el cuerpo, haciéndole sentir como si ya no estuviera dentro de él.

¿Estaba teniendo un mal viaje?

Ha parpadeado, intentando obligar a los árboles, a las ramas y al mundo a dejar de dar vueltas. La primera vez ha funcionado: el hormigueo de entumecimiento en su cuerpo se ha detenido bruscamente y el viento ha muerto al instante, como si hubiera accionado un interruptor. Pero a la segunda, su cerebro se ha pasado de listo y ha empezado a reírse de él, con el eco resonando en su cabeza.

Ha intentado incorporarse y se ha arrepentido de inmediato. El bosque ha girado, inclinándose de lado, y ha soltado otro «joder» jadeante y aterrorizado mientras se le revolvía el estómago.

Ha sido entonces cuando ha llegado el recuerdo. No uno entero. Solo un fragmento. Un destello que se ha manifestado entre los pinos silvestres cercanos. Unas astas. Siluetas oscuras y ramificadas. Unas cuencas oculares vacías que le devolvían la mirada. Un ciervo.

El corazón le golpeaba contra las costillas. Se ha incorporado, hundiendo los codos en el lecho de hojas mojadas. Ponerse en pie le ha llevado más tiempo del que debería haberle llevado. Las piernas le temblaban, amenazando con plegarse bajo su peso, y cuando finalmente se ha erguido, un dolor ha estallado en su abdomen.

Al rojo vivo. Cegador.

Stuart se ha encogido, llevándose las manos al estómago por instinto. Ya conocía el dolor. El dolor de verdad. Un tobillo roto tras saltar de una farola a los veinte años. Piedras en el riñón. Una gastroenteritis de caballo tras demasiados vindaloos en un viaje de trabajo; un error que todavía consideraba un fracaso personal. Pero esto era diferente.

Esto estaba mal, era peor.

Un dolor como nada que hubiera sentido antes. Pequeñas explosiones que intentaban liberarse de su estómago.

Ha bajado una mano y ha sentido humedad. Ha mirado hacia abajo. La luz de la luna brillaba en su mano, pringosa de sangre. Entonces lo ha sentido. Algo duro. No era un hueso. No debería estar ahí. Algo rígido y anguloso anidado bajo su piel.

Algo clavado en su interior.

—Joder...

Ha caminado dando tumbos hacia un árbol cercano, agarrándose al tronco para mantenerse erguido. Hospital. Tenía que ir al hospital, ya. Antes de recrear la escena de *Alien* en mitad de ninguna parte. El único problema era que no tenía ni idea de dónde estaba. Entonces se ha acordado. Su teléfono. Ha buscado a tientas en los bolsillos del pantalón, con los dedos resbaladizos por la sangre, hasta que ha sentido el rectángulo sólido en el bolsillo de los vaqueros. Lo ha sacado; la pantalla estaba agrietada pero, por

suerte, seguía viva. Sin cobertura. Por supuesto que no. Las barritas estaban ahí, vacías, burlándose de él.

Eso no le ha impedido abrir la aplicación de mapas, aunque cargaba despacio. Penosamente despacio, por mucho que maldijera internamente al objeto inanimado. Forzando la vista ante la pantalla, ha intentado dar sentido a su punto azul rodeado de una masa de verde y gris. Bosque. Un bosque implacable, interminable y manchado de sangre. Pero había una fina línea gris cerca de Haslemere. Una carretera. No muy lejos. Quizá a un kilómetro. Quizá menos.

Podía hacerlo.

Tenía que hacerlo.

De lo contrario, haría una interpretación de la que John Hurt se sentiría orgulloso.

Stuart ha empezado a caminar. Cada paso era un esfuerzo. Las ramas lo arañaban mientras avanzaba entre la maleza, enganchándose en su ropa, desgarrándole las manos y los antebrazos. Ha tropezado más de una vez, recuperándose justo a tiempo para evitar estrellarse de cara contra el suelo del bosque. Cada traspié enviaba una nueva agonía desgarradora a través de su abdomen, y la visión se le oscurecía por los bordes.

Su respiración se ha vuelto irregular. Demasiado rápida. Demasiado fuerte.

—Esto no es real —se ha dicho—. Estás alucinando. Alguien te ha tenido que echar algo en la bebida. Esto no es más que un viaje muy, muy, muy malo.

No ha servido de nada.

La oscuridad del bosque era infinita. Árbol tras árbol tras árbol. Ramas que se formaban y se disolvían a su paso. Entonces lo ha visto. Un ciervo estaba de pie frente a él, perfectamente inmóvil.

Enorme. Majestuoso. Con las astas alzándose como rayos negros contra la luna.

Lo miraba fijamente.

Stuart se ha quedado helado. El corazón le latía con tanta fuerza que le dolía. Ha cerrado los ojos con fuerza, ha contado hasta tres y ha vuelto a abrirlos. El ciervo seguía allí. ¿Era real o solo se lo estaba imaginando? Entonces ha dado un paso adelante. Eso ha sido suficiente.

Stuart ha echado a correr.

No ha pensado en el dolor, ni en la sangre, ni en la cosa que llevaba dentro. Simplemente ha corrido, atravesando ramas, con el aliento escapando de su pecho en jadeos roncos y animales. Y de pronto, un minuto después, los árboles han empezado a clarear.

Ha salido al asfalto, tropezando, derrapando, cayendo de rodillas en mitad de una carretera estrecha. Pero aún no estaba a salvo. Metafóricamente, al menos. Seguía necesitando un hospital. Ha consultado su teléfono, ha visto un punto de referencia local a unos cientos de metros carretera abajo y se ha puesto en marcha hacia allí, sujetándose el estómago, arrastrando los pies por la grava del arcén. La hora en la esquina de la pantalla marcaba las 5:16 de la mañana. Todo hijo de vecino estaba todavía durmiendo, así que no había nadie para ayudarle. Ni casas, ni coches. Ni rastro de vida excepto la carretera artificial y el ciervo —real, ¿vivo?— que había dejado atrás en el bosque.

Las farolas le hacían daño en los ojos.

Ardían blancas e implacables, volviendo el mundo nítido y sobreexpuesto, como si alguien hubiera subido demasiado el contraste. Stuart entornaba los ojos mientras avanzaba a trompicones por la carretera, con el dolor llegando por oleadas. Sacudidas que hacían que su visión se volviera de túnel y que sus

rodillas flaquearan. Cada vez que le daba un pinchazo se detenía, doblado por la mitad, convencido de que ese sería el momento en que su cuerpo finalmente se rendiría y expulsaría todo el curry y la cerveza de la noche anterior.

Pero no podía detenerse. Todavía no. El hospital asomaba ante él. A lo lejos. En algún lugar.

Diez minutos después, al borde del colapso, por algún milagro, como guiado por algún espíritu divino, ha llegado. Las puertas automáticas se han abierto a su paso. El calor lo ha envuelto, lanzado a su cara por una unidad de aire acondicionado. El lugar estaba lleno de ruido. Voces. Teléfonos sonando. Alguien resfriado tosiendo y estornudando en el ambiente, contagiando a todo aquel que tuviera el sistema inmunológico debilitado. Un bebé lloraba en algún lugar a su izquierda. Pasos. Carros traqueteando. Urgencias a las cinco y media de la mañana, bullendo como si fuera mediodía.

Stuart ha dado otro paso hacia el interior y casi se desploma. Ha sacado una mano, golpeando la pared y dejando un rastro oscuro tras de sí. Se la ha quedado mirando un segundo, distante, vagamente impresionado.

Es mucha sangre.

Se ha despegado de la pared y ha avanzado tambaleándose hacia el mostrador de recepción, con los zapatos chirriando suavemente sobre el suelo pulido. Cada paso parecía llevar retraso, como si a su cuerpo le costara seguir las instrucciones que le enviaba el cerebro.

La recepcionista ha levantado la vista.

Era joven, estaba cansada. Ha abierto la boca para decir lo mismo que ya había dicho cien veces durante su turno, pero las palabras han muerto al ver lo que tenía delante. La sangre. Su cara.

La forma en que mantenía en pie sus casi cien kilos de peso por pura cabezonería.

Stuart se ha aferrado al borde del mostrador.

—Ayuda —ha dicho.

Solo esa palabra. Ha sido todo lo que ha podido articular antes de que el suelo subiera a su encuentro y las luces finalmente se apagaran.

CAPÍTULO
DOS

Las puertas se abrieron de par en par y una camilla entró a toda velocidad, flanqueada por enfermeros a ambos lados. Un enfermero en la cabecera le suministraba oxígeno con un ambú, mientras otro presionaba con gasas gruesas un abdomen empapado en sangre. Las ruedas chirriaron al cruzar el umbral, alterando al instante la atmósfera del quirófano.

—Varón, unos cincuenta y tantos años —gritó un enfermero—. Encontrado desplomado en la recepción de Urgencias. Traumatismo abdominal grave, causa desconocida. Hipotérmico. Escala de Glasgow oscilando entre nueve y once.

El cirujano levantó la vista desde el lavabo.

—¿Presión arterial?

—Ochenta sobre cincuenta y bajando.

—¿Pulso?

—Ciento cuarenta.

—¿Saturación de oxígeno?

—Ochenta y ocho con quince litros.

El olor le golpeó primero. Hierro. Una pérdida de sangre de tal magnitud siempre tenía un aroma distintivo, uno que indicaba que el tiempo apremiaba y que al paciente no le quedaba mucho.

Dio un paso adelante mientras bloqueaban las ruedas de la camilla en su lugar.

—Bien —dijo, entrando en acción—. Protocolo de hemorragia masiva. Llamad a anestesia ahora mismo.

Alguien ya lo estaba haciendo.

A su alrededor, las manos se movían con rapidez, eficiencia y pericia. Se encendieron los monitores y los números cobraron vida; cada uno era peor que el anterior. El hombre de la camilla —Stuart Pritchard, según la pulsera que ya llevaba en la muñeca— gimió débilmente mientras lo movían.

—Señor, ¿me oye? —exclamó un enfermero en voz alta.

Los párpados de Stuart aletearon, pero no llegaron a abrirse.

—Se nos va —dijo alguien.

—Ya, bueno, impidamos que eso ocurra —respondió el cirujano —. Traedme la bata y los guantes.

La memoria muscular tomó el mando y, en diez segundos, tenía las manos limpias y estaba totalmente equipado. Para cuando regresó, el paciente estaba desnudo de cintura para arriba, con las sábanas retiradas y el torso pálido y pegajoso de sudor. Un enfermero terminó de cortar el jersey empapado de sangre con unas tijeras de trauma; el tejido cayó al suelo en tiras empapadas.

La herida era imposible de ignorar.

Se acercó más.

Alguien lo había rajado. Una incisión tosca recorría verticalmente el lado derecho del abdomen, enrojecida e irregular, como si hubiera sido realizada por una mano temblorosa e inexperta. Unas suturas gruesas y torpes mantenían la piel unida en algunos puntos, aunque ya estaban cediendo bajo la presión y el movimiento. Un trabajo apresurado, chapucero y aficionado.

La sangre se filtraba de forma constante entre ellas, oscura e implacable.

—Madre mía —murmuró uno de los enfermeros.

El cirujano no respondió. Se inclinó, analizando la escena. Quienquiera que hubiera intentado cerrar la herida carecía de las habilidades necesarias o del deseo de hacerlo correctamente. Los puntos eran demasiado anchos y superficiales.

—Lo perdemos —gritó el anestesista—. La presión se desploma.

—Tengo que abrirlo —respondió el cirujano—. Bisturí.

Alguien, en algún lugar, que había sido entrenado para saber exactamente qué hacer y cuándo hacerlo, se lo puso en la mano al instante. Igual que lo habían entrenado a él.

No dudó.

La hoja se hundió en la carne con una resistencia suave e inquietante. La piel cedió primero, seguida por el músculo, capa tras cuidadosa capa. Se tomó su tiempo, consciente del daño ya infligido y de lo frágil que se sentía todo bajo sus manos. La sangre afloró de inmediato, oscura y ansiosa, inundando la incisión como si hubiera estado esperando para escapar.

—Aspirador —ordenó.

Un tubo se introdujo en la herida y siseó al activarse, despejando la visión en ráfagas cortas, pero la sangre seguía brotando. Amplió el corte, extendiéndolo correctamente esta vez y deshaciendo el desastre dejado por quien le había precedido. Alguien del equipo cortó las suturas y colocó los separadores de tejidos.

Aparecieron gasas y se aplicó presión. La cavidad se reveló lentamente, centímetro a centímetro, con los órganos resbaladizos y brillantes bajo las luces del quirófano. Nada dramático hasta el momento. Solo la íntima normalidad de un cuerpo humano abierto sobre una mesa.

Entonces lo vio.

Y sus manos se detuvieron.

El tiempo suficiente para que su mente procesara lo que veían sus ojos y se diera cuenta de que algo iba mal. Muy mal. Los monitores continuaron su coro frenético. Alguien habló, pero no oyó lo que dijo.

Había algo allí.

Algo sólido. Puesto a propósito.

No era un fragmento. No era un instrumento médico que se hubiera extraviado. No era nada que debiera estar dentro de un cuerpo vivo.

Se quedó mirándolo, incapaz de creer lo que veía, lo que le devolvía la mirada, cubierto de sangre.

—¿Qué demonios hace eso ahí dentro?

CAPÍTULO
TRES

Una tenue bruma gris se extendía sobre las colinas de Surrey, con los últimos restos de la noche aferrándose obstinadamente a los árboles mientras la mañana se abría paso. A Stephanie le gustaba que fuera así: lo bastante oscuro para perderse entre los árboles y la maleza, pero con la luz suficiente para ver las raíces, las ramas y las rocas en su camino. Eran poco más de las siete de la mañana, esa hora en la que aún es demasiado temprano para que los paseadores de perros y los corredores desafíen a los elementos. Chantry Wood era todo para ella.

Pedaleaba con fuerza en su bicicleta de montaña por el sendero, con el aliento formando nubes blancas frente a ella y los neumáticos girando sobre la grava húmeda y el barro helado y resbaladizo; le ardían los muslos a medida que el terreno bajaba y subía a su paso. El agua se estancaba en surcos poco profundos y finas capas de hielo crujían bajo sus ruedas con chasquidos suaves y quebradizos. El olor a tierra mojada le llenaba las fosas nasales, mientras el sonido del viento susurrando entre los robles le inundaba los oídos. Tenía los guantes ya húmedos y los dedos se le quedaban rígidos sobre el manillar, pero no aminoró la marcha.

Estaba concentrada. Tenía ganas de velocidad.

Aunque fuera a costa de ello; por puro egoísmo, no llevaba casco. Se le había «olvidado», por «accidente», si alguien preguntaba. Concretamente, Kimberley. Le diría a su hermana que se había quedado dormida y que había tenido que darse prisa para terminar su ruta matutina antes de empezar la jornada laboral. Lo cierto era que se había despertado esa mañana con ganas de sentir el frío contra la piel, el ardor en los pulmones, el riesgo; esa sensación de dolor reconfortante que enmascaraba el sufrimiento que sentía en el pecho, la delgada línea entre el control y el caos.

Allí donde todo estaba al límite.

Llevaba el resto de la equipación —guantes, chaqueta acolchada, rodilleras—, todas las piezas sensatas. Excepto la que más importaba. Tal y como se sentía, no la quería. Habían pasado tres semanas desde la muerte de su antiguo inspector jefe. Tres semanas desde que el sonido de la cinta americana al despegarse le cambió la vida. Tres semanas desde que fueron secuestrados, atados a sillas en medio de un edificio abandonado y obligados a jugar una partida de tres en raya. Al principio había intentado ganar tiempo, haciendo todo lo posible por retrasarlo. Pero en cuanto el asesino le puso la cinta alrededor de la boca y la nariz de Clive, fue demasiado tarde. Capa tras capa. Tira tras tira. Cubriendo sus labios y mejillas. Hasta que no quedó nada expuesto excepto los ojos, y ya no quedaba oxígeno en su cuerpo.

Había muerto por su culpa.

Porque se había interpuesto entre ella y el asesino. Porque creía que ella importaba más. Porque había elegido, en sus últimos momentos, protegerla.

Desde entonces, el sueño le era esquivo. Arañaba unos minutos aquí y allá antes de que su cerebro volviera a arrastrarla a las profundidades, dando vueltas en la cama hasta que las sábanas

terminaban enredadas en sus piernas. Algunas noches se despertaba convencida de que oía el sonido de la cinta al despegarse y los gritos ahogados mientras luchaba por respirar. Otras noches no recordaba los sueños en absoluto, solo cómo le dolía la herida del pecho al llegar la mañana.

Mientras pedaleaba, sus cicatrices palpitaban bajo las capas de tela, sensibles al frío, al recuerdo, a él. Pero las ignoró y pedaleó con más fuerza, con la mandíbula apretada y los ojos escociéndole mientras el bosque se emborronaba ligeramente en los bordes.

Por eso montaba así. Por eso necesitaba el frío. El riesgo. El dolor que podía controlar. Porque nada dolería tanto como verle morir y ser incapaz de detenerlo.

Reprimió el pensamiento y se centró en la pista. El camino se curvaba suavemente, estrechándose a medida que se adentraba en los árboles. Castaños y robles se alzaban a ambos lados, con los troncos oscurecidos por la humedad y las ramas extendiéndose por encima de su cabeza como dedos entrelazados. Ajustó el agarre y se levantó ligeramente sobre los pedales, dejando que la bicicleta se moviera sobre el terreno irregular en lugar de luchar contra él.

En el límite de su campo de visión, algo se movió.

Stephanie giró la cabeza hacia allí antes de que pudiera evitarlo.

Una silueta entre los árboles. Alta. Inmóvil. Cornamentas —o ramas que se les parecían demasiado— contra la luz grisácea. Un ciervo, pensó. Un ciervo macho, tal vez. Observándola. En silencio.

Volvió a fijar la vista en el camino y luego miró de nuevo a la izquierda, de forma más brusca. No había nada. Solo árboles y maleza.

—Estás tan cansada que ves visiones —se dijo a sí misma en tono acusador.

Antes de que pudiera añadir nada más al pensamiento, una roca apareció de la nada. Era pequeña, medio enterrada, el tipo de obstáculo por el que normalmente pasaría por encima sin pensarlo dos veces. Pero falló por una fracción, su peso no estaba bien distribuido y su atención estaba distraída por el animal que acababa de desvanecerse en el bosque. El impacto sacudió violentamente el manillar y la rueda se dobló hacia un lado con un crujido metálico y seco.

—Mierda...

Salió volando por los aires y golpeó el suelo con fuerza, lanzando instintivamente la mano derecha para amortiguar la caída. El dolor estalló brazo arriba cuando la muñeca se dobló bajo su peso, un dolor agudo e inmediato. El mundo se inclinó mientras rodaba por el suelo, y la bicicleta salió despedida, chocando ruidosamente contra un árbol.

Gritó y gimió, pero su voz se perdió en los susurros del viento.

Stephanie se quedó allí tendida, aturdida, con el pecho jadeante, mientras el bosque se cerraba de nuevo a su alrededor.

La mano le latía con furia, ya empezaba a inflamarse, y cuando intentó moverla, una oleada de náuseas la recorrió. Se la llevó hacia el cuerpo, acunándola instintivamente contra el pecho, con los dientes apretados contra el dolor.

Durante un momento, no se movió en absoluto. Se quedó allí y dejó que el dolor se tomara su tiempo; dejó que floreciera en su muñeca, que subiera por su brazo, que se filtrara en su pecho y se anudara alrededor de la pena que ya la aguardaba allí.

CAPÍTULO
CUATRO

Stephanie estaba recostada en una estrecha cama de hospital con una fina manta hasta la cintura. Tenía la muñeca lesionada, escayolada y apoyada con torpeza sobre el pecho. La habitación, si es que se la podía llamar así, no era más que un box separado por cortinas en algún lugar de Urgencias. El aire estaba saturado del olor a antiséptico y a tostadas quemadas que llegaba de algún punto del pasillo. O eso, o le estaba dando un ictus.

Kimberley estaba sentada en una silla junto a ella, con los brazos rígidamente cruzados sobre el pecho.

No había articulado palabra en al menos cinco minutos.

Solo eso ya le indicaba a Stephanie que estaba en serios apuros.

Al otro lado de la cortina, el hospital seguía su marcha implacable. Un niño lloraba en algún lugar a la izquierda. Un anciano tosía con sequedad. Una mujer con el rímel corrido discutía en voz baja por el móvil, susurrando furiosa mientras una enfermera intentaba llamar su atención. Un adolescente estaba repanchigado en una silla de ruedas, con sangre reseca en la ceja, absorto en su teléfono como si no hubiera pasado nada.

La humanidad en todas sus facetas rotas y expectantes.

Finalmente, Kimberley rompió el silencio. —Eres increíblemente estúpida.

—Creo que es lo más bonito que me has dicho nunca.

—¿En qué estabas pensando? —continuó Kimberley—. ¡Sin casco! En pleno invierno. En el bosque. Cuando ahí fuera está todo mojado, hace frío, hay humedad, está oscuro y es peligroso.

Stephanie se movió ligeramente, haciendo una mueca cuando su muñeca protestó. —Por si sirve de algo, no fue la cabeza lo que se lesionó.

Kimberley la fulminó con la mirada. —Esa *no* es la cuestión.

—Ya sé cuál es la cuestión —dijo Stephanie en voz baja—. No hace falta que...

—Sí, hace falta —Kimberley se inclinó hacia delante, agarrando con fuerza el borde de la silla—. Porque estoy preocupada por ti.

—No tienes por qué estarlo.

—Claro que sí. Eres mi hermana. Y teniendo en cuenta la de veces que tú has cuidado de mí estos últimos meses, es de justicia que yo te devuelva el favor. La última vez que estuviste en un hospital, bueno...

Stephanie tragó saliva y no dijo nada mientras el rostro sin vida de Clive acudía a su mente.

Kimberley exhaló con fuerza, frotándose la cara con la mano. Cuando volvió a hablar, su voz era más baja. —Tienes que cuidarte. Y si tú no puedes, tendré que hacerlo yo por ti.

Antes de que Stephanie pudiera responder, su móvil vibró contra el colchón.

Frunció el ceño y lo cogió con la mano sana. La pantalla se iluminó con un nombre que la sacó instantáneamente de aquel momento.

Fiona.

Respondió. —Dime, Fiona.

—Buenos días, jefa. ¿Puede hablar? —La voz al otro lado sonaba tensa.

Stephanie miró rápidamente hacia su hermana, agradecida por la distracción. —Por favor. Me estás librando de una conversación que intento terminar desesperadamente.

Fiona vaciló y luego continuó. —No sé si ha llegado a la comisaría esta mañana, pero creo que debería venir al Hospital de Surrey. Ahora mismo.

A Stephanie se le encogió el estómago.

—Ya estoy aquí —dijo lentamente.

—¿Eh? ¿Ha hablado con Giles?

—No exactamente. Estoy en Urgencias.

—¿En Urgencias? ¿Por qué?

Stephanie se miró el brazo. —Ya te enterarás pronto. ¿Dónde estás?

Fiona se lo indicó. —Hay un hombre en quirófano —añadió—. Un traumatismo abdominal grave. Y... tiene que ver este caso por sí misma.

La llamada se cortó.

Stephanie se quedó mirando el móvil un segundo y luego levantó la vista hacia Kimberley.

—Me tengo que ir —dijo.

Kimberley tensó la mandíbula. —Aún no te han dado el alta.

Pero Stephanie no la oyó; ya estaba apartando la manta y pasando las piernas por el borde de la cama. —Te veo luego, por la noche —dijo—. Gracias por venir, Kim. Te lo agradezco. Pero ya puedes irte a casa.

—No. Voy contigo.

CAPÍTULO
CINCO

Tras varios minutos deambulando por el laberinto de pasillos y salas, Stephanie divisó por fin a Fiona en medio de un corredor, de espaldas a ella y con la cabeza inclinada sobre su teléfono móvil. Esa mañana, Fiona vestía un grueso abrigo de plumas que le llegaba casi a los tobillos, lo que le daba el aspecto de una madre que acaba de dejar a los niños en el colegio antes de salir corriendo para su reunión de Teams de las ocho y media.

En cuanto Stephanie se acercó, Fiona se dio la vuelta. Sus ojos oscilaron entre Stephanie y Kimberley, que venía detrás, antes de posarse en el cabestrillo de Stephanie.

—Buenos días —dijo Stephanie con sequedad.

—No lo parece —respondió Fiona, señalando con la cabeza hacia su brazo—. ¿Qué se ha hecho?

—Se ha despertado con ganas de hacer tonterías —intervino Kimberley.

Stephanie esbozó una sonrisa burlona y señaló a Kimberley. —¿Te acuerdas de mi hermana, verdad, Fi? Tan encantadora como siempre.

Fiona tendió la mano y estrechó la de Kimberley. —Claro que me acuerdo. Me alegro de verte de nuevo. Aunque deberíamos dejar de

encontrarnos siempre en hospitales.

Kimberley guardó silencio; las heridas del incidente que motivó su reciente visita de urgencia aún estaban frescas y resultaban dolorosas.

—Sigue sin decirme qué le ha pasado a su brazo —continuó Fiona después de que un silencio incómodo se adueñara del pasillo.

Stephanie se miró el cabestrillo, sorprendida, como si hubiera aparecido de la nada.

—Un accidente de bici.

—¿Un accidente de bici? ¿Cuándo?

—Esta mañana. Muy temprano para no faltar al trabajo. Pero, como ves, el plan no ha salido del todo bien.

—¿Qué se ha hecho exactamente? —preguntó Fiona.

—Un esguince —respondió Stephanie con brusquedad, lanzando una mirada de soslayo a Kimberley—. El médico ha dicho que he tenido suerte de no habérmelo roto.

Kimberley abrió la boca para replicar, pero Fiona se adelantó. —¿Está en condiciones de trabajar?

Stephanie resopló. —Es solo un esguince. El cabestrillo es una precaución para que no empeore. Además, es el brazo izquierdo, así que puedo apañarme con todo el trabajo aburrido, como escribir y mecanografiar notas... aunque tardaré más tiempo.

—Steph, no puedes trabajar así... —empezó Kimberley.

—Es *solo* un esguince.

—Aun así —terció Fiona—, probablemente debería reposar.

—Estoy *bien* —insistió Stephanie—. No es que me haya dado un infarto.

—No, tú prefieres dárselos a los demás —añadió Kimberley.

Stephanie puso los ojos en blanco y suspiró profundamente. Aunque agradecía la preocupación de su hermana, no creía que

fuera para tanto. En una escala de lesiones —donde uno era romperse un brazo o la clavícula y diez era la muerte—, Stephanie sentía que había salido bastante bien parada. Formaba parte de su naturaleza terca rechazar cualquier ayuda. Se había resistido a ella desde la muerte de Clive, y se resistiría ahora porque:

Ella.

Estaba.

Bien.

—En fin —comenzó Stephanie—, ¿qué me trae por aquí?

Fiona miró con incomodidad a ambas. —Creo que es mejor que lo vea por sí misma, inspectora. El cirujano nos está esperando ahí dentro.

Stephanie se volvió hacia su hermana y, con la fría precisión de un portero de discoteca diciéndole a un borracho de diecisiete años que se fuera a casa, dijo: —Ya te puedes ir, Kim. Te he dicho que yo me encargo a partir de aquí. Nos vemos en casa.

—¿Cómo vas a volver? —preguntó Kimberley.

—He venido conduciendo. Debería ser capaz de volver igual.

Tras unos instantes mirándose fijamente, enzarzadas en una batalla interna que solo los hermanos pueden comprender, Kimberley dio media vuelta sobre sus talones y se marchó por el pasillo, dejando tras de sí únicamente el sonido de un suspiro de decepción.

En cuanto estuvo fuera del alcance del oído, Stephanie se dirigió a la detective.

—¿Entramos?

La puerta que tenían al lado se abrió y salió un cirujano vestido con el pijama de quirófano. Era alto y fibroso, con un destello juvenil en la mirada. Llevaba gafas redondas y el pelo peinado como si tuviera más tiempo libre del que suele disponer alguien de su

profesión. Era un hombre atractivo, joven y apuesto, pero Stephanie no le había prestado atención a esas cosas en las últimas semanas, no desde su pérdida. Podría haber tenido delante a Brad Pitt y no se habría dado cuenta. Era como si su libido —que ya era inexistente— se hubiera marchitado por completo.

Se detuvo justo ante ellas, con una sonrisa profesional asomando mientras su mirada recorría el cabestrillo y luego el rostro de Stephanie.

—La inspectora jefa Broadbent, supongo —dijo—. ¿La mujer a la que estaba esperando?

—Esa soy yo.

—El doctor Chen Hao, cirujano —asintió con cortesía y le tendió la mano a Stephanie.

Ella se ajustó un poco el cabestrillo y se la estrechó con la mano libre; su apretón fue firme y tranquilizadoramente seguro.

—¿Me acompañan, por favor?

Las guió fuera del pasillo a un pequeño despacho. En el interior había un escritorio, dos sillas, un archivador y libros de texto médicos apilados de forma irregular. Chen cerró la puerta tras ellas y se detuvo un momento, ordenando sus pensamientos sobre cómo empezar mejor. —No sé cuánto saben, pero esta mañana, aproximadamente a las cinco y media, un hombre entró en Urgencias —explicó—. La identificación que llevaba encima decía que se llamaba Stuart Pritchard. Cincuenta y cuatro años. Se desplomó en recepción casi inmediatamente después de pedir ayuda.

Stephanie se inclinó un poco hacia delante. —¿En qué estado se encontraba?

—Shock hipovolémico grave —respondió Chen sin vacilar—. Tenía hipotermia, estaba desorientado y entraba y salía de la consciencia. Su presión arterial era peligrosamente baja.

—¿Y la lesión? —preguntó Stephanie.

Chen exhaló por la nariz. —Traumatismo abdominal. Importante. Cuando expusimos la herida, parecía que ya lo habían... abierto.

Stephanie frunció el ceño. —¿Abierto cómo?

—Un corte en la parte baja del abdomen, el tipo de herida que se ve en las cesáreas. Era un desastre, estaba mal hecho. Y también los puntos que lo mantenían todo unido —sacudió la cabeza—. Quienquiera que lo hiciera no tenía formación quirúrgica. O, si la tenía, no la utilizó. Estaba sangrando internamente. Si hubiera llegado veinte minutos más tarde, estaría muerto.

Stephanie miró brevemente a Fiona y luego volvió a mirar a Chen. —¿En qué estado mental se encontraba? ¿Pudo decirles algo?

—Lamentablemente, no —respondió Chen—. Le pusimos anestesia en cuanto entró. No estaba en condiciones de decir ni hacer nada. Sigue sin estarlo. Rodeó el escritorio y cruzó la habitación hacia una unidad auxiliar de acero inoxidable. Encima había una bandeja metálica, cubierta con una tapa de plástico transparente.

—No he tocado esto desde que lo descubrí —dijo Chen en voz baja—. Solo mi equipo y su colega han visto esto. Ni siquiera estoy seguro de que el señor Pritchard lo haya visto.

Stephanie se acercó mientras el cirujano levantaba la tapa. Dentro de la bandeja había varias piedras irregulares, húmedas por la sangre seca. Eran toscas y dentadas. Junto a ellas había ramas partidas y astillas de madera, además de trozos de corteza.

Stephanie miró con incredulidad.

—Estaban dentro de su cavidad abdominal —dijo Chen—. Colocadas deliberadamente.

De repente, la habitación pareció más pequeña.

—¿Está seguro? —preguntó ella.

—Yo mismo las extraje —respondió Chen—. Alguien las introdujo en su interior y luego intentó volver a cerrarlo.

Stephanie sintió la opresión familiar florecer en su pecho.

«Palos y piedras pueden romper mis huesos», pensó con frialdad para sí misma, recordando el dicho infantil.

—Y lo que es más, mire esta... —Chen acercó la bandeja y la giró unos grados, revelando el otro lado de la piedra más grande. Grabada en su superficie, de forma descuidada, con un cuchillo o un instrumento afilado —quizá la misma hoja que se había utilizado para abrirlo—, había una sola palabra.

CAPÍTULO
SEIS

Se demoraron en el pasillo, frente al quirófano, un momento más de lo necesario. Stephanie no se había dado cuenta de que se había quedado inmóvil hasta que Fiona se aclaró la garganta a su lado.

—Bueno... —dijo Fiona en voz baja mientras echaban a andar—. Eso... no es algo que se vea todos los días.

Stephanie sacudió la cabeza. —No. Quienquiera que las pusiera ahí quería esas cosas dentro de él —dijo despacio—. Es como un mensaje.

—Palos y piedras...

—He pensado lo mismo en cuanto lo he visto —continuó ella—. «Las palabras no me harán daño, pero los palos y las piedras me romperán los huesos».

—Han hecho mucho más que romperle unos cuantos huesos —comentó Fiona.

Llegaron al ascensor. Las puertas se abrieron y entraron; el silencio entre ambas se volvió más denso a medida que pasaban los números de las plantas.

—¿Quién haría algo así? —preguntó Fiona finalmente.

Stephanie no respondió de inmediato.

Alguien que quería ser recordado, pensó.

Alguien que quería asegurarse de que la víctima nunca lo olvidara, incluso si sobrevivía.

Alguien que tenía algo que demostrar.

Se acordó del hombre que había dejado clara su postura la noche en que murió Clive. Había buscado venganza contra quienes le habían fallado y lo había logrado. Mientras la imagen de su asesino le quemaba en la mente, el ascensor emitió un pitido y las puertas se abrieron en la UCI. Una enfermera las recibió en el mostrador. Era de mediana edad y estaba cansada, pero lucía una sonrisa valiente y agradable. Al hablar, transmitía esa clase de calma que otorga llevar años lidiando con los peores días. Comprobó sus identificaciones, asintió una vez y luego les indicó por dónde ir en la planta.

—Está en el box cuatro —dijo—. Su familia llegó hace unos diez minutos.

A Stephanie se le encogió el estómago.

Cuando llegaron al box cuatro, la enfermera aminoró el paso y bajó la voz. —Está estable —dijo—. Sedado. Pero yo diría que todavía es una situación muy crítica.

Abrió la puerta. Una mujer estaba de pie muy cerca de la cama, agarrando la barandilla con una mano como si fuera lo único que la mantenía erguida. Tenía el rostro pálido y los ojos rojos y perdidos. Dos adolescentes —un chico y una chica— merodeaban cerca, ambos inmóviles, con expresiones a medio camino entre el estupor y el terror.

Un hombre mayor estaba de pie algo apartado de ellos, con los brazos fuertemente cruzados sobre una barriga cervecera del tamaño de una pelota hinchable. Stuart y el otro hombre tenían la misma constitución, pero Stephanie percibió un distanciamiento

entre él y el resto. Un amigo, tal vez. Alguien que intentaba, sin éxito, ser el fuerte.

Todos se giraron cuando entraron Stephanie y Fiona. La esperanza brilló al instante en sus ojos. Stephanie sintió que esa mirada se le clavaba en el pecho como una losa.

—Buenos días —dijo, acercándose—. Soy la inspectora Stephanie Broadbent y esta es la agente Fiona Singleton. Estoy a cargo de...

—¿A cargo de qué? —espetó el hombre de la barriga cervecera —. Porque parece que estáis aquí perdiendo el tiempo mientras mi colega está ahí tumbado medio muerto.

La mujer que estaba junto a la cama abrió la boca para responder, pero no le salió nada. Uno de los adolescentes levantó la vista bruscamente.

—No nos han dicho nada —continuó él, con las palabras atropellándose unas a otras—. Nadie ha dicho qué ha pasado, quién ha hecho esto, ni siquiera si han empezado a buscar. Todo lo que recibimos fue una llamada del hospital diciendo que teníamos que venir a urgencias. Así que, ¿por qué estáis aquí?

Stephanie levantó una mano.

—¿Quién es usted? —preguntó sin rodeos.

La pregunta lo detuvo en seco.

La miró fijamente, visiblemente ofendido, como si ella y el resto del universo debieran saber exactamente quién era. —¿Qué?

—Que quién es usted —repitió ella.

—Soy su amigo —dijo él, como si fuera evidente.

—¿Su nombre?

Una pausa. El hombre tensó la mandíbula, como si no quisiera darlo. —Mark. Mark Ellis.

—Muy bien, Mark. Gracias. En este momento no tengo respuestas —dijo ella—. Acabo de recibir el informe. No he hablado

con Stuart. No he determinado dónde se lo llevaron ni qué le hicieron. Por eso estoy aquí.

Mark soltó una carcajada seca. —O sea, que no sabes nada.

—Exacto.

La sinceridad pareció desconcertarlo más que cualquier otra cosa.

—¿Entonces por qué no estáis ahí fuera? —exigió—. ¿Por qué no estáis buscando a la persona que ha hecho esto?

Stephanie le sostuvo la mirada. Al fondo, la familia de Stuart permanecía paralizada, sin decir nada, observando la interacción con un ojo puesto en su familiar.

—Porque si Stuart se despierta —dijo ella en voz baja—, es el *único* que puede decirnos qué pasó.

A eso, Mark no tuvo nada que responder. Las máquinas continuaron con su pitido rítmico. La mujer junto a la cama apretó un poco más fuerte la mano de Stuart.

—Fui el último que lo vio —dijo Mark de repente—. Fuimos al pub anoche. Vimos el fútbol. Nos tomamos un par de pintas. Nada fuera de lo común.

Stephanie asintió, animándolo a continuar sin interrumpir.

—Nos fuimos a la vez —continuó Mark—. Sobre las diez y media. Él vivía a la vuelta de la esquina, así que se fue andando.

—¿Y usted?

—Yo fui en coche. Yo... —inspiró profundamente. Fue entonces cuando le golpeó la realidad. Mark se pasó una mano por la cara— Debería haberlo acercado.

Stephanie mantuvo la voz firme. —Usted no hizo nada malo.

Mark volvió a mirar a Stuart, su inmovilidad, los cables, el ascenso y descenso pausado de su pecho.

—Les dejaremos un tiempo para que estén con él. Mi compañera y yo estaremos preparadas para cuando despierte.

CAPÍTULO
SIETE

Stephanie se apartó el vaso de Costa Coffee de los labios, saboreando el amargor del café americano mientras le bajaba por la garganta. No había sido su primera elección, pero no se había molestado en corregir al camarero cuando este oyó mal su pedido. Estaban sentadas en la zona del restaurante, apurando su segunda taza. Había pasado una hora y, durante ese tiempo, había observado el crisol de la sociedad entrando y saliendo por las puertas del hospital: ancianos, jóvenes, enfermos y sanos. A su lado, una cola serpenteaba ante el mostrador: un hombre con un mono manchado de pintura, una mujer aferrada a su hijo pequeño, que parecía a punto de salir disparado de allí como Usain Bolt, y una enfermera con la placa del revés en el cordón que le colgaba del cuello.

—Así que —dijo Fiona, haciendo girar el vaso de café entre los dedos—, oficialmente tiene prohibido todo lo que tenga ruedas, ¿no?

Stephanie resopló. —Es solo un esguince.

—Es un esguince que la ha hecho acabar en Urgencias antes de empezar el turno.

—Fue un accidente —replicó Stephanie—. Estas cosas pasan.

Fiona sonrió levemente; después, su expresión se suavizó. —En serio. Deberías tomártelo con calma.

Stephanie rodeó el vaso de papel con la mano sana, dejando que el calor le calara en la palma. —La verdad es que no sé muy bien cómo se hace eso.

Las puertas del hospital se abrieron, dejando entrar una ráfaga de aire invernal que traía consigo el olor a abrigos húmedos y a los gases de escape de primera hora de la mañana. La corriente agitó las servilletas de papel sobre las mesas y provocó un murmullo en la cola del mostrador. Stephanie apenas se dio cuenta; estaba mirando hacia las puertas, distraída y ausente. Dio otro sorbo al café, pero ya no notaba el amargor. Sus pensamientos regresaban a la zona de la UCI, a las máquinas, al hombre que yacía allí después de que le hubieran ocultado restos del bosque en su interior.

Una sombra cayó sobre la mesa.

—Perdone —dijo una voz—. ¿Es usted… la detective?

Stephanie levantó la vista. El joven que tenía delante no debía de tener mucho más de quince años, con unas ojeras profundamente marcadas bajo los ojos. Parecía no haber dormido desde la noche anterior y esperaba con torpeza, con las manos hundidas en los bolsillos de su sudadera con capucha.

—Soy la inspectora Broadbent —dijo Stephanie, echando la silla un poco hacia atrás—. Sí.

—Soy Jamie —dijo él rápidamente—. El hijastro de Stuart.

Fiona ya se había puesto en pie. —¿Está…?

—Está despierto, sí —dijo Jamie—. Y la enfermera ha dicho que podían bajar. Si querían…

—Quiero —respondió Stephanie—. Y tanto.

Caminaron juntos por el hospital; esta vez Jamie iba delante. Los pasillos se antojaban más largos y estrechos, y cada paso tensaba un poco más el nudo en el pecho de Stephanie. Cuando llegaron al

box, la enfermera ya estaba allí, sujetando la puerta para que pasaran.

—Está consciente —dijo la enfermera en voz baja—. Entra y sale. Está débil y confundido, así que tendrán que ser breves.

—Entendido —respondió Stephanie.

La enfermera apartó la cortina.

Ella entró en el box.

Stuart Pritchard estaba solo en la habitación. Su familia se había retirado para dejar a Stephanie y a Fiona a solas con él. En el poco tiempo transcurrido desde la última vez que lo vio, Stuart parecía más pequeño. Un rastro de color había regresado vagamente a su rostro, pero era frágil, como si pudiera desvanecerse de nuevo en cualquier momento. Tubos y cables recorrían su cuerpo, y sus ojos se abrieron con dificultad cuando ella se acercó.

Stephanie se detuvo al lado de la cama para serenarse y luego habló con suavidad.

—Señor Pritchard —dijo—. Me llamo Stephanie.

A él le costó enfocar la mirada, pero, cuando lo hizo, la clavó en ella con una expresión de temor.

Ella se inclinó un poco, con cuidado de no agobiarlo.

—Está a salvo —dijo—. Está en el hospital. Nadie va a hacerle daño.

Stuart entreabrió los labios. Salió un sonido áspero, quebrado, que ni siquiera llegaba a ser una palabra.

Stephanie esperó.

Este era el momento del que todo dependía. Pero en lo único que ella podía pensar era en la palabra que habían grabado en la piedra hallada en su interior; la palabra que alguien creía que definía a Stuart: fanático.

CAPÍTULO
OCHO

Según sus propios cálculos, disponía de todo el tiempo que necesitase. Al menos hasta que entrara la enfermera y le dijera que ya no era bienvenida. Aquel era el inicio de la investigación, la etapa más crucial, y necesitaba extraer tanta información como fuera posible de Stuart Pritchard antes de que el personal médico empezara a examinarlo de nuevo. No le importaba si aquello molestaba a las enfermeras o a los médicos; al final, Stuart sería el que se lo agradecería. Si unos minutos de más podían ayudarla a atrapar al asesino días o incluso semanas antes, ¿quiénes eran ellos para llevarle la contraria?

—Stuart, ¿puede oírme? —preguntó Stephanie.

Todo lo que recibió como respuesta fue un ruido que sonaba como si él estuviera alcanzando el clímax, aunque sospechaba que eso era lo último que pasaba por su mente.

—Esta es mi colega Fiona —continuó ella—. Somos de la policía. Nos han informado de su situación hace poco y nos resulta muy desconcertante. ¿Qué le han contado su familia o el personal de aquí?

—¿Qué? —Él la miró, aturdido, como si se hubiera tomado cinco litros de cerveza, dos Jack Daniel's con cola, un chupito de tequila y

cuatro Jägerbombs. Esto iba a ser más difícil de lo que había previsto, y sin duda necesitaría algo más que una breve charla con él.

—¿Qué recuerda de anoche? —preguntó Fiona, yendo directa al grano.

Por suerte, la niebla tras los ojos de Stuart Pritchard empezó a disiparse y se volvió más lúcido. Quizá fue el breve intervalo entre la pregunta de Stephanie y la de Fiona o, más probablemente, fue la evidente atracción física que sentía hacia Fiona, que manifestó recorriéndola con la mirada de arriba abajo, deteniéndose en su pecho un poco más de lo aceptable.

Antes de responder, Stuart intentó incorporarse en la cama, pero no llegó muy lejos antes de que el dolor del estómago se volviera insoportable. Hizo una mueca, se llevó una mano a los diversos vendajes que rodeaban la parte baja de su abdomen y soltó otro gemido orgásmico.

—Joder, cómo duele —siseó.

—Habría pensado que lo habrían atiborrado de analgésicos —respondió Stephanie.

—No lo parece. Me vendrían bien más.

—Seguro que la enfermera puede solucionarlo cuando vuelva. Mientras tanto, ¿qué puede decirnos sobre anoche? ¿Qué le ocurrió? ¿Dónde estaba? ¿Qué recuerda? ¿Quién le ha hecho esto?

Stuart vaciló durante un largo rato mientras los oxidados engranajes de su mente empezaban a girar. Se quedó mirando fijamente sus pies bajo las sábanas, buscando en sus nublados recuerdos.

—Oscuridad —dijo—. Mucha.

Nada útil, pensó Stephanie. Estaba oscuro en todas partes a las cinco de la mañana.

—Cuéntenos qué estaba haciendo antes de que le ocurriera esto —añadió Fiona—. Así podremos avanzar. ¿Qué le parece?

Stuart asintió débilmente. Cerró los ojos e inhaló profundamente, provocando otro gemido sensual. Stephanie sintió lástima por sus hijos, que probablemente pensarían que habían oído por casualidad algo que habrían preferido no escuchar demasiadas veces en el pasado.

—Estaba... en el pub —respondió él con voz ronca.

—¿En el pub? ¿En cuál? —preguntó Fiona.

—En el de siempre.

—Genial. ¿Cómo se llama?

—Swan.

—¿Dónde está el Swan?

—A la vuelta de la esquina de mi casa.

—¿Dónde vive?

—En Grayshott.

Stephanie sacó su teléfono y empezó a tomar notas. Al terminar, solo había conseguido un puñado de respuestas de una sola palabra.

—¿Qué estaba haciendo en el pub? —preguntó.

—Bebiendo.

—Excelente. ¿Algo más?

Él negó con la cabeza, haciendo una mueca cuando otra oleada de dolor lo invadió.

—¿Estaba con alguien?

—Con mi colega.

Ella suspiró para sus adentros. Dios, esto era desesperante.

—¿Cómo se llama?

—Está aquí. Fuera. Con mi familia.

—¿Mark?

Stuart asintió. Stephanie añadió «Colega» y «Mark» a su lista.

—¿Recuerda a qué hora salió? —continuó Fiona.

—Estábamos viendo el fútbol —dijo él, como si eso respondiera a la pregunta.

—¿A qué *hora* fue eso?

—Terminó a las diez... diez y media.

Stephanie añadió la hora a sus notas.

Antes de que pudiera continuar, la puerta se abrió y la enfermera entró con una carpeta bajo el brazo. —Es suficiente por ahora —dijo con brusquedad—. Necesita descansar. No más visitas. Debo insistir.

—Lo entiendo —dijo Stephanie con calma—. Pero esto es urgente. Solo necesitamos unos minutos más.

La enfermera negó con la cabeza. —Absolutamente no.

Stephanie abrió la boca para hablar de nuevo, pero antes de que pudiera hacerlo, una voz ronca intervino.

—Estoy... estoy bien —dijo Stuart.

Salió débil, apenas un susurro, pero fue inconfundible.

La enfermera se volvió hacia la cama. —Señor Pritchard...

—He dicho que... estoy bien —repitió Stuart—. Pueden quedarse.

—Necesita descansar —insistió la enfermera, ahora más suave pero aún firme.

Stuart tragó saliva, hizo una mueca y luego asintió una vez. —Después. Solo... un poco más.

La enfermera los miró alternativamente, sopesando la situación. Finalmente, suspiró. —Cinco minutos —dijo—. Eso es todo. Y si su ritmo cardíaco sube lo más mínimo, se marchan.

—Gracias —dijo Stephanie.

La enfermera le lanzó una mirada de advertencia y luego desapareció de la habitación. Stephanie esperó un momento antes de volverse hacia Stuart.

—Así que fue al pub con su amigo Mark y luego se fue sobre las diez y media. ¿Es correcto hasta ahora?

Él asintió.

—¿A dónde fue después?

—A casa.

—¿Fue caminando, porque vive a la vuelta de la esquina?

Otro asentimiento.

—¿Entonces qué pasó?

Esta vez tardó mucho tiempo en reflexionar, y la confusión se extendió por su rostro.

—Oscuridad —dijo—. Estaba... caminando... tropezando. Y entonces un ciervo... un ciervo salió de un lado de la carretera. Y... y luego oscuridad...

Stephanie añadió «Ciervo» a la lista.

—¿Fue atacado, señor Pritchard?

Él se encogió de hombros débilmente. —Eso creo.

—¿Qué pasó entonces? ¿Qué más puede recordar?

—Me... me desperté en medio del bosque —explicó, con algo de fuerza volviendo a su voz, aunque el color de su cara disminuía rápidamente, como si una cosa le estuviera absorbiendo la vida a la otra—. Estaba oscuro. Rodeado de árboles. Frío. Humedad. Yo... no tenía ni idea de dónde estaba. Me levanté. Sangre... —Inclinó la mirada hacia los vendajes de su estómago—. Nunca he sentido tanto dolor en mi vida. Parecía que tenía algo dentro. Como si fuera a explotar. Como esa escena de *Alien*.

La vívida imagen trajo una mueca seca al rostro de Stephanie. Imaginó que la referencia era acertada.

—¿Qué bosque, señor Pritchard? —preguntó Fiona.

Stuart vaciló. —Debía de ser Swan Barn Farm —respondió—. El... el hospital estaba a la vuelta de la esquina de allí. Un par de amigos

míos crecieron por esa zona cuando éramos más jóvenes.

—¿Había alguien más en el bosque, señor Pritchard?

Él negó con la cabeza.

—¿Vio algo en absoluto?

—Corrí. Vi la sangre y corrí. Luego encontré el hospital. Ahora estoy aquí...

Stephanie añadió «Bosque» y «Hospital» a su lista.

—Yo... no sé qué me pasó —continuó él—. Solo... todo lo que recuerdo es ver un ciervo. Dos, de hecho. —Levantó los dedos—. Uno antes de que me atacaran y otro después. Daba miedo. Un ciervo enorme, de la hostia, con cornamenta y todo. Aterrador. Yo...

La palabra se le quedó grabada en la garganta a Stuart.

Su rostro se tensó de repente, con los rasgos retorcidos como si algo en su interior hubiera sido arrancado con fuerza y sin previo aviso. Entonces un sonido salió de él: crudo, animal, nada parecido a los forzados gemidos de antes.

—¡Ah...! —gritó.

El grito desgarró la habitación, fuerte y desesperado; su cuerpo se arqueó contra la cama mientras sus manos arañaban inútilmente las sábanas. Las lágrimas brotaron de las comisuras de sus ojos cuando el dolor superó a los fármacos que debían contenerlo.

Stephanie se quedó helada.

Completamente.

El sonido la atravesó, arrastrándola atrás en el tiempo. Vio a Clive de nuevo: la forma en que su cuerpo se había sacudido, los movimientos frenéticos y fútiles mientras el oxígeno lo abandonaba. Los horribles ruidos inhumanos que había hecho cuando su cuerpo se dio cuenta de lo que su cerebro ya sabía.

Se le bloqueó el pecho. Tenía los pies clavados al suelo, como si la hubieran soldado allí.

—¡Oh, Dios! —dijo Fiona bruscamente—. ¿Steph? ¿Qué hacemos? ¿Deberíamos...?

Las palabras llegaron a sus oídos pero no calaron. La voz de Fiona sonaba distante, distorsionada, como si viniera a través del agua. Stephanie no podía apartar los ojos de la cara de Stuart.

Ayúdale.

Haz algo.

Pero ella no se movió.

El monitor al lado de la cama empezó a protestar y a pitarles ruidosamente. Stuart jadeó, atragantándose con su propio aliento, con los ojos salvajes de miedo mientras el dolor lo engullía por completo.

Fiona no esperó más. —Voy a buscar a la enfermera —dijo, retrocediendo ya hacia la puerta.

Desapareció, dejando a Stephanie sola con el ruido, la escena, el recuerdo del que no podía escapar. Se quedó mirándolo, incapaz de liberar su mirada. El pecho de Stuart subía y bajaba violentamente. Sus dedos temblaban. Se veía tan pequeño en ese momento, demasiado parecido a como se había visto Clive al final.

Un momento después, la puerta se abrió de golpe. Una enfermera entró corriendo y se apresuró al lado de Stuart. En cuestión de segundos, entró más personal, y los gritos de Stuart fueron devorados por instrucciones, por maquinaria, por el caos controlado de personas que sabían exactamente qué hacer. Pero Stephanie era ajena a todo, clavada en el sitio, incapaz de apartar la mirada del hombre que moría ante ella.

—Tiene que marcharse —dijo alguien.

Una mano tocó el brazo de Stephanie.

Ella no reaccionó.

—¡Señora! —la voz de Fiona se impuso ahora, más cerca, más aguda—. *Steph*. Vamos.

Otra mano, más firme esta vez, la guió hacia atrás. Stephanie salió al pasillo tropezando, con el corazón martilleando, la respiración superficial y su visión estrechándose como si las paredes se le echaran encima.

No había ayudado.

Y una vez más, se había quedado allí parada observando cómo un hombre sufría, impotente para detenerlo.

CAPÍTULO
NUEVE

El pasillo parecía demasiado estrecho, demasiado brillante, demasiado ruidoso. Cada sonido rascaba el cráneo de Stephanie y todavía tenía el corazón a mil. Se apoyó contra la pared, obligándose a mantenerse erguida mientras Fiona caminaba de un lado a otro a su lado, absorta en su teléfono.

Entonces llegaron las voces.

—¿Dónde está?

—¿Qué le está pasando?

—Es ella...

Stephanie apenas tuvo tiempo de incorporarse antes de que se le echaran encima.

Mark llegó primero, con el rostro congestionado y los ojos desorbitados. Ya estaba gritando, y las palabras se atropellaban unas a otras. —¿Qué demonios le has hecho? —exigió—. ¿Qué ha pasado? ¡Dijiste que solo necesitabas hablar!

Detrás de él, la mujer de Stuart se abrió paso a empujones, con las mejillas surcadas por las lágrimas. —Estaba bien —dijo, señalando con el dedo hacia la habitación—. Hablaba cuando estábamos nosotros solos. Luego entras *tú*, y de repente se pone a gritar.

Las palabras golpearon a Stephanie de golpe, oprimiéndole el pecho. Abrió la boca, pero no salió nada.

—Yo... —Se detuvo e intentó de nuevo—. No le he tocado.

—¿Entonces por qué está así? —gritó Mark, acercándose más, invadiendo su espacio personal—. ¿Por qué la enfermera ha dicho que ha entrado en estado de shock?

Fiona se interpuso entre ellos por instinto. —Señor, tiene que calmarse.

—No me digas que me calme —ladró Mark—. ¡Mi mejor amigo se está muriendo ahí dentro y tú me dices que me calme!

Stephanie se obligó a concentrarse y a mantenerse presente. Este no era Clive. Esto no era el pasado. Este era Stuart; Stuart Pritchard, un hombre que, al menos por ahora, seguía vivo. Un hombre al que todavía podía ayudar.

Esto era el ahora.

—Lo siento —dijo Stephanie finalmente, con una voz que le sonaba débil a sus propios oídos—. No sé qué le ha pasado. No soy enfermera. Hace un momento estaba bien, respondiendo a nuestras preguntas. Al siguiente, sentía mucho dolor. No hay nada que pudiéramos haber hecho para evitar que ocurriera. Tenemos suerte de que hubiera una enfermera cerca. Se están ocupando de él ahora mismo. Está en las mejores manos posibles.

Las palabras no surtieron el efecto que esperaba.

Mark soltó una carcajada seca y sin pizca de gracia. —«En las mejores manos posibles» —repitió—. Eso es como decir que todo va a salir bien cuando no es cierto.

Fiona se giró, perdiendo finalmente la paciencia. —Ya es suficiente.

Mark se encaró con ella. —¿Lo es? Porque, desde donde yo lo veo, estaba estable hasta que aparecisteis vosotras.

Stephanie sintió de repente el peso de todos los pares de ojos sobre ella. Los de Mark, los de la mujer de Stuart y los de sus hijastros.

Por suerte, apareció una enfermera, atraída por el ruido, irradiando autoridad. —Tienen que bajar la voz —dijo con firmeza—. Esto es un hospital.

—Dile a ella que haga su trabajo —espetó Mark, señalando a Stephanie—. Ella es la que lo ha puesto en esta situación.

La enfermera se volvió hacia Stephanie, evaluándola rápidamente, y luego miró de nuevo al grupo. —Tienen que retroceder todos. Ahora.

La mujer de Stuart se dirigió a la enfermera. —¿Qué le está pasando? —preguntó—. Por favor. Solo dígame qué está ocurriendo.

La enfermera le sostuvo la mirada, calmada y experimentada. —Su marido ha experimentado una respuesta repentina al dolor —explicó—. Eso puede sumir al cuerpo en estado de shock, especialmente después de la cantidad de traumas que ha sufrido.

La mano de la mujer de Stuart voló hacia su boca. —¿Shock? —repitió, con voz fina y frágil.

—No significa necesariamente lo peor —continuó la enfermera—. También existe la posibilidad de una infección. Estamos realizando análisis de sangre y escáneres; todo lo que podemos hacer. Ya le han administrado antibióticos y le están vigilando de cerca.

—¿Se va a morir? —preguntó uno de los niños en voz baja.

La pregunta cortó el aire del pasillo de forma tajante.

La enfermera se giró ligeramente. —En este momento está estable —dijo con suavidad—. Y está en el mejor lugar posible por si algo cambia.

La mujer de Stuart asintió, con las lágrimas brotando libremente ahora. —Así que... ¿solo nos queda esperar?

—Por el momento —dijo la enfermera—, sí.

Mark negó con la cabeza, alejándose unos pasos con las manos apretadas en puños. —Esto nunca debería haberle pasado —masculló.

La enfermera se irguió y se volvió hacia Stephanie y Fiona. —Necesito que ambas den algo de espacio a la familia ahora.

Stephanie asintió de inmediato. —Por supuesto.

Al retroceder, se encontró con los ojos de la mujer de Stuart.

—Lo siento —dijo Stephanie de nuevo. Esta vez, lo decía en todos los sentidos posibles.

Dicho esto, Stephanie siguió a Fiona por el pasillo, con la muñeca pulsando y el pecho dolorido.

Encontraron un rincón tranquilo en el hospital, lejos de Mark, Stuart y su familia. Era un pasillo sin salida flanqueado por máquinas expendedoras y carteles de salud pública anticuados con los bordes curvados. Sin ventanas. Sin tráfico de gente. Solo las brillantes luces fluorescentes y los sonidos distantes y amortiguados de la vida hospitalaria.

Stephanie se apoyó contra la pared y cerró los ojos.

Solo un segundo.

Sintió que el pecho le seguía apretando y el pulso le martilleaba con demasiada fuerza en los oídos. La imagen de Stuart gritando se repetía en un bucle que no era capaz de detener. Se concentró en su respiración. Inspirar. Expirar. Inspirar. Expirar.

—¿Estás bien? —preguntó Fiona con suavidad.

Stephanie abrió los ojos. —Necesito un minuto.

Fiona asintió y esperó, dándole espacio sin montar un espectáculo. Cuando Stephanie volvió a hablar, se separó de la pared y se frotó la sien con su mano buena. —Hablemos de lo que ha conseguido decirnos.

Fiona se irguió. —El bosque.

—El bosque —repitió Stephanie—. Y el ciervo.

Fiona frunció el ceño. —Podría no haber sido más que eso. Solo un animal asustado intentando huir de él.

—Quizá —dijo Stephanie—. Pero lo mencionó dos veces. Una antes de perder el conocimiento y otra después.

—Eso no significa que sea importante.

—Significa que se le quedó grabado —replicó Stephanie—. Y se le quedó grabado por una razón. El trauma te hace recordar lo que tu cerebro cree que importa.

Fiona lo sopesó. —¿Así que crees que de verdad había un ciervo?

—Creo que había *algo* —dijo Stephanie—. De cualquier manera, necesitamos ojos en Swan Barn Farm cuanto antes. Tenemos que precintar la zona, mandar patrullas allí y que alguien del equipo cierre los senderos. Quienquiera que le hiciera esto tuvo que dejarlo allí, lo que significa que habrá señales, pruebas de que fue arrastrado, posiblemente. Y me imagino que habrá mucha sangre, tierra removida, algo.

—¿Y si ya ha sido pisoteado? —preguntó Fiona.

—Entonces trabajaremos rápido antes de que empeore —respondió Stephanie—. Tenemos que actuar con lo que tenemos en lugar de quedarnos esperando a que vuelva a recuperar el conocimiento.

Sacó su teléfono, ya desplazándose por la pantalla.

—Tendremos que rastrear su ruta probable a casa desde el pub —dijo Fiona—. Trazar los bordes del bosque.

—Y las cámaras de seguridad de Grayshott —añadió Stephanie—. El pub, la calle principal, su ruta a casa... cualquier lugar donde pudieran haberlo captado.

Stephanie asintió una vez, mientras la decisión se asentaba en su pecho.

—Volveré a la comisaría ahora mismo —dijo—. Mientras tanto, quédate aquí con la familia y organiza que alguien del equipo vaya a ese bosque. Ahora.

CAPÍTULO
DIEZ

El sonido de una respiración pesada y rápida resonaba entre los árboles de Long Moor Wood, parte de Swan Barn Farm, distorsionado por el crujido de las suelas al pisar la tierra escarchada. Lo rodeaban al menos cuarenta miembros del personal: voluntarios de la policía, agentes uniformados y un puñado de investigadores de la policía científica ataviados con guardapolvos de papel blanco, repartidos por el sendero y entre la maleza. El origen del sonido eran los perros rastreadores a los que les habían dado una prenda de Stuart Pritchard a la entrada del paraje del National Trust. La zona se extendía a lo largo de decenas de hectáreas y, basándose en la versión a medias de los hechos que Stephanie y el equipo habían recibido esa mañana, habían deducido el lugar más probable por el que Pritchard habría salido del bosque. Sin embargo, encontrar el punto exacto donde se había despertado resultaría casi imposible. Por ello, se había tomado la decisión de dejar el grueso de la búsqueda a los amigos de cuatro patas que en ese momento olfateaban entre las hojas, la escarcha y las ramas como si les fuera la vida en ello.

El detective Giles Swinger se metió las manos en los bolsillos, hundió la barbilla en el cuello del abrigo y tensó los hombros,

intentando evitar que un escalofrío se le extendiera por el cuerpo. Hacía frío. Peor aún, hacía un frío de mil demonios. Esa clase de frío que te daban ganas de quedarte en la cama todo el día con la calefacción puesta y sacar la manta eléctrica que llevaba un año acumulando polvo en el armario. Era el tipo de frío que hacía que partes de su cuerpo desaparecieran y se quedaran entumecidas, como si ninguna cantidad de calor pudiera devolverlas a la vida.

Su aliento formaba una neblina frente a él mientras caminaba pausadamente por la escarcha, cabizbajo, con los ojos rastreando el suelo en busca de señales de la sangre de Stuart Pritchard. Al ser el único miembro del equipo allí, sentía que le había tocado la china. ¿Por qué a él? Había sido decisión de Devon, influido sin duda por Stephanie.

Stephanie…

Cada vez que pensaba en ella, se acordaba de Clive; era como si ambos estuvieran vinculados de forma inextricable e inevitable en su mente, como si nunca pudieran separarse. Ella había estado allí cuando él murió, y ella era la única que había sobrevivido. ¿Habría preferido que fuera al revés? Era un pensamiento con el que había lidiado con frecuencia durante las últimas semanas, y sobre el que todavía no había llegado a una conclusión.

Más adelante, el equipo de perros rastreadores, todavía con las correas puestas, arremetió hacia delante, desapareciendo en las profundidades del bosque al captar posiblemente el rastro de Stuart Pritchard. Mientras tanto, la hilera de personas los seguía, dejando que Giles, aún absorto en sus pensamientos, los alcanzara. Distraído y sin mirar por dónde iba, su pie tropezó con el borde de una gran rama caída, todavía cubierta de una escarcha que se había convertido en hielo, lo que hizo que resbalara de lado.

El pie se le enganchó en el borde de la rama y desapareció de debajo de su cuerpo.

Giles solo tuvo tiempo de pensar: *ay, no me jodas*, antes de que la gravedad tomara el control y lo enviara de lado, con los brazos agitándose inútilmente, chocando con el hombro contra alguien que estaba a su lado. Se oyó un agudo grito de sorpresa antes de que ambos cayeran sobre un denso matorral de espinos.

—¡Mierda!

Giles aterrizó de lleno sobre ella, y el impacto les sacó el aire a ambos al chocar contra las espinas.

—¡Ay! ¡Madre mía!

—¡Lo siento muchísimo! —soltó Giles, abochornado— No te he visto—

Intentó quitarse de encima de ella, pero descubrió que no podía. Tenía el pie derecho encajado bajo la rama caída, torcido en un ángulo que le envió una punzada de dolor por la pantorrilla al moverlo.

—Espera —dijo, con el pánico empezando a aflorar—. Se me ha quedado el pie atrapado.

La mujer se giró de lado, plantó una bota contra el suelo y se impulsó para salir de debajo de él con un gruñido seco, sacudiéndose con furia las piernas y la chaqueta. Estaba en la mitad de la treintena, era de complexión atlética y tenía el pelo oscuro, ahora cubierto de restos de maleza. Tenía las mejillas encendidas, aunque Giles no sabía si por el frío, el esfuerzo o la humillación.

Él se dio la vuelta y terminó torpemente de espaldas, con las puntas afiladas clavándosele en la piel. Durante un momento se quedó quieto, mirando hacia el dosel de ramas desnudas y el pálido cielo invernal, con el pecho agitado y una sensación de torpeza

calándole hasta los huesos. Entonces sintió el escozor extendiéndose por sus brazos, muslos, espalda y hombros.

—No te muevas —dijo ella rápidamente—. Lo empeorarás.

«Qué fácil es decirlo», pensó Giles mientras intentaba de nuevo liberarse e inmediatamente se arrepentía.

Ella se puso de cuclillas a su lado. —¿Cómo has logrado hacer eso?

—Talento natural —respondió Giles—. Años de práctica.

Ella resopló, luego metió las manos bajo la rama que le había atrapado el tobillo y levantó. —Ahora. Tira.

Giles sacó el pie de un tirón y lo giró ligeramente, comprobando que no hubiera nada torcido ni roto. No parecía que fuera el caso.

Ella le tendió la mano. —Vamos —dijo—. Antes de que alguien se dé cuenta.

Él la aceptó, dejando que ella lo pusiera en pie con mucha más facilidad de la que a su orgullo le habría gustado. En cuanto estuvo de pie, empezó a sacudirse los pantalones, con la cara ardiendo de vergüenza.

—Lo siento de verdad, muchísimo —repitió— No ha sido mi intención—

—No pasa nada —respondió ella, aunque su sonrisa sugería que sí que pasaba—. Riesgos del oficio.

—Ya.

—Si te sirve de consuelo —dijo ella—, una vez me derribó un labrador trabajando en esto.

Giles esbozó una sonrisa tímida. —Es bueno saber que no soy el peor.

Mientras se reincorporaban a la fila, Giles mantuvo la vista fija en el suelo, buscando sangre, ramas y cualquier cosa que pudiera

volver a hacerlo tropezar, mientras se alegraba en silencio de que nadie del equipo hubiera presenciado su accidente.

Caminaron unos pasos en un silencio incómodo hasta que Giles se aclaró la garganta, todavía muy consciente del escozor persistente de los arañazos... y del hecho de que casi había aplastado a una completa desconocida delante de media jefatura. —Soy Giles, por cierto —dijo, y la voz se le quebró como a un adolescente.

—Hazel —respondió ella.

—Agente de policía —dijo él.

Ella se miró el uniforme, la placa en el pecho donde se leía «Agente Merton», y volvió a mirarlo a él. —¿Qué me ha delatado?

—Soy detective. No haría bien mi trabajo si no pudiera deducir algo así.

—¿Tus casos son siempre tan obvios como este?

Él bufó. —Ojalá. Si son todos como parece que va a ser este, tengo mucho trabajo por delante.

—Viviendo el sueño —ella lo miró de reojo y luego volvió a sonreír—. ¿Eres siempre así de patoso o es que soy especial?

—Solo los días que terminan en *e* —contestó Giles—. Resulta que estabas en el lugar equivocado en el momento equivocado.

—La historia de mi vida.

Volvieron a coger el ritmo de los demás mientras los perros trabajaban el terreno. Unos cientos de metros más adelante en el sendero, los perros se detuvieron en seco. Los cuatro se quedaron perfectamente quietos, indicando que habían encontrado algo. Un grito surgió de algún lugar más adelante.

—¡Aquí hay algo!

El bosque pareció contener el aliento.

Giles sintió el cambio antes de oír las siguientes palabras.

—Sangre en el suelo.

Eso fue todo.

Empezó a trotar, con el corazón latiendo con más fuerza ahora, las suelas crujiendo más rápido sobre la escarcha y la hojarasca mientras la adrenalina surgía en su interior. Ya estaba. El lugar donde Stuart Pritchard se había despertado. O donde lo habían tirado.

Se abrió paso entre los últimos árboles e inmediatamente se arrepintió.

Su pie aterrizó con un chapoteo sordo e inconfundible. Congelada e implacable: una mierda de perro.

Giles se detuvo en seco, mirando con horror la mancha espesa y pálida que ahora se pegaba a la suela de su bota.

—Ah, no me jodas —masculló.

Demasiado tarde.

Hazel ya se había girado.

Miró primero su pie, luego su cara, y le dedicó una sonrisa irónica.

—Cuando esto termine —dijo él muy serio—, voy a quemar estas botas.

Y quizá mi ego con ellos.

CAPÍTULO
ONCE

—Siento molestarla, señorita. ¿Tiene un minuto para hablar de...?

—No, lo siento. Stephanie le dedicó una sonrisa educada, casi de disculpa, al hombre que aguardaba frente a la mesa decorada con el logotipo y la información de la organización benéfica para personas sin hogar, Shelter.

Odiaba pasar por delante de aquellas mesas; de repente se sentía abrumada por la culpa cada vez que estaba demasiado ocupada o no le interesaba el tema. Por suerte, esta vez tenía una excusa. El móvil empezó a sonar justo cuando salía del hospital. Se apartó a un lado de las puertas correderas y sacó el dispositivo. Una ráfaga de viento gélido sopló una nube de humo de tabaco en su dirección justo cuando inhalaba por la nariz. Espeso, empalagoso. Le dieron ganas de arcadas. Durante un breve periodo de su vida, había fumado. Fue a esa edad en la que era una adolescente rebelde y descubrió que la ayudaba a calmar los nervios y a aliviar la ansiedad que se le instalaba en los hombros. Pero una mañana, tras perseguir a un sospechoso por las calles de Chelmsford como agente de policía —y fracasar debido a su mermada capacidad pulmonar—, decidió que ya era suficiente. Aquella mañana se fumó su último cigarrillo.

Desde entonces, no había vuelto a desearlos ni se había sentido tentada de probarlos. El único problema era que, sin embargo, el olor activaba algo distinto en su cerebro. Ponía en un frenesí a las sinapsis responsables de los antojos de comida. A veces, después de un atracón o de purgarse, se fumaba un cigarrillo para enmascarar el sabor. Sabía que era como tapar estiércol de caballo con excrementos de perro. Pero, al menos de esa forma, cuando le hablaba a la gente de cerca, su aliento olía a humo en lugar de a vómito. Como resultado, el vínculo entre la comida rápida, los atracones, las purgas y el tabaco se había entrelazado. Ahora, un rugido lento, como la marea alta, empezaba a agitarse en su estómago.

El nombre en la pantalla decía: Milton.

Respondió a la llamada, se alejó del olor y se puso el teléfono en la oreja.

—¿Cómo estás, mi inspectora favorita, esta mañana? —preguntó el periodista de *Surrey Live*.

Como si fuera una señal, el dolor le recorrió el brazo. —Poniéndolo todo en una balanza, diría que es un sólido cinco sobre diez.

—Justo en medio —dijo Milton—. Qué decepción. Esperaba al menos un seis.

Stephanie resopló, girando el hombro como reacción al dolor del brazo. —¿Es para que, *después* de nuestra conversación, mi día no se arruine tanto?

Él jadeó al otro lado del teléfono. —Me ofendes. Creo que para cuando terminemos, habrás subido a un ocho.

Ella abrió la boca para responder, pero otra ráfaga de humo de tabaco le llegó a la cara. Hizo una mueca y cruzó la calle hacia el aparcamiento. Una ambulancia, con las sirenas aullando, se

acercaba rápidamente, lo que la obligó a recorrer a saltos los últimos pasos hasta ponerse a salvo.

—¿Dónde estás? —preguntó Milton.

—En el hospital.

Una pausa.

—Eso no tendrá nada que ver con cierto hombre que se ha despertado en mitad de Haslemere con palos y piedras incrustados en su interior, ¿verdad?

—¿Qué? —dijo ella, desconcertada.

—Entonces eso es un sí.

—¿Cómo sabes eso? —exigió Stephanie—. No he dado instrucciones a nadie de mi equipo para que comparta esa información. Ha ocurrido esta misma mañana. Apenas es información interna todavía.

—Yo...

—Ahora mismo estoy en un uno, Milton. A menos que puedas explicarte.

—Tranquila, fiera —rió él suavemente—. No me lo ha dicho nadie de tu equipo.

Ella apretó el teléfono con más fuerza. —¿Entonces quién?

—Uno de los amigos de la víctima —dijo Milton—. Nos llamó hace unos veinte minutos. Me lo contó todo.

Stephanie cerró los ojos un momento.

Mark.

Por supuesto.

—¿Él te habló de... los palos? —preguntó con cautela.

—No en términos médicos —respondió Milton—. Tenía facilidad de palabra, pero no me costó mucho hacerme una idea.

Se le encogió el estómago.

—Y —continuó Milton—, cree que las cosas van demasiado despacio. Que vosotros —tenía mucho interés en mencionarte un par de veces— os estáis durmiendo en los laureles. Quiere que se haga algo. Rápido.

—¡¿Qué espera?! ¡Hace menos de dos horas que me he enterado! —estalló Stephanie, alzando la voz antes de poder evitarlo. —Lo siento —dijo—. No quería gritar. No iba por ti. Es solo que... —se interrumpió, sacudiendo la cabeza—. Rabia mal dirigida.

Milton rió suavemente por la línea. —Bueno, yo diría que eso te ha hecho subir a un tres. *Como poco*.

Stephanie soltó un bufido que casi podría haber sido una risa y empezó a caminar de nuevo, serpenteando entre los coches aparcados. Su cabestrillo rozaba el metal frío al pasar.

—Oye, quería preguntarte... ¿Cómo estás? —preguntó Milton en voz baja, habiendo perdido ya el tono ligeramente coqueto—. Ya sabes... desde lo de Clive.

Stephanie aminoró el paso.

—Bien —dijo de inmediato—. Estoy bien.

Milton tarareó. —Eso ha sido rápido.

—He vuelto al trabajo —añadió ella, como si eso lo explicara todo —. Simplemente sigo adelante.

—No has estado fuera mucho tiempo.

—No puedo permitírmelo. Se detuvo junto a su coche y se apoyó en él, observando los trozos de escarcha que los limpiaparabrisas habían desplazado a un lado del parabrisas—. Necesito estar trabajando, moviéndome, haciendo algo, pensando en otra cosa que no sea aquella noche. Si no, no me gusta por dónde va mi cabeza.

—Lo entiendo —respondió Milton—. Pero... es importante tomarte tu tiempo con estas cosas y asegurarte de no quemarte

intentando demostrarte algo a ti misma o a alguien que no busca tu mayor bien.

Ella no respondió a eso. En su lugar, abrió el coche y entró.

—En fin, volviendo a tu fuente —dijo ella, reconduciendo la conversación a donde correspondía—. ¿Vas a publicar algo?

—Todavía no —dijo Milton—. Te he llamado a ti primero. Cortesía profesional.

Una pausa.

—Pero se sabrá, Steph. Te guste o no. Si no es a través de nosotros, estoy seguro de que Mark es tan ruidoso en internet como lo es en el mundo real.

Sabía que tenía razón. En los tiempos que corren, la información se filtraba como el pus de una herida infectada. Podías frenarla, pero no detenerla por completo.

Giró la llave en el contacto. El motor tosió, luego se estabilizó y un segundo después la calefacción cobró vida, lanzando aire directamente a su cara.

Durante un momento, ninguno de los dos habló.

Solo el ronroneo bajo del motor, el rugido del ventilador y el leve crepitar de la línea.

Entonces Milton se aclaró la garganta. —No tienes de qué preocuparte —dijo—, no publicaré nada hasta que tú lo confirmes. O al menos hasta que nos envíes algo por escrito.

Sus hombros se relajaron una pizca. —Gracias, te lo agradezco.

—No hay de qué. Aunque tengo curiosidad: ¿llegará por correo electrónico o lo entregarás en mano otra vez? Me temo que has sentado un precedente peligroso.

Ella soltó una carcajada corta. —Un precedente peligroso, sí. Aunque solo tengo un brazo, así que no voy a poder apañármelas.

—Ah —dijo él—. ¿Es ese otro de los motivos por los que estás en el hospital?

—Solo un esguince —respondió ella—. Nada dramático.

Otra pausa, más ligera esta vez.

—Entonces —dijo Milton—, ¿en qué número estás ahora?

Ella se lo pensó, observando cómo la condensación desaparecía rápidamente del parabrisas—. Cuatro.

—¿Cuatro? —repitió él—. Me ofendes. Me estoy esforzando al máximo aquí.

—Lo has hecho —dijo ella—. Por eso me has hecho subir del tres.

—Dame tiempo, conseguiré que subas más. Hablando de eso: si no voy a verte cuando llegue la nota de prensa, ¿qué tal si te veo fuera del trabajo, fuera del entorno profesional? Han abierto una cafetería muy agradable en Guildford...

Stephanie no respondió de inmediato. Miró a través del parabrisas hacia el aparcamiento, a la gente que iba y venía. Su propio reflejo flotaba débilmente en el cristal: ojos cansados, piel pálida y el cabestrillo trazando una línea extraña sobre su cuerpo.

Milton tenía razón. De forma irritante además.

No iba a admitírselo a él, pero la propuesta de tomar algo la había hecho subir a un seis, un punto mejor que cuando había empezado la conversación.

CAPÍTULO
DOCE

El caucho del volante estaba caliente bajo las yemas de sus dedos helados. El aire caliente seguía saliendo a chorros del salpicadero, pero apenas servía para calentarlos. Los coches pasaban a toda velocidad, sorteando su torpe modo de aparcar, pero ella era ajena a todo.

Sus pensamientos estaban consumidos por una sola cosa.

La oferta de Milton.

De acuerdo, solo era un café. Pero era fuera del trabajo, ya no era algo profesional. Era personal. Una cita. El pensamiento desencadenó algo en su interior. Miedo. Un miedo abyecto, puro. Un miedo que se había extendido rápidamente por su cuerpo y su cerebro como una enfermedad, agravando los impulsos que había sentido antes: el humo, las punzadas de hambre y el miserable deseo de darse un atracón y purgarse, repitiendo el ciclo.

Estaba aparcada frente al local de kebabs. Las nubes de la mañana se habían esfumado y el cielo sobre ella estaba ahora impoluto, intacto, un lienzo casi en blanco de blanco y azul, con matices anaranjados y sin rastro de amenaza de lluvia. Una ráfaga de aire salado y espeso, denso por el hedor a grasas saturadas y aceite, entró por las rejillas de ventilación. Inhaló profundamente,

como si respirara bien por primera vez tras un resfriado. Su cuerpo experimentó un hormigueo de deleite ante la idea de que la comida tocara la punta de su lengua. El primer sabor, la sal, la grasa; sus receptores de dopamina se pusieron a pleno rendimiento, recordándole por qué lo hacía.

Pero no pensaría en el arrepentimiento ni en la segunda parte del proceso. La parte que le recordaba que no valía nada, repitiendo las palabras de su padre como un equipo de música dentro de su mente. Esa parte llegaría, sin duda, pero todavía no.

Tenía que completar la primera parte del proceso.

Abriendo la puerta de golpe, sin prestar atención al tráfico que se acercaba, salió del coche, cerró de un portazo y se apresuró hacia el local de kebabs. El bochorno y la vergüenza incipiente la obligaron a agachar la cabeza, por miedo a que alguien la reconociera. Aunque no había nada malo en disfrutar de una deliciosa comida de pollo y verduras, el tabú que representaba suscitaba paranoia y temor en su mente.

Abrió la puerta del local y recibió de golpe una ráfaga de calor. La sensación de hormigueo en su cuerpo se intensificó. Un hombre estaba detrás de un mostrador brillantemente iluminado, llevaba, de entre todas las cosas, una camiseta blanca. No era la opción que ella recomendaría. Detrás de él, una pierna de carne giraba en vertical en un asador, tenuemente iluminada de un rojo apagado por el resplandor de la lámpara de calor que tenía al lado. Al fondo, un compañero preparaba los diversos acompañamientos.

—¿Qué hay, señorita? —dijo él, poniéndose ya manos a la obra con el siguiente pedido.

Lo reconoció al instante. El mismo hombre que la había atendido al menos tres veces antes. El mismo hombre que compartía su secreto. Él no lo sabía, pero era su facilitador, cómplice y culpable de

alimentar su sucio hábito, su asquerosa adicción, del mismo modo que un corredor de apuestas alimenta la búsqueda del subidón de una victoria por parte de un apostador.

—¿Lo de siempre?

Las palabras eran tan sencillas y, a la vez, tan destructivas. Siempre la pillaban por sorpresa. Su relación, su vínculo, se confirmaba y se estrechaba por el conocimiento compartido de lo que ella quería devorar. Antes de que pudiera hacer nada, sus reflejos confirmaron el pedido y el hombre se puso a prepararlo. Cogió un pan plano y lo soltó sobre la plancha caliente con un hábil giro de muñeca. La masa siseó al entrar en contacto con el calor, llenándose de burbujas casi al instante. Se giró hacia el asador, con el cuchillo reluciendo mientras afeitaba finas virutas de pollo del espeto; la carne caía en cintas sobre el papel.

El olor la golpeó de lleno en el pecho.

Sal. Grasa. Tostado.

Se le hizo la boca agua. El estómago se le contrajo como si hubiera estado vacío durante días en lugar de minutos. Observó, hipnotizada, cómo él metía la carne en el pan, añadía lechuga, un puñado de cebollas y una pizca de tomates. Luego vinieron las salsas. El pan cedió bajo el peso de todo aquello, empapándose antes de tener siquiera una oportunidad, pero a ella no le importó. No permanecería en su boca el tiempo suficiente como para que pudiera saborear nada de eso.

Después vinieron las patatas fritas. Sumergió la cesta en la freidora. El aceite rugió y burbujeó violentamente, con un sonido agudo y hambriento. Unos minutos después, las patatas se volcaron en una bandeja, bañadas en sal, y luego se metieron en una caja de cartón que se oscureció de inmediato con la grasa. Envolvió el kebab

apretado en papel de aluminio, doblando los extremos, y luego deslizó ambos productos en una bolsa de papel blanco.

—Aquí tienes —dijo, dejándola sobre el mostrador.

Pagó rápidamente, apenas registrando el ruido que hacía la caja registradora, cogió la bolsa y salió por la puerta. De vuelta en el coche, lanzó la bolsa al asiento del pasajero y cerró la puerta de un portazo. El olor llenó el habitáculo al instante. Abrió la bolsa con los dientes.

El papel de aluminio le quemó los dedos mientras lo retiraba, dejando a la vista el kebab. La salsa traspasaba el pan, acumulándose en los pliegues. No esperó. Lo levantó con ambas manos —con dificultad debido al cabestrillo— y mordió con fuerza.

El primer bocado fue el paraíso.

Sal, calor y grasa estallaron en su lengua. Masticó demasiado deprisa, apenas masticando, tragando antes de que su cuerpo pudiera seguir el ritmo. Otro bocado. Más grande. La salsa se le embadurnó en los labios y goteó sobre su chaqueta. No le importó.

Para cuando se detuvo, el kebab se había acabado y las patatas se habían reducido a un rastro de sal y grasa en el fondo de la caja. Tenía el estómago dolorosamente lleno, dilatado, un peso pesado y nauseabundo que la hundía en el asiento.

Su respiración se ralentizó.

Durante unos segundos —preciosos y fugaces segundos— no hubo nada más. Ni Milton. Ni Stuart Pritchard. Ni el ciervo. Ni palos y piedras.

Solo la misma vergüenza silenciosa e inevitable que empezaba a asomar de nuevo, trayendo consigo los ecos de su padre.

CAPÍTULO
TRECE

La puerta del cubículo chirrió cuando Stephanie la empujó para abrirla. Se movía con lentitud y deliberación, como si cualquier movimiento brusco pudiera hacer añicos la poca compostura que le quedaba. Le ardía la garganta y le escocían los ojos. Se enjuagó la boca en el lavabo, escupió y luego se quedó mirando su reflejo. Estaba tan pálida como la taza del váter en la que había estado vomitando momentos antes, a excepción del rubor rojo de sus mejillas. Tenía el pelo lacio, con varios mechones cayéndole sobre los ojos. Se dio unos golpecitos en los labios con una toalla de papel, se limpió las comisuras de la boca y se restregó las manos de nuevo, a pesar de que ya estaban limpias.

Normalmente, era cuidadosa.

Normalmente, esto pasaba en casa o en algún otro lugar. En algún sitio seguro, privado. No en la oficina. Pero en ese momento, no le importaba. Había algo casi desafiante en hacerlo allí: en los aseos de la comisaría, a unos metros de su mesa, rodeada de colegas haciendo su trabajo, rodeada del riesgo de ser descubierta. Era como si una parte de ella quisiera que la descubrieran. O que la castigaran.

Tiró el papel a la papelera y se irguió.

Fue entonces cuando se abrió la puerta.

Stephanie se quedó helada.

La detective Olivia Willard entró, ya a medio paso, y luego se detuvo en seco al verla. La pausa entre ellas se prolongó, densa e inequívoca. El rostro de Olivia se contorsionó al reconocer lo que pasaba. Sus ojos se dirigieron al cubículo detrás de Stephanie, al lavabo, a su cara, y luego volvieron a empezar.

Olivia suspiró. —Steph…

Esa única palabra encerraba mucho significado, saturada de una compasión maternal.

—¿Qué? —respondió Stephanie, intentando sonar dubitativa.

—¿Estabas haciendo…? ¿Desde cuándo has vuelto? —preguntó en voz baja.

Stephanie parpadeó. —¿Qué?

—No lo hagas —dijo Olivia, levantando una mano—. No te hagas la tonta conmigo. ¿Cuánto tiempo hace que recaíste?

Stephanie no dijo nada.

El instinto maternal de Olivia estaba ahora en pleno apogeo. —Steph… Pensaba que tenías esto bajo control.

—Lo tengo —dijo Stephanie rápidamente—. Lo tengo bajo control.

Olivia se acercó, bajando aún más la voz. —No haces *eso* cuando lo tienes bajo control.

Stephanie tensó la mandíbula. Miró hacia otro lado, fijando la vista en una grieta de la pared de azulejos. —Ha sido algo puntual.

—Eso es lo que dijiste la última vez —replicó Olivia—. Y la vez anterior.

El silencio creció entre ellas, cargado de cosas que ambas recordaban y querían decir.

—No te estoy echando la bronca —continuó Olivia—. Pero me diste un susto de muerte cuando me enteré por primera vez. Me prometiste que buscarías ayuda. Me prometiste que dejarías de permitir que esto controlara tu vida.

Stephanie se estremeció. —Yo no dije eso.

—Dijiste que lo estabas gestionando.

—Y *lo estoy haciendo* —espetó Stephanie, para suavizarse de inmediato—. Lo estoy haciendo. Solo… he tenido un desliz.

—¿Es por él? —preguntó Olivia, estudiando su rostro.

No pronunció su nombre. No hacía falta.

—No —dijo Stephanie al instante—. No lo es.

Olivia enarcó una ceja. —Ni siquiera te lo has pensado.

—Estoy bien —insistió Stephanie—. De verdad.

—Acabas de vomitar en los baños del trabajo.

—Es por el brazo —le espetó Stephanie—. Son los analgésicos.

Hubo otra pausa.

Los hombros de Olivia se hundieron ligeramente, al perder las ganas de pelear. —No quiero perderte —dijo en voz baja—. No por esto. No después de todo lo demás.

Stephanie se obligó a sostenerle la mirada.

—Lo tengo dominado —dijo, ahora más calmada, más firme—. Sé lo que hago. No hace falta que te preocupes.

Olivia escrutó su rostro durante un largo momento, claramente poco convencida. —Si me entero de que me estás mintiendo…

—No lo harás —intervino Stephanie—. Porque no lo estoy haciendo.

No era verdad. No del todo. Pero era lo suficientemente parecido como para que colara.

Olivia asintió lentamente. —Vale.

Dio un paso atrás para volver a darle espacio a Stephanie. —Solo… no me dejes fuera. Es todo lo que te pido.

Stephanie esbozó una sonrisa tensa. —No lo haré.

Cuando Olivia se dio la vuelta para marcharse, Stephanie captó su propio reflejo una vez más en el espejo: ahora más serena, con la máscara firmemente colocada de nuevo.

Bien.

Estaba bien.

Y si lo decía las suficientes veces, quizá algún día se lo creería.

CAPÍTULO
CATORCE

Apenas llevaba unos instantes en su mesa, terminando de acomodarse en su incómoda silla de cuero, cuando alguien llamó a la puerta. Stephanie hizo una señal para que pasaran, haciendo una mueca cuando el dolor le recorrió la muñeca. Un segundo después, el DS Noah Mackenzie asomó la cabeza. Esa mañana llevaba una chaqueta de pana de color amarillo mostaza sobre un jersey de cuello vuelto turquesa, de un tono tan brillante que le habrían dolido los ojos si lo hubiera mirado demasiado tiempo. Llevaba una bufanda estampada —algo abstracto y agresivamente artístico— enrollada al cuello. Los pantalones eran granates, las zapatillas blancas y sospechosamente impecables, y sus gafas eran de una montura gruesa de color verde traslúcido.

Noah entró del todo en el despacho con una sonrisa radiante. —Buenos días, jefa.

Stephanie lo observó de arriba abajo. —Pareces una macedonia de frutas.

Él sonrió con sorna. —Veo que ya estás sacando a relucir el Clive que llevas dentro.

Stephanie abrió la boca para responder, pero no le salieron las palabras.

—Perdona —dijo él rápidamente—. No quería... No es el momento. No debería haber...

Stephanie se aclaró la garganta y se removió en la silla. —No pasa nada. Ha... ha dejado el listón muy alto, pero al menos he tenido un buen comienzo.

La indumentaria ecléctica y elegante de Noah no era del gusto de todos, pero su antiguo inspector jefe había sido quien más sabía apreciarla.

—Por supuesto. En fin... —Echó un vistazo a su propia ropa—. Quería ir de profesor de geografía de toda la vida.

Ella sonrió con ironía, aunque sin muchas ganas; el comentario anterior aún flotaba en el aire.

Noah cerró la puerta tras de sí y se detuvo de inmediato. —Madre mía, qué calor hace aquí. ¿Has robado lava de Islandia o algo así?

—Han arreglado la ventana —dijo Stephanie, señalando con el pulgar hacia la ventana que tenía detrás.

—Esto parece una sauna. —Miró el radiador—. ¿Hay algún motivo por el que la calefacción siga encendida?

—Sí —respondió ella—. Por si la ventana vuelve a romperse; prefiero que el frío reduzca la temperatura interior a algo agradable en lugar de morir congelada. Además, no lo pago yo, así que...

—Me parece justo. Que se joda el sistema.

Al acercarse a la mesa, se percató finalmente del cabestrillo.

—Cielo santo, Steph —dijo—. ¿Qué te ha pasado?

Ella siguió su mirada. —Un esguince.

—¿Cómo?

—Un incidente con la bici esta mañana.

Él hizo una mueca de simpatía. —Al menos eso te libra de hacer papeleo.

—Esa es la única ventaja, por desgracia. Aunque conducir es un suplicio. Menos mal que aquí conducimos por la izquierda.

Sonriendo, Noah se sentó en el borde de la silla frente a su escritorio, mientras la bufanda se le deslizaba dramáticamente por un hombro.

—¿Qué tal el fin de semana? —preguntó, acomodándose como si no acabara de mencionar al difunto cuya sombra aún permanecía en la habitación.

Stephanie se recostó con cuidado, probando la silla antes de apoyar todo su peso. —Tranquilo. ¿Y el tuyo?

—Clase de natación con Amelia —dijo Noah—. Lo que implicó a treinta niños chillando, dos socorristas que parecían estarse replanteando sus decisiones vitales y un niño de siete años con manguitos dándome una patada en las costillas.

Ella soltó un bufido. —¿Y la otra?

—Trinity está mala —respondió él—. Fiebre. Mocos. Toda la experiencia de un niño victoriano. He dormido en el suelo de su habitación como si fuera una especie de institutriz.

—¿Era la cama demasiado pequeña?

—He aprendido la lección después de caerme de ella demasiadas veces a lo largo de los años.

—Muy astuto.

Noah se removió en la silla y el humor desapareció ligeramente mientras volvía a mirar hacia la puerta.

—¿Qué querías, Noah? —preguntó ella.

—Ah —dijo él, como si recordara algo de poca importancia—. El jefe de policía está aquí.

Las palabras cayeron como un plato roto al suelo.

Stephanie se quedó de piedra.

—¿Qué?

—Está en la oficina —dijo Noah.

Se le aceleró el pulso. —¿Por qué?

Él la miró, confundido. —Ha dicho que viene a verte. Supongo que tienes una reunión.

—No tengo nada en la agenda —dijo ella, más para sí misma que para él—. No recuerdo haber aceptado ninguna reunión. Me acordaría de algo así.

—Yo... ¿quieres que intente deshacerme de él?

Se le secó la boca. Se incorporó en la silla y apoyó los dedos en el borde de la mesa. —¿Te ha dicho qué quería?

Noah negó con la cabeza. —No se lo he preguntado.

—¿No se lo has preguntado? —repitió ella, incrédula.

Él hizo una mueca. —En mi defensa diré que, cuando el jefe de policía pregunta dónde estás, no te pones a replicar con un «¿Y a cuento de qué?».

Ella soltó un suspiro lento por la nariz, obligándose a reprimir el brote de pánico. Su mente repasó todas las posibilidades: el caso, la prensa, Clive, su baja, su reincorporación al trabajo. No le gustaba la idea de hablar de ninguna de ellas.

—Genial —masculló—. Simplemente genial.

Noah se levantó de la silla y se alisó la chaqueta. —Te... te daré un minuto.

—Gracias —dijo ella, aunque su voz sonó débil—. Que pase.

Se dirigió hacia la puerta, pero se detuvo con la mano en el pomo.

—Noah —dijo ella rápidamente.

Él se dio la vuelta.

—No tendrás chicle, ¿verdad?

Una sonrisa iluminó su rostro mientras se echaba la mano al bolsillo. —¿Dónde está Giles cuando se le necesita? Lo último que

supe es que anda revolcándose en mierda de perro por el bosque.

—¿Qué?

—Nada. —Noah metió la mano en el bolsillo de la americana y le lanzó un paquete de chicles abierto. Ella lo cogió con una mano, desenvolvió uno rápidamente y se lo metió en la boca.

—Me has salvado la vida —dijo.

—Para eso estoy —respondió él—. Quédatelo. Puede que necesites más.

CAPÍTULO
QUINCE

Llamaron a la puerta con más suavidad de la que ella esperaba.

Stephanie se enderezó en la silla, rotó los hombros una vez y exclamó: —Adelante.

La puerta se abrió y el jefe de policía entró en el despacho.

Era un hombre de unos cincuenta y pocos años, con un aspecto que sugería que había sido esculpido para la autoridad más que haber crecido hasta alcanzarla. Alto pero sin resultar imponente, de hombros anchos pero sin ser corpulento. Su uniforme de policía era oscuro, hecho a medida e impecable; de esos que no se arrugan por muy largo que sea el día. Como pasaba la mayor parte del tiempo detrás de un escritorio en lugar de persiguiendo criminales, una parte de Stephanie pensó que se debía más a eso que a un sastre particularmente habilidoso. Llevaba el pelo muy corto y disciplinado, con canas plateadas que asomaban pulcramente por las sienes bajo su gorra de plato. Las arrugas de su rostro se las había ganado a pulso, profundizadas por años de decisiones difíciles y no por falta de sueño.

Se movía con la confianza serena de quien nunca ha necesitado alzar la voz para ser escuchado.

El jefe de policía Neil Robins.

Un hombre de la policía de Surrey de los pies a la cabeza. Se había alistado nada más terminar los estudios y había ascendido de forma constante y metódica. De uniforme a la CID, y de la CID al alto mando. Sin escándalos, solo una trayectoria larga y sólida marcada por logros que nunca salían en los periódicos, pero que se recordaban en voz baja en las salas de reuniones: desmantelar una red de narcotráfico antes de que se extendiera, supervisar un importante grupo de trabajo contra la explotación infantil y dirigir el cuerpo a través de los recortes presupuestarios sin vaciarlo por completo.

Stephanie se dio cuenta de pronto de que no recordaba haberse sentado a solas con él de esta manera desde su regreso a la policía de Surrey.

Clive siempre se había encargado de tratar con los peces gordos.

Neil cerró la puerta tras de sí y se tomó un momento para observar el despacho; sus ojos recorrieron el radiador que zumbaba bajo la ventana, los archivos apilados con orden en el escritorio, la pequeña planta que ella había puesto para darle un toque personal y el cabestrillo que le cruzaba el pecho con torpeza.

Neil dio un paso adelante y le tendió la mano.

—Stephanie —dijo con voz calmada y firme—. Gracias por recibirme.

Stephanie echó la silla hacia atrás y se puso en pie. El instinto tomó el control y alargó la mano derecha antes de que el dolor le recordara por qué era una mala idea. Hizo una mueca.

—Lo siento —dijo cambiando de posición—. El derecho está fatal. Tendré que usar el izquierdo.

Hubo un brevísimo destello de sorpresa en el rostro de él, y luego se adaptó sin comentarios, cambiando el apretón de manos

con fluidez. Su agarre fue firme pero no aplastante, cálido contra los dedos más fríos de ella.

—No hay por qué disculparse —dijo Neil, bajando la mirada hacia el cabestrillo—. ¿Qué ha pasado?

—Un accidente con la bicicleta —respondió Stephanie—. Una mezcla de madrugón, suelo mojado y poco juicio.

Una comisura de su boca se curvó ligeramente. —Conozco esa sensación. Yo también he pasado por eso. ¿Le duele?

—Sobreviviré.

Él le soltó la mano y señaló la silla. —Por favor.

Se sentaron.

Neil se quitó la gorra y la colocó con cuidado sobre el escritorio, alineándola con el borde, antes de aclararse la garganta. —Espero no interrumpir nada urgente.

—No —dijo ella, agradecida de que no hubiera ninguna cita en el calendario que se le hubiera pasado—. Nada que no pueda esperar.

Él se removió ligeramente en la silla. —No le quitaré mucho tiempo —comenzó Neil—. Sé que tiene mucho trabajo acumulado.

Stephanie asintió, pero no habló.

—Quería venir personalmente —continuó él, cruzando las manos relajadamente sobre el regazo— para ver cómo se encuentra. Después de... todo.

La pausa llevaba implícito el nombre de Clive sin necesidad de pronunciarlo.

—Se lo agradezco —dijo Stephanie. Su voz sonaba más firme de lo que se sentía.

—Lo que le ocurrió al inspector jefe McGowan fue —Neil buscó brevemente la palabra adecuada— horroroso. No tiene sentido suavizarlo. Era un orgullo para este cuerpo y, claramente, alguien a quien usted y el equipo admiraban profundamente.

Ella tragó saliva. —Así es.

Neil inclinó la cabeza, reconociéndolo. —¿Cómo lo lleva el equipo?

Stephanie reflexionó un momento. Pensó en cómo, a pesar de todo lo ocurrido, todos se las habían apañado para reponerse y seguir adelante como si nada hubiera pasado, a su manera.

—Van tirando —dijo ella—. Cada uno lleva el duelo de una forma distinta.

—Cierto. Él la estudió un instante. —¿Y usted?

—Yo... también voy tirando.

—Sé que Clive se encargaba de la mayor parte del enlace con la jefatura —dijo él—. Protegía a sus inspectores del... ruido administrativo.

Peces gordos, en otras palabras, pensó Stephanie.

—Sí —asintió ella—. Se le daba bien.

—Lo que significa que ha tenido muy poco contacto directo conmigo hasta ahora —continuó Neil—. Soy consciente de que esto es un cambio.

Ella esbozó una pequeña sonrisa evasiva. —Tengo capacidad de adaptación.

—Eso he oído.

Hubo una pausa.

—Estamos en las primeras fases de la búsqueda de un sustituto para Clive —dijo Neil—. No es un proceso que vayamos a apresurar. La estabilidad es importante para un equipo y para la organización, especialmente tras una pérdida así. Lamentablemente, no abundan los buenos candidatos, y es importante que acertemos.

Stephanie esperó.

—Mientras tanto —prosiguió él—, alguien tiene que mantener las cosas en marcha. Alguien tiene que llevar las riendas.

Stephanie tensó los hombros.

—Usted ya lo está haciendo —añadió Neil con ligereza—. Entre comillas, de forma extraoficial.

Ella le sostuvo la mirada. —Solo hago mi trabajo, señor.

—Exactamente. Él se reclinó un poco. —¿Ha pensado en lo que hablamos?

Durante un momento ella no dijo nada, preguntándose a qué se refería. Y entonces lo comprendió. Una conversación que habían tenido poco después de la muerte de Clive. Lo que ella había descartado como un comentario sin importancia sobre que ella cubriera el puesto de Clive, hiciera el examen de inspector jefe, se presentara al cargo, hiciera la entrevista y se pusiera plenamente en su lugar. Lo había escuchado a medias y lo había ignorado otra mitad, sin tomárselo en serio. No había pensado que volvería a salir el tema, pero ahora lo tenía delante, en medio de la habitación, y no había escapatoria.

—No he tenido tiempo de pensar en ello —dijo con cautela—. Y, sinceramente, no creo que pueda permitirme ese tiempo. No con el caso que ha entrado esta mañana.

La expresión de Neil se suavizó un ápice. —Es comprensible. Si no sirve para otra cosa, será una etapa de aprendizaje. Gestionar una investigación importante sin un inspector jefe en el puesto. Ver cómo maneja la presión. Una oportunidad.

Ella alzó por fin los ojos hacia él.

—¿Una oportunidad?

—Para aprender —dijo él—. Para gestionar. Para ver cómo asume la responsabilidad mientras no tengamos a un inspector jefe permanente.

Una prueba de fuego.

—Tendrá apoyo —añadió él—. Naturalmente. Pero solo si lo necesita.

El silencio se prolongó. Fuera, alguien se rió. Sonó un teléfono.

Neil se puso en pie, cogió su gorra y se la metió bajo el brazo. —Mi intención no era presionarla —dijo—. Solo... abrir la puerta.

Stephanie se levantó más despacio esta vez, con cuidado de su muñeca. —Le agradezco que haya venido.

Se estrecharon la mano. —Como he dicho, es algo para que lo piense. Tómese su tiempo. Céntrese en usted y en el equipo. Estoy seguro de que volveremos a hablar. Se detuvo en la puerta. —Cuídese, Stephanie. Si necesita ayuda, me tiene a una llamada de distancia.

Ella le mantuvo la mirada. —Lo sé, señor. Gracias.

Neil asintió una vez más, con un movimiento breve y deliberado, abrió la puerta y salió al pasillo. El clic al cerrarse tras él sonó fuerte, sellando la habitación a su alrededor. Stephanie se quedó de pie un momento, mirando la veta de la madera donde antes estaba el hombro de él. El despacho se sentía diferente ahora. Más silencioso. Más frío. Como si su presencia hubiera absorbido algo vital del aire al marcharse.

Soltó el aire que no se había dado cuenta de que estaba reteniendo y se dejó caer de nuevo en su silla.

Solo entonces notó que le dolía la mandíbula.

Frunció ligeramente el ceño y movió la boca; su lengua rozó algo suave y elástico. El sabor a menta floreció agudo y artificial en su paladar.

Chicle.

Se quedó paralizada y luego soltó un bufido de risa silenciosa e incrédula al darse cuenta de que había estado mascando chicle todo el tiempo delante del jefe de policía. ¡El jefe de policía! La máxima

autoridad de toda la organización, y ella había estado masticando chicle.

Apoyó la cabeza en la mano, masajeándose la cara.

Fuera lo que fuese la puerta que Neil Robins creía haberle abierto, ella no estaba lista para cruzarla.

Todavía no.

Pero no podía fingir que no había oído la llamada.

CAPÍTULO
DIECISÉIS

El corazón le latía con fuerza contra las costillas y el pecho se le oprimía, constriñendo sus pulmones y extrayendo lentamente el aire de su cuerpo. ¿Estaba sufriendo un ataque de pánico o era algo más? Respiró hondo, intentando suprimir el dolor que le recorría el pecho con cada inhalación, pero resultaba difícil. El aire de su despacho se sentía espeso, denso y viciado. Corrió hacia la ventana, la abrió de par en par y se asomó al aire gélido, pero la ráfaga de aire caliente que escapaba hacía imposible inspirar nada. Frustrada, se dio la vuelta, cogió su abrigo y salió apresuradamente del despacho. Ignorando a sus colegas, se echó el abrigo sobre los hombros y bajó las escaleras a toda prisa. Se aferró a la barandilla para apoyarse, pero notaba los dedos de la mano izquierda entumecidos y la superficie del pasamanos se sentía distante, como si no lo estuviera tocando de verdad.

Una sensación de hormigueo le recorría el brazo izquierdo de arriba abajo.

Dios, ¿le estaba dando un infarto? Solo tenía cuarenta años. Era demasiado joven para eso. Hacía ejercicio, no bebía y sus días de fumadora quedaban ya muy atrás. Cierto, la bulimia probablemente había sometido a su corazón y a su salud general a un estrés

innecesario, ¿pero de verdad podía estar pasando esto? Que ella supiera, no había antecedentes familiares de enfermedades cardíacas. Entonces se acordó de su tío, que había muerto de un infarto en una celda de detención no hacía mucho. Pero aquello había sido en circunstancias estresantes, y ya estaba gravemente enfermo…

Bajó tambaleándose los últimos escalones, cruzó apresuradamente el vestíbulo de la comisaría y atravesó las puertas dobles de Mount Browne hacia el frío abrazo de la luz del día. Inhaló profundamente. El aire era cortante y fresco y, tras varias bocanadas, absorbiendo oxígeno como si hubiera estado atrapada en una cámara sellada durante diez años, el dolor en el pecho y el brazo empezó a remitir.

Tan rápido como había aparecido, se terminó. Un ataque de pánico. Breve, agudo, simple.

Su conversación con el jefe de policía la había inquietado de alguna manera. Quizá fuera la presión del trabajo al que ahora se enfrentaba sin Clive como respaldo. Tal vez fuera la constatación de que estaba sola, con su primera gran investigación llegando tan pronto después de su fallecimiento. No era una sensación a la que estuviera acostumbrada. Miedo, pavor. Ese inmenso sentimiento de mal agüero. Pero si iba a liderar el equipo, necesitaba superarlo. Tenía que recomponerse por el bien de las personas que confiaban en ella, aquellos que buscaban en ella guía y apoyo.

—Tienes que aclarar tus ideas, Steph. De lo contrario, todos estaremos en apuros —se reprendió a sí misma mientras se dirigía a un lateral del edificio, cerca de los cobertizos de las bicicletas, lejos de la entrada principal.

Se apoyó contra la pared de ladrillo, descansando los pies. Un dolor fantasma ardiente le recorrió las cicatrices mientras los

recuerdos de Clive inundaban su mente. La silla. La habitación fría, húmeda y oscura; la expresión de sus ojos mientras se asfixiaba y moría frente a ella.

Cerró los ojos con fuerza para desterrar las imágenes. Cuando volvió a abrirlos, se sorprendió al ver a Fiona saliendo de detrás de un furgón policial al otro lado del aparcamiento.

—Hola, jefa —exclamó Fiona—. Qué sorpresa verla por aquí. —Nubes de vapor blanco ondeaban ante su cara mientras se acercaba. Sostenía su teléfono móvil en una mano, ya que había estado enviando un mensaje—. En realidad, ¿*qué* hace aquí fuera?

—Podría decir lo mismo de ti —respondió Stephanie, desviando la atención.

—He terminado en el hospital y he decidido que no quería estar rodeada de muerte y miseria por mucho más tiempo. Ya tengo bastante de eso aquí.

—¿Cómo está Stuart?

Fiona hizo una mueca como si acabara de chupar un caramelo ácido y luego negó con la cabeza.—Nada bien. El médico cree que tiene septicemia.

—Eso no es... lo ideal.

—Que me lo digan a mí. Lo tienen en un coma inducido en este momento, así que no hay nada que nadie pueda hacer.

Stephanie hizo una pausa. —Esperemos que tengamos toda la información que necesitamos en caso de que ocurra lo peor. ¿Puedes hacer que envíen a un oficial de enlace familiar al hospital? Alguien más cualificado que cualquiera de nosotras debería estar allí con ellos.

Fiona asintió y volvió su atención a la pantalla. Antes de empezar a escribir, su teléfono sonó y ella sonrió, emitiendo un sonido que podría haberse confundido con una risa.

—¿Qué es lo que te hace sonreír de oreja a oreja?

—Nada —respondió Fiona a la defensiva.

—No parece que no sea nada.

—Es personal.

—¿Personal? ¿En horario laboral? Ahora me toca a mí interrogarte como haces tú conmigo.

Una sonrisa socarrona se extendió por el rostro de Fiona, teñida de vergüenza.

—Es Rachel —dijo finalmente.

Stephanie repitió el nombre en su mente pero no cayó. —¿Quién?

—Rachel. De la CID de Essex... de la otra semana.

Entonces lo comprendió. Stephanie recordaba perfectamente a la detective Hamilton. Durante su última investigación, ella y Fiona habían viajado a Essex para contactar con un antiguo colega y amigo, el sargento Tomek Bowen. Rachel era miembro de su equipo, y alguien por quien Fiona claramente se había tomado un interés más que profesional.

Stephanie enarcó una ceja, con la comisura de los labios temblando.

—Ah —dijo—. Rachel-la-de-Essex-Rachel. Aquella a la que definitivamente no estabas mirando en la sala de operaciones como un adolescente con su primer amor.

Fiona se guardó el teléfono en el bolsillo, con las mejillas encendidas. —Para su información, solo me está preguntando cómo lo llevo.

—Por supuesto que sí —dijo Stephanie a la ligera, ampliando su sonrisa.

—¿A qué viene esa mirada?

—A nada.

—No, venga. Suéltelo.

Stephanie exhaló lentamente. —Solo me resulta divertido cómo puedes interrogarme sobre mi inexistente vida amorosa, pero cuando las tornas finalmente cambian, te pones igual de a la defensiva.

—¡No me estoy poniendo a la defensiva!

—Queda demostrado... —Stephanie se separó de la pared—. —Vamos. Tenemos trabajo que hacer.

Fiona no dijo nada cuando llegaron a las puertas, mientras el calor salía a recibirlas al salir alguien delante de ellas. Sujetó la puerta para Stephanie.

—Espero con ansia recibir la invitación de boda.

—Váyase a la porra —replicó Fiona, siguiéndola al interior, con la sonrisa en su rostro traicionando sus palabras.

Veinte minutos después, estaban en la sala de delitos graves, una pequeña sección de la oficina equipada con una pared de pizarras blancas y la última incorporación: una mesa sacada del despacho de Clive, apenas lo suficientemente grande para un puñado de documentos y una taza de café.

Stephanie estaba de pie junto a la mesa, con una botella de agua en la mano. Noah, Olivia, Devon y Fiona formaban un semicírculo informal a su alrededor, sentados en sillas que habían traído rodando desde sus escritorios. Stephanie tomó un sorbo lento de agua para aliviar la aspereza de su garganta y quitarse de la boca el sabor a vómito, kebab y chicle.

—Bien —dijo, dejando la botella—. Así estamos. —Cogió un rotulador con la mano izquierda y se volvió hacia la pizarra—. La víctima es Stuart Pritchard, de cincuenta y cuatro años. Vive en

Grayshott. No tenemos constancia de antecedentes policiales. —Escribió su nombre y lo subrayó una vez—. Anoche estuvo en el pub The Swan con un amigo, Mark, viendo el fútbol. Se marchó sobre las diez y media y se fue a pie a casa. —Hizo una pausa, dejando que aquello calara—. Algún tiempo después de eso, ocurrió algo. Aún no sabemos dónde ni exactamente qué. Lo que sí sabemos es que Stuart se despertó en mitad de Swan Barn Farm a primera hora de la mañana, aproximadamente a las cinco y media. Solo. Sangrando profusamente. Y con un dolor extremo.

Noah se removió en su asiento.

—A pesar de eso —continuó Stephanie—, consiguió salir del bosque y llegó al hospital por sus propios medios.

—Madre mía —murmuró Devon.

—Mientras estaba en urgencias, los cirujanos descubrieron que había sufrido una grave herida abdominal —dijo ella—. Había sido abierto en canal y cosido de nuevo. Malamente. Dentro de la herida, encontraron objetos extraños: palos, piedras y ramitas.

El silencio se apoderó de la sala.

Olivia frunció el ceño. —¿Dentro de él?

—Sí —respondió Stephanie—. Fueron colocados allí, y uno de ellos tenía escrita la palabra «fanático».

—¿Fanático? —repitió Olivia.

—Eso es. Ahora bien, mi intuición me dice que la persona que colocó esos objetos intenta decirnos algo: que Stuart Pritchard podría no ser un buen hombre. —Tapó el rotulador y se volvió hacia ellos—. El único problema es que actualmente está en coma inducido debido a la septicemia. Así que no podemos preguntarle directamente si es un fanático o no. Hablamos con él brevemente antes de que su estado empeorara. Sus recuerdos son fragmentarios; recuerda haber visto un ciervo antes del ataque y

otro después de despertarse en el bosque. Si eso es real o inducido por el trauma sigue siendo incierto, y es posible que no tengamos otra oportunidad de preguntarle.

Recorrió la sala con la mirada, encontrándose con los ojos de cada uno de ellos a su vez.

—Giles está en el bosque con el equipo de búsqueda. Los perros han indicado una posible escena. Sabremos más en cuanto lo confirmen.

Devon asintió. —¿Entonces lo tratamos como la escena principal?

—Por ahora —respondió Stephanie—. Al menos, es donde Stuart Pritchard recobró el conocimiento. Si es donde fue atacado o simplemente donde lo abandonaron, aún no lo sabemos. Nuestra primera prioridad es reconstruir sus últimos movimientos conocidos —dijo, golpeando la pizarra una vez con el rotulador—. Alguien tiene que ir a The Swan. Hablad con el dueño, los camareros, cualquiera que estuviera trabajando anoche. Averiguad si Stuart mencionó algo inusual, si alguien lo vio irse o si alguien se marchó por la misma época. Devon, ¿puedes encargarte de eso por mí?

Devon asintió de inmediato. —A ello, jefa.

—A continuación —continuó ella—, tenemos que revisar las grabaciones de las cámaras de seguridad, tanto públicas como privadas. Cualquier cosa que cubra la franja horaria posterior a las diez y media. Calles cerca del pub, carreteras principales, callejones, atajos. Si se lo llevaron a la fuerza, es probable que ocurriera rápido y en silencio.

Olivia garabateó notas. —Fiona ya me ha dicho que tengo que empezar a solicitar las grabaciones de las cámaras del ayuntamiento.

—Bien —dijo Stephanie—. Y quiero un barrido completo de las cámaras domésticas a lo largo de su ruta a casa. Timbres, entradas

de vehículos... cualquier cosa que pueda mostrarnos quién se lo llevó o le hizo daño. Noah, eso es para ti.

Noah asintió. —Trazaré su ruta y me pondré con ello.

—Fantástico —añadió Stephanie—. Intentad no preguntar a su familia o amigos por qué camino habría vuelto a casa. Ya están pasando por bastante en este momento. Simplemente ampliad la red lo máximo posible, dentro de nuestros recursos y medios.

—A sus órdenes, capitana.

Se acercó más a la mesa, apoyando su mano libre en el borde.

—También hay que consultar el ANPR —dijo—. Tenemos que comprobar cualquier vehículo que se moviera por la zona durante ese intervalo de tiempo, entre las diez y media y las cinco y media. Especialmente cualquiera que parezca fuera de lugar: furgonetas, camionetas, coches dando vueltas más de una vez.

Fiona frunció ligeramente el ceño. —¿Cree que se lo llevaron a otro sitio primero?

—Sí —respondió Stephanie sin vacilar—. Lo que le hicieron no fue violencia rápida u oportunista. Alguien necesitó tiempo, privacidad y un lugar lo suficientemente cercano para trasladarlo sin llamar la atención.

Miró la pizarra del final de la fila, que mostraba un gran mapa de Surrey, marcado con zonas densamente pobladas en verde y marrón. Buscando en la parte inferior del mapa, localizó Haslemere y Grayshott, rodeando el área general donde Stuart Pritchard había sido atacado y abandonado: una distancia que abarcaba varios kilómetros de estrechos caminos rurales.

—Quienquiera que hiciera esto conoce la zona —explicó—. Vive cerca. Trabaja cerca. O tiene acceso a un lugar donde no ser molestado, como un garaje, un cobertizo o un local. Tiene que ser algún sitio local.

El silencio cayó sobre la sala mientras sus palabras calaban.

—Lo atacaron en su camino a casa —continuó—. Luego lo llevaron a algún lugar cercano, llevaron a cabo sea lo que sea esto y lo abandonaron en el bosque para que lo encontraran. Tendremos que realizar extensas indagaciones puerta a puerta, pero dada la inmensidad de esta zona, quiero que centremos nuestros esfuerzos en la casa de Stuart y el pub. Cualquiera por allí podría haber visto algo. —Stephanie se dirigió a Fiona al final—. Tú eres mi enlace entre la familia y la prensa —dijo—. Mantenme informada de cualquier cosa que creas que pueda ser relevante. Y en cuanto puedas, empieza a investigar a Stuart Pritchard. Averigua por qué quienquiera que hiciera esto creía que era un fanático, o por qué alguien podría haber tenido motivos para atacarlo. Es posible que molestara a alguien en el pasado; alguien que se sintiera agraviado por él, que le guardara rencor o resentimiento. Por favor, prepárame un informe de victimología.

Fiona se mordió una uña con nerviosismo antes de decir: —Sí, jefa.

—Este caso es extraño —continuó Stephanie, sin dirigirse a nadie en particular—. Inquietante. Y se va a poner peor antes de mejorar.

CAPÍTULO
DIECISIETE

El Swan se alzaba ante él, con sus paredes pintadas de blanco deslucidas por los años y la intemperie. Era de esperar, ya que la pequeña placa de latón de la puerta —una que Devon había leído más veces de las que podía contar— indicaba que partes del edificio databan del siglo XVII. Parecía el típico lugar donde nada había cambiado en sus cuatrocientos años de historia, a excepción de la incorporación de deportes en directo retransmitidos con una tecnología que no existía cuando se construyó.

Devon aparcó en el aparcamiento, apagó el motor y bajó a la grava fría y mojada. El aire que lo rodeaba traía el olor inconfundible del campo. De aire fresco y vigorizante de mañana. De rocío y bosque matinal. Al cerrar la puerta del coche y guardarse las llaves en el bolsillo, su mirada se dirigió automáticamente a las ventanas del pub.

Faltaba poco para el mediodía, pero ya había gente dentro.

Se dirigió hacia la entrada, con las manos hundidas en los bolsillos de la chaqueta y los hombros tensos. Con cada paso, la ironía de la situación se le asentaba con más fuerza en el estómago.

Alguien que había dependido demasiado del alcohol últimamente, enviado a un pub. Genial.

Y la idea había sido de Stephanie. Ni siquiera le había preguntado si se encontraba bien o si le importaba ir. No por crueldad; él lo sabía. Probablemente no se había dado cuenta, no se le había ocurrido comprobarlo. Seguramente estaba demasiado distraída pensando en Clive y en todo lo demás que estaba pasando; todos lo estaban.

Especialmente él.

Clive había estado con Devon desde el principio, desde que se incorporó al equipo. Lo había aguantado, había lidiado con sus arrebatos emocionales, lo había serenado e incluso lo había puesto en su sitio en ocasiones. Firme pero justo, Clive le había ofrecido guía y sabiduría, casi como una figura paterna. Por no mencionar que había sido el primero en percatarse del problema de Devon cuando estaba en pañales. No con una intervención dramática, sino mediante una charla tranquila una noche al salir de trabajar, sentados en el despacho de Clive mientras el resto del edificio se vaciaba a su alrededor.

—No pareces tú últimamente, compañero.

—¿Va todo bien?

Devon no se había dado cuenta de lo cerca que estaba del abismo hasta que Clive pronunció aquellas palabras. De cuánto se había apoyado en la bebida para mitigar el dolor de su divorcio. Clive no lo había juzgado, no lo había denunciado ni lo había hecho oficial. Se limitó a escuchar, a ofrecerle apoyo, a rebajar la carga de trabajo de Devon cuando se le hacía pesada y a estar pendiente de él sin que se notara.

Y ahora, el único apoyo verdadero que tenía había desaparecido.

Devon llegó a la puerta y se detuvo, rozando la madera fría con los dedos. La tentación clamaba con fuerza, gritándole. Sería fácil, sugirió su cerebro. Una copa. Una pinta. *No haría daño a nadie.*

Estaría bien. Nadie se enteraría. No de verdad. Algo que te ayude a dejar de pensar en él y en cuánto lo echas de menos.

Devon apretó la mandíbula y desechó el pensamiento. Nunca se le había dado especialmente bien convivir con las emociones incómodas. El alcohol siempre había sido el atajo, el interruptor para apagarlo todo. Y ahora le pedían que caminara directo a la boca del lobo.

Se recordó a sí mismo por qué estaba allí: Stuart Pritchard, un hombre que había salido de este pub la noche anterior y había acabado rajado y relleno de palos y piedras. Sean cuales fueran los demonios contra los que Devon luchaba, palidecían en comparación.

Tomó aire y empujó la puerta. Una campana tintineó sobre su cabeza y el calor lo envolvió de inmediato. Por dentro, el pub era exactamente lo que esperaba. Unas vigas de madera bajas cruzaban el techo, obligando a los clientes más altos a agacharse por instinto. El suelo era un mosaico de losas de piedra irregulares, con pesadas mesas de roble repartidas por la sala y sillas desparejadas agrupadas en torno a ellas como viejas amigas. Un fuego crepitaba en un hogar junto a la pared del fondo. Una pareja sentada en el rincón junto a la ventana compartía un almuerzo tardío. En la barra, un hombre mayor daba cuenta de media pinta, con la vista fija en un punto de la pared, por encima de los licores. En algún lugar al fondo, los cubiertos tintineaban suavemente.

Devon paseó la mirada por la sala y se dirigió a la barra. Mantuvo la vista al frente, evitando deliberadamente los tiradores alineados ante él: cerveza de barril, lager, negra. Nombres, marcas y logotipos que conocía demasiado bien. Detrás del mostrador se encontraba una mujer de unos treinta años, con el pelo oscuro recogido en una coleta y las mangas de su polo de rugby remangadas.

—Buenas, señor —dijo ella.

—Hola —respondió Devon—. Me gustaría hablar con el gerente, si es posible.

Ella arqueó ligeramente las cejas. —Es conmigo.

Él asintió, metió la mano en la chaqueta y sacó su placa policial.

—Entiendo —dijo ella despacio, pasando la mirada de la placa a su rostro—. ¿De qué se trata?

Devon bajó la voz, consciente de la pareja de la ventana y del hombre de la barra.

—Ha habido un incidente por la zona —explicó—. Anoche, relacionado con uno de sus clientes.

La expresión de la mujer se tensó casi imperceptiblemente. Miró alrededor del pub y luego volvió a mirarlo a él.

—¿Hay algún sitio donde podamos hablar? —preguntó Devon.

Ella negó con la cabeza. —La verdad es que no. Estoy sola hasta las doce y media. El personal de cocina está atrás, pero yo no puedo dejar la barra.

Devon soltó un suspiro de desánimo, luego volvió a meter la mano en el bolsillo, sacó su teléfono y buscó la fotografía. Giró la pantalla hacia ella.

—¿Reconoce a este hombre?

Se inclinó un poco hacia delante, entornando los ojos mientras estudiaba la imagen. Tardó menos de un segundo.

—Es Stuart.

Devon asintió. —¿Lo conoce bien?

—Es un cliente habitual —respondió sin vacilar—. Viene un par de veces por semana. Siempre está aquí para el fútbol. Un tipo tranquilo. No se mete con nadie.

—¿Estuvo aquí anoche?

—Sí —contestó ella asintiendo—. Vino a primera hora de la noche. Cerca de las siete, quizá poco después. Echaban el fútbol.

—¿Estaba solo?

—No. Estaba con Mark. —Hizo un gesto vago hacia el extremo de la barra, a un lugar justo debajo de una pantalla de televisión colgada en la pared—. Siempre se sientan ahí.

Devon siguió su gesto, marcando mentalmente el lugar.

—¿Qué bebió?

—Un par de pintas —dijo—. Nada fuera de lo común. Lager. Lo de siempre. No parecía bebido. Vieron el partido y luego se fueron.

—¿Notó algo extraño? ¿Alguien que los observara? ¿Alguna discusión? ¿Alguien que se fuera más o menos al mismo tiempo?

Ella reflexionó un momento, frunciendo el ceño.

—No —dijo lentamente—. Fue una noche tranquila. No viene mucha gente a ver el fútbol. Creo que salieron sobre las diez o las diez y media. A la hora de siempre.

—¿Se marcharon juntos?

—Sí. Que yo recuerde. —Vaciló—. En realidad...

La atención de Devon se agudizó. —¿En realidad?

Ella ladeó la cabeza, haciendo memoria. —Mark salió primero a fumar. Stuart se quedó dentro un minuto o dos. Se terminó la pinta, fue al baño y luego salió tras él.

Devon le dio las gracias y miró hacia la puerta. —¿Podría facilitarme las grabaciones de las cámaras de seguridad de anoche? Tanto del interior como del exterior.

La mujer asintió. —Sí. Tenemos cámaras. En la barra, en la entrada y fuera, delante del local.

Devon sintió un destello de alivio. —Eso es estupendo. ¿Habría alguna posibilidad de echarles un vistazo ahora?

Hizo una mueca de disculpa. —Ahora mismo no. El sistema está en la oficina de atrás y no puedo dejar la barra. Estoy esperando a que entre otro compañero a las doce y media.

Devon consultó su reloj. Pasaban unos minutos de las doce.

—Entonces... ¿en una media hora? —preguntó.

—Minuto arriba, minuto abajo —dijo ella—. Lo siento.

—No, no pasa nada —respondió Devon automáticamente—. Puedo esperar.

La mirada de ella se detuvo en él un segundo más de lo necesario. —¿Está Stuart...? —Dejó la frase en el aire, sin terminar de formular la pregunta.

Devon vaciló. —Está vivo —dijo con cautela—. Pero está muy grave.

Los hombros de ella se relajaron con alivio. —Cielo santo. Pobre hombre.

Cambió el peso de un pie a otro, se secó las manos con un paño y luego miró intencionadamente el espacio vacío de la barra frente a él. —Ya que va a esperar —dijo, con tono casual, educado y bienintencionado—, ¿quiere tomar algo?

Devon no respondió de inmediato.

Bajó la vista a los tiradores alineados frente a él. Palancas cromadas. Condensación en el cristal. Logotipos que conocía de memoria. Casi podía saborearla: fría, amarga, familiar. El modo en que el primer trago siempre quemaba y reconfortaba al mismo tiempo. El modo en que el ruido de su cabeza se apaciguaría, solo un poco.

Sería fácil.

Una copa. Una pinta. Nadie se enteraría, excepto la mujer que tenía enfrente. Dentro del pub, era anónimo. Nadie sospecharía nada. Y maldita sea, ¿acaso no se lo merecía? ¿Después de todo? ¿Después de lo de Clive?

Se le cerró la garganta.

Media hora, le susurró su cerebro. Puedes aguantar media hora. Solo una.

La voz de Clive afloró sin previo aviso. Calma. Firme.

No pareces tú últimamente, compañero.

Devon apartó la mirada de los tiradores y volvió a mirar a la mujer. Tragó saliva.

—Sí —dijo, después de lo que le pareció un tiempo eterno—. De acuerdo. Póngame una pinta de lager, por favor.

CAPÍTULO
DIECIOCHO

Treinta minutos se habían convertido en una hora y, aun así, todavía no había hablado con la encargada, cuyo nombre había olvidado preguntar. No porque ella no se hubiera presentado ni porque llegara tarde; de hecho, había llegado unos minutos antes de lo previsto para su turno, justo cuando empezaba el ajetreo de la hora del almuerzo. Más bien, fue la consecuencia inevitable de que una pinta se convirtiera en dos, y ahora la segunda se estaba transformando en una tercera.

Cogió la bebida de la barra con una mano y la pagó con la otra, llevándose ya el vaso a los labios. El contacto del líquido le produjo un hormigueo en las papilas gustativas, activando receptores en su cerebro, relajando sus inhibiciones, dándole sosiego y llenándolo de confianza y de recuerdos de por qué había empezado a beber en primer lugar. Se sentía como si se reencontrara con un viejo amigo, abrazándolo y sin querer soltarlo jamás.

—Estoy lista para enseñarle la grabación, si usted lo está —dijo la encargada al entrar en su campo de visión.

Devon bajó la mirada hacia el vaso que tenía en la mano. No quería soltarlo, no quería renunciar a él tan pronto después de haberlo conseguido.

—¿Puedo llevarme esto conmigo?

Ella lo estudió con atención, desviando la mirada hacia las burbujas que subían por el cristal. —Siempre que no lo derrame.

Dicho esto, Devon rodeó la barra y la siguió hasta el despacho de atrás, que servía más como sala de descanso para el personal que como otra cosa. En el interior, los sonidos y olores de la comida cocinándose y preparándose en la cocina se filtraban a través de las paredes.

—¿Qué se está cocinando? —preguntó él.

—De todo —respondió ella—. Beicon, patatas fritas, pollo, algo de pescado. Tenemos a algunos de los mejores cocineros con los que he trabajado.

—Puede que tenga que pedirles que me preparen algo antes de irme —replicó él—. No he comido nada en toda la mañana.

O más bien algo que absorbiera el alcohol y enmascarara el hedor que desprendía su aliento.

—Siempre y cuando no tenga prisa por irse a ningún sitio —añadió ella—. Todo se hace al momento, así que hay que esperar un poco, y ahora es nuestra hora punta con la gente que viene a comer. Pero créame, merece la pena.

Él le dedicó una mirada que decía que no tenía ningún lugar importante al que ir. Ya no, no después de haber bebido. No después de haberse reencontrado con un viejo amigo; un viejo amigo con el que tenía tanto de lo que ponerse al día.

—Las cámaras de seguridad... —dijo él, mientras una pequeña parte de su cerebro —la porción profesional y funcional— le recordaba que debía volver al asunto que le ocupaba.

—En el ordenador —dijo ella, y luego centró su atención en la pantalla. Activó el monitor, inició sesión y cargó las grabaciones de las cámaras de seguridad. En pocos instantes, localizó el ángulo de

cámara que mostraba a Mark Ellis y Stuart Pritchard. Ambos hombres aparecían en el centro de la pantalla, apoyados en la barra, cada uno con una cerveza en una mano y la otra apoyada en la rodilla, con las cabezas giradas hacia la pantalla del televisor en la pared como si los estuviera hipnotizando. La marca de tiempo indicaba: 22:03:48.

—El partido estaba terminando, creo —explicó ella—. Se quedaron otros veinte minutos después de esto. ¿Qué le gustaría ver?

—Diferentes ángulos, y luego el momento en que se fueron.

Ella obedeció, mostrando varios ángulos de cámara más de la zona del bar y del comedor. Devon los escrutó sumido en una nebulosa, examinando cada uno a su vez. Por lo que pudo distinguir, ninguno de los otros clientes del pub miraba a Stuart Pritchard con malicia o intenciones sospechosas.

—¿Puede avanzar hasta el momento en que se marcharon, por favor?

Ella lo hizo. Unos instantes después, ambos apartaron sus vasos de cerveza, se bajaron de los taburetes y se dirigieron en direcciones opuestas. Mark hacia fuera del pub. Stuart hacia el aseo de caballeros, saliendo para reunirse con su amigo poco después. La encargada del bar se giró en su silla para mirarlo.

—No lo quite todavía —dijo él—. Quiero ver si alguien los sigue.

Y así se quedaron allí, esperando y observando, con Devon centrando toda su atención en la salida del pub. Pero no salió nadie. Nadie se levantó de su asiento ni se aventuró hacia la puerta. Pasaron diez minutos en la pantalla, y nadie siguió a Mark ni a Stuart a casa desde el interior del pub.

—Gracias —dijo él—. ¿Qué hay del exterior? ¿Algo?

Ella pulsó un botón y la imagen en la pantalla cambió, más granulada que la grabación del interior. El aparcamiento trasero del pub llenaba el encuadre: una extensión de asfalto amplia e irregular bordeada por setos y una valla de madera baja. Había unos cuantos coches aparcados en ángulos extraños; algunos estaban perfectamente marcha atrás en los huecos, mientras que otros estaban abandonados donde a sus dueños les había apetecido parar.

Devon se inclinó más, entornando los ojos.

—¿Tiene otro ángulo?

La encargada asintió, haciendo ya clic en las opciones. —Hay una sobre la puerta principal —dijo.

La vista cambió de nuevo.

Esta vez, la cámara estaba fija sobre la entrada del pub, enfocando hacia abajo, hacia la pesada puerta de madera y una estrecha franja de acera más allá. La carretera de enfrente estaba fuera de la vista, cortada del encuadre. Todo lo que Devon podía ver era el umbral, el letrero del pub balanceándose suavemente sobre sus cabezas y un trozo de pared donde el edificio se encontraba con la calle.

—Póngala —dijo Devon.

Ella pulsó la barra espaciadora.

La puerta se abrió de golpe y Mark salió primero, con la chaqueta abrochada y el mechero ya en la mano. Se detuvo justo fuera, protegiendo la llama mientras se inclinaba para encender su cigarrillo. Se quedó allí unos minutos, fumando lentamente, aspirando el humo hasta los pulmones. Poco después, Stuart le siguió, ajustándose más el abrigo, con los hombros encogidos contra el frío. Dijo algo y Mark se rió con la cabeza echada hacia atrás. Se quedaron allí un momento, dos siluetas enmarcadas por el cálido resplandor que salía del pub a sus espaldas. Entonces Mark salió del

encuadre por la izquierda. Stuart dudó, miró hacia atrás por encima del hombro y luego lo siguió.

Devon se inclinó hacia delante por instinto, con los ojos clavados en el umbral vacío.

Pasaron cinco segundos.

Diez.

No salió nadie más.

Ni una sombra. Ni un movimiento. La puerta permaneció cerrada. La acera siguió vacía. El letrero del pub se balanceaba, movido por una suave brisa.

—Eso es todo —dijo la encargada en voz baja—. Simplemente... se fueron.

Devon no dijo nada. Se quedó mirando la pantalla, deseando que ocurriera algo, lo que fuera. Una figura saliendo. Un coche deteniéndose demasiado cerca. Una mano asomando en el plano.

Pero la grabación seguía obstinadamente vacía.

La marca de tiempo continuaba avanzando.

Nada.

Devon se incorporó lentamente. —Necesitaré una copia de todo esto —dijo—. Desde las diez en adelante. Interior y exterior.

—Por supuesto —respondió la encargada—. Puedo ponérselo en un USB o enviárselo por correo electrónico.

—Un USB está bien.

Ella asintió levemente, echando mano ya a un cajón. —Deme dos minutos.

Devon apuró lo que quedaba de su pinta mientras ella trabajaba, casi sin saborearla ya. El calor que le había proporcionado empezaba a disiparse, reemplazado por algo distinto. Arrepentimiento, tal vez. O simplemente la creciente conciencia de que había cruzado una línea que se había prometido no volver a cruzar.

La encargada le entregó una pequeña funda de plástico. —Si necesita cualquier otra cosa, ya sabe dónde estamos.

Devon se lo agradeció y volvieron juntos a la zona principal del pub. Al regresar a sus posiciones anteriores, la puerta principal del pub se abrió de par en par de forma violenta, golpeando contra la pared. Entró una ráfaga de aire frío, tan afilada como para cortar el calor del local. Un hombre entró tambaleándose, con la respiración entrecortada, el rostro enrojecido y húmedo, y los ojos desorbitados por una mezcla de pánico y furia.

Mark Ellis.

Devon lo reconoció al instante por la grabación.

—¡Cielo santo! —empezó la encargada, pero se detuvo al verle bien la cara—. ¿Mark?

Mark no respondió de inmediato. Se pasó una mano por el rostro, con los dedos temblorosos, y luego golpeó la barra con ambas palmas.

—Necesito una copa —dijo con voz ronca—. Ahora mismo.

—Mark —dijo ella con suavidad, alargando ya la mano hacia un vaso—. ¿Qué pasa?

Devon se quedó donde estaba, con cada músculo de su cuerpo en tensión. Él era un desconocido. Mark no tenía ni idea de quién era y no lo había visto nunca.

Mark tragó saliva con dificultad. Su mandíbula se movía como si estuviera masticando palabras demasiado grandes para que le cupieran en la boca.

—Es Stuart —dijo finalmente.

La encargada se quedó helada, con el vaso a medio camino del grifo. —¿Qué le pasa?

—Está muerto.

CAPÍTULO
DIECINUEVE

Las pastillas le supieron a rayos en la lengua. Con las prisas por calmar el dolor que le ardía en el pecho y la muñeca, Stephanie se las había metido en la boca antes de abrir la botella de agua. Alargó el brazo sobre el escritorio, desenroscó el tapón y puso una mueca mientras se quitó aquel sabor tan desagradable de la boca con un trago. Pensándolo bien, no era el peor sabor de boca que le había quedado ese día.

Al dejar la botella, sintió un tirón seco en el pecho. Un trozo de la gasa que cubría los puntos se había soltado y le estaba irritando la piel. Al dejarse caer en el asiento, se desabrochó la parte de arriba y se la bajó por el hombro, dejando a la vista la carne y el tirante del sujetador. Allí estaba: la esquina superior de la gasa se había enganchado en la tela, tirando de las costras que se ocultaban debajo. Hizo una mueca de dolor mientras la empujó de nuevo a su sitio.

De repente, la puerta de su despacho se abrió de par en par sin previo aviso.

—Steph...

Stephanie se quedó helada, todavía con una mano en el pecho.

—¡Ay, Dios mío! —chilló Olivia, tapándose rápidamente los ojos con las manos y dándose la vuelta tan rápido que casi choca con el marco de la puerta—. Lo siento muchísimo, no quería...

Stephanie soltó una risita.

—Olivia.

—Te lo juro —dijo Olivia tras las manos, muerta de vergüenza—, llamo a la puerta el noventa y nueve por ciento de las veces. Ha tenido que ser justo ahora...

—Wellard, no pasa nada —dijo Stephanie, colocándose ya la prenda en su sitio y abrochándose los botones con la mano izquierda —. No estabas interrumpiendo nada ilegal.

Olivia se arriesgó a echar un vistazo entre los dedos.

—Ya —dijo despacio—. Porque, desde donde yo estoy, parecía que estabas disfrutando de un momento de intimidad manoseándote los pechos en el despacho.

Stephanie le lanzó una mirada de advertencia.

—Eso *no* es lo que estaba pasando. Tengo una gasa suelta, puntos y un solo brazo operativo. Créeme, si estuviera haciendo eso, lo estaría haciendo rematadamente mal.

—La nueva estrategia de relajación de Recursos Humanos — bromeó Olivia, bajando la mano—. En fin, lo siento. De verdad, la de veces que me he encontrado a los chicos medio desnudos o... *indecentes*. Se podría pensar que ya habría aprendido la lección.

—Solo da gracias por no haber entrado mientras se estaban... manoseando sus *propias* partes.

Olivia soltó una risita cómplice.

—Eso no quiero ni imaginarlo. Pero ya sé que no debo acercarme a menos de tres metros de sus habitaciones por la noche. —Se estremeció ante la idea. Abrió la boca para continuar, pero no le salió nada—. Yo... lo siento, no me acuerdo de a qué venía.

—Vuelve a tu mesa y regresa después. A lo mejor eso te refresca la memoria.

Olivia le dio la espalda a Stephanie y llegó hasta la mitad de la puerta antes de darse la vuelta de golpe, chasqueando los dedos.

—Creo que tengo algo —dijo emocionada.

—Suena prometedor.

—Estaba preparando el informe de victimología de Stuart Pritchard...

—¿No era ese el trabajo de Fiona?

—Me pidió ayuda con eso, y pensé en echarle una mano mientras esperaba a que me llegaran algunas cosillas. En fin, he buscado su nombre en el registro civil y resulta que estuvo casado hasta hace unos cinco años, antes de conocer a su mujer actual.

—Parece bastante normal.

—Salvo por el detalle de que ha habido problemas recientes con su exmujer y el nuevo novio de ella. Al parecer, Stuart y este tipo eran íntimos amigos hace años, y ahora el tío ha estado pasándose por casa de Stuart, amenazándolo y mandándole mensajes.

—¿Por qué motivo?

Olivia se encogió de hombros.

—El amigo de la familia con el que he hablado no parecía saber mucho. Pero creo que merece la pena investigarlo. ¿Un conflicto familiar que se les ha ido de las manos...?

Stephanie movió el hombro, asintiendo.

—Es un comienzo. Quizás para mañana. Las grabaciones de las cámaras de seguridad son prioritarias ahora mismo.

—Sí, jefa —dijo Olivia, inclinando la cabeza mientras salía.

En cuanto se cerró la puerta, el móvil de Stephanie empezó a sonar. Lo cogió rápidamente y respondió a la llamada. Era Devon.

—¿Sigues en el pub? —preguntó Stephanie—. No me digas que te han obligado a quedarte prometiéndote buena comida y...

—Mark acaba de entrar —la interrumpió Devon—, informando de que Stuart Pritchard ha muerto.

CAPÍTULO
VEINTE

Cuando Fiona llegó al hospital, se encontró con el caos. En cuanto se abrieron las puertas del ascensor en la planta de hospitalización, lo primero que la golpeó fue la cacofonía: ruidos crudos, animales: lamentos, gritos y el sonido de alguien sollozando con tanta violencia que parecía asfixiarse. Un grupo de personas se amontonaba en el pasillo, frente a las puertas de la UCI, abrazándose en medio de su dolor, como si intentaran mantenerse en pie físicamente.

Fiona se detuvo en seco.

A su lado, la oficial de enlace con las familias, la DC Petal Baptiste, hizo lo mismo.

—Esto no tiene buena pinta —murmuró Petal.

—No —asintió Fiona en voz baja.

Avanzaron juntas, abriéndose paso con cuidado entre el tumulto. La mujer de Stuart Pritchard estaba de rodillas contra la pared, balanceándose de un lado a otro mientras lloraba. Otra mujer la sujetaba por los hombros, susurrándole continuamente en un intento de consolarla.

Fiona se acercó a una enfermera que estaba en la periferia del pasillo. —Perdone. Soy de la policía de Surrey. ¿Alguien puede

decirnos qué ha pasado?

La enfermera se giró al oír su voz; el cansancio era evidente en su rostro.

—Ha muerto —dijo simplemente—. Hace media hora. Hemos hecho todo lo que hemos podido. La infección estaba demasiado avanzada. Su cuerpo simplemente... no ha podido resistir.

Fiona sintió que se le secaba la boca. Tragó saliva con dificultad y asintió una vez. —Gracias —dijo automáticamente, aunque se sintió fuera de lugar expresar gratitud en ese momento.

Detrás de ella, un sonido brotó del grupo: un grito crudo y roto que le produjo escalofríos. —Ni siquiera pudimos... —sollozó la mujer de Stuart—. No pudimos despedirnos.

Fiona notó que Petal se movía a su lado, asumiendo ya su papel, haciendo instintivamente aquello para lo que la habían entrenado. Fiona se obligó a hacer lo mismo.

—Lo siento mucho —dijo en voz baja—. Sé que este no es...

La mujer de Stuart levantó la vista. Durante un latido, la confusión cruzó su rostro antes de que el reconocimiento la golpeara. —*Usted* —dijo.

La palabra no fue fuerte, pero cortó el aire de la planta. Las personas cercanas se quedaron en silencio, presintiendo instintivamente el cambio de tono.

—Usted estuvo allí —continuó, poniéndose en pie a trompicones —. Usted fue la que le hizo preguntas. Usted fue la que dijo que iba a ponerse bien.

—Yo no dije eso —replicó Fiona con cautela, con las palmas abiertas en señal de rendición—. Dije que estaba en las mejores manos posibles.

—No se atreva —gruñó la mujer, acortando la distancia entre ellas—. No se atreva a quedarse ahí parada y fingir que no empeoró

las cosas.

Petal se movió instintivamente al lado de Fiona, posicionándose lo justo para estar presente sin agravar la situación.

—Señora Pritchard —dijo Fiona—, entiendo que esté enfadada...

—¡Usted le presionó! —gritó la mujer—. Entró allí y le presionó cuando apenas estaba consciente. Y ahora está muerto.

El hijo de Stuart se interpuso entre ambas. —Mamá...

Ella se encaró con él. —No. Tienen que oír esto. Tienen que saber lo que han hecho.

Su hija estaba justo detrás de ella, con las lágrimas resbalándole por las mejillas y los dedos enredados en el dobladillo de su jersey.

Fiona sintió el peso de todas las miradas sobre ella. —Estamos tratando la muerte de Stuart como un asesinato —dijo—. Encontraremos a quienquiera que le haya hecho esto.

La señora Pritchard soltó una carcajada. —Ah, *ahora* lo hacen —dijo—. Qué conveniente. Así que solo estaban esperando a que muriera para mover un dedo, ¿es eso?

Petal se acercó más ahora, con una mano sutilmente alzada. —Señora Pritchard...

—¡No me toque! —espetó ella, zafándose—. No me toque ninguno de ustedes.

Se volvió de nuevo hacia Fiona, con los ojos desorbitados. —Mark tenía razón —dijo—. Tenía razón al publicarlo. Alguien tiene que hacer algo porque está claro que ustedes no tenían ninguna prisa.

Fiona frunció el ceño. —¿Publicar *qué*?

La boca de la señora Pritchard se torció. —Todo.

Un escalofrío recorrió la espalda de Fiona. —¿Puede explicar eso?

La mujer señaló hacia Fiona con su teléfono, con la mano temblando. —Lo ha puesto todo en internet —dijo—. En Facebook.

En Instagram. En los dichosos grupos de WhatsApp. Le ha dicho a todo el mundo que Stuart ha muerto. Les ha dicho *cómo* murió. Les ha dicho lo que encontraron dentro de él.

El pulso le retumbaba a Fiona en los oídos.

—Las ramas —continuó la señora Pritchard, alzando la voz—. Las piedras. La forma en que ese enfermo de mierda lo abrió en canal y lo rellenó con esas cosas. Dijo que si se hacía público, por fin harían algo.

Fiona sintió el peso de la noticia. Ya podía presentir la pérdida de control, el relato descontrolándose fuera de su alcance.

—¿Cuándo lo ha publicado? —preguntó Fiona.

—En cuanto nos hemos enterado de que Stuart había muerto. Ni siquiera ha esperado. Ha dicho que no podía quedarse ahí sentado viéndonos llorar mientras no pasaba nada.

Petal intercambió una breve mirada con Fiona.

—Señora Pritchard —dijo Fiona con cuidado—, entiendo por qué Mark ha hecho lo que ha hecho. Pero publicar detalles así en internet puede comprometer seriamente la investigación.

—¿Se cree que me importa su investigación ahora mismo? —espetó la mujer—. Mi marido ha muerto.

Fiona asintió una vez. —Lo sé. Y lo siento muchísimo. Pero necesito que entienda una cosa.

La señora Pritchard la miró fijamente, con el pecho agitado.

—La persona que hizo esto —dijo Fiona— está observando. Si ve lo que se dice en internet, puede cambiar su comportamiento, destruir pruebas o huir.

La mujer vaciló, solo una fracción de segundo.

Luego, su expresión volvió a endurecerse.

—Bien —dijo—. Que sepa que vamos a por ella.

CAPÍTULO
VEINTIUNO

—¿Lo has visto?

Stephanie frunció el ceño, apretando el teléfono entre el hombro y la oreja mientras intentaba liberar su mano buena de un montón de expedientes. —¿Ver qué?

Hubo una pausa en el otro extremo de la línea.

—Las redes sociales —respondió Milton—. Facebook, Twitter, Instagram. Elige tu veneno.

Se le encogió el estómago. —No. He estado ocupada. ¿Qué ha pasado?

Otra pausa, esta vez más corta.

—Mark Ellis ha publicado algo —dijo Milton—. Sobre Stuart.

Stephanie se detuvo junto a la ventana del despacho, mirando hacia el campo que se extendía abajo.

—¿Qué ha publicado? —preguntó, temiéndose ya la respuesta.

—Todo —respondió Milton—. O al menos, su versión de los hechos. La muerte de Stuart. El hospital. El bosque. El... contenido.

Apretó con más fuerza el teléfono. —¿Ha dicho que Stuart ha muerto?

—Sí.

Un instante de silencio.

—¿Y?

Milton exhaló suavemente. —Y ha entrado en detalles. Me refiero a detalles bastante gráficos. Ha mencionado, con sus propias palabras, lo que encontraron dentro de él: las ramas, las piedras, la cirugía, la infección. La forma en que la policía lo interrogó antes de morir. Incluso ha publicado fotos.

—¿Fotos?

—De Stuart en el hospital, de la herida. Pero ninguna de las ramas ni las piedras.

—Es porque se las llevaron para analizarlas —replicó ella.

Stephanie cerró los ojos y calmó su respiración.

—¿Hasta dónde se ha extendido? —preguntó.

—Está cobrando fuerza muy rápido —dijo Milton—. El número de veces que se ha compartido está aumentando. Los comentarios también. La gente ya está especulando, como puedes imaginar.

Podía. Con demasiada facilidad.

—¿Me llamas por cortesía —preguntó ella— o como periodista?

—Por ambas cosas. Quería escucharlo de tu boca antes de decidir qué hacer ahora.

Ella tensó la mandíbula. —Dijiste que no publicarías nada sin confirmación.

—Dije que no publicaría información nueva —corrigió él con suavidad—. Esto ya está ahí fuera, Steph. El caballo ya ha escapado del establo. Y no puedo fingir que no es así. Tengo periódicos que vender. Clics que conseguir. Si no toco este tema, otro lo hará. Y prefiero que lo gestione alguien que te conoce, que conoce al equipo, antes de que el *Daily Mail* lo publique a la hora de comer con un titular sobre sectas satánicas en el bosque.

Stephanie apoyó la frente contra el cristal frío de la ventana. Abajo, el campo estaba tranquilo. En paz. Un lugar donde preferiría

estar antes que verse atrapada en medio de una tormenta mediática.

Cerró los ojos e inhaló por la nariz.

—De acuerdo —dijo finalmente.

Milton se quedó callado.

—¿De acuerdo? —repitió.

—Está bien —dijo ella—. Lo entiendo. No me gusta, pero lo entiendo. Haz lo que tengas que hacer.

Esta vez hubo un alivio genuino en su exhalación. —Lo siento, Steph.

—Lo sé —dijo ella, y lo decía en serio—. Si yo estuviera en tu lugar, probablemente haría lo mismo. Solo... ten cuidado con cómo lo planteas. Por favor. Hay una familia detrás de esto. Dos niños. Y si te inclinas demasiado hacia el ángulo del ritual, vas a complicarnos el trabajo.

—No voy a sensacionalizarlo —dijo Milton—. Al menos, no deliberadamente. Me ceñiré a los hechos. Tanto como pueda.

—Es todo lo que puedo pedir.

Él vaciló. —¿Quieres darme unas declaraciones? ¿Un comentario oficial?

Ella se lo pensó. En Clive. En Neil Robins. En el peso que se asentaba sobre sus hombros, le gustara o no.

—Dame diez minutos —dijo ella—. Te enviaré algo breve.

—Gracias.

La llamada terminó.

Stephanie dejó el teléfono y se quedó mirando su reflejo en el cristal: pálida, cansada, con los ojos más penetrantes de lo que ella se sentía.

El caballo se había escapado.

Y ahora le tocaba a ella salir corriendo tras él.

CAPÍTULO
VEINTIDÓS

Leyó el artículo dos veces.

No porque le resultara interesante, sino porque estaba incompleto.

Un hombre muere tras un brutal ataque en una zona boscosa de Haslemere.

Se desplazó por la pantalla lenta y metódicamente. El artículo empezaba hablando de la herida: la lesión abdominal, la cirugía de urgencia, los esfuerzos heroicos de los médicos y enfermeras que habían trabajado durante toda la noche.

Mencionaba la infección, la septicemia y el milagro de que hubiera conseguido llegar al hospital por su propio pie. Aun así, también transmitía la tragedia posterior.

Pero no mencionaba lo que de verdad importaba.

Las ramas.

Las piedras.

Nada. Ni una referencia a lo que habían introducido en el interior del cuerpo. Solo un lenguaje vago sobre materiales extraños. Exhaló lentamente, cerró el artículo y abrió otro. Un medio distinto. Un diseño diferente. La misma elección de palabras, recalentadas en una estructura nueva, diciendo exactamente lo mismo.

Y seguía faltando el detalle clave.

Los comentarios bajo el artículo ya se estaban multiplicando. Las especulaciones brotaban como moho en la oscuridad: teorías sobre justicieros, violencia entre bandas, un robo frustrado. Alguien sugería temas de drogas, otro planteaba que fuera un vagabundo.

Pero nadie se preguntaba *por qué*.

Al menos, no como es debido.

Se reclinó en su silla; el resplandor de la pantalla se reflejaba tenuemente en la ventana. Fuera, el mundo seguía su curso habitual —coches que pasaban, gente paseando al perro, luces que se encendían en las casas vecinas a medida que caía la tarde—. Normalidad.

Stuart Pritchard también había sido normal. De eso se trataba. Los hombres normales hacían daño cada día. De forma callada. De forma invisible. Cosas que no dejaban marcas visibles, ni hematomas físicos. Stuart no esperaba ser visto, ser localizado, ser atrapado.

La mayoría nunca lo esperaba.

Se levantó de la silla y cruzó la habitación; los tablones del suelo apenas crujieron bajo su peso. Se detuvo un instante en el umbral y luego entró en el cuarto de atrás.

La mesa estaba exactamente donde la había dejado.

Había sido fregada, desinfectada y limpiada hasta que la superficie relucía bajo la luz del techo, pero quedaban señales tenues si se sabía dónde mirar. Una mancha más oscura en un borde, una línea fina en la veta de la madera donde el líquido se había filtrado. Deslizó los dedos sobre ella, con calma y deliberación.

Cogió el trapo del respaldo de una silla, lo humedeció bajo el grifo y empezó a frotar de nuevo. Recordó lo quieto que se había quedado Stuart. Qué ajeno a todo, qué silencioso. Absolutamente a

su merced. No hubo resistencia, ni súplicas, solo esa ausencia de conciencia que facilitó el trabajo.

El trapo se enganchó ligeramente en el borde de la mesa. Lo acomodó y continuó. Su mirada se desvió hacia la esquina más alejada de la habitación, donde la máscara colgaba de un gancho junto a la puerta.

Esta le devolvió la mirada, con sus ojos vacíos.

Se detuvo a estudiarla.

Había un motivo por el que Stuart había sido el elegido. Pero dudaba que la policía lo hubiera visto aún. De lo contrario, lo habrían mencionado en el artículo o en la nota de prensa; estaba seguro.

El *porqué* se les escaparía.

De momento.

Tenía tiempo. Esa era la ventaja. Tiempo, paciencia y la certeza de que siempre iba varios pasos por delante. Ellos estaban sumidos en una fase reactiva, aterrorizados por las publicaciones y los comunicados de prensa. Mientras tanto, él ponía las cosas en marcha.

Enjuagó el trapo una última vez y lo escurrió. Lo colgó de nuevo en la silla y se acercó a la máscara, descolgándola del gancho. El peso se asentó cómodamente en sus manos, ya familiar. La giró un poco, inspeccionando la curva de los cuernos. Por un momento, consideró ponérsela, pero decidió no hacerlo.

Todavía no.

Pronto, alguien más asumiría que era invisible. Pronto, el nombre de otro saldría a la palestra. Y entonces sería cuando podría ponérsela.

CAPÍTULO
VEINTITRÉS

Durante la noche, la noticia de la muerte de Stuart Pritchard se había vuelto viral. Innumerables medios de comunicación de todo el mundo se habían hecho eco de ella y habían emitido varios boletines mientras Stephanie dormía. En las redes sociales, se propagó como la pólvora; el nombre de Stuart fue tendencia en TikTok, X y Facebook, acompañado de un número creciente de teorías conspirativas que echaban leña al fuego tóxico.

En los primeros treinta minutos tras despertarse, el móvil de Stephanie no dejó de vibrar con notificaciones, mensajes, llamadas perdidas, correos electrónicos, SMS y mensajes de WhatsApp. Se preparó unas tostadas a toda prisa, intercambió unos saludos somnolientos con su hermana, Kimberley, que acababa de levantarse, y se dirigió a la oficina. Para cuando llegó, la incesante lluvia de mensajes había reducido la batería de su teléfono casi un diez por ciento.

Cuando entró en el aparcamiento de Mount Browne, una multitud de periodistas y equipos de televisión se agolpaba ante la entrada. Las furgonetas bordeaban la carretera que llevaba al edificio, con cámaras apostadas en el arcén y fotógrafos mirando a través de sus objetivos. Aminoró la marcha al acercarse a la barrera, que tenía el

brazo rojiblanco bajado. Tamborileando con los dedos en el volante, lanzó una mirada a la caseta de seguridad que tenía delante, deseando que la barrera se levantara. Por fortuna, justo antes de que alguno de los periodistas pudiera increparla, la barrera subió por fin.

No lo dudó.

Avanzó y subió la cuesta hacia la calma del aparcamiento. Salió del coche a toda prisa y cruzó el aparcamiento casi al trote. En el interior, la oficina ya bullía con el sonido de los teléfonos sonando y voces urgentes. Alguien había puesto las noticias de fondo; el nombre de Stuart Pritchard recorría una franja informativa en la parte inferior de la pantalla. Todo el equipo estaba presente, trabajando y correteando de un lado a otro, atrapados en el fragor de la investigación, a excepción de Devon, cuyo escritorio estaba vacío.

—Buenos días, jefa —saludó Fiona mientras Stephanie cruzaba la oficina principal hacia la suya.

Entró apresuradamente y dejó caer el bolso al suelo. Mientras colocaba el abrigo en el respaldo de su silla, teniendo cuidado con la muñeca, Olivia llamó a la puerta y entró.

—Buenos días —dijo—. Al menos esta mañana no interrumpo nada.

—Demasiado temprano para eso —replicó Stephanie—. Aunque parece que no es demasiado pronto para que me acosen quince veces antes de las siete.

—¿Ah, sí?

—Mi móvil no ha parado ni un segundo. Estoy a esto de que me dé un aneurisma —juntó los dedos—. Y ni siquiera son las nueve. Pero ya estoy aquí, así que si alguien quiere algo de mí, tendrá que venir a buscarme. Y pelear conmigo, dado el humor que me gasto.

—Iré preparando los guantes de boxeo y los cascos.

Stephanie sacó su cuaderno del bolso y se dirigió hacia la salida. Salieron juntas a la oficina principal. Stephanie se detuvo justo al entrar en la sala y miró el televisor colgado en la pared.

—Bueno —dijo con sequedad—, parece que el secreto ya se ha aireado pero bien. Ninguno de nosotros esperaba que esto se volviera viral tan rápido. Por desgracia, eso significa que tenemos que emitir algún tipo de comunicado para adelantarnos a los acontecimientos. De lo contrario, la cámara de eco no hará más que aumentar. —Hizo una pausa, recorriendo la sala con la mirada—. ¿Dónde está Devon?

Se hizo un silencio sutil. Giles, que estaba de pie cerca de la pizarra blanca con la chaqueta puesta y mascando chicle, frunció el ceño. —No estoy seguro. No ha llegado todavía.

Stephanie arrugó el entrecejo. Devon nunca llegaba tarde sin enviarle un mensaje primero.

—A mí no me ha llamado —añadió Giles—. Ni me ha escrito.

Olivia ladeó la cabeza. —Podría ser una de esas treinta y siete llamadas o correos que aún no has abierto —dijo a la ligera—. Quizá se ha cogido el día por enfermedad.

La mirada de Stephanie se desvió hacia el escritorio vacío de Devon. —Me pondré en contacto con él después de esto. Si alguien sabe algo de él mientras tanto, que me lo diga. —Se irguió y volvió a centrarse—. Muy bien, informe de situación. ¿En qué punto estamos?

Un momento de vacilación descendió sobre la sala; nadie quería ser el primero en hablar.

Noah se aclaró la garganta y comenzó. —He trazado la ruta más probable que Stuart Pritchard habría tomado al volver a casa desde el pub y pasé la mayor parte del día de ayer hablando con los

residentes de esa calle... unas treinta o cuarenta personas en total, con la ayuda de algunos agentes de uniforme. De momento, nadie vio ni notó nada. Estaba oscuro y todos estaban dentro de sus casas.

—¿Alguna cámara de seguridad? —Stephanie se volvió hacia Olivia.

—Devon compartió conmigo el USB del pub, pero no había nada —respondió la agente—. Aparte de eso, he recibido algunas grabaciones de seguridad doméstica y de timbres inteligentes que muestran a Stuart pasando por delante, de acuerdo con la cronología, pero nada después de eso. Ni sombras, ni figuras, ni coches siguiéndolo.

—¿Es todo lo que tenemos?

—Todavía hay mucha gente con la que tengo que hablar —respondió Noah—. Algunos no estaban en casa cuando pasé, así que espero poder hablar con ellos hoy.

—Excelente. Sigan con ello. Alguien tiene que tener grabaciones en alguna parte. Olivia, ¿has mencionado que había un novio de la exmujer que te parecía de interés?

Fiona se dio un último mordisco a una uña antes de adelantarse a Olivia en la respuesta. —Willard me dio su nombre ayer y he conseguido localizarlo. Vive no muy lejos, en Ash. Tengo planeado hablar con él hoy mismo.

—Perfecto. ¿Qué más?

Por un momento, nadie habló. Entonces Giles, que seguía mascando chicle, levantó la mano. Fue un gesto pequeño, casi de disculpa, como si estuviera de nuevo en el colegio.

—Jefa —empezó—. ¿Has tenido, esto... oportunidad de leer mi correo de anoche?

Stephanie se volvió hacia él. —Si te refieres al que está enterrado en algún lugar entre una consulta de prensa de Australia y otros treinta correos sin leer, me temo que no.

Un destello de alivio cruzó su rostro. —Ya. Me lo imaginaba.

Metió la mano en el bolsillo de la chaqueta y sacó el móvil; tocó la pantalla un par de veces antes de mostrarla para que los más cercanos pudieran verla. Dio un paso adelante, situándose junto a la mesa.

—Anoche estuve echando un vistazo a las redes —dijo—. Principalmente en Facebook. Había comentarios en algunas de las publicaciones sobre Stuart Pritchard, y hubo uno de un tal Daniel Adebayo que destacaba. Ya ha sido borrado, pero hice una captura de pantalla antes de que desapareciera. —Hizo una pausa mientras buscaba la imagen y leyó—: «He pensado mucho sobre si comentar esto o no, ya que no suele ser lo mío y me gusta mantener un perfil bajo. Para ser sincero, ni siquiera uso mucho Facebook. Pero algunos de los que publican aquí alabando a Stuart no saben realmente quién era. El hombre era un cerdo, un ser humano racista, asqueroso y despreciable y, sinceramente, no creo que sea el fin del mundo que le haya pasado lo que le ha pasado. En mi opinión, ha recibido lo que le correspondía desde hace mucho. #palosy piedraspuedenrompermishuesos».

La sala pareció encogerse ante las palabras de la pantalla de Giles.

—Interesante —dijo Stephanie al fin, con voz nivelada—. Muy interesante.

Olivia se cruzó de brazos. —Eso no es precisamente sutil.

—No —dijo Fiona en voz baja—. Es personal.

Stephanie asintió una vez. —Rezuma rabia. Y es específico. —La palabra «fanático» cruzó su mente antes de desaparecer mientras

volvía a mirar a Giles—. ¿Has dicho que ha sido borrado?

—Sí —respondió él—. Desapareció en cuestión de minutos.

Ella hizo una pausa. —¿Has podido identificar ya quién lo publicó?

Giles hizo una mueca. —No del todo. Hice clic en el perfil de Daniel cuando lo vi y estaba bastante vacío, la verdad. Pero eso podría deberse a los ajustes de privacidad de la cuenta. Todo lo que pude ver fueron un par de sus fotos de perfil más recientes y su ubicación, que estaba fijada en Guildford. Apenas sirve para acotar la búsqueda, así que he enviado los detalles a delitos informáticos para ver si pueden sacar una IP. Mientras tanto, pasaré el nombre por la base de datos a ver qué sale.

—Buen trabajo. Quiero todo lo que consigas de esa cuenta: huella digital completa, cualquier publicación anterior, lista de amigos si es posible, comentarios que haya hecho en otras plataformas y redes sociales.

—Ya estoy en ello —dijo Giles—. Volveré a meterles prisa a los de informática.

—Bien. —Stephanie recorrió la sala con la mirada—. Y quiero que vigilemos las redes sociales como es debido a partir de ahora. No solo por las filtraciones, sino por cualquiera que esté celebrando esto. Cualquiera que diga que ha tenido lo que se merecía. Marquenlos a todos.

Giles asintió. —Prepararé una lista.

La mirada de Stephanie volvió al escritorio vacío de Devon. Una sensación de inquietud le recorrió las entrañas, pero la descartó.

Una cosa a la vez.

—Muy bien —dijo, dando una palmada seca y decidida—. Ya tenemos el primer atisbo de un posible móvil y no quiero que se nos

escape de las manos. Veamos a quién más le parece que los palos y las piedras no le van a hacer daño.

CAPÍTULO
VEINTICUATRO

Noah podría haber besado al equipo de informática forense. De forma puramente platónica y nada sexual, por supuesto; no le apetecía tener que dar explicaciones a Recursos Humanos después. Les había llevado varias horas, más de las que le habrían gustado, pero, con un poco de presión extra por parte de Giles, habían descubierto que Daniel Adebayo vivía en Ash. Según su perfil de LinkedIn, trabajaba como abogado en Reading. Noah aparcó en el parking lateral del edificio y salió del coche. Un gélido viento de febrero le caló hasta los huesos. La temperatura estaba bajo cero y una nube espesa y pesada se cernía sobre ellos de forma ominosa, amenazando nieve.

Noah se apresuró hacia la entrada y soltó un fuerte suspiro de alivio al verse envuelto por una ráfaga de aire caliente que le obligó a quitarse la chaqueta. A su derecha, la recepcionista estaba sentada tras un mostrador que solo dejaba ver la parte superior de su frente.

Noah se presentó y pidió hablar con Daniel.

—¿Tiene cita? —preguntó la recepcionista.

—¿Me hace falta una?

—No estrictamente. Es solo que la gente no suele reunirse con nuestros abogados sin una.

Él esbozó una sonrisa forzada mientras se quitaba la bufanda de cuadros naranjas y rosas. —Siempre hay una primera vez. Esperaré allí, ¿le parece bien?

La recepcionista captó la indirecta antes de echar mano al teléfono. Noah le dio la espalda y se situó junto a una gran planta de interior que le llegaba al hombro; un castaño de Guinea que parecía haber agotado toda su suerte y estar viviendo de las reservas. Noah no era jardinero, pero sabía que una oficina así, sin ventilación ni luz solar, no era el lugar ideal para una planta de exterior. De repente sintió lástima por ella y consideró llevársela a casa. O tal vez comprar una para su casa, para sus hijas. Sin embargo, dado que apenas lograban mantenerse con vida ellas mismas, no tenía muchas esperanzas de que cuidaran de una planta que ni querían ni habían pedido.

Un momento después, una figura emergió de detrás de unas puertas dobles. Alto e imponente, casi le sacaba dos cabezas a Noah; era corpulento y de complexión fuerte, con unos hombros anchos que llenaban el umbral, tensando la tela de su camisa azul marino, bajo la cual se adivinaba el contorno de sus músculos. Tenía la cabeza rapada al ras y la barba perfectamente arreglada siguiendo la línea de la mandíbula.

Se acercó a la recepcionista antes de volverse para hablar con Noah con la mano extendida.

—Supongo que es usted Daniel Adebayo —dijo Noah, estrechando la mano del hombre e inmediatamente deseando no haberlo hecho.

—Y yo supongo que es usted quien desea hablar conmigo —Daniel mostró una perfecta dentadura blanca.

Noah mostró su placa de policía. Al verla, la sonrisa de Daniel se desvaneció y la gravedad del asunto caló en él más rápido que la nieve en el suelo. —¿Tiene algún sitio donde podamos charlar?

Daniel dudó un momento, mirando fugazmente a la recepcionista antes de volver a mirar a Noah. —Sí —dijo al fin—. Por aquí.

Se dio la vuelta y regresó por las puertas dobles sin esperar a ver si Noah le seguía. Noah aceleró el paso para no quedarse atrás.

La sala de reuniones a la que Daniel le condujo era pequeña y funcional, apartada del pasillo principal. Sin ventanas. Paredes color beige. Una mesa y dos sillas. Otra planta, en un estado similar a la de abajo, languidecía en una esquina.

Daniel señaló las sillas. —Por favor.

Noah se sentó, cruzando una pierna sobre la otra, con el cuaderno apoyado en la rodilla. Daniel ocupó el asiento de enfrente, apoyando las manos relajadas sobre la mesa.

—Gracias por recibirme —dijo Noah con ligereza—. Intentaré no quitarle mucho tiempo. Es un sitio acogedor. ¿Cuánto tiempo hace que es abogado?

Daniel parpadeó, sin mostrar nada en su expresión—. Diez años. Me gradué en la Universidad de Derecho de Guildford, me colegié, trabajé un tiempo en Londres y me mudé por esta zona hace unos cuatro años.

—¿Y el bufete?

—Tres años.

—¿Le gusta?

—Casi todos los días.

Noah asintió, dejando que se prolongara un breve silencio.

—Bueno —dijo finalmente, levantando la vista—, ¿tiene alguna idea de por qué estoy hoy aquí?

Daniel frunció el ceño. —¿Sinceramente? No.

El ligero quiebro en su voz sugería que ni él mismo se creía su mentira.

—¿No se le ocurre nada? —insistió Noah.

Daniel se encogió de hombros. —Llevo muchos casos. Si esto es por lo del taller mecánico en...

—No lo es —le interrumpió Noah.

Otra pausa.

—Entonces no —repitió Daniel—. No sabría decirle.

Noah sonrió, amable, casi divertido. —¿Es eso lo que suele aconsejar a su equipo? —preguntó—. ¿Hacerse el tonto y esperar lo mejor?

—No tengo ni idea de qué me está hablando.

Noah metió la mano en el bolsillo y sacó el teléfono, activando la pantalla. —¿Reconoce esto? —preguntó, girando finalmente la pantalla hacia Daniel.

En ella aparecía la captura de pantalla que Giles había hecho del comentario de Daniel, ya borrado.

Noah observó la reacción de Daniel mientras lo leía: el destello de reconocimiento, el microsegundo de cálculo, la forma en que apretaba los labios.

—Eso es... Facebook —dijo Daniel con lentitud.

—Lo es —respondió Noah—. Concretamente, un comentario que publicó usted en un hilo público sobre Stuart Pritchard.

Daniel se reclinó en su silla. —No veo nada ilegal en tener una opinión.

—No —dijo Noah—. Tiene toda la razón. Las opiniones no son delitos. —Inclinó la cabeza—. Pero decir que alguien «recibió lo que le tocaba desde hacía mucho» después de morir en un ataque violento... resultaba curioso. Y por eso estoy aquí. ¿Lo publicó usted?

Daniel no dudó esta vez. —Sí —dijo—. Yo lo publiqué.

Noah asintió, como si marcara una casilla—. Está bien. Pues ayúdeme a entender por qué.

Daniel se inclinó hacia delante, apoyando los antebrazos en la mesa con las manos entrelazadas. —Porque Stuart Pritchard era un racista —dijo—. Uno despreciable.

Noah mantuvo una expresión neutra. —Es una acusación bastante grave.

—Lo sé —respondió Daniel—. No la haría a la ligera.

—Explíquese, pues —dijo Noah—. ¿Cómo lo sabe?

Daniel metió la mano en el bolsillo y sacó su teléfono. —Porque él se encargó personalmente de hacérmelo saber. —desbloqueó el terminal, navegó por un par de aplicaciones y luego lo deslizó por la mesa—. —Twitter —añadió—. O X. Como quiera que se llame ahora.

Noah se inclinó y cogió el teléfono. La bandeja de entrada ya estaba abierta. Filas y filas de mensajes llenaban la pantalla. No eran uno o dos. Eran docenas. Cientos, a juzgar por la barra de desplazamiento. A Noah se le dio un vuelco el estómago cuando empezó a leer.

Vuelve a tu país de mierda.

Seguro que vives de las ayudas como todos los demás.

Apuesto a que ni siquiera sabes leer, puto mono.

Que te jodan, n—

—Dios —murmuró Noah antes de que su mente pudiera procesar la última palabra.

Daniel le observaba atentamente. —Eso no es ni la mitad.

—¿Cuánto tiempo duró esto? —preguntó Noah.

—Meses —dijo Daniel—. De forma intermitente. No sé de dónde salió, pero comentó uno de mis tuits y a partir de ahí no paró. Daba igual lo que publicara: si salía a cenar con amigos, si comentaba

algo de deportes o de temas políticos sobre raza, seguridad, vivienda... el tipo aparecía como un bot de extrema derecha, empeñado en soltar discursos de odio.

Noah navegó por la cuenta de Daniel, examinando las publicaciones y discusiones en las que el acosador había comentado: la foto de perfil, el nombre de usuario de la cuenta... todo era anónimo y no contenía su nombre real. En cambio, Stuart Pritchard no había sido tan listo; su nombre figuraba por toda la cuenta, acompañado de una foto de perfil suya con la bandera de Inglaterra y una imagen cutre de los tres leones y el Big Ben de fondo que parecía hecha con una versión pirata de Photoshop.

Noah le devolvió el teléfono con suavidad. —¿Llegó a contestarle alguna vez? —preguntó.

—Al principio —admitió Daniel—. Discutía, le corregía, intentaba razonar... ya sabe cómo va esto. —Soltó un resoplido—. Luego paré. Lo silencié. Lo bloqueé. Pero siempre encontraba la forma de saltárselo.

—¿Hubo amenazas? —preguntó Noah.

—Unas cuantas —dijo Daniel—. Las suficientes para hacerme sentir incómodo. Por eso cambié mi nombre y mi foto de perfil en la aplicación. Pero para entonces ya era demasiado tarde.

Noah abrió su cuaderno. —Muy bien. Hablemos de hace dos noches.

Daniel se tensó ligeramente.

—¿Dónde estaba usted entre las diez de la noche y las cinco de la mañana? —preguntó Noah, con tono calmado y rutinario, como si preguntara la hora.

—En casa —respondió Daniel—. Durmiendo.

—¿Solo?

—Sí.

—¿Alguien que pueda confirmarlo?

Daniel frunció el ceño—. No. Vivo solo.

—¿Conduce?

—Sí.

—¿Salió de casa en algún momento?

—No —dijo Daniel de inmediato—. No salí de casa.

Noah le observó de cerca. No había miradas esquivas ni posturas defensivas, solo una lógica tensión acumulada, comprensible dadas las circunstancias.

—¿Y más tarde? —insistió Noah—. ¿De madrugada?

—Seguía en casa —dijo Daniel—. Durmiendo. Suelo estar aquí a las siete y media, así que a las diez ya estoy acostado. Mire, sé que no debí publicar ese comentario. Lo sé. Fue estúpido, imprudente. Un momento de arrebato. —Apretó la mandíbula—. Una parte de mí pensaba que se merecía lo que le pasó. No voy a mentir sobre eso. Pero *pensar* algo no es lo mismo que *hacerlo*.

—No —asintió Noah—. No lo es.

—Yo no le hice daño —afirmó Daniel con firmeza—. No me acerqué a él. Y por supuesto que no lo maté.

Noah cerró su cuaderno.

—Está bien —dijo—. Por ahora, voy a tomar sus datos. Y necesitaré copias de esos mensajes que me ha enseñado.

—Por supuesto —dijo Daniel—. Se lo enviaré todo.

Noah se puso en pie. —Es posible que tengamos que volver a hablar.

Daniel se levantó también—. Ya me lo imaginaba.

Noah se detuvo ante la puerta. —Una cosa más.

Daniel le miró.

—Si alguien se pone en contacto con usted sobre este asunto —dijo Noah—, ya sea la prensa, o por internet, quien sea... háganoslo

saber y no les diga nada.

—Entendido —dijo Daniel. Y... —dudó—. Por lo que valga, siento lo del comentario. No quiero que esto sea más difícil para su familia.

Noah asintió una vez—. Le creo.

Al salir al pasillo, la calidez del edificio le pareció de pronto insuficiente. Fuera, había empezado a nevar; copos ligeros y vacilantes pasaban por delante de las ventanas. Mientras se marchaba y se dirigía al coche, llamó a Stephanie.

Ella respondió al instante.

—Señora —empezó él—. Tenemos que investigar a fondo las redes sociales de Stuart Pritchard.

CAPÍTULO
VEINTICINCO

Para cuando Noah regresó a la comisaría, los dos miembros más jóvenes del equipo —Giles y Fiona— habían realizado un rastreo completo de las cuentas de las redes sociales de Stuart Pritchard: X, Facebook, Instagram y TikTok.

Giles estaba frente a la pantalla de televisión en la sala de operaciones principal, sosteniendo el teléfono móvil de Stuart Pritchard, que habían confiscado como prueba tras su llegada al hospital. Stephanie no estaba segura de cómo lo había logrado, pero de alguna manera, la pantalla de inicio del teléfono de Stuart se mostraba en el televisor. Sin cables ni conexiones de ningún tipo. Sabía que, si le hubieran asignado a ella lo que para él era probablemente una tarea sencilla, habría estado allí hasta el verano.

Aclaró la garganta y comenzó.

—Lo que vais a ver es un curso intensivo de racismo de manual —abrió X y apareció la página principal del hombre—. He revisado sus cuentas, y este hombre de familia no se cortaba a la hora de expresar sus opiniones.

Stephanie se cruzó de brazos y se apoyó contra el borde de la mesa mientras Giles se desplazaba por la pantalla.

—La mayor parte está en ese pozo de basura que es X —continuó él, mascando chicle—. Respuestas, retuits, tuits citados, alguna que otra publicación original cuando se sentía especialmente valiente. Inmigración, raza, «libertad de expresión», «que paren las pateras»… ya conocéis el percal. Pero no solo está ahí. También en Facebook. Menos público: notificaciones de comentarios en noticias locales, páginas del ayuntamiento, grupos de la comunidad.

Una publicación llenó la pantalla. Luego otra. Y otra más.

Stephanie no leyó cada palabra; no le hacía falta. El lenguaje la impactó de inmediato. Era tosco y deshumanizador, diseñado para herir y provocar, un recordatorio de que, en el mundo de Stuart Pritchard, los demás eran menos que él.

Se le encogió el estómago.

De repente, su mente voló de vuelta a la consulta del médico en el hospital, a los palos y las piedras que había visto en la bandeja, a la palabra grabada en la roca.

Intolerante.

Se enderezó lentamente. —Las piedras —dijo—. Eran la forma que tenía el asesino de denunciarlo, de indicarnos por qué lo habían elegido como objetivo.

La sala se quedó en silencio.

Fiona fue la primera en romper el silencio. —¿Entonces crees que quienquiera que hiciera esto conocía sus publicaciones?

—Creo que se vio afectado por ellas —respondió Stephanie—. Repetidamente. No fue un comentario aislado que se interpretó mal. Fue algo sostenido y dirigido. Y a juzgar por lo que veo aquí… —señaló la pantalla— y por lo que he visto de los mensajes enviados a Daniel Adebayo, Stuart no se andaba con chiquitas.

—¿Qué significa esto para la investigación? —preguntó Fiona.

—Que se amplía —dijo Stephanie con sencillez—. Y que se estrecha al mismo tiempo.

Separándose de la mesa, se acercó más a la pantalla. —Este no es un ataque aleatorio. No es oportunista. Es alguien que ha estado observando, leyendo y rumiando lo que Stuart publicaba. Alguien que se sintió moralmente justificado para secuestrarlo, abrirlo en canal y rellenarlo de piedras —se volvió hacia Giles—. ¿Has anotado ya los nombres? ¿Las cuentas con las que más interactuaba?

—He empezado a recopilar los nombres de las cuentas —respondió Giles—. Pero eso es todo de momento. Llevará tiempo revisarlo todo en *todas* sus cuentas. Esto es solo lo que he podido encontrar en la última hora.

—De acuerdo —dijo Stephanie—. Recopílalo y contacta con ellos. Quiero que se registre cada cuenta con la que interactuó, especialmente aquellas con las que se comunicó repetidamente. Prioridad para cualquiera que sea de la zona.

Giles asintió, tecleando ya sin parar. —Enseguida.

Stephanie volvió a mirar la pantalla, las palabras de Stuart Pritchard congeladas allí en blanco y negro.

—No solo buscamos a alguien capaz de ejercer la violencia —dijo —. Buscamos a alguien que crea que tiene justificación para hacerlo. Y la gente así —añadió en voz baja— raras veces se detiene tras el primero.

CAPÍTULO
VEINTISÉIS

Para cuando el comunicado de prensa fue finalmente consensuado, aprobado, retrasado, reescrito y aprobado una vez más, la luz ya había empezado a desfallecer. Stephanie estaba en su despacho, con el abrigo puesto y la bufanda con una vuelta al cuello, viendo la nieve caer frente a la ventana en ráfagas suaves y lánguidas. El día se había arrastrado entre altibajos: breves estallidos de actividad seguidos de largos periodos de espera. Esperando las órdenes judiciales digitales, esperando las autorizaciones, esperando a tener lo suficiente para decir algo sin meter la pata.

Miró su reloj. Dos minutos.

Al poner la mano en el pomo de la puerta, sus pensamientos volaron hacia Clive.

Debería haber sido él quien diera la rueda de prensa. Estar ahí fuera, respondiendo preguntas, explicando la situación al público, siendo la cara de la organización y del equipo. Clive siempre había destacado en eso. Calmado, comedido, imperturbable. Sabía cómo no decir nada mientras parecía que lo decía todo.

Ahora le habían pasado el testigo. Tragó saliva, tratando de serenarse.

—Tú puedes con esto —se dijo. —Tienes que poder.

El trayecto en ascensor hasta la planta baja se le hizo más largo de lo habitual. Las puertas se abrieron al vestíbulo, donde el sonido del murmullo del exterior se filtraba por la entrada. Stephanie cruzó a paso rápido y salió a la calle. El frío la golpeó de inmediato. La nieve se pegó a su abrigo casi al instante, derritiéndose en manchas oscuras sobre la tela. Los flashes de las cámaras saltaban de forma intermitente, iluminando la nieve que caía con destellos blancos y nítidos. Se había instalado una pequeña plataforma al pie de la escalinata, con un grupo de micrófonos amontonados como un ramo de metal. Se colocó detrás.

—Buenas tardes —comenzó, con voz firme a pesar del frío—. Soy la inspectora Stephanie Broadbent, de la Policía de Surrey. Gracias por su paciencia.

Los flashes volvieron a deslumbrar.

—Hoy mismo hemos confirmado el fallecimiento de Stuart Pritchard, un hombre de cincuenta y cuatro años de la zona de Haslemere, que fue hallado herido de gravedad en la madrugada de ayer. A pesar de los esfuerzos del personal médico, el señor Pritchard ha fallecido lamentablemente en el hospital. Estamos tratando este caso como un asesinato y hay una investigación completa en curso.

Mantuvo la mirada firme, pasando lentamente de un rostro a otro, resistiendo la tentación de mirar más allá de ellos o a través de ellos. Hasta que vio a Milton. Sus miradas se cruzaron durante una fracción de segundo, pero no se detuvo. No podía.

—En este momento, no puedo hacer comentarios sobre los detalles específicos de las lesiones sufridas ni sobre las circunstancias que las rodearon. Entiendo que hay un gran interés público en este caso, pero revelar cierta información prematuramente podría comprometer nuestra investigación. Lo que

sí puedo decir —continuó— es que estamos siguiendo múltiples líneas de investigación y trabajando estrechamente con especialistas forenses y analistas digitales. Estamos decididos a identificar al responsable y llevarlo ante la justicia. Si alguien estuvo en la zona de Haslemere la noche de su desaparición y vio u oyó algo inusual, por insignificante que parezca, le ruego que se ponga en contacto con nosotros. Del mismo modo, si tiene información relacionada con los movimientos del señor Pritchard antes del ataque, póngase en contacto con la Policía de Surrey.

Esperó, dejando que el silencio llenara los huecos.

—Alguien sabe algo —dijo en voz baja—. Y esa información podría marcar la diferencia. Gracias. Eso es todo lo que puedo decir por ahora.

Las preguntas arreciaron en cuanto dio un paso atrás, pero no respondió. Varios agentes uniformados se acercaron con presteza, guiándola lejos de la plataforma y de vuelta al calor del edificio.

Cuando las puertas se cerraron tras ella, una voz la llamó, deteniéndola en seco.

—Inspectora Broadbent.

Stephanie inspiró hondo y se dio la vuelta.

El jefe de Policía, Neil Robins, estaba a unos metros de distancia, con las manos entrelazadas a la espalda y vestido de forma impecable.

—Señor —dijo ella, manteniendo un tono comedido—. No sabía que se quedaría hasta tarde.

—Yo tampoco —respondió él—. Lo ha gestionado bien.

—Esa era la intención —replicó Stephanie.

Neil la escudriñó un instante más de lo necesario. —Este caso ha escalado rápido. Y está atrayendo... atención. —Miró hacia las

puertas, por donde aún se filtraba el coro amortiguado de voces—. Atención *nacional*. Atención *política*.

Stephanie sostuvo su mirada. —Con el debido respeto, señor, la prioridad es encontrar a quien hizo esto.

—No digo que no —dijo Neil—. Pero la percepción importa. La confianza pública importa. Especialmente dados los... acontecimientos recientes.

Clive.

Neil cambió el peso de su cuerpo. —Confío en que mantenga un control estricto de la información.

—Sí, señor.

—¿Nada de filtraciones internas de información sensible?

Ella irguió la espalda con aire desafiante. —No.

Él asintió lentamente. —Bien. Porque lo último que necesitamos es que esto se convierta en un circo.

Stephanie mantuvo una expresión neutra, aunque la irritación chispeaba bajo la superficie. —Mi equipo está concentrado —dijo—. Y estamos haciendo progresos.

—Espero recibir actualizaciones —respondió Neil—. Frecuentes.

—Por supuesto.

Otra pausa. Deliberada esta vez.

Entonces se echó a un lado. —Descanse algo cuando pueda, inspectora Broadbent. Se la ve... al límite.

—Buenas noches, señor —dijo ella, pasando ya por su lado.

Stephanie no miró atrás mientras se dirigía al ascensor; su mente ya volvía a la investigación: a la palabra tallada en la piedra, al veneno que Stuart Pritchard había esparcido por la red, al asesino que había decidido que las palabras no solo duelen, sino que también pueden usarse para matar.

Puede que el ruido exterior se hubiera disipado.

Pero la presión no.
Esto no había hecho más que empezar.

CAPÍTULO
VEINTISIETE

El cuerpo yacía sobre la mesa, con las muñecas atadas y el pecho subiendo y bajando a un ritmo superficial y obediente. Inconsciente. Por ahora.

A su lado, dispuestas en una hilera perfecta sobre la superficie de trabajo, estaban las piedras que había seleccionado a primera hora de la tarde. Se había tomado su tiempo para elegirlas. Estas eran las adecuadas. Rugosas, limpias y lo bastante pequeñas como para caber dentro del cuerpo sin causar demasiados problemas. Deslizó el pulgar sobre una de ellas, cogió el cuchillo y se inclinó. La primera letra mordió limpiamente la superficie.

R.

Trabajó con lentitud y cuidado, dejando que la hoja hiciera el esfuerzo, permitiendo que la palabra tomara forma tal y como debía. No tenía prisa; no era necesario. Cada piedra portaba una palabra, y cada palabra conllevaba un peso. Un significado. Una intención.

Detrás de él, el cuerpo se movió ligeramente. Solo un espasmo en los dedos, un escalofrío que lo recorrió por completo.

Hizo una pausa, contó y esperó a que pasara el momento antes de continuar.

Era vagamente consciente de su reflejo en la ventana: los cuernos curvos, el hocico romo, la insinuación de pelaje donde debería haber piel. Una distorsión. Un disfraz.

Apartó la mirada.

Minutos después, terminó la última palabra. Dejó el cuchillo con cuidado y levantó cada piedra una a una, inspeccionando el grabado y limpiando el fino polvo con el pulgar hasta que las palabras se veían claras e inequívocas. Satisfecho, las colocó sobre un paño, alineándolas con precisión, y se volvió hacia la mesa.

Había llegado el momento.

Ahora se movía con determinación, comprobando de nuevo las medidas, con los dedos sobrevolando la piel, trazando la ubicación en su cabeza. Había hecho esta parte cien veces: sobre el papel, en su memoria, en sueños.

El cuerpo volvió a agitarse, esta vez de forma más perceptible.

Se inclinó más, apoyando una mano en la mesa y dejando la otra descansar ligeramente sobre el esternón.

—Tranquilo —susurró, con la voz amortiguada por la máscara—. Vuelve a dormirte. Solo estás teniendo una pesadilla.

Como si respondiera, el sonido se desvaneció y el cuerpo se inmovilizó una vez más.

Se incorporó, cogió la primera piedra y empezó.

CAPÍTULO
VEINTIOCHO

No había nada mejor que el crujido de la escarcha fresca e intacta bajo sus botas de senderismo de Gore-Tex. La sensación de ser la primera en adentrarse en el bosque, la primera en explorar esta parte del terreno, la primera en reclamarlo como una colonialista del siglo XIX, la llenaba de un sentimiento de aventura. Detrás de ella, las huellas perfectas de su calzado quedaban marcadas en la helada. Delante, a unos cincuenta metros ya, estaba Dexter, su labradoodle, husmeando entre la maleza con el hocico pegado al suelo frío y duro, cubierto por la nevada que había empañado su parabrisas esa mañana. El suelo frente a Dexter estaba iluminado por un rojo tenue, la luz que emitía su collar de invierno. No solo proporcionaba una fuente de iluminación, sino que también permitía a Heather vigilarlo en la oscuridad de la luz del amanecer. Si divisaba una ardilla, como a veces solía hacer, y salía disparado tras ella, como ocurría a menudo, al menos podía verlo y perseguirlo.

Heather se ajustó la linterna frontal en la frente en una posición más cómoda y exhaló lentamente, observando cómo el vapor florecía frente a su rostro. Sabía que la gente pensaría que estaba loca por estar allí fuera sola. Su hijo. Su hija. Incluso ese pobre proyecto de hombre al que una vez había llamado cariñosamente su

marido. Había visto las noticias: el exhibicionista visto en Oxshott Common, exhibiéndose ante una mujer aterrorizada; la violación que había tenido lugar en un parque de Guildford; y, por supuesto, el incidente que había dominado los titulares: el hombre que se había despertado a pocas millas de allí, relleno de palos y piedras. Pero ella no era tonta; era sensata. Siempre se mantenía en el camino, nunca llevaba auriculares y mantenía a Dexter cerca. Además, llevaba una linterna en el bolsillo del abrigo que era casi tan brillante como el sol, y si alguien intentaba atacarla o agredirla, podría cegarlo y usarla como arma. Había cometido el error de probarla frente al espejo y casi terminó teniendo que solicitar un carné de conducir especial.

Sin mencionar que esto era Surrey. Surrey era seguro. Estaba lleno de jubilados y personas que anhelaban un ritmo de vida más pausado. No era Londres, no estaba lleno de crímenes con arma blanca y peligros a cada paso. Era el hogar de casas Tudor independientes, bosques densos y plazas de pueblos bonitas, especialmente su pequeña aldea. Llevaba viviendo allí casi cincuenta años y nunca se había encontrado con un solo problema. No creía que fuera el momento de empezar ahora.

Heather siguió el sendero mientras este giraba suavemente cuesta abajo.

—Dex, ten cuidado —murmuró, como si fuera un humano.

Él no miró atrás. Nunca lo hacía. Dexter aminoró el paso, con el hocico recorriendo ansiosamente el suelo, y luego se desvió bruscamente de la pista principal, deslizándose entre dos matas de acebo que marcaban el inicio de un camino más estrecho y menos transitado.

—Dexter —llamó Heather, esta vez con más firmeza—. Déjalo. Vamos, tesoro. Por aquí.

Nada.

El débil resplandor rojo de su collar titiló delante de ella y luego desapareció por completo a medida que él se adentraba más en la maleza.

—¡Oh, por el amor de Dios! —masculló entre dientes—. Maldito perro.

Dudó solo un segundo. La parte sensata de su cerebro, la parte que sonaba sospechosamente como su hijo, la instaba a quedarse quieta, esperar y dejar que volviera por su cuenta. Pero no lo haría. No cuando había captado el rastro de algo más emocionante que ella.

Heather se salió del camino y lo siguió. El suelo cambió de inmediato. De tierra firme y expuesta, moldeada por décadas de pasos en un sendero perfectamente delineado, a hierba más blanda cubierta de escarcha, oculta por ramas bajas y hojas que se enganchaban en su abrigo Barbour. Se ajustó la linterna frontal, dirigiendo el haz hacia delante mientras se abría paso con dificultad entre el apretado grupo de árboles.

—¡Dexter! —llamó de nuevo, ahora más alto. Pero el sonido cayó sin eco, absorbido por el bosque que la rodeaba.

En algún lugar más adelante, oyó un crujido, seguido de un ladrido corto y curioso.

Exhaló con exasperación.

—¿Qué has encontrado ahora?

Heather apartó una cortina de helechos y entró en un pequeño claro que no reconoció. No era más ancho que su salón, rodeado por todos lados de densos árboles. El aire se sentía más quieto allí, más frío.

Dexter estaba completamente inmóvil. Su collar rojo brillaba débilmente contra la escarcha, iluminando la silueta de su cuerpo. Ya

no estaba cavando ni husmeando; simplemente observaba algo en el suelo, ladrándole como si fuera una amenaza.

Heather dio otro paso adelante.

—Dex, ven...

La palabra murió en su garganta.

Al principio, pensó que era un montón de ropa o una mochila abandonada, algo dejado atrás por un excursionista descuidado. Pero a medida que sus ojos se ajustaron, vio un zapato... una pierna.

—Dios mío —susurró.

Se quedó clavada en el sitio, incapaz de acercarse más. El claro pareció volverse más pequeño de repente, como si los árboles se hubieran acercado sigilosamente mientras ella no miraba. Su aliento formaba bruma de manera rápida y superficial frente a ella.

Dexter soltó otro ladrido seco, más fuerte esta vez, sacándola de su aturdido silencio.

—No. Dexter, quieto —ordenó. Le temblaban las manos mientras intentaba alcanzarlo, los dedos rozando las puntas de sus rizos. Necesitaba recuperarlo, arrastrarlo lejos, llamar a alguien, a quien fuera.

Heather se obligó a dar un solo paso más. El hombre estaba tumbado boca arriba, vestido con ropa informal, del tipo que podría haber llevado para ir a las tiendas o al pub: zapatillas, vaqueros, una camiseta y un abrigo que se le había subido hasta dejar al descubierto una barriga prominente y peluda. Su piel, al menos lo que podía ver de ella bajo la nieve y la escarcha, era tan blanca que resultaba casi incandescente. Tal como solo la había visto una vez antes, cuando su padre yacía muerto en el suelo de su cocina durante dos días, sin que nadie lo tocara.

A Heather se le revolvió el estómago ante la visión y el pensamiento. El corazón le latía con fuerza en los oídos mientras se preguntaba si el asesino había vuelto a atacar. El bosque estaba en silencio a su alrededor. Una quietud completa y desconcertante. Ni el canto de un pájaro, ni una brisa; nada excepto el jadeo pesado de Dexter y el sonido de sus propios latidos atronadores.

—Buen chico —susurró con voz ronca, apoyando una mano temblorosa en su lomo—. Nos... nos vamos, ¿vale? Nos marchamos.

Sacó el teléfono del bolsillo, con los dedos tanteando torpemente la pantalla táctil. Las barras de cobertura parpadeaban débilmente cuando un sonido rompió la quietud.

Un chasquido.

Una rama rompiéndose bajo un peso.

Levantó la cabeza de golpe, buscando el origen de la perturbación.

Los árboles delante estaban en silencio. A estas alturas, el cielo se había aclarado y su entorno se había iluminado, haciendo que la linterna frontal y su linterna de repuesto fueran redundantes. Pero eso no impidió que sacara la linterna del bolsillo como medida de seguridad.

Seguía sin haber nada. Solo la misma quietud inquietante y antinatural que había sentido en casa de su padre cuando entró en la cocina y se dio cuenta de que el aire no era normal.

Dexter no gruñó. Si hubiera detectado a alguien, algo, lo habría hecho. Se habría lanzado hacia ellos, se habría quedado paralizado o habría gruñido. En cambio, solo se apretó con más fuerza contra su pierna, temblando y confundido.

Se agachó con torpeza y pasó la mano por su collar. Él se resistió un brevísimo segundo, luego cedió. Heather tiró de él mientras retrocedía, con la mirada fija en los árboles, la luz iluminando los

troncos, el pulgar sobre la rueda para darle más intensidad, más, mucha más si era necesario.

Al llegar al camino principal, apagó la linterna y la sustituyó por su teléfono. Al marcar el 999, en lo único que podía pensar era en la herida entreabierta en el cuerpo de la víctima que había sido mal cosida. Cosida por manos que no pertenecían a un hospital, cosida por las manos de un asesino.

CAPÍTULO
VEINTINUEVE

Stephanie se levantó de la silla y se dirigió al baño, desesperada por orinar. Había tenido la intención de ir antes, pero las reuniones, las ruedas de prensa y las interminables llamadas telefónicas la habían obligado a relegar su vejiga al fondo de su mente. Ahora, el dolor en el bajo vientre le recordaba por qué aquello había sido una idea tan nefasta.

Cruzó la oficina a toda prisa, sorteando escritorios, con la mano sana presionada contra el abdomen, donde latía un dolor sordo. El pasillo de los aseos estaba, por suerte, vacío; podía ver la puerta al fondo. La salvación. Por fin.

Alargó la mano hacia el pomo—

—¡Señora!

Stephanie se detuvo en seco, tensando los hombros. Cerró los ojos durante un único y agónico segundo.

Ahora no.

Por favor, ahora no.

Se dio la vuelta.

Fiona estaba al otro extremo del pasillo, con las mejillas encendidas como si hubiera corrido tras ella.

—¿Qué pasa? —preguntó Stephanie, contrayendo los músculos del suelo pélvico.

Fiona tragó saliva y se acercó. —Ha aparecido otro.

—¿Otra víctima?

Fiona asintió, con el pecho agitado por la adrenalina. —Un hombre que paseaba al perro lo ha encontrado en Churt Common hace cosa de una hora. Los paramédicos han certificado el fallecimiento a su llegada. Los agentes de uniforme han acordonado la zona. Leanna ya está allí y la científica está de camino. Han desplegado todo el operativo.

—¿Y el cuerpo?

—Con Leanna.

—No me refería a eso...

Fiona captó su tono.

—Creo que sí, señora —respondió finalmente—. El responsable de la escena del crimen informa de que hay una herida que parece haber sido... cosida a toda prisa, por así decirlo.

Stephanie vaciló, con la vejiga dándole punzadas de protesta a gritos.

—De acuerdo —dijo—. Ve a la autopsia. Leanna debería terminar pronto. Averigua si hay algún mensaje en lo que haya dentro del estómago.

—Sí, señora. Fiona asintió y se alejó, marcando ya el número de Leanna mientras trotaba hacia la salida.

Un latido de pavor recorrió a Stephanie, instalándose en algún lugar profundo bajo sus costillas. El caso no solo se había intensificado; había estallado. Y cualquier frágil control al que hubiera conseguido aferrarse desde la muerte de Stuart Pritchard se le estaba escapando ahora de las manos.

Inhaló lentamente, obligando a su cuerpo a recuperar la compostura. Le dio un calambre tan agudo en la vejiga que casi se dobló por la mitad. Giró sobre sus talones y empujó la puerta del baño, cerrándola de una patada tras de sí. Por fin, se desabrochó los pantalones y prácticamente se dejó caer en el inodoro.

Durante diez gloriosos segundos, su mente se quedó felizmente en blanco.

Pero en cuanto la presión física abandonó su cuerpo, otra ocupó su lugar. Más pesada, más cruel, más fría. Y mucho más familiar.

El pavor de enfrentarse a una víctima más.

CAPÍTULO
TREINTA

Fiona empujó las puertas batientes del depósito de cadáveres, se dirigió al lavabo, sacó un par de guantes de nitrilo de la caja y se los puso de un tirón. Leanna Moore ya estaba allí, rodeada de bandejas de acero inoxidable y un arsenal de instrumentos a medio montar. La patóloga se movía apresuradamente alrededor del cuerpo que yacía sobre la mesa, como si acabara de tomarse tres cafés y estuviera funcionando con muy pocas horas de sueño.

—Buenos días, alegría —canturreó Leanna mientras Fiona se acercaba.

—Buenos días —respondió Fiona.

—¿Cómo va la vida amorosa? —preguntó Leanna, observando a Fiona por encima de sus gafas—. ¿Floreciente? ¿Vibrante? ¿Turbulenta? ¿Fascinante?

Fiona resopló. —¿En serio?

Leanna se encogió de hombros. —Hace tiempo que no te veo. He imaginado que no te interesaría el último episodio de *The Traitors*, así que he pensado en darte donde más duele.

—Me has herido profundamente —se mofó Fiona—. Pero, respondiendo a tu pregunta, no pasa nada de nada.

—¿Todavía? Por Dios, Fiona. A tu edad, yo era una auténtica fiera.

Fiona hizo una mueca. —Por favor, no entres en detalles.

Leanna enarcó una ceja. —¿Por qué? ¿Tienes miedo de aprender algo?

—No —respondió Fiona secamente—, tengo miedo de que me lo cuentes.

—Pero ya que preguntas...

—No lo he hecho.

—Eché un polvo la otra noche.

Fiona hizo una pausa, mirándola con cara inexpresiva. —¿Qué hiciste?

Leanna se apoyó en la mesa metálica, sin inmutarse por el cadáver que tenía al lado. —No pongas esa cara de asombro. Todavía ocurre. De vez en cuando. Como el cometa Halley.

Fiona resopló. —¿Enhorabuena?

—No me des la enhorabuena. Fue trágico. —Leanna señaló vagamente al cuerpo—. Sinceramente, me sentí como si fuera *yo* la que estuviera sobre la mesa, para variar. Flácida, fría y deseando que alguien se diera prisa en certificar mi muerte.

Fiona soltó una carcajada antes de poder evitarlo.

—Solo digo que... —dijo Leanna, sonriendo—, si hubiera premios al bajo rendimiento, ese hombre se los habría llevado todos. Mejor actor de reparto. Peor uso del equipo. Premio a toda una carrera decepcionando a mujeres.

Fiona se limpió una lágrima del rabillo del ojo.

—¿Cómo os conocisteis?

—Por internet. Es la primera y última vez que me pasa eso.

—Bueno —empezó Fiona—, considérate afortunada. Lo único que hay en mi vida es papeleo. Y esto... —Señaló el cuerpo—. Aquí hay

intimidad de sobra.

—Nada dice romance como la grasa subcutánea. Y este tipo tiene mucha. —Leanna dio una ligera palmada, volviendo al modo profesional—. Bien. Basta de preliminares. Vamos a echarle un ojo a este pavo. —Se hizo a un lado, dejando el cuerpo a la vista—. Varón. Aproximadamente cuarenta y dos años. Según la identificación que se le encontró encima, se llama Alan Jeffries. Altura: un metro setenta y cinco. Peso: ciento catorce kilos. Significativamente por encima del IMC recomendado. Desde luego, no me gustaría tenerlo jadeando, resoplando y aplastándome en el dormitorio. A ver, me gusta el riesgo, pero no de ese tipo.

La comisura de los labios de Fiona se elevó. —Tan compasiva como siempre.

—Cariño, esto es compasión. Te estoy ahorrando tener que imaginar lo que yo estoy imaginando. —Leanna golpeó ligeramente el abdomen del hombre con sus dedos enguantados—. Bien. El señor Jeffries disfrutaba de la santísima trinidad de la autodestrucción: alcohol, tabaco y un desprecio absoluto por las verduras. —Ajustó el ángulo de la lámpara del techo y continuó, muy seria—. Pulmones del color del carbón. Riñones trabajando horas extra como... bueno, como tú y como yo. Y su hígado —hizo una pausa para dar efecto, haciendo una mueca— es del tamaño de un melón pequeño y tiene casi la misma textura.

—Leanna —gimió Fiona.

—¿Qué? Estoy pintando un cuadro. La gente paga buen dinero por este tipo de imágenes. —Señaló ampliamente al cadáver—. El caso es que no tenía pinta de que fuera a completar un maratón pronto. Ni siquiera una caminata a paso ligero.

—Eso no me ayuda a saber cómo murió ni cuándo.

Leanna cogió su carpeta y pasó una página con una teatralidad innecesaria. —Vale, vale, la parte seria. —Se inclinó sobre el torso de Alan Jeffries y su tono pasó de juguetón a cortante—. La hora de la muerte... bueno, este caso es un poco peculiar. Casi como un copo de nieve. Literalmente.

Fiona esperó, preparándose.

—Lo dejaron fuera un buen rato antes de descubrirlo.

—¿Significa eso que se congeló? —preguntó Fiona.

—Significa —continuó Leanna— que nuestro amigo aquí presente se pasó la noche fingiendo ser un pavo de marca blanca. He tardado lo mío en descongelarlo para poder tomar una lectura adecuada de la temperatura corporal central —dijo con sarcasmo—. Eso enturbia un poco la cronología, pero yo estimaría que la muerte ocurrió en algún momento entre las diez de la noche y la madrugada. Sin duda anoche.

—¿Podría haber estado consciente cuando lo dejaron allí fuera?

—Imagino que no. He echado un vistazo rápido a la escena del crimen y no parecía que hubiera hecho ningún esfuerzo por moverse; se veían las marcas en la nieve por donde habían arrastrado el cuerpo, y eso era todo. Pero si estaba consciente cuando lo llevaron allí, no lo habría estado por mucho tiempo. Presenta los primeros signos de hipotermia: vasoconstricción cutánea, *pallor mortis* exagerado por el frío. Así que, si estaba vivo cuando lo tiraron, su ritmo cardíaco y respiratorio se habrían desplomado rápidamente.

Fiona tragó saliva. —¿Entonces, murió definitivamente de frío?

—En última instancia, sí. La hipotermia es una amante cruel.

Fiona asintió lentamente, asimilándolo. Su mirada se desvió hacia el torso de Alan Jeffries: la herida mal cosida, los bordes toscos y ensangrentados.

Dudó. —¿Se... encontró algo en su interior?

El rostro de Leanna se iluminó como si hubiera estado esperando esa pregunta.

Levantó ambas manos con aire teatral. —Ah. Por fin. El momento que estabas esperando. Redoble de tambores, por favor. —Tamborileó rápidamente con sus dedos enguantados sobre la mesa de acero inoxidable, ampliando su sonrisa cuando Fiona no le siguió la corriente—. Venga ya —dijo—. Al menos podrías fingir que te emociona. He rebuscado en el estómago graso de un muerto para conseguir esto.

Fiona se cruzó de brazos. —Esta es mi cara de emoción.

—Mentira. —Leanna se dio la vuelta y cogió una pequeña bandeja cubierta por un paño estéril azul—. En fin. Permíteme presentarte la prueba A, la B y... bueno, todas las que a este lunático le dio por usar anoche.

Retiró el paño con un gesto grandioso.

Fiona se inclinó.

En la bandeja yacía un grupo de piedras pequeñas, cada una tallada con letras profundas y cuidadosas. Aún quedaban restos de tierra oscura y sangre en los surcos, con un color que destacaba sobre la superficie gris pálida. Incluso desde lejos, las palabras eran inconfundibles.

Leanna señaló la piedra más cercana con el dedo.

—Esta joyita dice *SEXISTA*. Una caligrafía preciosa, muy dominante. Me encanta un asesino que se compromete con su oficio.

Fiona se quedó mirando, sintiendo que se le encogía el estómago.

Leanna cogió la siguiente piedra, girándola para que la palabra tallada captara la luz.

—Y esta belleza dice *MISÓGINO*.

En la última piedra se leía *DEPREDADOR*.

Un escalofrío recorrió la columna vertebral de Fiona.

—Es lo mismo que con la última víctima —dijo en voz baja.

—Mmm. —Leanna se cruzó de brazos, apoyándose de nuevo en el mostrador—. Alguien ahí fuera tiene un mensaje muy claro que quiere transmitir. Y está eligiendo un envoltorio realmente encantador.

CAPÍTULO
TREINTA Y UNO

Stephanie estaba de pie frente a la sala de operaciones principales, sosteniendo un rotulador de pizarra blanca.

—Bien —dijo—. Empecemos. Tenemos mucho que tratar.

Olivia se inclinó hacia delante, apoyando los codos en las rodillas. Giles se enderezó en su silla, girando ligeramente de un lado a otro hasta que Noah alargó la mano y lo sujetó por el hombro. Fiona estaba de pie junto a la pizarra, fatigada pero serena. Un espacio vacío al lado de Noah indicaba que Devon seguía desaparecido en combate.

—Primero —dijo ella—, el hallazgo. ¿Olivia?

Olivia asintió y abrió su cuaderno.

—El nombre de la víctima es Alan Jeffries. Lo ha encontrado aproximadamente a las seis y cuarenta y cinco de esta mañana una mujer que paseaba a su perro: Heather Stenton, de sesenta y ocho años, reguladora de servicios financieros jubilada de Churt. Ha dado con el cuerpo justo al salirse de su ruta habitual de paseo cuando su perro lo ha olfateado y ha ido corriendo hacia allí, encontrando el cadáver en un pequeño claro. Lo ha hecho todo bien: ha mantenido las distancias, ha apartado al perro y ha llamado inmediatamente.

—¿Algún motivo para dudar de ella? —preguntó Stephanie.

—No —respondió Olivia—. Ya la hemos descartado. No ha tocado el cuerpo ni la zona circundante. Los servicios de emergencia han confirmado su relato y ella los ha guiado de vuelta al lugar exacto.

Stephanie asintió. —Bien.

—Los paramédicos han certificado el fallecimiento en el lugar —continuó Olivia—. Y una de las agentes presentes, la agente de policía Hazel Merton...

—¿Hazel? —intervino Giles.

Stephanie lo miró. —¿La conoces?

Un ligero rubor subió por el cuello de Giles. Se rascó la nuca, desviando la mirada brevemente hacia el suelo. —Eh... más o menos —masculló—. Formaba parte del equipo de búsqueda el otro día. Nos pusimos a hablar y yo... puede que le pusiera la zancadilla sin querer.

—Vaya forma de causar impresión —dijo Olivia, con tono inexpresivo.

—¡Estaba húmedo y hacía frío! —protestó Giles, mortificado—. Y el suelo era irregular.

—Muy bien, Boy Scout —reanudó Olivia—. Me han dicho que Hazel se ha hecho cargo del perímetro inmediato. Y ha advertido algo antes de que llegara la científica.

—¿El qué?

—Huellas que no pertenecían a Heather, ni a su perro, ni a ninguno de los agentes. Ha actuado rápido: ha mantenido a todo el mundo alejado, ha marcado la zona y ha hecho que su equipo tomara huellas de referencia de su propio calzado antes de que la científica contaminara nada.

Stephanie parpadeó, impresionada. —Es un trabajo excelente. Asegúrate de que conste en su expediente. Y dale las gracias de mi parte.

Olivia asintió. —La científica ha tomado fotografías de alta resolución de las huellas y ha recogido algunas posibles muestras de trazas de la tierra y de lo que quedaba de nieve. Con suerte, sacaremos algo de ellas.

Stephanie dejó el rotulador. —Bien. Muy bien. Fiona, ¿qué tiene que decir Leanna?

Fiona dio un paso adelante, cruzando los brazos suavemente sobre el pecho. —Aparte de revolverme el estómago, Leanna estima que la hora de la muerte se sitúa entre las diez de la noche y la madrugada. El frío ha ralentizado las cosas significativamente —básicamente se ha pasado la noche convirtiéndose en un polo humano—, así que el cronograma es un poco impreciso, pero está segura de que estaba vivo anoche y muerto antes del amanecer.

—¿Causa? —preguntó Stephanie.

—Hipotermia —dijo Fiona—. En última instancia. Probablemente estaba inconsciente antes de que lo dejaran allí. No hay señales en la nieve ni en la tierra de que intentara moverse o reptar para escapar.

Se hizo un silencio lúgubre durante un momento.

Stephanie lo rompió. —¿Qué sabemos de él hasta ahora?

Giles se incorporó, aclarándose la garganta. —He consultado la base de datos policial y no hay nada de nadie que coincida con su edad, nombre y fecha de nacimiento. Sin embargo, he conseguido averiguar que trabaja en el KFC de Aldershot. No tiene antecedentes penales. No hay razón para que estuviera en nuestro radar.

—¿Algún familiar cercano? —preguntó Stephanie.

—Estamos localizando a su hermano —dijo Giles—. Pero vive en Exeter.

—Vale. —Stephanie se giró—. Fiona, diles lo que ha encontrado Leanna.

Fiona exhaló. —Lo mismo que con Stuart Pritchard —empezó—. Palos, piedras, piedras y más piedras. Esta vez tres tenían grabadas las palabras «sexista», «misógino» y «depredador».

La expresión de Olivia se tensó. Noah se rascó lentamente el borde de la barba.

—¿Mismo modus operandi que la primera víctima? —preguntó Noah.

—Muy parecido —respondió Fiona—. Excepto que esta vez nuestra víctima no es racista —bueno, quiero decir, también podría serlo—, sino que, en su lugar, es un cerdo sexista.

—Esta gente suele tener la habilidad única de ofender a más de un colectivo —respondió Olivia—. Es todo un arte. Viven para cabrear al personal y se creen mejores que nadie.

Stephanie dejó que el comentario de Olivia reposara un momento antes de volver al tema. —Si nuestro asesino lo ha seleccionado por ser un bastardo sexista, ¿cómo encaja eso con lo que estamos viendo en las cuentas de Jeffries? ¿Giles?

Todos los ojos se desplazaron hacia él.

Giles acercó la silla, haciendo que las patas chirriaran suavemente contra el suelo. —Eh... sí. Potencialmente —dijo—. He estado peinando todo lo público de sus redes sociales. No tenemos su teléfono, así que es limitado, pero... —Pasó a otra pestaña de su ordenador portátil—. Por lo que veo, era muy activo.

—¿Activo en qué sentido? —preguntó Stephanie.

—Sobre todo comentando —respondió Giles—. Y casi exclusivamente en publicaciones de mujeres. Provocaciones en toda regla. «No es sexismo, es biología». «La igualdad salarial es un mito inventado por mujeres vagas que quieren limosnas». Una respuesta dice literalmente: «Si ganas menos que un hombre, es porque vales menos para la empresa».

Olivia murmuró algo entre dientes.

—La cosa empeora —continuó Giles—. Hay toda una racha de comentarios tránsfobos. Llama a las mujeres trans «hombres con vestido», insiste en que es una «enfermedad mental», dice que la sociedad se está «desviviendo por los que buscan llamar la atención» y que los pronombres son «tonterías inventadas para gente que quiere un trato especial».

Stephanie sintió que se le tensaba la mandíbula.

—Y en Facebook —dijo Giles, bajando por la pantalla—, ha estado compartiendo memes sobre esposas que «conocen su lugar», chistes sobre que las mujeres sirven para el «sexo, los sándwiches y el silencio» y en una publicación del año pasado, comentando un artículo sobre derechos de maternidad, afirma que las mujeres «se quedan embarazadas a propósito para escaquearse del trabajo de verdad» y que «exprimen el sistema mientras los hombres cargan con todo». —Levantó la vista de la pantalla—. No es precisamente sutil.

—Me parece un auténtico imbécil —murmuró Fiona.

—Así que se puede decir que las piedras son precisas —añadió Noah.

—Yo diría que sí —dijo Giles—. Pero los comentarios que he encontrado son solo la parte pública. No sabremos el alcance total hasta que lleguen sus mensajes directos, pertenencias a grupos, publicaciones borradas y actividad privada. Si acosaba a mujeres en privado, algo que muchas de sus interacciones públicas sugieren con fuerza... bueno, el asesino también podría haber visto eso.

Stephanie lo estudió durante un momento. —¿Con qué rapidez puedes moverte una vez que tengas las órdenes?

—Inmediatamente —dijo Giles—. Lo pasaré todo primero por la detección de palabras clave, a ver qué sale. Luego haré una

referencia cruzada con la actividad de Pritchard. Si el asesino está rastreando publicaciones, siguiendo hilos, buscando sus *objetivos*... podría haber algún solapamiento. Los mismos foros. Los mismos hashtags. Los mismos círculos. Miraré a las personas a las que ha enviado mensajes y elaboraré también una lista de víctimas.

—Bien —dijo Stephanie—. Necesitamos eso lo antes posible. —Miró la pizarra, los nombres de las dos víctimas—. Así que —dijo, dirigiéndose de nuevo a la sala—, nuestra primera víctima fue elegida por racismo. Esta, por misoginia. Eso nos indica que el asesino tiene un marco moral, o cree tenerlo. Está eligiendo a las víctimas basándose en faltas percibidas. ¿Qué hay de los movimientos por la zona? ¿Alguien ha sido visto por allí anoche?

Olivia negó con la cabeza. —Nada confirmado todavía. El área alrededor de The Flashes es vasta, está mal iluminada y los senderos serpentean en todas direcciones. No hay cámaras de seguridad en las inmediaciones y solo hay un aparcamiento. Solicitaremos el registro de matrículas de las carreteras circundantes entre las nueve de la noche y las seis de la mañana, pero eso va a llevar tiempo.

—¿Entonces qué sabemos realmente sobre *sus* movimientos? —preguntó Stephanie—. Las últimas horas de Jeffries. Dónde estaba. A quién vio.

Se hizo un breve silencio mientras ponían en orden sus pensamientos.

Noah fue el primero en hablar. —Aún tenemos que reconstruir eso. Tenemos su domicilio y la dirección de su lugar de trabajo, pero aún no tenemos un cronograma completo.

—Que alguien llame a su trabajo —dijo Stephanie—, para ver cuándo apareció por última vez. ¿Y sus vecinos?

—Yo me encargaré de eso —dijo Giles, levantando la mano—. Pediré las grabaciones de las cámaras de seguridad y de los timbres

inteligentes, a ver si alguien tiene algo.

—Crucemos los dedos —murmuró Stephanie—. Lo mismo para anoche. Necesitamos entrevistas puerta a puerta por la zona donde lo ha encontrado Heather. Dividíos el trabajo. Quiero un cronograma completo en mi escritorio en cuanto sea humanamente posible. Necesitamos saber cómo ha acabado allí. Ahora tenemos dos víctimas, dos juegos de piedras, dos series de acusaciones. Ambos dejados a la intemperie, ambos cosidos a mano, ambos expuestos al frío. Lo que significa que las cosas se van a poner mucho más difíciles para nosotros *ahí fuera*.

La sala pareció enfriarse por un momento.

Giles levantó la mano tímidamente. —Eh... ¿jefa? ¿Deberíamos preocuparnos por Devon? Todavía no ha...

—Una cosa cada vez —interrumpió Stephanie sin pensar—. Deja... deja eso de mi cuenta. Yo me ocuparé de Devon.

CAPÍTULO
TREINTA Y DOS

Si no fuera por su estado de conexión en Facebook Messenger e Instagram, además del mensaje con cuatro horas de retraso que le había enviado el día anterior diciendo que estaba demasiado enfermo para ir a trabajar, Stephanie se habría preocupado por Devon. Pero dadas las circunstancias, al menos sabía que estaba vivo, aunque una parte de ella seguía temiendo por su seguridad. Por lo general, era puntual y muy formal con la asistencia. La única vez que le constaba que había desaparecido así fue tras su divorcio, cuando lo encontró en el sofá, rodeado de un pequeño ejército de botellas de alcohol vacías. Por lo que ella sabía, no había probado ni una gota desde que Clive le consiguió ayuda de Recursos Humanos y de los especialistas pertinentes. Pero desde la muerte de Clive, ella había estado demasiado distraída, demasiado consumida por su propio dolor y culpabilidad para vigilarlo a él o al resto. ¿Había descarrilado? ¿Había perdido el control mientras ella no prestaba atención? ¿O estaba realmente enfermo? Al fin y al cabo, era esa época del año en la que los resfriados comunes abundaban tanto y se propagaban tan rápido como una enfermedad venérea en un burdel.

Antes de que pudiera seguir dándole vueltas al asunto, el tono de llamada terminó y una voz respondió al otro lado.

—¿Me estás avisando con veinte minutos de antelación antes de venir? —preguntó Milton, con un toque de picardía en el tono—. Debo advertirte de que no estoy en la oficina en este momento.

—¿Dónde estás?

—Por ahí. Haciendo cosas de periodistas.

—Saliendo a *buscar* las noticias —respondió ella—. Supone un cambio respecto a que te las entreguen en el escritorio.

—Curiosamente, la percepción de que los periodistas estamos siempre detrás de la pantalla del ordenador es errónea y anticuada, igual que imagino que lo es para ti.

Ella sonrió con aire de suficiencia mientras se acomodaba en su silla. —Para mí no; tengo la sospecha de que voy a estar atrapada bajo este maldito trasto durante mucho tiempo mientras esperamos un reemplazo.

Se refería a Clive, pero no se veía capaz de mencionar su nombre por miedo a entrar en otra conversación sobre él.

—Mientras te hayan arreglado la ventana, estarás bien —dijo Milton.

Stephanie se dio la vuelta y la miró. A través del cristal, vio que la mayor parte de la nieve ya se había derretido, dejando solo pequeñas y tercas manchas aferradas a los desniveles y hondonadas de los campos de abajo. El resto del suelo estaba húmedo, oscuro y reluciente, reflejando la tenue luz del día que se filtraba a través de la capa de nubes.

—¿Puedes hablar? —preguntó ella—. ¿Sobre el caso?

—¿Información sensible?

—Una exclusiva.

Él soltó un gruñido de deleite y sorpresa. —Ahora sí tienes mi atención.

Hubo una pausa mientras él se movía. A través del teléfono, Stephanie le oyó entrar en un coche y cerrar la puerta tras de sí.

—Soy todo oídos —dijo él.

—¿Lápiz y papel listos?

—Si por lápiz te refieres a mis dedos, y si por papel te refieres a mi móvil, entonces sí. Lápiz y papel listos.

Stephanie hizo una pausa mientras volvía a centrarse en su escritorio, fijando la vista en una muesca de la madera que había empeorado con las uñas en las últimas semanas.

—Esta mañana nos ha llegado la noticia de que se ha encontrado otro cuerpo, similar al de Stuart Pritchard del otro día —explicó ella.

—Ya veo. ¿En el mismo sitio?

—Casi. Este cuerpo ha aparecido en Churt Common.

Milton guardó silencio un instante. —No dejas de referirte a ello como un cuerpo...

—Eso es porque la víctima está muerta —dijo ella, con más brusquedad de la que pretendía—. No te daré su nombre, ya que se está informando a los familiares, y supongo que querrás sacar algo de inmediato antes de que se extienda por las redes sociales. Pero la víctima era un hombre blanco de unos cuarenta años, que se cree que trabajaba en una cadena de restaurantes de comida rápida. No me cabe duda de que los dos incidentes de esta semana están relacionados.

—¿Palos y piedras? —preguntó Milton.

Stephanie confirmó su respuesta con un gruñido.

—¿Algún testigo presencial?

—Es pronto para decirlo. Salvo la mujer que descubrió el cuerpo, claro.

—Apuesto a que fue un buen susto.

Stephanie empezó a hurgar en la muesca de la madera mientras su mente se evadía.

—¿Puedo mencionar las piedras? —preguntó Milton.

—No —respondió ella sin dudar. Mark había informado ampliamente en las redes sociales sobre la noticia de los palos y piedras hallados dentro del cuerpo de Stuart Pritchard, y varios medios de comunicación se habían hecho eco de ello. Pero ni Stephanie ni la policía lo habían confirmado. Y ella quería que siguiera siendo así. Era una pieza vital de información que debía mantenerse bajo control, especialmente la inscripción de cada una de las piedras. Esa era una información que solo conocían el asesino, ella misma, el equipo y Leanna. Ese tipo de detalles ayudaría a descartar a los que solo quisieran hacer perder el tiempo y decidieran llamar a la línea telefónica de la investigación, de la que tenía que encargarse Olivia.

—Lo siento —añadió—. Hay más cosas que no puedo contarte, pero por ahora tienes suficiente para empezar. Los datos principales son: Churt Common, varón, de unos cuarenta años, hallado por una persona que paseaba al perro, y los estamos tratando como casos relacionados.

—¿Qué importancia tiene el lugar? —preguntó Milton.

La pregunta la pilló por sorpresa. —No lo sé. No es algo que hayamos considerado. Ha habido dos asesinatos con cadáveres abandonados en dos lugares diferentes; no es que revele mucho por el momento.

Milton sopesó esa idea de forma audible durante un momento, suspirando por el auricular. Antes de que pudiera responder, llamaron a la puerta y Stephanie dio permiso para entrar. Un

segundo después, Olivia asomó la cabeza por el resquicio del marco de la puerta.

—Siento interrumpirla, jefa —dijo—, pero hay unas imágenes de las cámaras de seguridad que creo que querrá ver.

Stephanie tapó con la mano el micrófono del teléfono y dijo: —Voy enseguida. Luego se puso el teléfono en la oreja. —Lo siento, Milton, pero tengo que colgar. Ha surgido algo.

—Ya veo cómo va esto —respondió él con sorna—. Eso me recuerda —añadió antes de que ella pudiera colgar—, ¿has pensado algo más sobre lo de aquel café?

Stephanie entreabrió los labios. Durante un buen rato no dijo nada, simplemente siguió hurgando en la muesca del escritorio. Cuando un trozo de madera se desprendió entre sus dedos, volvió en sí. —Lo siento, Milton, pero de verdad tengo que irme. Deja eso en el aire...

CAPÍTULO
TREINTA Y TRES

Unos minutos después, Olivia cargó la imagen granulada en blanco y negro en la pantalla montada en la pared de la sala de operaciones. Stephanie se cruzó de brazos, apoyando el peso en su muñeca buena, y se centró en la marca de tiempo de la esquina: 22:42:42.

Aproximadamente diez minutos después de que Stuart Pritchard y Mark hubieran salido de The Swan y hubieran comenzado sus breves trayectos a casa.

—Estas imágenes proceden de una propiedad a unos cincuenta metros de la calle del pub —dijo Olivia, pulsando el botón de reproducción—. No se incluyó en nuestras pesquisas puerta a puerta porque no estaba en la ruta que Noah había trazado. El propietario no revisó la grabación hasta que vio las noticias esta mañana.

Stephanie inhaló lentamente.

El vídeo empezó a correr.

No se veía ningún pub, ni carteles, solo una calle residencial estrecha y mal iluminada; el ángulo de la cámara apuntaba oblicuamente hacia la acera que corría paralela a una fila de casas adosadas. Una única farola parpadeaba débilmente en el margen derecho del encuadre.

Entonces apareció una figura.

Un hombre con capucha caminaba con determinación pero sin prisa, con las manos hundidas en los bolsillos del abrigo. Llevaba la cabeza ligeramente inclinada, con la barbilla pegada al pecho para ocultar su identidad. Se movía con confianza, como si conociera la zona y supiera a dónde se dirigía.

—Ahí —murmuró Olivia.

Stephanie se acercó.

El hombre no levantó la vista, ni miró hacia la carretera, la cámara o las casas. Su zancada se mantuvo uniforme, casi metronómica.

—No está borracho —observó Stephanie—. O al menos no lo parece.

—No —respondió Olivia.

—¿Estatura? —preguntó Stephanie.

—Sobre un metro setenta y ocho, más o menos, basándome en la altura del Honda Jazz por el que pasa.

—¿Complexión?

—Delgado, ligeramente atlético. No es corpulento.

Unos segundos después de que la figura encapuchada desapareciera de la vista, otra forma apareció en pantalla.

Más bajito. Más ancho. Con los hombros encogidos.

Stuart Pritchard.

Caminaba pesadamente por la misma acera, siguiendo la misma dirección.

—¿Pritchard tomó un camino a casa distinto al que habíamos supuesto? —preguntó Stephanie.

—Eso parece, inspectora —respondió Olivia en voz baja.

—¿Por qué?

—No lo sé. Y no es que podamos preguntárselo.

Stephanie ignoró el comentario y se inclinó más hacia la pantalla, estudiando la imagen. —Camina delante, *por delante* de Stuart —se dijo a sí misma—. ¿Por qué? ¿Para poder darse la vuelta y asaltarlo, o hacer lo que fuera que hiciese para meterlo en el bosque? Resulta menos sospechoso que si lo estuviera siguiendo...

—¿Cómo iba a saber qué camino iba a tomar Stuart?

Stephanie se volvió hacia ella lentamente. En su mente solo cabía una posibilidad. —Ha vigilado a Pritchard antes. Debe de conocer la ruta a casa de su víctima; y la conocía mejor que nosotros y que el resto de la familia de Stuart. ¿Es esto todo lo que tenemos? ¿Nada más? ¿Ninguna grabación del ataque o del secuestro?

Olivia negó con la cabeza, decepcionada, como una niña a la que acaban de regañar.

—Está bien. Es un comienzo. —Se tocó el labio con el dedo— Tenemos que publicar un fotograma de la figura en las redes sociales y pasárselo a la prensa, indicando que solicitamos información sobre este hombre y que nos gustaría hablar con él en relación con el asesinato de Pritchard.

Olivia asintió.

—¿Puedes encargarte de eso?

—Sí, inspectora. Pero ¿no estaba usted hablando con Surrey Live?

Hizo una pausa. —Ya he tenido suficiente de ellos por hoy —mintió, ocultando la verdadera razón por la que no quería volver a entablar conversación con Milton.

¿Has pensado algo más sobre lo de ese café?

Antes de que Olivia pudiera seguir tomándole el pelo, el móvil de Stephanie vibró ruidosamente sobre el escritorio. Comprobó el identificador de llamadas. Giles.

Respondió de inmediato. —¿Sí?

Su voz sonó exasperada y apresurada. —Inspectora, he pensado que debería saberlo, acabo de ver a Mark Ellis frente a la entrada de Mount Browne.

—Bien.

—El único problema es que está hablando con la prensa.

Stephanie se enderezó tan bruscamente que un dolor le recorrió las costillas. —¿Cómo que hablando con la prensa?

—Hay un par de equipos de televisión junto a la barrera, y él está justo en medio. Está diciendo cosas. Un montón de cosas.

Una gota fría de pavor se deslizó por la columna de Stephanie.

—Noah —dijo ella, girándose ya—. La tele. Ahora.

Noah no preguntó. Cogió el mando de al lado del teclado y pasó los canales con la urgencia de quien desactiva una bomba. BBC. Ese no. Sky. No.

—Para. —La voz de Stephanie cortó el aire de la sala.

Y allí estaba.

Mark Ellis.

De pie junto a la puerta que conducía a la comisaría como un portavoz accidental de un desastre, gesticulando frenéticamente.

Olivia se llevó la mano a la boca. —Oh, Dios mío.

—La policía no está siendo sincera con vosotros —dijo Mark, girándose directamente hacia la cámara mientras el despacho se quedaba en silencio—. Mi mejor amigo fue asesinado. Él y yo fuimos al pub la noche en que murió. No sé qué le pasó, pero él se fue por un lado y yo por el otro. Lo siguiente que sé es que recibo una llamada de su mujer, diciendo que está en el hospital después de despertarse en medio de Haslemere. Cuando llego allí, me entero de que algún cabrón lo ha abierto en canal —perdón, sé que debería cuidar mi lenguaje— y le han metido palos y piedras dentro del cuerpo. ¿Lo entendéis? Palos y piedras, como palos y piedras del

bosque o de los que te encuentras en cualquier parte. Lo han rellenado como si fuera una especie de muñeco.

—Madre mía —murmuró Noah entre dientes.

—Lo está... diciendo tal cual —murmuró Olivia, atónita—. Realmente lo está contando.

Pero Stephanie los ignoró, con los ojos clavados en la pantalla, la mandíbula tensa y el pulso martilleándole en los oídos. La habitación se estrechó hasta que solo quedaron el rostro de Mark Ellis y su aliento empañado frente a ella.

—¿Y sabéis qué es lo peor? —continuó él, inclinándose más hacia el micrófono que prácticamente le habían metido en la boca—. Cuando recuperó el conocimiento, me contó lo que vio, lo que *creyó* ver. Dijo que había alguien allí con él. Un hombre. O alguien con forma de hombre. Pero con cabeza de ciervo.

—¿Un ciervo? —repitió el periodista que hablaba con él, incrédulo.

—O alguien con una máscara de ciervo —aclaró Mark, elevando la voz con cada palabra—. No lo sabemos. Yo no lo sé. ¿Y sabéis quién más no lo sabe seguro? —Señaló con el dedo a la cámara—. La policía.

Noah exhaló con fuerza, pasándose una mano por el pelo. —Me cago en...

—Silencio —espetó Stephanie.

En la pantalla, el rostro de Mark se puso rojo de ira y de frío.

—Se han quedado de brazos cruzados —dijo él, con la respiración acelerada—. Dando largas. Diciendo que están haciendo todo lo que pueden. Pero no hemos tenido noticias de ellos. Ni actualizaciones, ni respuestas, ni advertencias al público. Y ahora —hizo un gesto con el brazo hacia los periodistas, con la voz quebrada— ¡tenemos un segundo cadáver! Esta mañana han encontrado a

otro hombre en el bosque. Lo mismo. Lo mismo de los palos y las piedras.

La espalda de Stephanie se tensó. ¿Cómo sabía Mark eso tan pronto?

Como por milagro, él respondió a su pregunta.

—Hace apenas un par de minutos, antes de venir a hablar con vosotros, recibí un mensaje por Facebook del hermano de la persona cuyo cuerpo ha aparecido esta mañana cerca de Churt. Ha confirmado que un oficial de enlace familiar de la policía ha hablado con él y le ha dicho que creen que lo que le pasó está relacionado con lo que le pasó a Stuart. —Mark hizo una pausa para pasarse la mano por el pelo—. Mirad, sé que la policía tiene un trabajo difícil. Sé que están desbordados y todo eso. Pero la gente está muriendo. Hay alguien ahí fuera abriendo en canal a hombres inocentes y rellenándolos de cosas como si fueran... malditos pavos de Navidad. ¿Y qué hemos recibido de ellos, ahí arriba en esa colina? —Mark señaló hacia la carretera que subía a Mount Browne a sus espaldas —. Nada. Silencio. Merecemos más que eso. Stuart merece más que eso.

Miró directamente al objetivo.

—Quienquiera que esté viendo esto... quienquiera que le haya hecho esto a Stuart y a ese pobre hombre esta mañana... que sepa esto: puede que la policía no te encuentre. Pero nosotros sí. Nos aseguraremos de que todo el condado sepa exactamente lo que eres.

La cámara hizo un pequeño zoom, captando la furia pura en sus ojos, el temblor de sus dedos.

—Y al público —añadió—, tened cuidado. Porque la policía no está cuidando de vosotros.

La señal se cortó abruptamente para volver al estudio. Pero el daño ya estaba hecho. La sala se quedó en un silencio suspendido, con el aire cargado de conmoción.

Finalmente, Noah habló. —Bueno. Ya ha salido.

—¿Qué ha salido? —siseó Olivia—. Está por todas partes.

Fiona suspiró pesadamente. —Vamos a tener al jefe de policía pisándonos los talones en cuestión de minutos.

Stephanie no se movió. Ni siquiera parpadeó. Continuó mirando fijamente a la pantalla donde instantes antes había estado Mark.

Su caso acababa de saltar por los aires.

El asesino estaría mirando.

El condado entraría en pánico.

Y ella acababa de perder el control de la narrativa por completo.

CAPÍTULO
TREINTA Y CUATRO

Cuando Stephanie finalmente aparcó frente a su casa, el cielo estaba negro como el carbón y la escarcha de las aceras brillaba como cristal triturado. No salió de inmediato. Las consecuencias de la escenita de Mark habían consumido el resto de la tarde. Un sinfín de llamadas telefónicas, una tensa conversación con el comisario jefe, reuniones de estrategia de emergencia, redacción de comunicados, revisiones de los mismos y el envío del equipo para interrogar a los vecinos a lo largo de la nueva ruta de Stuart Pritchard... Todo aquello la había dejado aturdida mientras intentaba asimilar la investigación.

Finalmente, cuando el frío empezó a calarle los huesos, exhaló un suspiro y salió a duras penas del coche. Dentro, la casa estaba cálida y cargada; sin duda, los radiadores habían estado encendidos de nuevo todo el día. Stephanie se quitó el abrigo y se descalzó, dejando caer el maletín de trabajo al suelo con un fuerte golpe. Se asomó por el umbral del salón y vio a su hermana, Kimberley, repantingada en el sofá bajo una manta, con un brazo colgando por el lateral. El televisor parpadeaba en silencio con un programa de naturaleza sobre montañas nevadas, con música suave e imágenes relajantes.

Stephanie se detuvo en la entrada.

Desde la muerte de Clive, se había abierto una brecha entre ellas. Stephanie se había cerrado emocionalmente a su hermana, mientras que Kimberley, que aún se recuperaba de la agresión que la había destrozado, había hecho lo mismo. Claro, había momentos como el otro día en el hospital donde se cuidaban mutuamente y recordaban su vínculo. Pero la mayoría de las noches, Stephanie llegaba a casa y no decía nada. No quería hablar de su día ni de nada en absoluto. A Kimberley le pasaba lo mismo. Ambas lloraban pérdidas distintas, cada una cargando con dolores distintos en sus vidas. Ambas heridas a su manera, en carne viva de formas que ninguna sabía expresar del todo ni cómo procesarlas, a pesar de todo lo que ya habían pasado juntas.

Pero lo estaban intentando. Casi.

Stephanie fue a la cocina y rebuscó en el frigorífico. Encontró una ensalada a medio comer, un yogur que tenía un aspecto sospechosamente hinchado y un plato de pasta envuelto en film transparente.

Sacó el plato, lo metió en el microondas y pulsó el botón de inicio.

El zumbido llenó la cocina.

Mientras esperaba, hizo rotar los hombros, sintiendo cada crujido en el cuello y la parte superior de la espalda. Le ardían los ojos de tanto mirar pantallas todo el día, las cicatrices le escocían por culpa de la parte de arriba tan incómoda que llevaba puesta y los tendones de la muñeca le palpitaban con el más mínimo movimiento. Se frotó la frente con el pulgar; sentía la tensión pulsando tras sus ojos como un latido. No quería quedarse quieta; de lo contrario, su mente divagaría y empezaría a pensar de nuevo.

En Mark Ellis. En el comisario jefe. En que el asesino se alejaba cada vez más.

Así que dejó que el microondas siguiera zumbando y se dirigió al salón. El suave resplandor de la televisión proyectaba una tenue luz azul sobre los muebles. El programa de naturaleza mostraba ahora un barranco nevado, y Kimberley se movió cuando Stephanie entró.

—¿Steph? —murmuró, con la voz pastosa de sueño.

—Lo siento —susurró Stephanie—. No quería despertarte.

Kimberley parpadeó lentamente y se incorporó. La manta se le resbaló al regazo y su mirada pasó de la televisión a Stephanie.—¿Qué hora es?

—Tarde —respondió Stephanie, porque la hora exacta no importaba. Siempre era tarde últimamente, lo más tarde que podía ser.

Kimberley asintió, frotándose las sienes con los dedos.—¿Un día difícil?

—Podría decirse que sí —Stephanie se dejó caer en el brazo del sofá con los brazos cruzados con laxitud. Sintió que se relajaba ante la familiaridad de la presencia de su hermana, aunque ninguna de las dos estuviera en condiciones de consolar a la otra adecuadamente.

—Todo el mundo en el trabajo hablaba de ello —dijo Kimberley—. Un tipo no paraba de decir que «adónde va a parar Surrey» y que todo va de mal en peor desde que entró el Gobierno. Casi le digo que se fuera a la mierda.

Stephanie casi sonrió.—La gente es idiota.

—Dímelo a mí.

—¿Día largo?

Los hombros de Kimberley subieron y bajaron en un encogimiento desganado.—Todos lo son.

La misma respuesta de siempre. Silenciosa, retraída, cautelosa. La violación le había arrebatado la luz y Stephanie quería arreglarlo. De verdad que quería arreglarlo. Pero cada vez que tocaba el tema, Kimberley se batía en retirada, cerrando otra puerta bajo llave. Y Stephanie, abrumada por su propia pena y su culpa, a menudo la dejaba.

—Deberías haber enviado un mensaje si ibas a llegar tarde —murmuró Kimberley.

—Lo siento. Todo ha sido... un caos.

—¿Cuándo no lo es?

Stephanie no respondió.

Kimberley apartó la manta y se puso de pie; sus movimientos eran lentos.—Creo que me voy a la cama. Buenas noches.

—Buenas noches, Kim.

Kimberley se detuvo un momento en el umbral, como debatiendo si decir algo más. Pero fuera lo que fuese, la idea pasó de largo y desapareció por el pasillo, escaleras arriba.

En la cocina, el microondas pitó.

Stephanie se levantó y fue a recoger el plato. El olor era reconfortante, hogareño. Exactamente lo que necesitaba. Volvió al salón, se hundió en el sofá y equilibró el plato sobre su regazo.

Apenas había levantado el tenedor cuando el programa de la tele cambió. La cámara pasó a un claro en un bosque invernal y un ciervo entró en plano. Alto, con la cornamenta abriéndose como ramas dentadas y unos ojos negros que no parpadeaban. A Stephanie se le revolvió el estómago. De repente, la pasta se le antojó pesada y asquerosa, ya que lo único en lo que podía pensar era en Stuart en aquella cama de hospital, delirante y susurrando que había visto algo con cuernos. Todo lo que podía oír era a Mark gritar a las cámaras.

Apartó el plato; el apetito se le había esfumado por completo.

CAPÍTULO
TREINTA Y CINCO

Stephanie se despertó antes de que sonara la alarma. Se quedó inmóvil un momento, dejando que sus ojos se acostumbraran al gris desvaído que se filtraba por los bordes de las cortinas. Un pensamiento la había despertado de golpe; una epifanía. Dos víctimas. Con cuarenta y ocho horas de diferencia. Un ritmo que no quería reconocer, pero que no podía ignorar. Una noche sí y otra no. Si el asesino mantenía ese patrón, entonces cabía la posibilidad de que esa noche hubiera otra.

Retiró el edredón, se vistió rápidamente y se marchó.

Para cuando llegó a la sala de incidentes graves, la mitad del equipo ya estaba en sus puestos. Giles, con los auriculares puestos, tecleaba con furia. Olivia seguía con el abrigo puesto, tratando de entrar en calor junto al radiador que tenía al lado. Noah estaba absorto en un informe. Fiona sostenía un café entre las manos.

Pero seguía sin haber ni rastro de Devon.

—Buenos días —saludó Stephanie.

Le siguió un coro disperso y cansado.

Dejó su bolso, se remangó y se acercó a la pizarra blanca. Dibujó una línea horizontal: Pritchard – lunes → Jeffries – miércoles.

—Dos víctimas, con dos días de diferencia —dijo—. Si el asesino se está ciñendo a un patrón, me temo que lo de esta noche es importante. Cuarenta y ocho horas entre Pritchard y Jeffries. Lunes. Miércoles. —Golpeó la pizarra una vez, con fuerza—. Eso nos sitúa ante una posible tercera víctima esta noche.

Noah levantó la vista de su informe.

—¿De verdad crees que lo mantendrá?

—Creo que la gente así no improvisa hasta que no tiene más remedio —dijo Stephanie—. No tan pronto.

Giles se bajó los auriculares hasta el cuello.

—Así que buscamos a otro... ¿qué? ¿Otro bocazas tras un teclado?

—Exactamente eso. —Stephanie asintió hacia él—. ¿Es posible que Pritchard y Jeffries se conocieran por internet? ¿Formaban parte de algún grupo que disfruta acosando y maltratando a mujeres, personas trans, personas de color y a cualquiera que consideren un blanco fácil?

—Como un pequeño club del odio —sugirió Fiona—. Los Guerreros del Teclado de Surrey.

—Vale la pena echar un vistazo —dijo Stephanie—. Y si existe tal cosa, tal conexión, entonces es posible que una tercera víctima se encuentre entre ellos. O, lo que es peor, que el asesino también ande por ahí, escondido a la vista de todos... tras la pantalla de un ordenador, ni más ni menos.

Noah se removió en su asiento.

—Si crees que habrá otra víctima esta noche... ¿tenemos que enviar patrullas?

Stephanie lo consideró. Quería decir que sí. Quería el consuelo de una acción visible. Pero la realidad se impuso. —Creo que es una buena idea —dijo finalmente—. Patrullas de alta visibilidad. Que la

gente esté alerta. Pero las dos primeras ubicaciones fueron aleatorias. No hay ningún vínculo entre ellas ni ninguna conexión personal con las víctimas. Así que no sabemos dónde ni cuándo va a atacar el asesino, si es que lo hace. —Hizo una pausa, recorriendo de nuevo la sala con la mirada—. Mientras tanto, ¿alguien ha visto a Devon o ha sabido algo de él?

El equipo negó con la cabeza al unísono.

—¿Nada? —insistió ella.

—No, inspectora —dijo Olivia—. Ni una palabra.

A Stephanie le crujió la mandíbula al apretarla.

—Muy bien. Iré a ver cómo está yo misma.

Cogió su abrigo; el peso del día ya empezaba a acumularse sobre sus hombros.

—Pongámonos a trabajar.

CAPÍTULO
TREINTA Y SEIS

Matthew Collins, la pareja de la exmujer de Stuart Pritchard, trabajaba como andamiista en Basingstoke. Olivia había aprovechado los cuarenta minutos de trayecto por la M3 para serenarse, para conectar con sus pensamientos. No le gustaba conducir, pero en ese momento era el único remanso de paz del que disponía. Vivir con dos adolescentes que siempre estaban gritando, discutiendo y peleándose, ya fuera verbal o físicamente, significaba que no tenía tiempo para sí misma y que su vida giraba en torno a las constantes necesidades de Harry y Josh. Cuando no estaban merodeando delante de algún ultramarinos con sus amigos, haciendo Dios sabe qué en la oscuridad y provocando a Dios sabe quién, estaban en casa, exigiendo comida, picoteo, repetir plato en la cena y refrescos azucarados para bajarlo todo mientras jugaban a videojuegos a todo volumen en el piso de arriba. Entretanto, ella estaba abajo, intentando prepararles el almuerzo del día siguiente, clasificando la colada y procurando que se comportaran como miembros normales de la sociedad, lo cual había resultado difícil en las últimas semanas. La vida como madre soltera de dos adolescentes que ponían a prueba su paciencia a diario le dejaba poco tiempo para sí misma, y no había tenido tiempo de llorar la

pérdida de Clive ni de asimilarla. Los chicos le habían preguntado alguna vez por qué lloraba, pero ella siempre ponía buena cara y les decía que estaba bien, que era por la alergia o que había visto algo triste en la televisión, aunque estuviera viendo una grabación de *The One Show*. Había admirado y respetado a Clive más que a nadie con quien hubiera trabajado nunca, y perderlo de aquella manera… no podía imaginar una carrera en la policía sin él. Y, sin embargo, eso era lo que estaba pasando. Se había ido. Y no iba a volver.

—Cuanto antes te convenzas de ello —se dijo mientras aparcaba en el arcén—, mejor. Apagó el motor, salió del coche con esfuerzo y se apresuró hacia la obra, abrazándose a sí misma para protegerse del frío y deseando estar de vuelta en el cálido refugio del coche, con la calefacción y los asientos calefactables.

La casa en la que Matthew y su equipo estaban trabajando se alzaba frente a ella: una propiedad victoriana adosada con andamios envolviendo su fachada como un exoesqueleto metálico. Tres andamistas estaban a media altura de la estructura, cada uno vestido únicamente con jerséis y finos chalecos reflectantes. Olivia parpadeó. Sin abrigos. Sin guantes. Sin gorros.

«Los hombres están locos», pensó. «Completamente locos de atar».

Uno de ellos estaba encaramado cerca de la parte superior del armazón, apretando una junta con una llave inglesa. Otro sujetaba un poste más abajo. Un tercero andaba cerca del contenedor, clasificando tablas.

Olivia se acercó a la base del andamio y alzó la voz. —¡Perdone! ¡Buenos días!

Tres cabezas se giraron hacia abajo. El de arriba, con la cabeza rapada, frunció el ceño y la miró con los ojos entrecerrados. —¿Sí? —gritó hacia abajo.

—¿Matthew Collins?

—¿Dígame?

—Necesito hablar con usted un momento, si no le importa.

Matthew vaciló y luego, tras un segundo, dejó caer la llave sobre una tabla de madera y descendió por el andamio con facilidad. Aterrizó en la acera con un golpe seco. De cerca, era ancho, robusto y de tez aceitunada. Parecía rondar los cuarenta y pocos, unos diez años más joven que su pareja. Su jersey era fino y estaba deshilachado en los puños, pero no parecía importarle lo más mínimo la temperatura.

Olivia se ajustó más el abrigo. —¿No tiene frío?

Matthew parpadeó. —No.

Ella asintió despacio. —Ya veo. Bueno, soy la detective Olivia Willard, de la Policía de Surrey. —Le mostró su placa.

—¿Es por lo de Stuart? —preguntó él, con un marcado acento cockney.

Ella asintió.

—Me preguntaba cuándo vendrían a buscarme.

Matthew se alejó del andamio, limpiándose las manos en los pantalones. Olivia lo acompañó, apartándose del estrépito de las herramientas sobre sus cabezas.

—¿Qué relación tiene usted con Stuart Pritchard? —preguntó ella.

Matthew exhaló por la nariz. —Es el exmarido de Gemma. Un desgraciado. Así es como le conozco.

—Entiendo —Olivia mantuvo un tono neutral—. ¿Y cómo era su relación con él?

—No teníamos ninguna —respondió Matthew rápidamente.

—¿Cuándo fue la última vez que habló con él?

Él se encogió de hombros. —Hace meses.

Olivia le lanzó una mirada de incredulidad.

—He visto los mensajes que le envió, Matthew —dijo ella—. Hemos revisado su teléfono.

—Ya —masculló él—, así que comprenderá que reaccioné como lo hice. Todo porque intentaba escaquearse de pagar lo que debía. Dejando a su mujer —mi parienta ahora— pasándolas canutas mientras él se tocaba las narices quejándose de que estaba sin blanca y poniéndola a parir en las redes sociales.

—¿Llegaron a verse en persona alguna vez?

—Una vez —dijo él—. En la puerta de un Costa. Me soltó cuatro frescas. Yo le respondí. Eso fue todo.

—¿Hubo amenazas? —preguntó Olivia con calma.

—No —dijo él, ofendido—. No soy idiota.

Ella asintió. —¿Dónde estaba la noche en que Stuart fue atacado?

—En casa —dijo Matthew de inmediato—. Con mi mujer. Puede hablar con ella. Le dirá lo mismo.

—Bien —dijo Olivia—. Me aseguraré de comprobarlo.

Se hizo un breve silencio. Una ráfaga de viento recorrió la calle. Matthew ni se inmutó. Olivia, sin embargo, la sintió atravesarle el abrigo.

—¿Estaba usted al tanto del… comportamiento de Stuart en internet? —preguntó—. ¿Más allá de lo que decía sobre Gemma?

Matthew bufó. —Todo el mundo lo sabía. El tipo no sabía callarse la boca. Racismo, política, cualquier cosa por la que pudiera discutir, lo hacía. Incluso fue a un par de manifestaciones en Londres. Es uno de los motivos por los que ella le dejó.

Olivia tomó una nota y luego preguntó: —¿Le dice algo el nombre de Alan Jeffries?

Matthew frunció el ceño. —Solo por la radio esta mañana. Han dicho que han matado a otro tío de la misma forma. No le conocía.

—¿Ninguna conexión?

—Ninguna.

Olivia lo estudió durante un instante. Él le sostuvo la mirada.

—De acuerdo —dijo ella, guardando su libreta—. Eso es todo por ahora. Gracias por su tiempo.

Olivia retrocedió, dándole un breve y profesional asentimiento antes de dirigirse a su coche. El viento volvió a azotar la calle, esta vez con más fuerza. Apenas había dado tres pasos cuando el móvil le vibró en el bolsillo.

Suspiró, preparándose para lo peor.

—D.C. Willard —respondió.

Una voz de mujer, tensa y disculpándose, sonó al otro lado del hilo.

—¿Señora Willard? Soy la señora Cartwright, de la escuela Alderwood. Me temo que hemos tenido un incidente relacionado con su hijo, Josh.

Olivia cerró los ojos brevemente. —¿Qué tipo de incidente?

—Actualmente está en aislamiento. Ha habido… un altercado. Comportamiento inapropiado, lenguaje soez y negativa a cumplir las instrucciones del personal. ¿Le vendría bien venir a recogerlo? Este es el último de una larga serie de incidentes relacionados con él, y creo que debemos tener una conversación más profunda sobre su comportamiento.

Por un momento, Olivia no pudo hablar. El frío se le caló hasta los huesos.

—De acuerdo —logró decir, con voz débil—. Estaré allí lo antes posible.

—Gracias —respondió la mujer, antes de que se cortara la comunicación.

Olivia bajó el teléfono lentamente.

De nada había servido el tranquilo viaje de vuelta: ese minúsculo fragmento de tiempo que podría haber tenido para respirar, para pensar en Clive, para sentir cualquier cosa que no fueran las implacables exigencias de todos los que la rodeaban.

Ahora sus pensamientos estarían ocupados con Josh y su comportamiento, que iba de mal en peor.

CAPÍTULO
TREINTA Y SIETE

Una ráfaga de viento la azotó, atravesando la tela de su abrigo hasta calarle la camisa. No solía hacer visitas a domicilio ni llamadas personales, pero, dados los antecedentes de Devon y los últimos acontecimientos, sintió que no tenía otra opción.

Una vez más, Devon no había llamado para decir que estaba enfermo ni había avisado de que no iría a trabajar esa mañana. Y, tras varias llamadas sin respuesta, su preocupación empezó a aumentar.

Se plantó al pie del bloque de pisos al que él se había mudado después de que lo echaran de casa, poco antes de que su exmujer iniciara los trámites del divorcio. Stephanie inclinó la cabeza para observar el edificio. Tenía casi exactamente el mismo aspecto que recordaba: ladrillo moderno, balcones de líneas marcadas y barandillas de cristal.

Se acercó al panel del portero automático y localizó el número de su piso.

Pulsó.

Esperó.

Nada.

Lo intentó de nuevo, esta vez demorando el pulgar sobre el botón de plástico. Seguía sin haber respuesta. Ni el crepitar del interfono, ni una voz somnolienta, ni un suspiro de fastidio por haber sido despertado o molestado.

Se le formó un nudo en el estómago.

—Vamos, Devon —murmuró, y pulsó una vez más por si acaso.

Silencio.

Se acabó. No había conserje en el edificio, así que entraría por sus propios medios. Se inclinó y pulsó el botón de servicio. La cerradura emitió un clic de inmediato y Stephanie empujó la puerta para entrar.

Si no respondía porque estaba enfermo, de acuerdo.

Si no respondía porque estaba bebiendo de nuevo..., bueno, eso ya era un problema de otra índole.

Y si no respondía porque había ocurrido algo más, algo que ella debería haber previsto, no estaba segura de poder perdonárselo.

Se preparó para lo peor, con imágenes de Clive cruzándole la mente, mientras subía los escalones hasta el tercer piso. Stephanie llegó al rellano y se obligó a bajar el ritmo. Respira. Piensa. Levantó la mano y llamó a la puerta con unos golpes secos.

—¿Devon?

Nada.

Se inclinó para escuchar. Oyó el ruido sordo y lejano de unas pisadas en otra parte del edificio, pero ningún movimiento dentro de su piso. Volvió a llamar, esta vez con más fuerza.

—Devon, soy yo. Abre.

Seguía sin haber respuesta.

Pegó la oreja a la puerta, conteniendo la respiración. Y entonces oyó un rasguño, un porrazo, el leve arrastrar de pies sobre el suelo laminado. Un instante después, la cerradura hizo clic y la puerta se

entreabrió. Devon apareció en el hueco como un fantasma de sí mismo. Tenía la piel grisácea, los ojos entrecerrados y el pelo aplastado por un lado, como si se hubiera quedado dormido en el suelo. Llevaba una camiseta vieja y unos pantalones de chándal que parecían sacados del fondo del cesto de la ropa sucia. Su expresión era aturdida y desenfocada, como si necesitara un minuto entero solo para recordar quién era ella.

—¿Steph?

Entonces lo olió. El hedor rancio y agrio que emanaba de él. A alcohol. Le golpeó un segundo antes de que su mirada se desviara hacia el interior del piso, hacia el desorden del salón, hacia la mesa de centro cubierta de latas vacías y una botella de algo más fuerte.

A Stephanie se le encogió el estómago.

—Buenos días —dijo en voz baja, manteniendo un tono neutro—. Tenemos que hablar.

Cerró la puerta tras de sí con un suave clic y se quedó allí un momento, con los ojos cerrados, dejando que el silencio se asentara a su alrededor.

Devon estaba hecho un desastre.

Se había sentado con él veinte minutos, quizá treinta; lo suficiente para verle los ojos inyectados en sangre, las manos temblorosas y la forma en que era incapaz de mirarla a la cara cuando decía que estaba bien. Lo suficiente para oír las fisuras en la historia que intentaba hilar. Lo suficiente para darse cuenta de que no se trataba de una enfermedad o de que estuviera sobrepasado.

Eran las consecuencias de algo que se había estado gestando durante semanas. Y todo había empezado porque ella lo había enviado al pub a reunir pruebas, a hablar con testigos.

Todo era culpa suya.

Devon le había jurado que no quería que interviniera Recursos Humanos, le había suplicado que no se lo contara al jefe de policía ni a nadie más del equipo, le había pedido que le diera tiempo, espacio, una oportunidad para aclarar sus ideas. Y ella había dicho que sí. Por supuesto que sí. No había tenido otra opción. Porque si traicionaba esa confianza ahora, lo perdería por completo. Pero la decisión le pesaba en el pecho. Expiró entre dientes, se obligó a bajar las escaleras y salió al aire frío, donde el viento volvió a embestirle el abrigo. Se subió el cuello y empezó a caminar hacia la tienda de ultramarinos de la esquina.

Agua. Pan. Algo suave que su estómago pudiera tolerar. Paracetamol. Se lo dejaría, se aseguraría de que se lo tomara y le diría que pasaría a verle más tarde. Y mañana. Y al día siguiente. Le gustara o no. Y luego volvería a la oficina.

El móvil le vibró mientras esperaba para cruzar la calle.

Olivia.

Stephanie contestó de inmediato. —¿Qué puedo hacer por ti, Wellard?

—Señora… —dijo Olivia con vacilación—. Lo siento muchísimo, pero necesito el resto del día libre.

A Stephanie se le oprimió el estómago. —¿Qué ha pasado?

—Ha llamado el colegio. Josh está en aislamiento. Están… están hablando de una posible expulsión. —Una inspiración entrecortada —. Me han pedido que vaya a recogerlo y lo lleve a casa.

Perfecto. Dos personas menos.

—Ve —dijo Stephanie en voz baja—. Soluciónalo. Mantenme informada.

—Gracias, señora.

Olivia colgó.

Stephanie volvió a guardarse el móvil en el bolsillo y siguió caminando, con el peso en el pecho cada vez mayor a cada paso. Entró por la puerta de la tienda, cogió una botella grande de agua, una barra de pan de molde y un paquete de varias bolsas de patatas fritas, y se dirigió al mostrador. El cajero apenas levantó la vista mientras pasaba los artículos.

Entonces, algo en el expositor de periódicos le llamó la atención.

Su cara. Su cuerpo. En la portada del periódico. De pie, hablando con la prensa sobre el asesinato de Stuart Pritchard. Al lado, una junto a la otra, había una imagen de Mark Ellis, haciendo exactamente lo mismo. El titular rezaba: «A PALOS Y PIEDRAS»: LA JEFA DE POLICÍA, EN EL PUNTO DE MIRA POR EL ESTANCAMIENTO EN LA INVESTIGACIÓN DEL ASESINATO.

«Genial —pensó mientras pagaba, cogía la bolsa y salía de nuevo —. Exactamente lo que necesitaba. Más presión».

CAPÍTULO
TREINTA Y OCHO

En lo único que podía pensar mientras entraba en Mount Browne era en que necesitaba una copa. Una fuerte. Algo que la ayudara a insensibilizarse y a aplacar el creciente pavor y la desesperación que sentía en la boca del estómago. Por primera vez en mucho tiempo, desde que se incorporó al equipo, agradecía que Devon no estuviera por ninguna parte. En este momento él estaba frágil —más de lo que ella esperaba— y no quería llevarlo al límite ni darle otro motivo para seguir bebiendo. No, estaba donde tenía que estar: lejos del trabajo, del estrés y del recordatorio de por qué se había refugiado de nuevo en el fondo de una botella.

Mientras Stephanie se quitaba el abrigo al llegar a la oficina principal, se fijó en Giles, Noah y Fiona tras sus escritorios, con las cabezas gachas y concentrados.

—Muy bien, chicos —empezó ella, colocándose frente a ellos—. Olivia no estará con nosotros el resto del día; problemas familiares. Uno de sus hijos se está portando mal. Y Devon no vendrá en lo que queda de semana, puede que más tiempo. Pendiente de confirmación. Está en el aire.

—¿Está enfermo? —preguntó Giles.

Era una forma de llamarlo.

—Sí —respondió ella—. Parece que ha cogido un resfriado, por lo que se ve.

—Crucemos los dedos para que no se lo haya pegado —añadió Fiona—. Ni al resto de nosotros.

—Creo que estaréis bien. Ya ha pasado lo peor —explicó Stephanie—. Ya no está en la fase de contagio.

No estaba segura de si la creían, pero no le importaba. Los problemas históricos de Devon con el alcohol no eran ningún secreto para el equipo, pero eso era pasado; su problema actual, sin embargo, *era* un secreto. Y era su secreto, uno que ella no consideraba tener derecho a compartirlo.

Stephanie desapareció rápidamente en su despacho para dejar el abrigo y el bolso, y regresó un momento después.

—Informe de situación —dijo—. ¿Dónde estamos?

La recibió una mezcla de expresiones: confusión, sorpresa, consternación.

—No nos ha pedido que preparásemos nada —dijo Fiona.

Stephanie se encogió de hombros. —Hay que saber reaccionar, agente. Prepárate para lo inesperado y todo eso. ¿Qué sabemos sobre los últimos movimientos de Alan Jeffries?

Silencio.

Noah y Fiona intercambiaron miradas incómodas antes de que Noah finalmente hablara.

—He hablado con sus jefes —explicó—. Para ser sincero, no tenían muy buenas palabras para él. Dijeron que era un poco informal, siempre llegaba tarde, y tenía problemas para aceptar órdenes de su jefa; lo cual tiene sentido, visto todo lo que publicaba en internet.

Stephanie no dijo nada, se limitó a asentir con la cabeza y asimilar la información.

—Su último turno fue el día que lo secuestraron. Según su jefa, terminó a las seis de la tarde, y esa fue la última vez que lo vieron.

—¿A dónde fue desde allí?

Noah tragó saliva y su nuez se movió como si estuviera en un aprieto. —He revisado las cámaras de seguridad y lo he localizado dirigiéndose hacia la parada de autobús en el centro de Aldershot. Desde allí cogió el autobús cincuenta y uno, que para justo al lado de su casa. Y ahí es donde se pierde el rastro.

—He hablado con su vecino, y el equipo de uniformados ha hecho un gran trabajo con las encuestas puerta a puerta —continuó Giles—, y nadie lo vio bajar del autobús. Estaba oscuro y nadie tiene tampoco grabaciones de seguridad.

—¿Así que simplemente se desvaneció? —preguntó Stephanie, con un tinte de incredulidad asomando en su tono de voz.

—Eso parece, jefa —respondió Giles—. Mi apuesta es que el asesino debió de recogerlo justo al lado de la parada del autobús, y luego se lo llevó a alguna parte. Hemos registrado la casa de Jeffries y no hay nada que indique que llegara a cruzar la puerta o que hubiera un forcejeo. Era un tipo grande... Dudo que pudiera haber corrido más que nadie ni que nada que lo estuviera cazando.

—Así que lo recogen en la calle y se lo llevan a algún sitio... que aún no conocemos —dijo ella, más para sí misma que para el equipo. Se dio la vuelta para mirar el mapa de Surrey en la pared. Dos marcas rojas indicaban las últimas ubicaciones conocidas de Stuart Pritchard y Alan Jeffries. Ambos estaban a cierta distancia de donde acabaron finalmente: abiertos en canal y semiconscientes. —¿Cómo vamos con el posible vehículo? ¿Reconocimiento de matrículas? ¿Cámaras de seguridad?

Otra pausa, esta vez más larga y menos convincente.

—Olivia estaba trabajando en eso —respondió finalmente Fiona —. No he visto sus notas ni he hablado con ella sobre lo que sabe.

Stephanie suspiró, decepcionada. —Pero supongo que, si es como el resto de lo que tenemos —que me parece una puta mierda —, entonces no creo que ella haya encontrado nada tampoco —dijo —. De lo contrario, lo habría mencionado o se lo habría dicho a alguno de nosotros. —Cruzando los brazos, añadió—: ¿Y la escena del crimen? ¿Cómo estamos con eso?

Noah chasqueó los dedos con entusiasmo. —De hecho, tengo noticias excelentes en ese frente, jefa. Bueno, noticias más o menos buenas. O quizá solo sean noticias...

—¿Vas a decirme qué es o solo vas a decirme lo bueno que es? Porque no suena muy bien si ha pasado de excelente a solo *noticias*...

—Buen apunte. —Noah buscó su cuaderno, pidiéndole calma con un dedo alzado mientras buscaba entre sus notas—. He recibido un correo y he tomado nota... Está por aquí. ¡Ah, sí! La huella de calzado. El molde ha sido medido. Hasta donde yo sé, seguimos tratando esto como el calzado del sospechoso, ¿verdad?

—Correcto. ¿Has descartado a todos los que estuvieron allí antes de que se tomara?

—Lo hemos hecho.

—Entonces sí, es el calzado de nuestro sospechoso.

—Muy bien, entonces esto es excelente. El equipo de forenses la ha medido y ha determinado que es una talla cuarenta y tres.

Stephanie esperó la buena noticia. Al ver que no llegaba, dijo: —¿Te refieres a una de las tallas más comunes de calzado masculino?

Noah, aturdido por la réplica, consultó sus notas. —Entiendo lo que quiere decir.

—¿Alguna idea sobre la marca, el modelo o el estilo?

—Los forenses han indicado que parece principalmente una bota de montaña.

Noah abrió una imagen en su ordenador. Stephanie se inclinó hacia delante para inspeccionar la huella en el monitor.

—Una bota de montaña —dijo ella—. Tiene sentido, dado el terreno por el que caminan. ¿Y estás seguro de que esto no coincide con ninguna que pudiera llevar Alan Jeffries?

Noah asintió, aunque sin mucha convicción.

Stephanie volvió a su posición anterior. —¿Algo más sobre la escena del crimen de Jeffries?

Giles habló a continuación. —Han llegado los informes toxicológicos.

—¿Y?

—Han encontrado grandes cantidades de LSD en su torrente sanguíneo. Lo mismo con Stuart Pritchard. Estaba más colocado que una moto cuando se despertó y salió del bosque. Los dos lo estaban.

Stephanie lo consideró por un momento. —Si ambos hombres estaban bajo los efectos de drogas que se les habían suministrado por la fuerza, entonces quizás no podamos fiarnos de la versión de los hechos de Stuart Pritchard. ¿Tal vez todo aquello del ciervo y la posible máscara fuera solo una alucinación, un viaje tremendo?

—Podría ser —secundó Giles, sin aportar más información—. Pero creo que, más que nada, nos indica qué está usando el asesino para someter a sus víctimas. Atacarlas, cebarlas con una dosis peligrosa de alucinógenos y luego ponerse manos a la obra con ellas. Aunque, sopesando las cosas, creo que lo del ciervo es probablemente cierto. Es la única forma que tiene de ocultar su identidad.

—¿La *única* forma? —replicó Noah.

—Bueno, si vas a asustar de muerte a alguien mientras lo abres en canal, ¿no querrías hacerlo llevando una máscara de ciervo de

tres pares de narices?

Noah se encogió de hombros. —Yo habría pensado que con un pasamontañas bastaría.

—¿Dónde está la gracia en eso?

Stephanie se aclaró la garganta, interrumpiendo a ambos antes de que la conversación degenerara más. —La máscara y el LSD son importantes —dijo—. Pero ahora mismo no tenemos suficiente sobre ellos. Volvamos atrás. ¿Qué más tenemos? ¿Qué hay de lo que mencioné esta mañana? ¿Son miembros de algún tipo de grupo de apoyo misógino de extrema derecha para hombres de mediana edad que piensan que todo se ha vuelto demasiado progre?

Miró a Giles con expectación, pero él apretó los labios. —Me gustaría tener algo más que añadir, pero no he podido encontrar un grupo así —respondió—. Sin embargo, tengo buenas noticias; mejores que las supuestamente excelentes noticias de Noah, en cualquier caso. Me ha llevado un tiempo, pero he revisado los nombres de todas las personas contra las que Alan Jeffries y Stuart Pritchard han cargado *directamente* y los he recopilado. Y lo más importante: por algún milagro, hubo un artículo donde estos dos especímenes de todo lo que va mal en la sociedad cruzaron sus caminos. Quiero decir, las posibilidades de que eso ocurra son infinitesimales, pero estos tipos pasaban mucho tiempo conectados.

Stephanie asintió. —Y ¿qué has encontrado?

—Hay un artículo en *Surrey Live* en el que ambos comentaron —sobre los baches y el gobierno que no los arreglaba a tiempo— y acabaron metiéndose en una discusión con alguien de Surrey. Estaban todos discutiendo entre sí, y aquello derivó rápidamente en una locura antes de que cerraran los comentarios.

—¿Así que esta es la única persona que ha tenido un rifirrafe en internet con *ambos*?

Giles se encogió de hombros, sin comprometerse. —A ver, hay una lista de gente tan larga como mi brazo a la que han molestado y a la que le han dicho cosas polémicas —que vive en Surrey—, pero no sé si hay algo que conecte alguno de esos nombres. De momento, esa es la única persona que he encontrado que esté vinculada inmediatamente a los dos.

—Excelente —dijo ella—. ¿Quién es? ¿Quiénes son?

La sonrisa de su rostro desapareció rápidamente. —Ahí es donde la cosa se complica un poco. Todavía no tengo esa información. Pero he pedido a los de informática forense y al equipo técnico de *Surrey Live* que rastreen su dirección IP y vean si pueden localizarlos por mí.

—Mantenedme informada. —Echó una mirada al equipo bajo mínimos—. ¿Algo más?

Sin respuesta.

—¿No? Estaré en mi despacho si encontráis algo. —Empezó a caminar hacia él—. Seguid trabajando bien.

Apenas había avanzado unos pasos cuando Giles la llamó.

—Jefa —dijo él, con el tono algo titubeante—. No habrá estado por las redes sociales hace poco, ¿verdad?

Ella frunció el ceño. —No tengo tiempo para esas cosas, Giles.

—No, quería decir... No importa. —Él giró en su silla y se acercó más a su escritorio—. Solo pensé que deberías saberlo —continuó—. Estaba echando un vistazo a algunos comentarios en nuestras publicaciones y también en algunos artículos de periódicos, solo para ver si el asesino ha estado merodeando y respondiendo a la gente o caldeando el ambiente, y... bueno, hay un tipo al que le has hecho especial gracia.

—¿Que le he hecho gracia?

—Sí... un tal Craig Walsh. Está diciendo bastantes cosas difamatorias y desagradables sobre ti. Difundiendo rumores, diciendo cosas sobre tu higiene personal, sobre tu capacidad. Ha publicado una cantidad considerable de mensajes.

Stephanie vaciló antes de responder. Tenía la piel curtida —más que la mayoría, después de todo lo que había pasado— y no creía posible que unas cuantas palabras pudieran herirla.

—Todo el mundo tiene derecho a opinar —respondió, retomando el camino a su despacho—. Aunque se equivoquen.

CAPÍTULO
TREINTA Y NUEVE

—Vaya, vaya, vaya, qué sorpresa verte por aquí... —dijo una voz a sus espaldas.

Giles se dio la vuelta y vio una cara familiar cerrando la puerta de un coche patrulla.

—Reconocería ese traje en cualquier parte —continuó la agente Hazel Merton mientras se acercaba a él con paso desenfadado—. Aunque me alegra ver que has conseguido quitarle algunas de esas manchas de hierba y barro.

Giles abrió la boca para responder, pero no le salió nada. Estaba pasmado, sin palabras, como si la chica más guapa del instituto acabara de acercársele en el pasillo.

—¿Qué... qué haces tú aquí? —preguntó finalmente. «Aquí» era la pequeña panadería encajada entre una tienda de vapeo y una floristería en Leatherhead, uno de los pocos locales del pueblo que seguían abiertos, con los cristales cubiertos de vaho.

—Me han enviado para echarte una mano —respondió ella, deteniéndose frente a él—. Supongo que mi jefe se habrá enterado por la tuya de que no se te da muy bien mantenerte en pie y me ha sugerido que venga a ayudarte.

Giles asintió con la garganta seca. De todos los agentes con los que se podía cruzar, de todos los que Stephanie podría haberle enviado, tenía que ser ella. A la que había derribado como un ciervo recién nacido. Aquella cuya risa aún resonaba en su mente con una claridad humillante.

Ella señaló un punto en la acera. —Cuidado con el hielo negro. Con esos zapatos... acabarás a mitad de la calle.

Él le dedicó una sonrisa boba y luego dijo: —Me aseguraré de que estés delante de mí para amortiguar la caída.

La expresión de ella cambió a una de leve ofensa. Él se dio cuenta enseguida de que acababa de insinuar que ella tenía sobrepeso y se frotó la nuca con incomodidad. Se le solía dar bien esto. Se le daba bien hablar con las mujeres. Extrovertido, seguro de sí mismo. Quizá demasiado a veces. Tal vez por eso llevaba tanto tiempo soltero. Pero ahora, aquí, con Hazel... era como si no hubiera visto a una mujer en su vida.

—¿Vamos? —dijo Hazel, dirigiéndose ya hacia la entrada.

Giles se apresuró a seguirla, deseando poder rebobinar los últimos diez segundos de su vida y borrar cada sílaba que había pronunciado. Hazel abrió la puerta y una campanita tintineó sobre sus cabezas mientras un aire cálido y con olor a mantequilla salía a recibirlos. Había un cliente sentado cerca de la ventana; de unos treinta y tantos años, con la capucha puesta, los auriculares puestos y los ojos pegados a un portátil. Aparte de él, el local estaba tranquilo.

Hazel se inclinó ligeramente. —Tú llevas la voz cantante —susurró—. No me han informado de nada, excepto de: *«ve a ayudar al DC Swinger por si vuelve a provocarse una conmoción cerebral»*.

Giles se estremeció al oír su apellido, del que se había avergonzado toda su vida, saliendo de la boca de ella.

Se acercaron al mostrador y la mujer que estaba detrás levantó la vista mientras colocaba unos pasteles en una bandeja.

—Bienvenidos —dijo alegremente—. ¿Les pongo algo?

Giles esbozó una sonrisa rápida y educada y mostró su placa. —¿Alice Summers?

—Sí...

—En realidad, estamos aquí para hacerle unas preguntas. Soy el DC Giles Swinger. Ella es la agente Merton.

Alice parpadeó y su amabilidad se tornó en incertidumbre. —Ah. Entiendo. Eh... ¿de qué se trata?

—Estamos haciendo un seguimiento de unos mensajes en línea que recibió usted —dijo Giles—. De un hombre llamado Alan Jeffries.

Ella frunció el ceño. —No conozco ese nombre.

Giles metió la mano en su carpeta, sacó una hoja con capturas de pantalla impresas y la deslizó sobre el mostrador. La expresión de Alice cambió de inmediato a una de reconocimiento, irritación y un deje de vergüenza.

—Ah —masculló—. *Él*.

Hazel cambió el peso de su cuerpo de pierna y se cruzó de brazos. Giles mantuvo un tono suave. —Sabemos que los mensajes fueron desagradables, pero nos gustaría hacerle unas preguntas sobre su interacción con él.

Alice miró de reojo al único cliente y luego volvió a mirarlos a ellos. —No puedo dejar el mostrador ni cerrar la tienda. La llevo yo sola.

—Podemos sentarnos —propuso Giles—. Si entra alguien, se levanta y le atiende. No hay problema.

Ella exhaló aire, frotándose la palma de la mano contra el delantal. —Está bien. Sentémonos allí. —Señaló con la cabeza una mesa pequeña al fondo. Giles la siguió, con Hazel pisándole los

talones, mientras el olor a pan recién hecho y café le llenaba la nariz. En cuanto Alice se sentó frente a ellos, Giles abrió su cuaderno.

—Gracias —dijo en voz baja—. Esto no llevará mucho tiempo.

Pero en el fondo de su mente, lo único en lo que podía pensar era en lo nervioso que estaba, en que no quería meter la pata, quedarse bloqueado o volver a quedar como un tonto delante de Hazel Merton.

—No sé si lo sabe, pero el hombre que le envió estos mensajes ha muerto; ha sido asesinado. Y creemos que la persona que lo hizo está relacionada con los mensajes que le envió a usted. ¿Le importaría contarnos cómo empezaron?

Alice soltó un bufido pequeño y despectivo. —Fue una tontería, la verdad —empezó, colocándose un mechón de pelo suelto tras la oreja—. Estaba mirando el móvil antes de dormir y alguien había publicado una perorata larguísima sobre las mujeres políticas en X. Decía que no sabían lo que hacían, que estaban hundiendo el país y que estaban ocupando puestos de hombres; que solo llegaban a los altos cargos por el hecho de ser mujeres... esa clase de basura.

Hazel se removió incómoda en su asiento. Giles mantuvo una expresión neutral.

—En fin —continuó Alice—, me metí en la conversación. No pude evitarlo. Dije que las mujeres ocupan esos puestos porque se los han ganado, a menudo compaginándolos con los hijos, las tareas domésticas y todo lo demás. Mencioné que yo misma soy dueña de una pequeña empresa y que, antes de este local, tenía un cargo corporativo en la City. Hacía el mismo trabajo que los hombres, a veces mejor. Y entonces...

Hizo un gesto vago hacia las capturas de pantalla.

—Entonces él me escribió.

Giles asintió, animándola con suavidad. —¿Diciéndole que le entregara su negocio a su marido?

—«A un hombre que lo gestione como es debido», fueron sus palabras exactas —dijo ella con una risa tensa—. Como si mi marido no fuera un fontanero que no tiene absolutamente ningún interés en hacer magdalenas, solo en comérselas.

Giles había visto un patrón en las interacciones de Jeffries. Docenas de mensajes en múltiples cuentas presentaban el mismo tema: culpaba a las mujeres de todo. De la pérdida de su empleo, de los ascensos que no recibió, de que la sociedad cambiara a su alrededor, de tener expectativas poco realistas sobre los hombres, lo cual era la razón por la que estaba soltero y no encontraba el amor. Tenía una actitud vil y sañuda hacia las mujeres, una que lo mantenía enroscado a su teléfono y a las plataformas digitales como una serpiente.

—¿Mencionó alguna vez esos mensajes a alguien? —preguntó Giles—. ¿Amigos, familia? ¿Los denunció?

Ella negó con la cabeza. —No. No quería darle importancia, así que simplemente lo bloqueé.

Hazel se inclinó un poco hacia delante. —¿No habló con nadie en absoluto? ¿Ni siquiera para pedir consejo?

—Bueno... —vaciló—. El mes pasado fui a uno de esos talleres de redes sociales para pequeñas empresas. Explicaron cómo lidiar con el acoso en línea. Hacer capturas de pantalla, denunciar y bloquear. Después de eso, me sentí un poco más segura ignorándolo sin más.

—Entiendo —dijo Giles suavemente—. Y después de que lo bloqueara, ¿creó alguna cuenta nueva para volver a enviarle mensajes?

—No —dijo ella—. Al menos, que yo viera. Una vez que lo bloqueé, se acabó el asunto.

Hazel asintió, todavía con los brazos cruzados. —¿Y nunca se reunió con él? ¿Nunca lo vio en persona?

—Cielo santo, no.

—¿Cómo se llamaba el taller?

Alice se animó un poco al recordarlo. —Ah, se llamaba *Thrive Online*. Lo dirigía un tipo llamado... esto... Shane no sé qué. Shane Ricks. Da seminarios por Surrey y Hampshire, y a veces también en Kent y Londres. Estrategias eficaces de redes sociales para pequeñas empresas, ese tipo de cosas.

—¿Tiene algún dato de contacto suyo? —preguntó él.

Alice asintió. —Sí, tengo el folleto por alguna parte. Esperen. —Se levantó de la mesa y se agachó tras el mostrador, hurgando debajo de la caja registradora hasta que salió con un folleto doblado y ligeramente espolvoreado de harina. Se lo entregó.

El folleto contenía un número de teléfono, una dirección de Gmail, todos sus perfiles de redes sociales y una foto de primer plano con aire de suficiencia de un hombre que, sin duda, se creía el tipo más inspirador del mundo.

—¿Era bueno? —preguntó Hazel.

Alice se encogió de hombros. —Sí. Un poco pagado de sí mismo. Pero el consejo era sólido. Desde entonces he empezado a hacer vídeos en TikTok todos los días, y un par de ellos se han vuelto virales. —Se interrumpió y señaló la panadería—. Sé que ahora mismo puede que no parezca que se esté traduciendo en mucho trabajo, pero espero que algún día lo haga.

«Las dificultades de sacar adelante un negocio independiente», pensó Giles mientras guardaba el folleto en su carpeta.

—Gracias —dijo—. Esto es de gran ayuda.

—¿Eso es todo? —preguntó Alice, mirando hacia el mostrador mientras la campana sobre la puerta tintineaba y entraba una mujer.

—Por ahora —dijo Giles, levantándose. Hazel se puso en pie con él.

—Si necesitamos algo más, nos pondremos en contacto —añadió Hazel.

Alice se detuvo cuando se disponían a marcharse.

—Esperen, antes de que se vayan —dijo ella, volviendo deprisa al mostrador. Abrió la vitrina de cristal y sacó una cajita de cartón—. Cupcakes. Invita la casa. A los dos les vendría bien algo dulce.

Hazel parpadeó. —¿Está segura?

—Por favor —insistió Alice—. Es lo menos que puedo hacer después de haberles soltado todo este rollo.

Giles aceptó la caja, caliente por haber estado sobre el horno. —Gracias.

Salieron al frío y la campana tintineó a sus espaldas al cerrarse la puerta de la panadería. Un soplo de aire gélido los recibió de inmediato. Hazel dio un paso y su bota patinó de lado.

—Mierda... —jadeó, agitando los brazos.

Giles reaccionó por instinto. Los cupcakes casi salen volando, pero la agarró por el codo con la mano libre, estabilizándola antes de que cayera de bruces contra el bordillo.

Durante un momento, se quedaron así. Hazel congelada, Giles sosteniéndola erguida, con el aliento formando nubes entre ellos. Entonces él dijo, en voz baja y con superioridad: —Vaya, vaya, vaya. Pero mira tú por dónde. Parece que, después de todo, te pasa hasta a los mejores.

CAPÍTULO
CUARENTA

La respiración de Bailey salía a ráfagas cortas y aterrorizadas, como un pájaro que aletea contra una ventana en un intento desesperado por escapar.

Él observó al adolescente tras la máscara de cabra; los cuernos curvos bloqueaban parte de la luz del comedor. El chico forcejeaba contra las correas que le sujetaban las muñecas, los tobillos y el pecho, pero las ataduras se mantenían firmes. El asesino solo le había dado una pequeña dosis de LSD. Medida con cuidado. Lo suficiente para mantenerlo vivo y asegurar que sobreviviera a la noche; no podía permitirse que muriera antes de que empezaran los cortes. No antes de que se impartieran las lecciones.

No antes de que el chico comprendiera la verdad.

Los ojos del muchacho rodaban salvajemente en sus cuencas, con las pupilas dilatadas devorando el azul de los iris.

—Por favor… —jadeó—. Por favor, yo no… no he hecho nada, lo juro…

Una mentira. O tal vez ignorancia. La mayoría no tenía comprensión alguna del daño que causaba. De cualquier modo, recibiría su castigo.

El asesino ladeó la cabeza. —Sabes perfectamente lo que has hecho, Bailey.

Bailey se quedó helado. —¿Cómo…? —La voz se le quebró—. ¿Cómo sabe mi nombre?

El asesino se acercó, con sus botas susurrando contra el suelo de madera. —Lo sé todo sobre ti.

El pecho de Bailey subía y bajaba con violencia. —¡No he hecho nada malo!

—Lo has hecho —respondió él con calma.

Bailey volvió a tirar de las correas de cuero que le ceñían los antebrazos, con la respiración cada vez más acelerada. —¿Por qué hace esto? ¿Por qué…? —Su mirada vagó por los cuernos, el hocico alargado, los ojos en sombras—. ¿Por qué lleva esa máscara?

El asesino permaneció en silencio al principio, acercándose al alféizar de la ventana junto a la mesa, donde esperaba una jeringuilla. El líquido transparente captó la luz amarillenta del techo.

Una segunda dosis, más pequeña. Lo justo para someterlo más cuando empezara el dolor.

Extrajo el líquido con cuidado, dio dos golpecitos al cilindro y expulsó una gota de fluido.

A sus espaldas, Bailey gimoteó. —Por favor… por favor, no.

El asesino se dio la vuelta, sosteniendo la jeringuilla entre los dedos como si fuera la batuta de un director de orquesta.

—¿Conoces la historia de Mother Ludlam? —preguntó con voz grave y amortiguada tras la máscara.

A Bailey le dio un vuelco el corazón mientras el pánico se intensificaba en su mirada. —¿Qu-quién?

—Claro que no lo sabrías —murmuró el asesino, acercándose más—. Probablemente tu madre nunca te la contó de niño. La gente suele olvidar las viejas historias. Olvidan que los actos tienen

consecuencias. Mother Ludlam se ocupaba de esas consecuencias. Ella observaba. Ella juzgaba. Ella entregaba lo que la gente merecía. Hizo una pausa junto a la mesa. Al igual que estoy haciendo yo ahora.

Bailey sacudió la cabeza, respirando a bocanadas frenéticas y agitadas. —Yo no merezco nada…

—Lo mereces —dijo el asesino llanamente.

Deslizó la aguja en el brazo del chico con precisión clínica. Bailey dio un respingo, su cuerpo se sacudió y sus pupilas se dilataron aún más mientras la dosis recorría su torrente sanguíneo.

—No, no, por favor… ¿Por qué… esto? ¿Por qué está…?

El asesino se inclinó sobre él, lo suficiente como para que los cuernos parecieran una cornamenta de pesadilla. —Porque —susurró, mientras los ojos de Bailey parpadeaban y se sumía rápidamente en la inconsciencia— esto es lo que Mother Ludlam habría querido. Estoy haciendo el trabajo del diablo.

CAPÍTULO
CUARENTA Y UNO

De todos los cuerpos que había arrastrado hasta ahora, el de Bailey era sin duda el más ligero, un hecho por el que se sentía profundamente agradecido.

El asesino arrastraba a Bailey tras de sí por la tierra, mientras el brillante haz blanco de su linterna frontal cortaba un estrecho sendero en la oscuridad. Las extremidades de Bailey se balanceaban flojas con cada tirón, y sus zapatillas grababan tenues surcos a su paso.

La luna era fina esa noche, una guadaña pálida e indiferente, pero la linterna frontal hacía la mayor parte del trabajo, hendiendo las tinieblas bajo los árboles. Sus siluetas altas y esqueléticas se alzaban a su alrededor, formando un anillo dentado y vigilante que lo ocultaba de la carretera. No es que pasara nadie por allí a esas horas. No en invierno.

—Ya casi estamos —murmuró—, aunque Bailey estaba muy lejos de poder oírlo.

La pendiente le quemaba en las pantorrillas y su aliento formaba nubes de vaho en ráfagas cortas y controladas. Ajustó el agarre y volvió a tirar. Y otra vez. Cada pocos metros, se detenía, esperaba y escuchaba.

Nada más que la noche. Un búho ululó en algún lugar lejano. El leve siseo del viento susurraba entre las ramas desnudas. Por encima de todo, el cielo estaba dolorosamente despejado.

A medida que seguían ascendiendo por la colina, el terreno cambió. La tierra dio paso a la piedra. El sendero se estrechó y la roca afloró en vetas de color óxido. Cuando el haz de luz barrió hacia delante, reveló el primer atisbo de siderita: estratificada, estriada, surgiendo como una columna vertebral roma de la tierra.

En la cima, los árboles retrocedieron, abriéndose a la corona expuesta de la colina. El viento era más fuerte allí arriba, tirando de su forro polar, susurrando sobre la piedra como si la propia colina respirara, como si el diablo estuviera allí con él.

Arrastró a Bailey los últimos metros y dejó que la cuerda que rodeaba el pecho del chico se destensara. Por un momento, se quedó de pie sobre él, con el pecho agitado y la linterna frontal inclinada hacia abajo. La luz bañó la siderita, resbaladiza por la escarcha, con su superficie veteada y llena de cicatrices, un rojo oscuro que brotaba entre los grises y marrones como viejas heridas que presionaban contra la superficie.

Con cuidado ahora.

Se arrodilló, desenganchó la cuerda de debajo de los brazos del chico y lo puso boca arriba. La cabeza de Bailey cayó hacia un lado, con el pelo húmedo de sudor y la respiración superficial pero constante. Vivo. Exactamente como había planeado.

Lo colocó sobre la losa de piedra más plana, alineando hombros y caderas, haciendo pequeños y precisos ajustes hasta que el cuerpo quedó donde debía. Donde pertenecía.

Se incorporó y miró hacia arriba.

Las estrellas parecían más cercanas a esa altura. Más brillantes. La luna colgaba justo por encima de las copas de los árboles, fina

como una hoja.

—Tus actos tienen consecuencias, Bailey Ward —dijo en voz baja —. Esta noche, has pagado por las tuyas.

CAPÍTULO
CUARENTA Y DOS

—Oye, Finn, ¿ya sientes algo?

La pregunta lo pilló por sorpresa, tanto que no supo qué responder.

O eso, o las drogas empezaban por fin a hacer efecto.

—Qué va, yo tampoco siento nada —añadió Murray—. Estas son las setas más cutres que me he tomado en la vida.

—Dale un minuto —dijo Caleb, agitando la linterna del móvil por el sendero como si estuviera dirigiendo una orquesta—. Se supone que pegan poco a poco.

—O Alfie nos ha vuelto a dar recortes de césped —masculló Murray.

—No eran recortes de césped —gritó Alfie desde más adelante, con la indignación palpable incluso en la oscuridad—. Eran de las buenas. Frescas. Orgánicas.

—Tío —replicó Caleb—, se las compraste a un tipo detrás de la estación de autobuses.

—Y parecía de fiar.

Finn no se rió. No pudo. La colina se sentía demasiado abierta, demasiado expuesta. El viento soplaba allí arriba constantemente, colándose bajo su chaqueta y presionando con dedos fríos la nuca.

Cada sonido se amplificaba en su cabeza, y su corazón había empezado a latir de forma extraña también. Lento, luego demasiado rápido, luego lento otra vez, como si estuviera confundido.

—¿Finn? —Murray le dio un codazo—. ¿Estás bien?

—Sí —mintió Finn.

Siguieron subiendo, siguiendo el ancho y pálido sendero mientras serpenteaba hacia arriba. Las linternas de sus móviles oscilaban inútilmente sobre raíces y musgo, dirigiéndose hacia lo que Alfie había llamado el lugar perfecto. Fuera lo que fuese aquello. ¿Perfecto para qué? ¿Para colocarse? ¿Para huir de sus padres? ¿Para encontrar la mejor madera para una estufa?

Finn se pasó el dorso de la mano por la frente. Salió pegajosa. Genial. Ya estaba sudando.

—¿Cuánto va a tardar esto? —preguntó, notando el temblor en su propia voz.

—Está literalmente aquí al lado —gritó Alfie de vuelta sin volverse —. Solo quedan unos metros. Lo prometo.

—Eso dijiste hace veinte minutos —masculló Caleb.

—Ya, bueno, el tiempo no existe cuando estás flipando en colores —declaró Alfie.

—Tío —susurró Finn, tocando a Murray—. Esos árboles se mueven.

Murray parpadeó mirándolo. —Son... árboles, Finn.

—Ya, pero se mueven como si... como si respiraran o algo así.

—Eres un flojo —reprochó Caleb, con el tono cargado de diversión.

—Tú sí que eres un flojo —replicó Finn, arrepintiéndose al instante de lo infantil que había sonado.

Siguieron caminando, con las linternas de los móviles subiendo y bajando sobre el sendero cubierto de hojas en cuatro conos de luz

inconexos. El frío les calaba las chaquetas. En algún lugar por encima de ellos, un pájaro chilló: un sonido largo, agudo, antinatural. Finn casi se muerde la lengua del susto.

—Ese debe de ser él —dijo Caleb, con la voz teñida de tensión—. El asesino. El hombre del bosque. Sale por la noche y te abre en canal antes de meterte palos y piedras en la barriga.

—¡Anda y vete a la mierda! —soltó Finn antes de poder evitarlo.

—¿Qué? —soltó Caleb una carcajada—. ¿Demasiado pronto?

—No tiene gracia —masculló Finn con la garganta cerrada—. Ha muerto gente de verdad.

Continuaron subiendo la colina otros cien metros; los árboles empezaban a clarear y la luz de la luna comenzaba a iluminarles el camino.

—Oíd —llamó Alfie unos instantes después—. Aquí estamos. Os dije que no estaba lejos.

—Llevas diciendo eso veinte minutos —replicó Caleb.

Pero Alfie se había detenido. Por completo. Con la linterna apuntando hacia arriba, congelado como si estuviera viendo algo que los demás no podían ver.

—¿Qué pasa? —susurró Finn.

Alfie no respondió.

Aquello no estaba bien. Alfie nunca se callaba. Siempre era el primero en moverse, hablar o hacer alguna estupidez. Si Alfie se quedaba quieto, significaba que algo iba muy mal.

Murray se puso al lado de Finn, con el aliento formando vaho. Caleb se acercó por el otro lado, con la mandíbula tensa, bajando la linterna del móvil a su costado.

—¿Qué es aquello? —susurró Caleb.

Y entonces lo vieron.

Una figura alta y oscura estaba de pie junto a un cuerpo inerte en la cima de la colina, respirando pesadamente, con una linterna frontal encendida en la frente que iluminaba la zona a su alrededor. Al girarse ligeramente, el haz de luz se desplazó, revelando una máscara.

Cara de cabra. Hocico largo. Cuernos curvados.

El cerebro de Finn se bloqueó y sintió que algo frío se le extendía por las extremidades, algo más pesado que las drogas, más pesado que el pavor. ¿Estaba alucinando? ¿Eran las setas? No podía ser. No si todos estaban viendo lo mismo.

El asesino.

El asesino de verdad.

Estaba ahí mismo, joder.

—Es él... —susurró Finn—. Es el tipo de las noticias.

La cabeza del hombre se levantó de golpe. El haz de luz barrió la cima de la colina y apuntó hacia sus caras.

Los había visto. A todos ellos.

Durante un instante, todo se congeló.

—Madre mía —susurró Caleb—. ¿Qué hacemos? ¿Qué...?

—Atrás —musitó Murray, retrocediendo ya con las manos en alto.

Pero Alfie no se movió. Estaba clavado en el sitio, mirando la escena como si intentara convencerse de que no era real. Dio un paso adelante.

—¡Oye! ¡Tú! ¿Qué narices...?

—¡Alfie! —siseó Murray, agarrándole de la manga. Alfie se lo sacudió de encima.

La figura salió disparada.

No hacia ellos. En dirección opuesta. Un estallido de movimiento tan rápido que Finn no pudo seguirlo. Un segundo estaba allí, al siguiente se lo habían tragado los árboles.

—¡Espera! —gritó Alfie, saliendo corriendo tras él.

—¡Alfie, serás gilipollas! —gritó Caleb, emprendiendo la persecución.

Finn también corrió. ¿Qué otra cosa podía hacer? ¿Dejar que asesinaran a Alfie? Su respiración era un desgarro sonoro en sus oídos, los pies resbalaban sobre las hojas mojadas, las ramas le azotaban los brazos, el haz de su linterna rebotaba como si intentara escaparse de su mano. Caleb iba delante, gritando el nombre de Alfie. Murray jadeaba en algún lugar detrás de él.

Pero entonces—

—¡Para! ¡Finn, para, para! —gritó Caleb.

Finn frenó en seco, patinando sobre el barro y casi perdiendo el equilibrio. Caleb le agarró de la sudadera y tiró de él hacia atrás. La linterna de Finn osciló hacia abajo y se detuvo sobre el cuerpo. El que el asesino había estado arrastrando.

Justo allí, justo delante de él.

El chico, de su edad, quizá más joven, yacía desplomado sobre la piedra, con los ojos cerrados y la camiseta oscurecida por manchas que Finn no quería identificar.

—Dios mío —susurró—. Hostia, joder.

Murray llegó a trompicones a su lado, con las manos en las rodillas, jadeando. Entonces vio el cuerpo y dio un respingo hacia atrás.

—¡Jesucristo! —chilló Murray—. Está... está muerto. ¡Está muerto, joder!

—¡No lo sabemos! —le espetó Caleb, pero no se acercó. Su fanfarronería se había evaporado. Parecía que tuviera doce años.

—¡Sé qué aspecto tiene un muerto! —gritó Murray con la voz quebrada—. Vi a mi abuela morir en el hospital. Esto es—.

—¡Cállate! —dijo Finn, con más dureza de la que pretendía—. Solo... solo cállate un segundo. Tenemos que llamar a una ambulancia —dijo, buscando su móvil con los dedos temblorosos.

—¡No! —chilló Caleb, agarrando la muñeca de Finn—. ¡Tío, no, no, no! ¿Eres tonto?

—¡Necesita ayuda! —le espetó Finn.

—¡Estamos colocados, Finn! —siseó Murray—. ¡Vamos puestísimos! ¿Quieres que nuestros padres nos maten? ¿Quieres que...? —.

—¡Se está muriendo! —gritó Finn.

—¡Ya está muerto! —exclamó Murray.

Finn se quedó helado.

Las palabras quedaron suspendidas en el aire. Pesadas. Definitivas.

Finn sintió que algo se le caía en las entrañas, como si el suelo hubiera desaparecido.

—Tenemos... tenemos que llamar a alguien —susurró—. No podemos dejarlo aquí así como así. No podemos—.

Un crujido de ramas. Una silueta irrumpiendo de la oscuridad. Todos gritaron. Caleb blandió su linterna como un arma, Murray se escondió físicamente detrás de Finn y Finn casi se desploma hacia atrás.

—¡Joder, calmaos! —gritó Alfie, sin aliento, apareciendo de la nada, doblado por la mitad y con las manos en los muslos.

A Finn casi le fallaron las piernas por el alivio puro y la rabia al mismo tiempo.

—¡Pero qué cojones, Alfie! —gritó Caleb—. Pensábamos que te habían pillado.

—¿Dónde está el asesino? —gritó Murray.

—¿Te ha perseguido? —preguntó Finn.

Alfie sacudió la cabeza con fuerza, tragando aire. —No, no... Lo he perdido.

—¿Lo has perdido? —chilló Caleb—. ¿Has perseguido a un asesino y lo has perdido?

—¡Era rapidísimo! —le espetó Alfie—. Rápido como un olímpico. Seguí la luz de la linterna, pero desapareció. Simplemente se esfumó.

Finn lo miró fijamente. Murray señaló el cuerpo con una mano temblorosa.

—Tío... mira.

Alfie se giró. Se quedó pálido como un muerto.

—Mierda —susurró.

Los cuatro se quedaron allí, paralizados, echando vaho por la boca; las setas hacían que el mundo fuera demasiado vívido y demasiado irreal, todo a la vez.

—Tenemos que llamar a la policía —dijo él, convertido en la rotunda voz de la razón—. Ahora.

CAPÍTULO
CUARENTA Y TRES

El teléfono de Stephanie vibró violentamente contra la mesilla de noche antes de que el tono de llamada tuviera la oportunidad de sonar. Se despertó de un salto, con el corazón acelerado y los restos de un sueño disolviéndose en una estática negra. Durante un segundo no supo dónde estaba: ¿en su dormitorio? ¿En la comisaría? ¿En el bosque?

Finalmente, sus ojos se adaptaron a la tenue luz de su habitación. Era temprano. Demasiado temprano. Se dio la vuelta y entrecerró los ojos para mirar la pantalla.

Noah.

Respondió de inmediato.

—¿Sí?

—Jefa —dijo Noah, vacilante—. Siento despertarla. Ha habido otro incidente.

Se le dio un vuelco el estómago.

—¿Otro cadáver?

—Una víctima. Viva, por poco. Lo han traído al Surrey County Hospital. Ha ingresado inconsciente. Las lesiones coinciden con... —Hizo una pausa—. Con *él*.

Stephanie cerró los ojos. Joder.

—Está bien —respondió en voz baja—. Voy a prepararme. Nos vemos allí.

Colgó antes de darse cuenta de que aún estaba conteniendo el aliento. Retiró el edredón y plantó los pies en la alfombra con más fuerza de la que pretendía, con los músculos protestando mientras se ponía en marcha. ¿Ducha? No había tiempo para eso. Necesitaba vestirse, coger su bolso e irse.

De camino al baño, se fijó en que la puerta de Kimberley estaba entreabierta.

Stephanie se detuvo, frunciendo el ceño. Kimberley nunca dejaba su puerta abierta. Jamás. No desde el ataque.

—¿Kim? —murmuró, abriendo un poco más la puerta con las yemas de los dedos.

Se le cortó la respiración. Kimberley estaba sentada en el borde de la cama, con los hombros hundidos, las manos inertes en el regazo y la cabeza inclinada en un ángulo poco natural, mientras miraba fijamente hacia la pared con ojos vidriosos. Sin moverse. Sin parpadear. Sin reaccionar.

Parecía algo sacado de una película de terror. Durante un horrible segundo, Stephanie pensó que su hermana estaba muerta.

—¡Dios mío, Kim! —Las palabras se le escaparon antes de que pudiera evitarlas.

No hubo respuesta.

El corazón de Stephanie golpeaba contra sus costillas. Entró rápidamente y una tabla del suelo crujió bajo su peso. —¿Kim? ¿Kimberley?

Seguía sin haber nada. Solo una mirada gélida y vacía. ¿Estaba sonámbula? Stephanie se acercó con cuidado, agachándose frente a ella e intentando mantener la voz suave.

—Kim, cariño, soy Steph. ¿Qué pasa? Habla conmigo.

En cuanto puso una mano en el brazo de su hermana, Kimberley inhaló bruscamente y luego estalló. Gritó y arremetió con los puños, golpeando el hombro de Stephanie con la fuerza suficiente para hacerla retroceder. Por instinto, Stephanie la agarró por una muñeca mientras Kimberley se debatía, con los ojos salvajes de terror.

—¡Para, para, Kim, que soy yo! —gritó Stephanie, luchando por sujetarla con firmeza sin hacerle daño—. Soy Steph. Estás a salvo. Estás en casa. Estás en casa.

Pero Kimberley estaba en un lugar completamente distinto. Atrapada en un recuerdo o en una pesadilla, jadeando y dando patadas, con las uñas clavándose en la piel de Stephanie como si arañara a un atacante invisible.

—¡Kimberley! Mírame —suplicó Stephanie, con la voz quebrada —. Kim, por favor, despierta. *Despierta*. Estás a salvo.

Un estremecimiento recorrió el cuerpo de su hermana. Su respiración se entrecortó y luego se ralentizó. Parpadeó una, dos veces y finalmente centró la vista en Stephanie.

—¿Steph? —susurró Kimberley con voz temblorosa—. ¿Qué ha pasado?

Stephanie exhaló con aire tembloroso y aflojó el agarre, poniendo la mano en el hombro de Kimberley. —Estabas sonámbula, creo —dijo suavemente—. Solo estabas sonámbula. No quería asustarte.

El labio inferior de Kimberley tembló. —Yo... pensaba que... alguien estaba...

—Lo sé —dijo Stephanie rápidamente, atrayéndola en un abrazo flojo—. Lo sé. Solo ha sido un sueño. Estás a salvo. No hay nada aquí. Estás bien.

Kimberley se aferró a ella un momento antes de apartarse, limpiándose la cara con el talón de la mano como una niña que se

resiste desesperadamente a llorar.

—Lo siento —susurró.

—No tienes por qué sentirlo —la tranquilizó Stephanie, aunque sentía una opresión en el pecho. Kimberley nunca había sido sonámbula; lo más parecido había sido despertarse en mitad de la noche gritando después de su ataque—. Vuelve a dormir —dijo Stephanie en voz baja—. Tengo que ir al hospital, pero vendré a verte en cuanto vuelva. ¿De acuerdo?

Kimberley asintió débilmente. —Vale.

—Intenta descansar.

Stephanie se quedó expectante hasta que Kimberley se acomodó de nuevo bajo el edredón, con los ojos ya cerrándose.

Salió de la habitación despacio, cerrando la puerta tras de sí.

Luego se quedó en el pasillo, respirando con dificultad.

Un adolescente en el hospital.

Un asesino que se estaba acelerando.

Una hermana que se desmoronaba mentalmente.

Y un día para el que no estaba remotamente preparada.

CAPÍTULO
CUARENTA Y CUATRO

Noah la estaba esperando frente a la entrada del hospital. Se hundió la barbilla en el cuello del abrigo y caminó de un lado a otro para entrar en calor, con aspecto de haber recibido malas noticias. La vio mientras ella cruzaba la calle, con la suerte de que no había autobuses que pudieran atropellarla a esas horas de la mañana.

—Inspectora jefa —dijo él, esforzándose por reprimir un bostezo —. Ha llegado rápido.

—Ventajas de vivir cerca. Atravesaron las puertas eléctricas, escapando del frío para entrar en una ráfaga de aire caliente. —¿Dónde está la víctima?

—En Urgencias.

Noah encabezó la marcha. El hospital estaba sorprendentemente concurrido para la hora que era, lleno de familiares y seres queridos que esperaban noticias, junto con grupos de enfermeros y profesionales médicos que se movían de un lado a otro; algunos merodeaban junto a una máquina de café eléctrica, ya que el local de Costa Coffee había cerrado por hoy. Stephanie esperaba encontrar el lugar tranquilo y sosegado, pero era todo lo contrario: estaba lleno de vida, como si fuera mediodía. La brusca transición de

conducir por carreteras desiertas con apenas un par de coches a esta atmósfera bulliciosa la desconcertó.

—Háble me de él —dijo ella mientras se adentraban en el edificio —. ¿Quién es?

—Bailey Ward. Catorce años. Encontrado en la cima de uno de los Devil's Jumps en Churt aproximadamente a las doce y media.

—¿Lo han encontrado?

Noah asintió. —Un grupo de adolescentes de entre diecisiete y dieciocho años caminaba por el bosque cuando lo sorprendieron.

Stephanie se detuvo en seco. —¿Sorprendieron a *quién*? ¿Al asesino?

Él asintió de nuevo.

—¿Por qué no ha dicho nada antes? ¿Qué ha pasado con él? ¿Lo tenemos?

Esta vez, él negó con la cabeza. —Ha huido del lugar en cuanto ha visto a los chicos. Me han dicho que uno de ellos lo ha perseguido; los están llevando a comisaría para interrogarlos.

—No me preocupan *ellos* —espetó ella—. Me preocupa más el hecho de que el asesino haya sido sorprendido in fraganti y casi detenido. ¿Por qué no me ha mencionado nada por teléfono?

Noah abrió la boca para responder, pero Stephanie lo interrumpió con un gesto de la mano. —No importa. No es lo fundamental. — Soltó un hondo suspiro mientras consultaba su reloj. Pasaba poco de la una de la madrugada, lo que significaba que el asesino les llevaba treinta minutos de ventaja—. Necesitamos a todo el personal disponible peinando la zona donde ha ocurrido. Quiero equipos de búsqueda ahí fuera buscándolo. Mire si la policía de Hampshire puede prestarnos algunas unidades para echarnos una mano. Necesitamos patrullas de respuesta rápida vigilando la A3 y cualquier carretera principal cercana. Es posible que siga por ahí, ya sea a pie

o en coche. De cualquier modo, tenemos que hacer todo lo posible para encontrarlo.

Noah asintió, sacando ya su teléfono para empezar a coordinar la respuesta mientras continuaban el camino hacia la planta donde atendían a Bailey. Unos momentos y más de una docena de pasillos laberínticos después, llegaron a la unidad. Stephanie y Noah se acercaron al mostrador de recepción, donde una enfermera de unos cuarenta y tantos años con aspecto cansado y el pelo recogido en un moño que se había deshecho hacía horas, levantó la vista de la pantalla.

—¿Puedo ayudarles?

Stephanie mostró su placa. —Venimos por el chico adolescente traído de Churt.

Un destello de reconocimiento cruzó el rostro de la enfermera. —Ah. Sí. Acompáñenme.

Salió de detrás del mostrador y les indicó que la siguieran por un pasillo, deteniéndose frente a una pequeña sala de espera. Su mirada se suavizó, como si los estuviera preparando para lo que encontrarían dentro. —La familia está ahí.

Stephanie se mentalizó —preparándose para una segunda parte de lo ocurrido con Stuart Pritchard—, intercambió una mirada con Noah y empujó la puerta.

Dos adultos estaban sentados uno al lado del otro en un silencio rígido, el padre y la madre de Bailey, con la vista clavada en el suelo. El aire era denso y frágil, cargado de preocupación. Junto a ellos estaba una doctora, que les había estado explicando algo.

Ambos padres levantaron la vista cuando entró Stephanie.

—¿El señor y la señora Ward? —preguntó ella con suavidad—. Soy la inspectora jefa Stephanie Broadbent. Este es el sargento

Mackenzie. Siento... —suavizó la voz—. Siento mucho lo que le ha pasado a su hijo. ¿Cómo está?

La doctora se aclaró la garganta con delicadeza. —Bailey está en quirófano en este momento —explicó—. Se están ocupando de... la herida que ha sufrido. Lo habían cosido, pero no bien. No estaba en buen estado cuando llegó.

Stephanie asintió. —Gracias.

—Les dejaré un momento para hablar. Esto queda fuera de mis competencias —dijo la doctora, inclinando la cabeza brevemente antes de salir.

Stephanie se volvió hacia los padres, adoptando la expresión calmada y tranquilizadora que llevaba años practicando, aunque por dentro no se sintiera nada tranquila.

—Cuando Bailey despierte —dijo en voz baja—, me gustaría hablar con él. Solo cuando esté estable y solo cuando se sienta con fuerzas.

La madre de Bailey se incorporó bruscamente.

—No.

La palabra restalló como un látigo.

Stephanie parpadeó con incredulidad. —Entiendo que esto es increíblemente difícil...—

—Usted no se va a acercar a él. —La voz de la mujer temblaba de furia—. Sé quién es usted. He leído sobre ese hombre, el que murió. Stuart Pritchard. He visto los comentarios y los artículos, todos dicen que murió después de hablar con la policía. Murió por culpa de ustedes. No quiero que le pase lo mismo a mi niño.

Stephanie sintió el golpe como un puñetazo físico en el esternón.

—Eso no es... —empezó.

—No me mienta. La señora Ward se puso en pie, con la mano temblando como si estuviera lista para golpear a Stephanie. —Sé lo

que he leído. Habló con la policía y luego murió de un síncope porque ustedes lo presionaron, lo interrogaron...—

—Eso no es cierto —intervino Stephanie, de forma más tajante de lo que pretendía—. Stuart Pritchard murió de septicemia. Ya se estaba muriendo cuando llegamos a él. Nada de lo que dijimos o hicimos causó su muerte.

—¿Se estaba muriendo de todos modos? —repitió la madre de Bailey—. ¿Eso es lo que me está diciendo? ¿Han encontrado a mi hijo abierto en canal en el bosque y usted se planta aquí para decirme que mi chico va a morir de todos modos? ¿Se supone que eso tiene que hacerme sentir mejor?

Stephanie tragó saliva. —Señora Ward, no es eso lo que yo...—

—Fuera. —La voz de la mujer vibraba violentamente—. Salga de esta habitación. No la quiero aquí cuando mi hijo despierte.

El silencio descendió sobre la pequeña sala. Noah se removió incómodo. Stephanie inspiró lentamente, recobrando la compostura. —Solo queremos ayudarlo —dijo en voz baja—. Y lo haremos. Pero les daré espacio.

Asintió una vez a Noah y luego retrocedió hacia la puerta. Encontraron a la doctora esperando en el pasillo.

Stephanie buscó la mirada de la doctora. —Esta es una situación terrible —dijo—. Pero ahora mismo, Bailey es la víctima más reciente de una investigación por asesinato de gran repercusión. Y necesitamos hablar con él. ¿Podemos verlo? ¿Sin la presencia de los padres? O al menos hablar con él en cuanto despierte.

La doctora negó con la cabeza de inmediato y sin disculparse. —No. Lo siento, inspectora. Necesitará descanso, descanso *de verdad*. Tenemos el deber de protegerlo tanto mental como físicamente. Hasta que no esté estable, orientado y debidamente evaluado, no permitiré ningún interrogatorio. Ni siquiera cinco minutos.

Stephanie tensó la mandíbula, pero no dijo nada. No podía discutir, no sin parecer exactamente el monstruo que la madre ya creía que era. La doctora vaciló y bajó la voz.

—Aunque... hay algo que necesito comentar con usted —dijo en voz baja, mirando por el pasillo para asegurarse de que estaban fuera del alcance de oídos ajenos—. Es respecto a la naturaleza de la herida —explicó—. Y a lo que había dentro de ella.

CAPÍTULO
CUARENTA Y CINCO

La doctora los guió a una pequeña sala de consultas junto a la planta. Era un espacio angosto, apenas lo suficientemente grande para los tres, amueblado con un monitor de ordenador, una silla de oficina y dos asientos para pacientes. Las paredes desnudas y el mobiliario mínimo desprendían una sensación de esterilidad y limpieza que le recordó a Stephanie una sala similar en la que había estado cuando Kimberley regresó al hospital para recoger sus resultados de las ETS.

La puerta se cerró con un clic tras ellos.

La doctora, que se presentó como la doctora Helena Farrow, tomó aire para serenarse y se cruzó de brazos con fuerza. —Unos minutos antes de que ustedes llegaran —comenzó—, el cirujano ha encontrado material extraño dentro del estómago de Bailey. Estoy segura de que saben a qué me refiero.

Stephanie sintió que se le tensaba la mandíbula. Asintió una vez. —Lo sabemos. ¿Las tiene? ¿Podemos verlas?

La doctora Farrow se acercó al escritorio, abrió un cajón poco profundo y extrajo con cuidado un contenedor de plástico transparente para muestras. Lo posó con delicadeza, como si

temiera que los objetos de su interior pudieran soltarse y contaminar el aire a su alrededor.

Dentro, rodeados por un puñado de palos, había tres objetos: tres piedras grises, todas ellas con inscripciones.

Stephanie se inclinó, incapaz de resistirse.

Las palabras grabadas en ellas eran inconfundibles:

FENÓMENO.

SOLITARIO.

NADIE.

Palabras feas. Palabras crueles. Palabras que podían lanzarse contra un niño sin llegar a ver nunca lo profundamente que herían... hasta ahora, que habían sido literalmente talladas en algo introducido en su interior.

A su lado, Noah se movió, aclarándose la garganta en silencio.

Stephanie no lo miró al hablar; su voz sonó más baja de lo que pretendía. —¿Sabe qué significan?

—No, señora —murmuró él.

—Averígüelo —dijo ella—. Tienen que tener algo que ver con el colegio. Un compañero de clase. Un alumno. Este es el tipo de cosas que los niños se dicen unos a otros. Localice su colegio. Investigue sus publicaciones en redes sociales, sus grupos de WhatsApp. Identifique a sus amigos. Estas son etiquetas que un niño le lanza a otro niño. Estas son las palabras de un acosador.

—Sí, señora.

Varias imágenes pasaron por su mente, no de Bailey, a quien aún no conocía, sino de los innumerables casos que había encontrado relacionados con adolescentes. Los insultos mezquinos. La mentalidad de manada. La forma en que los niños podían herirse entre sí sin llegar a tocarse físicamente.

Stephanie se irguió, obligándose a apartar la vista del contenedor. Se le revolvió el estómago. Las piedras insultantes le resultaban demasiado familiares; un recordatorio de los abusos que su padre le había lanzado de niña, reforzando la idea de que no era suficiente, de que era una desagradecida. Palabras que habían calado hondo. Tan hondo que las heridas que causaron eran inalcanzables, inaccesibles, algo que no podía alcanzar y extirpar, como púas de cactus clavadas en una prenda de ropa.

—Gracias por enseñárnoslas —dijo en voz baja a la doctora—. ¿Hay algo más que debamos saber?

La doctora Farrow le entregó las piedras a Noah para su custodia. —No —dijo—. Solo, por favor, recuerden lo que les he dicho. La frecuencia cardíaca de Bailey era inestable, oscilando entre máximos y mínimos extremos. Sin intervención, es posible que no hubiera sobrevivido otra hora. Por eso necesitamos mantenerlo a salvo, tranquilo. Necesitará tiempo y espacio. Cuando despierte, lo más probable es que esté confundido y asustado. La mente puede distorsionar las cosas tras un trauma grave. No pueden interrogarlo hasta que esté preparado.

—Lo entendemos —dijo Stephanie a regañadientes, sintiendo que aquellas palabras se asentaban en su interior como si fueran otra piedra. Mientras ponía la mano en el pomo de la puerta para marcharse, pensó: «Fantástico, ahora solo tengo que explicarles a los padres de Bailey que su hijo era un acosador y que hay una razón por la que se encuentra en esta situación».

CAPÍTULO
CUARENTA Y SEIS

Estaba a punto de abrir la puerta de la sala de espera cuando Noah le puso una mano en el antebrazo, deteniéndola.

—Sí… —dijo él por el móvil—. Sí, estoy con ella ahora mismo. Ya. Entendido… —Alejó el teléfono de la oreja y se lo tendió—. Es Fiona —dijo—. Quiere hablar contigo. Sobre lo que vieron los chavales.

Stephanie no lo dudó. Casi le arrebató el teléfono a Noah, de lo rápido que lo cogió.

—¿Fi? —dijo ella, encajando el teléfono en el hueco del cuello mientras bajaba la mano de la puerta—. ¿Qué pasa?

—Algo que creo que podría interesarle, señora.

Stephanie se apresuró hacia una zona más tranquila del pasillo, aunque el sonido de su voz y de sus pasos resonaba, echando por tierra cualquier posibilidad de anonimato y privacidad.

—Dígame…

—Acabo de hablar con los testigos clave —explicó Fiona—. Son cuatro: Finn, Alfie, Murray y Caleb. Todos están bastante alterados, como es lógico. Por ahora, y aunque aún es pronto, lo prometedor es que todos cuentan la misma historia. Según su versión de los hechos, los cuatro decidieron adentrarse en el parque comunal porque habían tomado setas alucinógenas juntos, y uno de ellos,

Alfie, el supuesto líder del grupo, conocía un buen lugar para el subidón: lo alto de la colina, un sitio llamado Devil's Jump. Tardé un poco en convencerlos a todos de que explicaran por qué estaban allí, pero al final lo conseguí. Finn, el más hablador del grupo, fue el que lo confesó primero. En cualquier caso, contaron que caminaban por el bosque en mitad de la noche sin nada más que sus chaquetas North Face y las linternas de los móviles para iluminar el camino. Llevaban unos veinte minutos de trayecto cuando llegaron a lo alto del sitio que conocía Alfie, y allí fue donde vieron al asesino y a Bailey.

Stephanie inhaló profundamente. —¿Qué vieron *exactamente*?

—Primero oyeron un ruido y luego un movimiento. Alfie fue el primero en divisarlo: una figura de pie sobre Bailey.

Stephanie asintió. —Bien, así que lo vieron, ¿y luego qué?

—Sus relatos coinciden, aunque cada uno lo describa a su manera. Pero el consenso general es que todos se cagaron de miedo —o "se cagaron por las patas abajo", como dijo uno de ellos— y se echaron a correr. Todos menos Alfie.

—El líder del grupo…

—Exacto.

—Dice que debió de perseguir al asesino durante unos buenos cien o quizás doscientos metros antes de acabar perdiéndolo de vista en la oscuridad. Luego se dio la vuelta y se reunió con sus amigos.

Stephanie exhaló profunda y lentamente. —Gracias por la información —dijo—. Lo que hizo fue valiente, aunque un poco estúpido. ¿Alguno… alguno llegó a verle la cara al asesino? ¿Han dado descripciones? ¿Podemos encargar un retrato robot?

—Sí y no —respondió Fiona con voz titubeante.

—¿A qué se refiere?

—Bueno, todos lo han descrito diciendo que medía un metro ochenta y algo, quizá de complexión delgada, y que llevaba un pantalón de chándal oscuro y una sudadera negra fina con capucha. Pero ninguno le vio la cara…

En ese momento Stephanie recordó: —La máscara de ciervo…

—No exactamente —respondió Fiona.

Stephanie se quedó en silencio.

—Según Alfie y los demás, el asesino llevaba una máscara de cabra.

—¿Una máscara de cabra?

—Uno de ellos reconoció los cuernos retorcidos, algo que había visto en internet.

Stephanie hizo una pausa, asimilando la información. Le daba vueltas una y otra vez en la cabeza. Una máscara de cabra. ¿De dónde había salido eso? Hasta ahora, tenían la impresión de que el atacante llevaba una máscara de ciervo para proteger su identidad. Pero si el que había secuestrado y mutilado a Bailey Ward llevaba una máscara de cabra…

—¿Es que hay más de uno? —preguntó, pensando en voz alta—. ¿Trabajan en pareja? ¿Un ciervo y una cabra?

Silencio al otro lado de la línea. —No lo sé, señora. Pero si es así, nos falta una oveja para montar un zoo interactivo de saldo.

CAPÍTULO
CUARENTA Y SIETE

Stephanie apenas había dejado su taza de café aguado del hospital, imbebible incluso para sus estándares, cuando su teléfono vibró. La pantalla se iluminó con un nombre que le tensó cada músculo de la espalda.

El jefe de policía Neil Robins.

Brillante. Justo lo que le faltaba.

Dobló la esquina del pasillo hacia un espacio vacío, donde el zumbido de las luces fluorescentes llenaba el silencio, y respondió.

—Inspectora Broadbent —dijo, fingiendo que se trataba de una llamada desconocida.

—Stephanie —respondió Robins, con voz cortante y controlada—. ¿Qué es eso que me ha llegado sobre una tercera víctima?

Apoyada contra la pared fría, se pellizcó el puente de la nariz. Había elegido esa zona porque era uno de los pocos lugares del hospital que no olía a lejía ni a ansiedad. Necesitaba espacio, un momento lejos de los padres de Bailey —la furia de la madre, el silencio aturdido del padre— para que asimilaran el horror de lo que le habían hecho a su hijo.

Eran poco más de las cuatro de la mañana y llevaba en el hospital desde poco después de la una. Noah se había ido una hora

antes para coordinar la búsqueda. Bailey había salido de quirófano poco después; estabilizado, envuelto en mantas y trasladado a la unidad de reanimación con sus padres pegados a su cama. La planta había sido una olla a presión de emociones, y Stephanie había sabido que tenía que salir antes de empeorar las cosas.

—¿Qué es eso que me ha llegado sobre una tercera víctima? —exigió él de nuevo.

Stephanie inhaló por la nariz para serenarse. —Señor, sí, creemos que el chico hallado esta noche está relacionado con las víctimas anteriores. Tiene catorce años, lo han encontrado en Churt Common, en lo alto de Devil's Jumps. Estaba...

—¿Vivo? —la interrumpió Neil bruscamente.

—A duras penas. —Hizo una mueca ante su propia sinceridad—. Ha pasado por quirófano. Ahora está en reanimación.

Una pausa.

—Así que estamos ante un recrudecimiento —dijo él—. Un niño, Stephanie. Un niño. ¿Entiendes cómo repercute eso en la opinión pública?

Ella no había estado pensando en otra cosa.

—Sí, señor —respondió en voz baja—. Lo entiendo.

—¿Y por qué no he recibido un informe formal por tu parte? Han pasado horas; ya esperaba uno tuyo, como inspectora jefa en funciones.

Stephanie apretó la mandíbula. Se separó de la pared y dio unos pasos por el pasillo, bajando la voz. —Porque he estado aquí, señor. Atendiendo a la familia, coordinando la respuesta inicial, asegurándome de que la víctima sobreviviera a la noche.

—¿Por qué? Tú no deberías estar allí. Eso no forma parte de las funciones de una inspectora jefa. Tu responsabilidad es *delegar* en

tu equipo —insistió Neil—. ¿Dónde están? ¿Por qué me dicen que tu subinspector se está encargando solo de la búsqueda?

—Noah es más que capaz —respondió ella, midiendo sus palabras—. Y no está solo. Hay unidades de uniforme rastreando los bosques y se están vigilando las carreteras. Estamos cubriendo todas las vías de actuación inmediatas. Mi equipo está plenamente operativo. Están cansados, pero funcionan. Son más que capaces.

Un suspiro suave y escéptico silbó al otro lado de la línea.

—Bien. —Pero su tono sugería que no le creía del todo—. Stephanie, no podemos permitirnos errores. No ahora. El público tiene miedo. Los padres tienen miedo. Estoy recibiendo llamadas de parlamentarios. Si esto se agrava, lo hará rápido.

—Lo entiendo, señor.

—Asegúrate de ello. —Una pausa—. Llámame en el momento en que tengas algo tangible. Aunque solo sea a medias. Prefiero que me despierten por nada a que me pillen desprevenido. ¿He sido claro?

—Cristalino, señor.

Él colgó antes de que ella pudiera añadir nada más.

Stephanie bajó el teléfono y exhaló despacio; el peso de la conversación se posó sobre sus hombros como una manta de plomo. El pasillo se sintió más pequeño de repente, más estrecho.

Su equipo no estaba bien.

Ella no estaba bien.

Pero no podía dejar que las fisuras se vieran ahora.

No mientras el asesino siguiera ahí fuera.

No cuando el público clamaba por alguien a quien culpar.

CAPÍTULO
CUARENTA Y OCHO

A lo largo de su carrera y, por extensión, de su vida, Stephanie había desarrollado una piel dura, o al menos eso le gustaba creer. Era algo esencial para su trabajo, vital incluso. Mantenía una gran entereza y una actitud de particular indiferencia ante lo que cualquiera dijera o escribiera sobre ella. Había escuchado lo peor de labios de su padre, que había abusado de ella maliciosamente, cebándose con su aspecto, su peso, el color de su pelo, sus labios y su boca. Él había sembrado las semillas de la duda, la inseguridad y la ansiedad en las primeras etapas de su desarrollo. Semillas que, con los años, se habían convertido en un trastorno alimentario y en una incapacidad para confiar en desconocidos. Mantenía la guardia alta casi siempre; al fin y al cabo, había pasado más de treinta años protegiéndola, reconstruyéndola, mejorándola y fortificándola.

Pero había algo en los mensajes de su pantalla que lo desmoronaba todo, ladrillo a ladrillo, capa a capa.

Durante la última hora, había estado ojeando la sección de comentarios en Facebook, *Surrey Live* y X mientras esperaba en una sala tranquila. Consumida por el *doom scrolling*. Leyendo lo que la gente decía sobre ella y sobre cómo su equipo estaba gestionando el caso, matando el tiempo hasta que recibiera el visto bueno para

hablar con Bailey Ward. Una voz disidente destacaba en particular. El mismo hombre que Giles había mencionado el día anterior: Craig Walsh. Una cuenta sin rostro, y ella se preguntaba si sería siquiera su nombre real. La había mencionado por su nombre de pila, llamándola «diana hinchable», incompetente e inútil.

Se le había tensado el cuerpo al leer los primeros comentarios, pero una vez que empezó, fue incapaz de parar. Era como una droga; se sentía compelida a ver qué más tenían que decir sobre ella él y muchos otros. Le recordaba al maltrato que había soportado de su padre y una parte de su ser, en el fondo, casi lo ansiaba.

Ahora comprendía por qué a la gente le importaba tanto lo que otros decían en internet. Dudaba que ninguno de ellos —Stuart Pritchard, Alan Jeffries o incluso Bailey Ward— se hubiera atrevido a decir cosas así en persona. Porque eran unos cobardes que se escondían tras la pantalla de un ordenador o de un móvil. La única excepción, creía ella, era su padre, que había demostrado lo malvado y asqueroso que era. Cuanto más leía, mejor comprendía por qué el asesino buscaba represalias contra aquellos que repartían maldad y veneno desde la comodidad y seguridad de su hogar.

«Piedras y palos podrán romper mis huesos, pero en mi caso, las palabras a veces sí me herirán», pensó.

Un momento después, se oyeron pasos. Los reconoció al instante. Tenían una cadencia y un matiz particulares. Cargaba más peso en un pie que en el otro, un patrón regular. Uno que ya había oído cruzar la oficina varias veces anteriormente.

Levantó la vista y vio a Devon, vestido con un grueso abrigo negro, caminando con determinación hacia ella. Bloqueó rápidamente la pantalla y se levantó de la silla.

—Devon, ¿qué haces por…?

Él se detuvo, se metió las manos en los bolsillos del abrigo y sacó pecho. Desde la última vez que lo había visto, se había lavado y peinado el pelo, y su barba, antes descuidada y desaliñada, estaba ahora arreglada. Parecía un hombre diferente, al menos en la superficie, en la imagen exterior que proyectaba al mundo. Sin embargo, ella sabía que seguía luchando contra sus demonios, que por dentro seguía destrozado y hecho jirones.

—He oído que os vendría bien algo de ayuda. —Se señaló a sí mismo—. Así que aquí estoy.

Justo cuando Stephanie iba a responder, se acercaron otros pasos. Esta vez pertenecían a un enfermero.

—Perdonen —dijo—, lamento molestarles. ¿Es usted… es usted la detective que quería…?

—Somos nosotros —respondió Stephanie con firmeza.

—Ah, bien. Pues si están listos, me han dicho que el paciente está despierto y el médico ha confirmado que puede recibir visitas.

Bailey yacía recostado en una cama de hospital, se le veía pequeño bajo las mantas, rodeado de una maraña de cables y tubos. Su rostro apenas tenía color, a excepción de unas manchas enrojecidas alrededor de los ojos. Una cánula nasal le suministraba oxígeno. Su pecho subía y bajaba con respiraciones superficiales e irregulares. Sus padres estaban sentados a ambos lados: su madre le apretaba la mano con las suyas, como si intentara anclarlo a la cama, mientras que su padre estaba sentado en el borde de su silla, inclinado hacia delante con los codos apoyados en las rodillas.

En el momento en que Stephanie cruzó el umbral, la madre de Bailey se puso en pie de un salto.

—No.

La palabra restalló en la habitación como un latigazo.

—¡No, no y no!

Stephanie se detuvo al instante.

—Fuera de aquí —dijo la mujer, con la voz temblando de furia—. Ya se lo he dicho antes, no la quiero cerca de él.

—Señora Ward… —empezó Stephanie.

—¡No! —Se colocó delante de la cama como si protegiera a su hijo de una amenaza—. ¿Se cree que voy a dejar que lo interrogue? ¿Después de lo que ha pasado? ¿Después de todo lo que he leído sobre usted? Ni hablar.

Stephanie tomó aire para calmarse, manteniendo un tono sereno.

—Señora Ward… entiendo que le preocupen algunas de las cosas que ha leído sobre mí —dijo en voz baja—. Yo también he leído algo. Los comentarios. Los artículos. Y tiene todo el derecho a estar preocupada. Sé que no me dejan en buen lugar. Entiendo cómo se ve desde fuera. Pero no debería creerse todo lo que lee en internet. Llevo casi veinte años en este oficio y mi equipo tiene experiencia, son de los mejores del sector. Han estado trabajando día y noche. Puede que no se lo crea, pero somos los únicos que podemos averiguar qué le pasó a su hijo y detener al hombre que le hizo daño.

La señora Ward entreabrió los labios, dispuesta a discutir de nuevo, a rebatir, a defenderse, pero no le salieron las palabras.

Su marido se levantó despacio, posando una mano tranquilizadora en la parte baja de la espalda de ella.

—Clara —murmuró, amable pero firme—. No pasa nada. Deja que hablen con él. Vamos.

Ella negó con la cabeza.

—Casi se muere.

—Mamá… no pasa nada.

Una voz fina y vacilante llegó desde la cama. Bailey tenía los ojos entreabiertos, desenfocados pero conscientes. Parpadeó despacio y

giró levemente la cabeza.

—Está bien —susurró de nuevo, apenas audible.

Su madre se volvió hacia él al instante, apretándole la mano.

—No, cielo, no tienes por qué hacerlo.

—Es… de la policía —murmuró él, dirigiendo la mirada hacia Stephanie—. No… pasa nada.

La señora Ward parecía debatirse entre la ira y el miedo, pero exhaló con voz temblorosa y volvió a sentarse en la silla a su lado.

Stephanie sonrió al adolescente con compasión antes de acercarse despacio a los pies de la cama.

—Bailey, me llamo Stephanie y este es mi compañero Devon. ¿Cómo te encuentras?

—Me duele todo.

Ella esbozó una pequeña sonrisa.

—Me lo imagino. Por lo que me han contado, parece que has pasado por mucho.

Él no dijo nada.

—Intentaremos que esto sea lo más breve posible, pero hay algunas cosas que queremos saber. Si en algún momento sientes demasiado dolor o malestar para continuar, dínoslo, por favor, y volveremos en otro momento.

Él inspiró, tan rápido como el dolor de su cuerpo se lo permitió, y asintió.

—De acuerdo.

Stephanie sacó su teléfono.

—Me gustaría empezar repasando tus movimientos de ayer por la noche. Lo que recuerdes. Con quién estabas. Qué te ocurrió.

Bailey parpadeó, con los ojos vidriosos mientras intentaba concentrarse.

—Yo… sí. Puedo hacerlo.

Stephanie asintió levemente para darle ánimos.

—Bien. Vayamos poco a poco. Empieza por antes de que pasara nada. ¿Dónde estuviste anoche?

—En el minigolf —susurró Bailey con voz débil—. Mis amigos y yo. Éramos… siete, creo. Estábamos haciendo el tonto, no se nos daba muy bien. Fue solo…

Hizo una mueca repentina, con el rostro contraído por el dolor.

Clara se sobresaltó.

—Se acabó, paramos…

—Mamá —susurró Bailey, apenas girando la cabeza—. Estoy bien. Por favor.

Stephanie mantuvo un tono suave.

—Haremos descansos siempre que los necesites. No hay prisa.

Bailey dejó que se le cerraran los ojos un momento antes de volver a abrirlos.

—Solo jugamos una partida cada uno. Y luego, después de eso, nos fuimos a casa, nos separamos. A la mayoría vinieron a recogerlos. Yo me fui andando con… —Otra respiración lenta para serenarse—. Con Reece. Reece Barham. Vive cerca de mi casa.

Stephanie anotó el nombre en su teléfono.

—¿Fuisteis juntos todo el camino hasta casa?

—Casi todo. Él se desvió en su calle. —Bailey tragó saliva—. Me quedaban, como… cinco minutos.

—¿Y qué pasó entonces?

Bailey se quedó mirando al techo, como si el recuerdo estuviera grabado allí.

—Una furgoneta se detuvo a mi lado —dijo en voz baja—. Blanca. O plateada. Es difícil saberlo; pasó muy rápido y estaba oscuro. Se… se puso a mi altura en la carretera. Y entonces alguien bajó. Un hombre. Me rodeó por detrás. Ni siquiera lo oí hasta que…

—Volvió a hacer una mueca, esta vez más por el recuerdo que por el dolor—. Me agarró. Me agarró bien fuerte. Como… —Imitó un tirón repentino en el aire con una mano temblorosa—. Y luego, simplemente… me tiró atrás. Dio un portazo.

La señora Ward se tapó la boca y se le llenaron los ojos de lágrimas al instante. Stephanie se dio cuenta de que ella también estaba escuchando el relato por primera vez.

Stephanie mantuvo un tono ecuánime.

—¿Recuerdas algo después de eso? ¿Cualquier cosa?

Los párpados de Bailey aletearon. Esta vez, el dolor venía de un lugar más profundo.

—Está… borroso —murmuró—. Confuso, como entre la niebla. No sé cuándo, pero me desperté en una habitación. ¿Un… comedor, creo? Había una mesa y sillas. De madera. Madera oscura. Y papel pintado. Un papel pintado feo. Como antiguo. Sin cuadros. Solo… paredes. Y una mesa. Y una luz sobre mi cabeza.

—¿Había alguien allí contigo? —preguntó Stephanie.

Bailey asintió, su monitor de pulso pitaba cada vez más rápido.

—Él estaba de pie junto a mí. Alto. Llevaba una sudadera con capucha y pantalones de chándal. Ropa normal.

Stephanie intercambió una breve mirada con Devon antes de volver a centrarse en el chico.

—¿Y su cara? —preguntó con cautela.

Bailey soltó un suspiro tembloroso.

—Él… llevaba una máscara.

—¿Qué tipo de máscara?

—De cabra —susurró Bailey—. Me pegó un susto de muerte. Pensé… pensé que me iba a matar.

—¿Puedes describir la máscara de cabra?

—Tenía algo así como un hocico largo y cuernos. Grandes. Curvados. Y los ojos… eran *sus* ojos.

—¿Pudiste ver de qué color eran?

Bailey negó con la cabeza.

—No me fijé en eso. Estaba demasiado preocupado por el cuchillo que tenía en la mano.

Stephanie sintió cómo la tensión llenaba la habitación. A su lado, Devon apretó la mandíbula.

Su madre se derrumbó entonces; emitió un sonido pequeño y ahogado, mitad sollozo y mitad suspiro, y se inclinó sobre él, apoyando su frente contra la mano de su hijo.

Stephanie bajó el teléfono lentamente.

—¿Hay algo más que puedas recordar? ¿Te habló? ¿Dijo algo que pudieras recordar?

Bailey asintió de nuevo.

—Me habló, pero su voz era muy grave y no parecía real, como si la estuviera falseando.

—¿Qué clase de cosas te dijo?

—Hablaba mucho sobre algo llamado… Madre… —Hizo una pausa, cerrando los ojos mientras buscaba las palabras adecuadas—. Algo sobre algo llamado Mother Ludlam.

Stephanie se detuvo, ladeando la cabeza. El nombre no le sonaba de nada. Se volvió hacia Devon, que le devolvió una mirada de igual confusión e ignorancia.

—Lo investigaremos —dijo ella, anotando el extraño nombre en su teléfono—. ¿Recuerdas que dijera algo más?

Esta vez, Bailey tardó más en responder. No porque sintiera dolor o le costara respirar.

Stephanie presintió el motivo.

—Dijo que yo… que me merecía lo que me iba a pasar.

—¿Qué? —gritó Clara, poniendo una mano con firmeza en el brazo de su hijo—. ¿Por qué iba a decir eso? ¿Qué podrías haber hecho tú?

Bailey no respondió. No miró a su madre a los ojos. En su lugar, mantuvo la mirada fija intensamente en Stephanie.

—Señor y señora Ward —empezó ella, hablando despacio y con calma—. Tenemos razones para creer que la persona que le ha hecho esto a su hijo elige a sus víctimas basándose en cosas que han dicho en internet. No entraré en detalles sobre las víctimas anteriores, pero ambas se habían pronunciado sobre ciertos temas y asuntos en la red, ya fuera en comentarios, mensajes directos o foros. Creemos que ha ocurrido lo mismo con Bailey. —Inspiró profundamente, sintiendo un escalofrío recorrer la habitación—. Así que, Bailey, ¿hay algo que necesites o quieras decirnos?

CAPÍTULO
CUARENTA Y NUEVE

—Jefa, tengo todos los detalles sobre Mother Ludlam por si quiere escucharlos.

Olivia estaba de pie frente a la sala de operaciones, con un rotulador en una mano y la otra apoyada torpemente en la cadera. El resto del equipo se agrupaba a su alrededor: Noah inclinado hacia adelante con los codos sobre un escritorio, Giles aferrando un cuaderno, Fiona mordiéndose las uñas y Devon recostado en su silla con los brazos cruzados.

Stephanie se detuvo junto a la mesa justo cuando Olivia continuaba.

—Os lo advierto ya —dijo Olivia, dando golpecitos en la pizarra blanca con el rotulador—, esto es… raro. Mi madre estaba obsesionada con el folclore de Surrey, así que crecí oyendo hablar de Mother Ludlam cada vez que pasábamos por Frensham. Hasta que usted lo mencionó, pensaba que solo era un cuento de miedo para antes de dormir.

—¿Y ahora? —murmuró Fiona.

—Ahora —respondió Olivia—, creo que nuestro asesino se lo está tomando como si fuera una escritura sagrada.

La sala se quedó en silencio.

Stephanie asintió para que prosiguiera.

—Bien —empezó Olivia, dibujando el esquema aproximado de un ventanal de iglesia con una olla achaparrada de tres patas debajo—. Lo primero es el objeto real. La iglesia de St Mary, en Frensham, tiene este caldero de cobre grande y antiguo. De aspecto medieval auténtico. Está ahí plantado como si perteneciera a un desguace, no al lado de los libros de himnos.

Giles frunció el ceño. —¿Por qué está ahí?

—Porque la gente se contaba historias —explicó Olivia—. Y la historia que cuajó, la que nos importa a nosotros, es la de Mother Ludlam.

Subrayó el caldero.

—En las versiones más amables, es una «bruja blanca». Una curandera. Alguien a quien los aldeanos acudían cuando el médico no podía ayudarlos. Pero el detalle clave no son las maldiciones ni los hechizos ni nada de eso. Es este: prestaba cosas. Utensilios. Herramientas. Teteras. Artículos de cocina. Como una especie de biblioteca sobrenatural.

Devon masculló: —Una versión mágica de la ferretería del barrio.

Olivia le ignoró.

—La gente iba a su casa y tomaba prestado lo que necesitaba —ollas para bodas, para hacer cerveza, ese tipo de cosas—, siempre que lo devolvieran cuando decían que lo harían. Ese es el tema recurrente. Tomar prestado. Deber algo. Y lo que sucede cuando no devuelves algo. Se trata de coger, de creerse con derecho a las cosas, de gente que piensa que puede servirse sola sin pagar nunca la deuda.

A Stephanie se le tensó la mandíbula, pero no la interrumpió.

Olivia dibujó una línea irregular y luego unos pequeños bultos a su lado.

—Ahora pasemos a la parte del diablo. —Señaló los tres bultos—. Aquí es donde entra el paisaje local. The Devil's Jumps, cerca de Churt. Las Tres Colinas. El lugar donde encontraron a Bailey Ward. Hay una versión por la que mi madre ponía la mano en el fuego, la que ella insistía en que era la «verdadera». —Olivia hizo el gesto de las comillas en el aire para recalcar el punto—. Mother Ludlam tenía este caldero. Un armatoste de cobre. Y el diablo aparece queriéndolo.

Giles levantó la mano, como si estuviera en el colegio. —¿Para que se lo prestara?

—Sí —confirmó Olivia—. Pero ella se niega.

—¿Porque le reconoce? —preguntó Fiona.

Olivia asintió. —Sí. Las huellas de pezuñas. Ese detalle no cambia nunca en las distintas versiones. Por mucho que el diablo intente disfrazarse, siempre deja rastro. Así que ella lo ve y dice que no. Y entonces él hace lo que mejor se le da al diablo: se sirve solo.

Olivia dibujó un monigote rudimentario con cuernos y luego una pequeña escoba a su lado.

—Roba el caldero —dijo—. Y Mother Ludlam va tras él, no a pie, sino en escoba. De las de antes. Sale volando en su escoba hacia la noche. —Olivia dibujó un arco exagerado en el aire—. El diablo corre. O vuela. O salta; depende de quién lo cuente. Pero la parte famosa son los saltos. Da unos brincos enormes por el brezal y, cada vez que aterriza, el suelo se eleva bajo sus pezuñas. Tres aterrizajes. Tres colinas: the Devil's Jumps.

Stephanie sintió un hormigueo bajo la piel, ese que aparece cuando algo encaja con demasiada precisión.

—¿Y el caldero? —preguntó.

—En la historia —dijo Olivia—, se le cae. O lo abandona. Algunas versiones dicen que no puede sostenerlo una vez que ella le pisa los

talones. Otras dicen que ella se lo arrebata. Pero el resultado final es el mismo: el caldero termina fuera de su alcance. Y acaba en la iglesia, en St Mary, porque ese es el único lugar donde él no puede entrar así como así para robarlo de nuevo.

Stephanie no respondió de inmediato. Se quedó mirando los dibujos de la pizarra —la olla, las colinas, el monigote con cuernos— y sintió que la frustración se le enroscaba en el pecho. Estaba cerca. Podía sentirlo. Todas las piezas estaban allí, expuestas con rotulador negro, pero algo no terminaba de cuadrar.

Giles levantó la mano, bajando la vista hacia su cuaderno y volviéndola a subir. —¿Puedo… preguntar algo? —dijo.

Stephanie asintió. —Adelante.

—En la época en que circulaban estas historias —dijo Giles con cautela—, no se veía a las brujas como algo separado del diablo, ¿verdad? Quiero decir, históricamente. Creía que a menudo se pensaba que hacían el trabajo del diablo. O que, al menos, actuaban como sus agentes.

La sala volvió a quedar en silencio.

La mirada de Stephanie volvió a la pizarra.

Bruja.

Diablo.

Caldero.

Máscara.

Se le aceleró el pulso.

—Repite eso —dijo.

Giles frunció el ceño. —Se creía que las brujas servían al diablo, o que él les otorgaba su poder, ¿no?

Y entonces, todo encajó.

—Eso es —dijo ella en voz baja.

Todos la miraron.

—La máscara de cabra —continuó—. No la lleva porque quiera dar miedo. La lleva porque representa al diablo. —Sus ojos se dirigieron a Olivia—. En su mente, Mother Ludlam no se opone al diablo. Trabaja con él.

Olivia vaciló. —Bueno… históricamente, sí. Mucha gente habría creído eso.

—Así que no está eligiendo entre ellos —dijo Stephanie—. Los está fusionando en una sola cosa. En un solo papel.

Devon frunció el ceño. —¿Qué quiere decir?

—Quiere decir que puede ser ambos —dijo Stephanie, volviéndose hacia Olivia con la mente a mil por hora—. ¿Alguna versión del mito decía alguna vez que Mother Ludlam hiciera daño a alguien? Directamente. Físicamente.

Olivia sacudió la cabeza de inmediato. —No. En ninguna versión que yo haya oído. No era violenta. La gente le tenía miedo, claro, pero se trataba más de las consecuencias que del castigo.

Stephanie asintió despacio. —Los actos tienen consecuencias… —dijo—. Ha actualizado el mito. Ha decidido que la crueldad te hace perder el derecho a quedarte. Que si has causado suficiente daño, no puedes seguir adelante. No tienes otra oportunidad. Te… llevan.

Volvió a mirar el dibujo de las colinas. Tres saltos. Tres aterrizajes. Una historia proyectada sobre la propia tierra.

—No está copiando el folclore —dijo—. Está viviendo dentro de él.

Nadie habló.

Finalmente, Stephanie se irguió, consolidando sus pensamientos en algo procesable.

—Bien —dijo—. Ahora sabemos que la máscara no era aleatoria. Ahora sabemos qué historia se está contando a sí mismo. Y ahora

conocemos el paisaje del que se nutre. —Miró a Noah—. ¿Sargento? ¿Algo?

Noah sacudió la cabeza. —No, jefa. Nada. Se lo ha tragado la tierra. Hemos hablado con cada casa dentro del radio de las colinas de los saltos y del brezal; la mayoría son de jubilados. El tipo de gente de setenta y tantos que se acuesta a las nueve. Ninguno vio nada. Y ninguno tiene cámaras de seguridad.

Stephanie apretó la mandíbula. —¿Lector de matrículas?

—Aún estamos cotejando —respondió Noah—. Pero nada evidente. Ninguna matrícula sospechosa, ninguna furgoneta entrando ni saliendo de la zona por esas horas.

Stephanie se apartó el pelo detrás de la oreja, luchando contra el calor que le subía por el cuello. —Está bien —dijo, dirigiéndose a la sala—. Primero, publicad una advertencia oficial. Que nadie suba a The Devil's Jumps. Nada de caminatas nocturnas. Nada de tonterías de «caza de fantasmas». Que alguien contacte con Surrey Parks. Quiero patrullas —guardas, voluntarios, cualquiera de uniforme— manteniendo a la gente fuera hasta que digamos lo contrario. Como mínimo, tienen que patrullar las cimas de las colinas por las tardes.

Fiona asintió, ya tomando notas.

—Lo siguiente —continuó Stephanie—, bibliotecas, librerías. Cualquier sitio que tenga folclore local. Necesitamos saber si alguien ha sacado algo sobre Mother Ludlam recientemente. Frensham. Churt. Devil's Jumps. Cualquier cosa con mitos locales, leyendas sobre el diablo, leyendas de Surrey… todo. Hay que contactar hoy mismo con quien lleve la lista de reservas de la biblioteca de Farnham.

Giles ya se estaba levantando de la silla. —Me encargo.

—Bien —dijo Stephanie—. Siguiente punto: el LSD. Lo está sacando de alguna parte. Podría valer la pena intentar conseguir una

lista de posibles camellos. Si lo compró, alguien se quedó con su dinero.

Noah lo añadió a la lista.

Stephanie asintió una vez y luego levantó la barbilla.

—Finalmente… —dijo, dejando que la sala se sosegara—. Devon y yo hemos hablado con Bailey esta mañana. Estaba lo bastante estable para hablar, brevemente, y nos ha contado algo importante. —Hizo una pausa, escrutando sus rostros—. Ha admitido que acosaba a una chica en el instituto. Le enviaba mensajes vejatorios por WhatsApp. Repetidamente. Del tipo que destrozaría a cualquier adolescente: crueles, directos, humillantes. —Dio un paso adelante —. Alguien tiene que hablar con ella. Y averiguar a quién se lo contó, porque a menos que los mensajes se hayan compartido por Internet, es posible que el asesino esté conectado con la chica de alguna manera.

CAPÍTULO
CINCUENTA

Olivia se sentó en el borde de un sillón de flores que se hundía demasiado por el centro. El salón era pequeño, cálido y un poco angosto. Unas fotos familiares adornaban la repisa de la chimenea: cumpleaños, vacaciones en la playa, retratos escolares; todas ligeramente torcidas, como si alguien les hubiera quitado el polvo con prisas. Una estufa de gas zumbaba suavemente de fondo. Junto a un posavasos descansaba una taza de té a medio terminar que se había quedado olvidada. Frente a ella, en el sofá, estaba Maddie Trent, vestida con un jersey azul marino. La rodilla le temblaba sin descanso y llevaba el pelo recogido en una coleta tan tirante que parecía dolorosa.

A cada lado estaban sus padres, Laura y Mark, ambos con el semblante de quien jamás habría esperado encontrar a una agente de policía en su salón un domingo por la tarde.

Olivia suavizó la voz.

—Maddie —dijo con dulzura—, sé que todo esto es un poco confuso y preocupante, pero no estaríamos aquí si no fuera necesario.

Maddie se limitó a encogerse de hombros levemente, con la mirada clavada en un punto de la alfombra cerca del zapato de

Olivia.

Laura alargó la mano para tocar el brazo de su hija. —Cariño, ha venido para entender qué ha pasado.

Otro encogimiento de hombros.

Olivia se inclinó un poco hacia delante.

—¿Puede decirme qué sabe de un chico llamado Bailey Ward?

La rodilla de Maddie dejó de moverse y una sutil tensión recorrió sus hombros. Durante un largo instante, permaneció completamente inmóvil, en silencio.

Su padre fue el primero en darse cuenta. —¿Mads?

Maddie tragó saliva, todavía sin levantar la vista.

—Él… va a mi instituto.

—¿Del mismo curso? —preguntó Olivia.

Ella asintió.

—¿Y hablan mucho?

Maddie apretó los labios mientras jugueteaba nerviosa con el dobladillo del jersey.

Su madre exhaló un suspiro silencioso. —Maddie, puedes decírselo. ¿O prefieres que lo haga yo?

Siguió una larga pausa. Entonces, con voz muy queda, como si estuviera retirando el velo de algo doloroso, dijo: —Me ha estado… acosando.

Laura le apretó la mano. —Muy bien, cielo —dijo.

—¿Desde cuándo? —preguntó Olivia.

—Desde hace un par de meses —susurró Maddie—. Quizá más.

—¿Qué tipo de acoso?

Maddie se mordió el labio hasta que la piel se le quedó blanca.

—Al principio solo eran comentarios por los pasillos. Tonterías. Como decirme que era rara o que mi voz resultaba molesta.

Su padre hizo una mueca de dolor.

—Luego empezó a publicar cosas en internet. En Snap. En Insta. Hacía capturas de mis fotos y les ponía subtítulos. —Tragó saliva de nuevo—. Solitaria. Bicho raro. Ridícula. Cosas así.

Olivia sintió una opresión en el pecho.

Las piedras.

Las palabras.

—¿Alguna vez la amenazó? —preguntó con suavidad.

Maddie vaciló. —Físicamente no, ni con violencia. Pero decía otras cosas.

—¿Como qué?

Sus ojos se desviaron un momento hacia sus padres y luego volvieron a bajar.

—Decía que no le caía bien a nadie. Que debería borrar todas mis cuentas porque estaba haciendo el ridículo. Que todo el mundo hablaba de mí a mis espaldas, que no tenía amigos y que me quedaría sola el resto de mi vida.

—¿Alguien más participaba? —preguntó Olivia en voz baja.

Maddie negó con la cabeza. —No mucho. Sus amigos miraban las publicaciones y se reían, pero… sobre todo era él. También solía mandarme mensajes. Por WhatsApp.

Laura se tensó al lado de su hija. —Hemos visto algunos —dijo con voz sombría—. Le mandaba mensajes a altas horas de la noche, insultándola, metiéndose con su físico, diciendo cosas como «nadie te querría nunca» o «¿por qué te molestas siquiera en venir a clase?». A veces los borraba antes de que pudiera enseñárnoslos, pero Maddie hizo capturas de pantalla.

Maddie se ruborizó, avergonzada, pero asintió. —No quería hacerlo. Pero… sentí que debía. Por si la cosa empeoraba.

Olivia mantuvo una expresión neutra, aunque se le aceleró el pulso. Pensó en sus hijos y en qué posición estarían ellos: si sería

más probable que estuvieran en el bando que acosa o en el que recibe el acoso. Era un pensamiento que no quería explorar todavía.

—Maddie —dijo suavemente—, ¿lo contó a alguien más? ¿A algún amigo? ¿A algún profesor? ¿A alguien del instituto?

Antes de que la chica pudiera responder, su madre levantó la barbilla.

—Nosotros lo sabíamos —dijo Laura—. Mark y yo. Al principio no nos lo contó, pero en cuanto lo hizo, no nos quedamos de brazos cruzados. Llevamos todo al instituto: las capturas de pantalla, los mensajes, los nombres de usuario. Hablamos con su tutor y con el responsable de Protección al Menor.

—¿Y qué se sacó en claro?

Laura frunció los labios y se encogió de hombros con teatralidad. —Sabe usted tanto como yo. Probablemente se quedó en la lista de tareas pendientes de alguien.

Olivia dejó el comentario en el aire. No era quién para criticar al centro, pero la insinuación pesaba en el ambiente.

Centró brevemente su atención en el padre de Maddie, que estaba sentado rígidamente en el otro extremo del sofá. No había hablado mucho. No había hecho muchas preguntas. No había reaccionado con fuerza más allá de alguna mueca ocasional. Y, sin embargo, lo observaba todo. Sus ojos seguían cada movimiento, cada cambio de tono y cada palabra que había pronunciado Olivia desde su llegada. Un observador silencioso, el tipo de hombre que mantiene la boca cerrada mientras lo asimila todo.

Por una fracción de segundo, Olivia se preguntó si sería el tipo de hombre capaz de tomarse la justicia por su mano tras los abusos sufridos por su hija. Encajaba con la descripción del asesino: altura, peso. Lo bastante fuerte como para arrastrar un cuerpo…

Se aclaró la garganta.

—Gracias, Maddie —dijo con dulzura—. Ha sido muy valiente por su parte. Solo un par de preguntas más, si le parece bien.

Maddie asintió, apretando los dedos alrededor de la manga de su jersey.

—¿Le dicen algo los nombres Stuart Pritchard o Alan Jeffries?

La chica frunció el ceño de inmediato. —No. ¿Deberían?

—No necesariamente —respondió Olivia, dirigiendo la mirada a los padres—. ¿Señor Trent? ¿Señora Trent? ¿Les suena alguno de esos nombres?

Laura negó con la cabeza sin vacilar.

Mark dudó.

Solo fue medio segundo —una pausa mínima, la más ligera vacilación—, pero Olivia lo notó.

—No —dijo él finalmente—. No, no he oído hablar de ellos en mi vida.

Su tono era firme. Controlado.

—Muy bien —dijo ella, cerrando su cuaderno—. Eso es todo lo que necesitaba por ahora. Les agradezco mucho su sinceridad, a *todos*.

CAPÍTULO
CINCUENTA Y UNO

Stephanie estaba totalmente absorta en los últimos informes del equipo, revisando sus actualizaciones, cuando oyó que llamaban a la puerta de su despacho. Terminó de leer la larga frase de Giles, que acusaba una alarmante falta de puntuación, antes de decir que pasaran.

Un momento después, Giles abrió la puerta con vacilación, asomando la cabeza por el umbral.

—¿Interrumpo algo, señora? —preguntó, reuniendo por fin la confianza necesaria para entrar.

—Solo he leído tu último informe —respondió ella—. ¿Dónde estudiaste, Giles?

—En Guildford County… ¿Por qué?

—¿Es que no te enseñaron a usar las comas allí?

Giles echó un vistazo a la pantalla antes de volver a mirarla. —Debí de perderme esa lección —dijo con ligereza, demostrando que sabía encajar la broma—. ¿Desde cuándo has empezado a ponernos nota en los informes?

—Desde que me he dado cuenta de que no tenemos el control de esta investigación. Y desde que me he fijado en lo lamentable

que es la gramática. Pero te lo perdonaré. Has estado distraído últimamente.

—¿Distraído? —Giles sonó casi ofendido, pero había un matiz de reconocimiento en su voz, como si entendiese exactamente a qué se refería Stephanie.

—Tu nueva amiga —dijo ella.

—¿Qué nueva amiga?

—Esa a la que atropellaste el otro día. Me ha llegado por ahí que no has dejado de hablar de aquel incidente… o debería decir, de *ella*.

Giles bajó la mirada hacia sus pies como un escolar; su seguridad habitual se había visto reducida a la de un quinceañero torpe.

—Se está pareciendo a la madre de Bailey Ward, señora.

—¿En qué sentido?

—En el de creerse todo lo que oye.

Stephanie sonrió con sarcasmo. —No exactamente. Ella cometió el gran error de creerse todo lo que *leía*, igual que media humanidad a estas alturas. Hay una pequeña diferencia.

—Sea como sea, no deberías fiarte siempre de Fiona. ¿Ha sido Fiona? ¿O ha sido Wellard? Apuesto a que ha sido Wellard, ¿verdad? Le encanta un buen cotilleo, sobre todo si es sobre mí—se acercó más a la mesa de Stephanie—. ¿Ha sido Wellard?

Stephanie levantó la mano en señal de rendición. —No puedo ni confirmar ni desmentir.

—Seguro que ha sido ella… —murmuró para sí mismo—. Ya hablaré con ella. A ver qué ha estado diciendo de mí.

Stephanie lo observó, divertida, mientras se iba calentando, y se recostó en su silla, apoyando la muñeca con el esguince en el reposabrazos. —Giles —dijo con tono seco—, antes de que lances una investigación interna a gran escala sobre quién ha estado

cotilleando sobre tu vida amorosa, ¿había algún motivo real por el que has entrado en mi despacho?

Giles se quedó petrificado y luego parpadeó, como si recordara que su cuerpo seguía unido a su aturullada cabeza.

—Cierto. Sí —se aclaró la garganta—. Esto… sé cómo va a sonar, pero ¿qué planes tienes para esta noche?

Stephanie se quedó mirándolo. —¿No deberías preguntarle eso a tu nueva novia?

Giles estalló. —No es mi… Eso no es… No es mi novia—sus orejas se pusieron rosadas—. Literalmente hemos hablado dos veces, señora. Dos veces.

—¿Y ya la quieres? —dijo Stephanie, asintiendo con suma gravedad—. Ah, el amor juvenil.

—Señora…

Ella levantó la palma de la mano a la defensiva. —Está bien, está bien. ¿De qué se trata en realidad?

Giles resopló y se metió las manos en el bolsillo. —He estado investigando aquel taller sobre redes sociales que mencionó el otro día Alice, la dueña de la cafetería.

—Recuérdamelo.

—Fue una de las víctimas de Alan Jeffries. Dijo que había asistido a un seminario sobre redes sociales para pequeñas empresas llamado Thrive Online, y que el tipo que lo dirigía, Shane Ricks, tenía una pequeña sección sobre cómo lidiar con el abuso y el acoso. He revisado desde entonces la lista de nombres de las víctimas locales de Stuart Pritchard, y parece que una de ellas también asistió a aquel seminario.

Stephanie se enderezó en el asiento. —Interesante.

—Y resulta que va a impartir otro seminario esta noche en el centro de Guildford. He pensado que… bueno, ¿quizá deberíamos ir

a echar un vistazo? Ver quién asiste. Qué tipo de gente atrae. Si alguien llama la atención.

Stephanie entrecerró los ojos, sopesándolo.

—Sería estrictamente por trabajo, eso sí —añadió Giles—. Antes de que a Wellard o a Fiona les dé por hacerse ideas.

Soltó un hondo suspiro, negando con la cabeza.

—¿Seguro que no has querido pedirle a tu novia que te acompañe en mi lugar?

Giles echó la cabeza hacia atrás con un gemido.

—¿O es que ella estaba ocupada esta noche y has recurrido a mí como último recurso?

—Señora, por favor —cerró los ojos—. ¿Te gustaría ir o no?

Stephanie se permitió una brevísima sonrisa.

—Sí, Giles —dijo, poniéndose en pie y cogiendo su abrigo—. Vamos a colarnos en un seminario sobre seguridad en las redes sociales. Si nuestras carreras aquí no funcionan, al menos tendremos una ventaja para saber cómo llevar un negocio.

—Podríamos montar nuestras propias sesiones de terapia —masculló Giles. Mientras le sujetaba la puerta para que pasara, añadió: —Y que conste que, si Hazel se entera de algo de esto, te echaré el muerto a ti.

—Me parece bien —dijo Stephanie—. Yo le echaré la culpa a Fiona.

CAPÍTULO
CINCUENTA Y DOS

—A modo de resumen, y soy consciente de que me he hecho de rogar, entender las redes sociales es mucho más sencillo de lo que podrían pensar —explicó Shane Ricks, de pie al frente de la pequeña sala de conferencias del Hotel Mandolay, ataviado con un impecable traje azul oscuro—. No necesitan ser el próximo Gary Vee o Logan Paul. No necesitan un grado en psicología humana ni nada parecido, aunque no viene mal. Todo es cuestión de constancia. De estar ahí, igual que hacen cada día en sus pequeñas y medianas empresas, publicando contenido interesante y revelador con regularidad. Claro, habrá algunos «unicornios» e historias de éxito que se harán virales, pero eso no es lo que buscamos. Buscamos un crecimiento constante, sostenido y óptimo, con ustedes y el resto de su equipo respaldándolo. O mejor dicho, al frente, dando la cara ante la cámara, promocionando su negocio y lidiando con los haters. Por último... —Pulsó un botón del mando que tenía en la mano y la pantalla cambió a la siguiente diapositiva de su presentación de PowerPoint. Apareció una sola palabra—. Todo gira en torno a esta palabra. —Pulsó el botón de nuevo y la palabra quedó subrayada—. Autenticidad. Autenticidad, autenticidad, autenticidad. Sus espectadores, sus seguidores y, lo más importante, los algoritmos,

sabrán cuándo están siendo auténticos y cuándo no. Se trata de crear conexiones profundas, ser auténticos y ser constantes en su esfuerzo. Una vez que tengan dominada esa trifecta... —Levantó tres dedos, señalando cada uno—. No habrá nada que detenga el éxito que su empresa puede alcanzar. Gracias de nuevo, de verdad agradezco que estén aquí, y si tienen alguna pregunta o desean unirse a mi grupo de apoyo masterclass, pueden hacerlo cogiendo uno de los folletos de la entrada o escaneando el código QR que hay aquí al salir.

Pulsó otro botón y apareció un código QR de gran tamaño en la pantalla del proyector. Junto a él había un retrato enorme de Shane, sonriendo a la cámara con un brillo en los ojos, acompañado de una cita de cinco estrellas y una palabrería de ventas garantizada para cerrar la operación. Aunque Stephanie se fijó en que el coste de unirse al grupo de masterclass de mentalidad colmena —unas míseras 279 libras al mes durante seis meses— estaba al final de la pantalla en un tamaño de letra más pequeño que el de una Biblia.

Siguió una larga ronda de aplausos antes de que el público, compuesto por unas cincuenta personas, se levantara de sus asientos y empezara a recoger sus pertenencias. Algunos se dirigieron directamente a la salida, mientras que otros se quedaron en grupos charlando, probablemente deshaciéndose en elogios sobre lo que habían oído y visto, mientras que otros avanzaban con torpeza hacia Shane, ansiosos por obtener más información sobre su grupo de masterclass, o quizá simplemente para dorarle más la píldora y decirle lo reveladora que había sido su charla.

—¿Qué te ha parecido? —preguntó Giles, inclinándose hacia Stephanie.

—Creo que si oigo a alguien mencionar la palabra «auténtico» una vez más, me pego un tiro —respondió ella, impasible.

—No olvides que tienes que ser constante.

—Ah, sí. La clave única del éxito, que consiste en tres cosas distintas. Esa es la llave para desbloquear el potencial de cualquier negocio.

—Por no mencionar la masterclass que te va a costar poco menos de dos mil pavos —se mofó Giles.

Stephanie exhaló profundamente y negó con la cabeza. —Supongo que tendrá que ganar dinero de alguna forma, aunque esté cobrando un auténtico dineral por ello.

—Ya —dijo Giles, cruzándose de brazos mientras observaba a un grupo de asistentes revolotear alrededor de Shane como palomas en torno a un trozo de rollo de salchicha que se ha caído al suelo—. Este hombre ha venido aquí a vender sentido común a precio de vacaciones por Europa.

—¿Sentido común? —se burló Stephanie—. Eres generoso. Básicamente le acaba de decir a una sala llena de adultos que publiquen más a menudo. Yo podría haber hecho eso por diez libras y una bolsa de patatas fritas.

Giles arqueó una ceja. —¿Diez libras y una bolsa de patatas? ¿Solo eso? Eres barata de mantener.

Stephanie giró la cabeza lentamente, lanzándole una mirada. —Cuidado —dijo—. No lo digas muy alto, no sea que te oiga Hazel.

Las orejas se le pusieron rosadas casi al instante. —No quería decir... No es... ¡Ya sabes a qué me refería!

Stephanie enarcó una ceja. —Recuerda con quién estás hablando, Giles.

—Sí. Yo... —Giles se pasó la mano por la cara, avergonzado—. No quería decir nada con eso. Lo siento.

Ambos volvieron a mirar hacia el frente de la sala, donde Shane agitaba ahora su folleto del código QR como Moisés separando las

aguas del Mar Rojo para una multitud de aspirantes a empresarios.

—Deberíamos interceptarlo antes de que a alguien se le caiga la baba en el suelo —sugirió Stephanie.

—Cierto —asintió Giles, enderezándose—. Modo profesional activado.

—Modo profesional auténtico —corrigió ella.

—Modo profesional auténtico y constante —añadió él con una sonrisa.

—Parece que ya estás listo para la masterclass.

Cogiendo sus abrigos, salieron de entre los asientos y se dirigieron hacia Shane, que acababa de terminar de hablar con alguien cuando se acercaron.

—Shane... —empezó Giles.

El hombre se giró hacia ellos con esa parsimonia ensayada que sugería que la había practicado frente al espejo. Su traje azul oscuro, combinado con un forro polar de media cremallera y un cabello castaño inmaculado gritaban a los cuatro vientos «chico de la City», «experto en tecnología»; el tipo de persona que publica mensajes inspiradores en LinkedIn para sus fans y se considera un microinfluencer.

—Hola —dijo, luciendo la misma dentadura que en la pantalla, que parecía recién traída de un viaje a Turquía—. Un placer conocerles. ¿Qué les ha parecido? ¿Útil?

—Eso está por ver —respondió Stephanie.

—Oh. ¿Están interesados en saber más sobre mi masterclass?

—No exactamente...

—¿En qué sector trabajan? ¿Cuál es su industria?

Stephanie metió la mano en el bolsillo del abrigo y sacó su placa. —Fuerzas del orden —dijo tajante—. Inspectora Stephanie Broadbent. Policía de Surrey. Este es el agente Giles Swinger.

La mano de Shane se quedó congelada en el aire como si alguien hubiera pulsado el botón de pausa. —Oh —dijo parpadeando—. Vaya. La policía. De acuerdo. No me esperaba esto.

—Me imagino que no —dijo Stephanie, guardando la placa—. No estamos aquí por su masterclass, aunque, si le soy sincera, cobrarle a la gente casi mil setecientas libras por el privilegio de oírle repetir la palabra «auténtico» podría ser un delito en sí mismo.

Giles tosió discretamente en su puño para ocultar una carcajada.

Shane soltó una risita nerviosa, ajustándose el puño de la americana. —¿Está segura? Siempre he pensado que la policía podría mejorar su perfil en redes sociales para llegar a más gente comprometida.

—Puede que no —respondió Giles, señalando a Stephanie con la cabeza—. Hay ciertas personas por ahí a las que no les gusta lo que hacemos, y me viene a la mente un tal señor Walsh.

Stephanie se erizó de frustración ante el comentario. No quería hablar de ello. No ahora, y menos en un lugar tan público. Decidió reconducir la conversación. —¿Qué le parece si usted se dedica a lo que se le da bien, Shane, y nosotros nos dedicamos a lo que se nos da bien? ¿Qué le parece?

—Me parece un plan. —Shane miró por encima del hombro de Stephanie como si buscara una vía de escape rápida, pero la sala empezaba a despejarse y solo quedaba un puñado de aficionados al networking cerca de la zona de bebidas, tomando café aguado e intercambiando perfiles de LinkedIn.

Giles dio un paso al frente, bajando la voz. —Parece que tiene bastantes seguidores. ¿Cuánto tiempo lleva haciendo esto?

La sonrisa de Shane regresó, aunque esta vez era un poco más cautelosa. —Unos dos años. Vi un hueco en el mercado y lo aproveché, ¿sabe?

—¿Y antes de eso?

—Trabajaba en finanzas. Principalmente en gestión de activos. Me iba bastante bien, pero estaba quemado. Muchas horas. La vida en Londres. Todo eso. Decidí que quería trabajar para mí mismo y ayudar a otras personas a hacer crecer sus propios negocios en lugar de hacer más ricos a clientes que ya lo eran. Así que ahora viajo por todo el país, hablando con la gente y celebrando sus pequeñas empresas y su espíritu emprendedor.

Stephanie ladeó un poco la cabeza. —¿Así que dirige este negocio en solitario?

—Sí. Yo solo. Tengo un asistente virtual, pero por lo demás me encargo de todo. El contenido, las ventas, los seminarios, los programas de coaching. Ahora a tiempo completo.

—¿Algún otro interés empresarial?

—No. Esto se paga lo bastante bien y me mantiene ocupado la mayor parte del tiempo. Puedo viajar, conocer a gente estupenda y ayudarles a desbloquear su potencial. Me encanta. —Se encogió de hombros con modestia, intentando parecer humilde, pero el Rolex de su muñeca echaba por tierra cualquier ápice de humildad.

Giles intercambió una mirada con Stephanie antes de continuar. —Estamos investigando algo que podría solaparse con su, em, base de clientes. Dos de los asistentes a sus seminarios previos —ambos bastante recientes— han aparecido relacionados con una investigación policial.

Shane frunció el ceño. —Eso suena alarmante. ¿Qué tipo de relación?

—Puede que lo haya visto en las noticias recientemente, o incluso en las redes sociales —explicó Giles—. Pero tres personas se han visto envueltas en incidentes en Haslemere y Frensham.

—Ah, sí. Creo que vi algo —dijo lentamente—. ¿Aquel tipo que entró tambaleándose en el hospital? Todo cortado... Fue tendencia durante un tiempo, ¿no? Aparecieron algunos TikToks en mi sección de «Para ti». Alguien dijo que había fantasmas por medio. O movidas paganas, un tipo con una máscara de ciervo. —Soltó una risa corta y despectiva—. No sabía que era real.

—Muy real —sentenció Stephanie con frialdad.

—Claro. Lo siento. No quería...

—¿Guarda una lista de sus asistentes? —intervino ella.

—Sí, sí. Por supuesto. Tengo una base de datos de todas las inscripciones. Casi todo el mundo se registra online a través de Eventbrite o de mi lista de correo, así que lo tengo todo en formato digital.

—Bien —dijo Giles—. Necesitaremos esa lista. Nombres, correos electrónicos, fechas de reserva. Todo lo que tenga de los últimos seis meses.

Shane apretó los labios ligeramente, como si estuviera calculando mentalmente cuánta gestión administrativa supondría aquello. —Claro. Quiero decir, sí, puedo hacérsela llegar.

—¿Puede enviárnosla esta misma noche? —preguntó Stephanie.

Shane vaciló. —¿Esta noche?

Stephanie le dedicó una sonrisa gélida. —Se lo agradeceríamos. Podría ayudar mucho a nuestra investigación.

Él suspiró. —No, no. La enviaré. Tendré que buscarla cuando vuelva. Pero no será hasta más tarde.

—Está bien —dijo Giles—. Si no hemos recibido nada para medianoche, nos pondremos en contacto con usted.

Shane asintió de nuevo, esta vez más despacio. —De acuerdo. Sí. Vale. No hay problema. A medianoche será.

—Se lo agradezco. —Stephanie sacó una tarjeta del bolsillo de su abrigo y se la entregó—. Gracias por su tiempo. Ahí tiene mi número si necesita llamar o enviar un mensaje en caso de que haya algún retraso en enviarnos la información.

Shane la cogió con cautela. —Por supuesto.

Stephanie volvió a guardarse la placa en el bolsillo y le ofreció a Shane una sonrisa leve, casi agradable. —Una última cosa —dijo—. Si pudiera enviar esa lista de asistentes de forma *constante* y *auténtica*... se lo agradeceríamos aún más.

Giles asintió solemnemente. —A ser posible antes de que se haga viral.

Shane parpadeó.

Se dieron la vuelta y se alejaron antes de que él pudiera discernir si estaban bromeando.

CAPÍTULO
CINCUENTA Y TRES

Stephanie estaba sentada en su coche al final de la calle principal, con el motor emitiendo un leve tictac. Miró el reloj del salpicadero: las 21:04.

Kimberley habría esperado que hubiera llegado a casa hacía una hora.

Seguiría despierta, o medio despierta, esperando, observando, disociada. Pero Stephanie no podía enfrentarse a eso esta noche. No después de todo: la colina, el seminario, la mitología, el peso del día oprimiéndola como una manta pesada.

Afuera, la calle North Street de Guildford resplandecía. Varias parejas se dirigían hacia locales de comida para llevar y restaurantes de ventanales cálidos y tintineo de cubiertos. Grupos de personas de unos cincuenta años reían mientras volvían a casa desde el G Live, donde acababa de actuar un humorista al que Stephanie reconoció vagamente de la tele, en un cartel. Los coches pasaban lentamente, con el vapor saliendo de los tubos de escape.

Mientras tanto, ella seguía allí sentada, con las manos en el volante, abstraída en sus pensamientos. De repente, las tripas le rugieron con fuerza, sacándola bruscamente de sus cavilaciones.

Ordenándole que comiera.

Vale.

Apagó el motor, abrió la puerta y se dirigió a Pepe's Pizza. Le apetecía algo diferente para variar. Cualquier cosa menos el local de kebabs. Había cruzado ese umbral demasiadas veces; si volvía a ir, probablemente la saludarían por su nombre y le ofrecerían participar en el negocio.

Una ráfaga de aire cálido con aroma a orégano la golpeó cuando alguien salió del local. La pizzería era luminosa. Demasiado luminosa. Unas luces fluorescentes blancas y estridentes que iluminaban cada migaja de cada mesa. Pero hacía calor, estaba vacía a excepción de un adolescente tras el mostrador que miraba su móvil, y olía a masa y a ajo. Un aroma de lo más acogedor.

—Buenas —dijo el adolescente, tecleando en la caja registradora sin levantar la vista—. ¿Qué te pongo?

—Una margarita de treinta centímetros para tomar aquí, por favor.

Un asentimiento, un toque en la caja y un gesto hacia una mesa junto a la ventana.

Algo sencillo de comer. Nada de florituras. No solo porque no le entusiasmara, sino porque el sabor de cualquier cosa picante se le quedaría en la boca, la garganta y la nariz durante horas.

Stephanie se sentó en una mesa pequeña junto a la ventana. Afuera, el mundo se sentía distante, como si estuviera observando la vida a través de un cristal grueso.

Unos minutos después llegó la pizza, humeante; el calor de la caja le calentaba las palmas de las manos. Abrió la tapa y arrancó una porción, quemándose las yemas de los dedos, pero no le importó. Comió rápido, mecánicamente, y los sabores apenas se notaban en su lengua quemada. Pero continuó a pesar de todo, cogiendo otra porción, y otra, y otra más. Hasta que, cinco minutos

después —bastante más de lo que tardaba en comerse un kebab—, terminó, y una sorda sensación de desesperación la invadió.

Stephanie entró en casa poco después de las diez, con el estómago pesado y la cabeza aún más. La pizza se sentía como un yunque en su interior. Tragó saliva con dificultad, reprimiendo las ganas de purgarse, y cerró la puerta con llave tras de sí.

—¿Kimberley? —llamó, quitándose los zapatos—. He llegado.

Silencio.

Stephanie avanzó por el pasillo, encendiendo las luces a su paso.

—¿Kim?

Nada.

El salón estaba vacío. Había una manta echada sobre el brazo del sofá. El mando a distancia estaba medio escondido bajo un cojín. Una taza sobre la mesa de centro estaba fría. Ni rastro de su hermana.

—¿Kimberley? —volvió a llamar, esta vez con voz más aguda.

Un escalofrío la recorrió. Intentó razonar consigo misma, convenciéndose de que Kimberley probablemente estaría en la cama. Que estaba exagerando. Pero había algo en el silencio, algo en el aire de la casa que no encajaba, algo más denso, más pesado.

Stephanie se dirigió a las escaleras lentamente, con pasos suaves y vacilantes. A mitad de camino, lo vio.

Un fino haz de luz que se filtraba por debajo de la puerta del baño.

—¿Kim?

Seguía sin haber respuesta.

Stephanie subió los peldaños restantes a toda prisa; el corazón le latía con fuerza y el pavor se le instalaba en el pecho. Llegó a la

puerta e intentó girar el pomo. Estaba echada la llave.

Una punzada de miedo la atravesó al temer lo peor.

—¡Kimberley! —golpeó con fuerza—. ¡Kim, respóndeme!

Nada.

—¡Kim, abre la puerta! ¡Por favor!

Seguía sin haber respuesta.

Retrocedió un paso, se preparó y cargó el hombro contra la puerta. Un fogonazo de dolor estalló en el lado izquierdo de su cuerpo, pero no le hizo caso. Siguió embistiendo la puerta; esta se astilló al segundo golpe y cedió hacia dentro al tercero.

Entró tropezando en la habitación y se quedó paralizada.

Kimberley estaba en la bañera. Desnuda. El agua llegaba casi hasta el borde; tenía el rostro medio sumergido, los ojos cerrados y el cabello extendido a su alrededor como algas oscuras.

Por un instante, el mundo desapareció bajo los pies de Stephanie.

—Kim…

Se lanzó hacia delante, hundiendo las manos en el agua, agarrando a su hermana por debajo de las axilas para incorporarla; el corazón le latía con tal violencia que se sintió mareada.

—¡Kim! ¡Kimberley!

Kimberley soltó una bocanada de aire en cuanto el aire le dio en la cara. Abrió los ojos de golpe, desorientada y sobresaltada.

—¿Steph? —Su voz sonaba pastosa y somnolienta—. ¿Qué...? ¿Qué estás haciendo?

Stephanie la miró fijamente, con el pecho agitado y las manos temblorosas.

—¿Qué estoy...? Pensé que... —No pudo terminar la frase—. ¿Por qué no respondías? ¿Por qué estaba la puerta cerrada? ¿Qué...?

Kim parpadeó lentamente, quitándose el agua de la cara. —Yo... solo estaba... —se dejó caer contra el borde de la bañera—. Solo quería aislarme del mundo un rato. No estaba... Steph, no estaba *haciendo nada*. Solo... cerré los ojos.

El alivio fue tan intenso que le flaquearon las piernas. Se desplomó contra la bañera mientras Kimberley la miraba, confundida y exhausta. Stephanie le devolvió la mirada, con los antebrazos empapados goteando sobre las baldosas y el pulso negándose a bajar de ritmo.

Ninguna de las dos habló, pero Stephanie supo una cosa con certeza. No había estado evitando volver a casa por culpa de Kimberley. Había estado evitando entrar exactamente en esa pesadilla.

CAPÍTULO
CINCUENTA Y CUATRO

Stephanie no había dormido. No de verdad. Se había metido en la cama junto a Kimberley poco después de medianoche, todavía húmeda del suelo del baño, demasiado agotada para secarse y demasiado asustada para dejar a su hermana fuera de su alcance. Kimberley no protestó; simplemente se hizo a un lado mientras Stephanie se abrazaba a ella por la espalda, como solía hacer cuando eran niñas.

Se habían quedado así durante horas, Kimberley acurrucada delante y Stephanie detrás, hasta que la luz al otro lado de las cortinas empezó a cambiar. Durante toda la noche, Stephanie había estado pensando en su hermana, en su comportamiento. En cómo estaba al borde de cometer una imprudencia, todavía sufriendo, todavía hundiéndose, y en cómo Stephanie la había desatendido.

Ahora, sentada en su despacho, Stephanie miraba fijamente el móvil, centrada en el nombre de Jordan. Él podría ayudarla. Podría ayudarla a reconstruir los muros de su identidad, su autoestima y su amor propio. Pero antes de que pudiera llamar a su hermanastro, llamaron suavemente a la puerta.

Stephanie se enderezó un poco. —Adelante.

La puerta chirrió al abrirse y Fiona entró con una carpeta en la mano. —¿Estás bien, jefa? Es que... te estamos esperando —consultó su reloj—. Pasan de las nueve. La reunión informativa de la mañana...

Mierda. Había perdido por completo la noción del tiempo. —Sí, voy ahora mismo —dijo sin mucha convicción mientras se levantaba precipitadamente de su asiento.

Fiona se encogió ligeramente de hombros mientras sujetaba la puerta. —No pasa nada. Nos has dado un par de minutos extra para venir preparados. No como la última vez...

Stephanie cogió la taza tibia de su escritorio al salir, haciendo una mueca al dar un sorbo. —Bien. Vamos a ello. Tengo una reunión con el jefe de policía a las once y preferiría no entrar allí pareciendo que no sé dónde tengo la mano derecha.

Salieron de su despacho y se dirigieron a la sala de operaciones. El habitual bullicio de actividad disminuyó ligeramente cuando ella llegó. Todos estaban presentes: Giles, Noah, Devon y Olivia. Pleno total.

—Siento llegar tarde —dijo Stephanie, irguiendo los hombros mientras se situaba en el centro del espacio—. Pongámonos en marcha. ¿Quién quiere empezar?

Giles se ofreció voluntario.

—He revisado la lista de asistentes que nos envió Shane Ricks; consiguió hacérnosla llegar a las once y cincuenta y ocho, así que con un par de minutos de margen. En fin, esta mañana he comprobado toda la base de datos de inscritos y he cotejado la lista con los nombres de las cuentas de redes sociales relacionadas con nuestras víctimas, y un nombre ha saltado a la vista: Andrew Munday. Según la lista, asistió a un seminario en Tunbridge Wells y,

aquí viene lo bueno, *también* está conectado con Mark Trent a través de LinkedIn. Son amigos.

Stephanie se acercó a la mesa y dejó el café, con su cerebro cansado intentando ya encajar el nombre. —¿Recuérdame quién es ese?

—Mark Trent —dijo Giles, tocando su tableta—. El padre de Maddie Trent.

Stephanie entornó los ojos. —¿La chica a la que acosaba Bailey?

Giles asintió. —Exacto. Munday está vinculado a él profesionalmente. No sé cómo, porque LinkedIn no lo dice, pero es suficiente para preguntarse si sus caminos se habrán cruzado alguna vez.

Stephanie se quedó mirando al suelo, con los dedos rodeando la taza de café sin apretar. Su mente repasaba las implicaciones como una máquina de descifrar códigos. —Así que acosan a la hija de Mark Trent —dijo despacio—. Bailey le envía mensajes vejatorios. La cosa escala. Mark se entera, lo lleva al colegio. Al no estar satisfecho con la respuesta, quizá se desahoga con un colega o contacto profesional, Andrew Munday. Y entonces Munday decide llevar a Bailey a la cima de una colina para darle una lección al acosador de la hija de su amigo...

—No es algo descabellado —añadió Giles—. Especialmente si Trent y Munday son más cercanos de lo que parece en internet. Podría no ser solo una conexión pasajera. Podrían ser colegas, amigos de la familia o socios comerciales en algo que mantienen fuera de la red.

—O —dijo Olivia con cautela—, están compinchados.

La sala se quedó en silencio.

Stephanie levantó la vista. —¿Crees que Mark está implicado directamente?

—No lo sé —admitió Olivia—. Pero hubo algo en él que me dio mala espina.

—¿Y qué dijo Maddie? —preguntó Stephanie—. ¿Algo que sugiera que su padre podría haber hablado con alguien?

—Nada que yo detectara —dijo Olivia.

Stephanie asintió, volviéndose hacia Giles. —¿Quién asistió al mismo seminario que Munday? ¿Cuál de las víctimas de nuestras víctimas anteriores?

Giles consultó sus notas rápidamente. —Una mujer llamada Ulrika Hennessy. Fue al mismo seminario en Tunbridge Wells y parece que fue la destinataria de un discurso contra los barcos de Stuart Pritchard en sus mensajes privados.

Stephanie sopesó el dato. —Así que es posible que los dos hablaran sobre Stuart Pritchard, y que eso fuera lo que desencadenó todo esto. ¿Hay algo que conecte a Munday con Alan Jeffries en lo más mínimo?

El agente negó con la cabeza.

—Muy bien —continuó Stephanie, dirigiéndose directamente a Giles—. Eso no lo aclara del todo, pero ahora mismo es la pista más sólida que tenemos. Quiero que investigues a fondo a Munday: redes sociales, correos electrónicos, conexiones, todo. Mira si hay algo que lo sitúe cerca de cualquiera de las escenas del crimen antes de que vayamos a hablar con él. Olivia, quiero que vuelvas a revisar la declaración de Mark Trent y que hables con el colegio para averiguar con quién hablaron sobre el acoso a Maddie.

—A ello voy —dijo Olivia.

—Si están trabajando juntos, necesitamos saberlo ya. Antes de que alguien más acabe en el bosque. Siguiente —dijo Stephanie, mirando a Noah—. ¿Qué hay de la escena del crimen de Bailey? ¿Hemos averiguado algo? ¿Otra huella de calzado? ¿ADN?

Noah se enderezó. —Encontramos algunas huellas; coincidían con un par de Nike Air Max 97, talla cuarenta y tres, pero uno de los chicos las llevaba puestas, así que hemos tenido que descartarlas.

—¿Dónde encontrasteis las huellas?

—Más abajo en la colina, en la dirección en la que Alfie persiguió al atacante.

—¿Se aventuró alguno de los otros chicos por ese camino?

Noah negó con la cabeza.

—Entonces las huellas pertenecen a Alfie o al atacante. ¿Llevaba Alfie un par de Air Max?

Otra negativa con la cabeza.

—Entonces lo más probable es que pertenezcan a nuestro asesino, ¿no? —preguntó, pero era una pregunta retórica—. Hay una ligera diferencia entre un par de zapatillas deportivas y el par de botas de montaña que llevaba el otro día, lo que me hace pensar que tenemos a dos personas trabajando juntas. ¿Se ha encontrado algún tipo de prueba de ADN?

Noah volvió a negar con la cabeza. —La policía científica ha hecho un barrido completo, pero aún no ha salido nada. Está en espera.

Stephanie exhaló despacio, le dio las gracias y se volvió hacia Olivia. —¿Qué hay de las cámaras? ¿Cómo entró y salió del parque?

Olivia se removió en su asiento, preparándose. —Hemos mirado los posibles puntos de entrada y salida, y hay un aparcamiento en el lado norte del parque. A esa hora de la noche, estaba completamente vacío, como era de esperar. He intentado conseguir grabaciones de cámaras de seguridad de cualquier lugar cercano, pero todo son caminos rurales y mansiones enormes, y nada está ni remotamente cerca del aparcamiento, así que no tengo ni idea de por dónde se ha ido ni de qué coche estoy buscando. Dicho esto,

puede que tenga un *posible* acierto. *Por fin.* Una furgoneta. Posiblemente plateada o gris. Aunque es difícil distinguir el modelo y las matrículas son imposibles de leer. Estamos mejorando la imagen, pero no tengo muchas esperanzas.

Stephanie soltó un bufido. —O sea, algo pero nada. De acuerdo. Sigue intentándolo. Saca todo lo que puedas de las tiendas cercanas o de las cámaras de tráfico. Quiero esa furgoneta identificada.

—Ya está en marcha —confirmó Olivia.

Stephanie dio otro sorbo a su café frío y deseó habérselo terminado antes. —Bien. ¿Qué pasa con la conexión con el LSD? ¿Alguien ha hablado con la brigada de estupefacientes o con alguno de los camellos?

Hubo una pausa.

Noah miró a sus colegas antes de hablar. —Todavía no hemos tenido tiempo de seguir esa pista adecuadamente. Hay acumulación de trabajo y hemos estado priorizando los informes de la escena.

—Entendido. Pero no lo olvidemos. El ángulo alucinógeno aún podría ser clave.

El equipo asintió.

—¿Y las librerías? ¿Las bibliotecas locales? ¿Alguien que haya estado investigando el folclore de Surrey, especialmente cosas sobre Mother Ludlam?

Devon levantó una mano dubitativa. —Nada. He hablado con todas las bibliotecas de la zona y nadie ha sacado libros sobre Surrey o mitología y folclore locales en años. El último préstamo fue de un hombre que ya ha fallecido.

Otro callejón sin salida. Stephanie suspiró, dejando patente su frustración. Dio un paso atrás, recorriendo con la mirada el muro de fotos, impresiones, mapas y teorías. La historia estaba ahí, hilvanada entre los rostros y los hechos, esperando a que encontraran el hilo

que desentrañara el resto. —Esto se está poniendo difícil. Tenemos múltiples pistas, una posible conexión entre dos personas de interés y un asesino que o bien está yendo a más o está cometiendo errores. Según mis cálculos, él —o ellos— debería haber mantenido el mismo calendario y haber secuestrado a alguien más anoche. Pero no lo hizo. Lo que significa que o bien se han escondido, o están preparando otro ataque para esta noche.

Las palabras quedaron suspendidas en el aire como un humo espeso y sofocante.

Stephanie se enderezó, con un matiz de acero filtrándose ahora en su voz. —Si traemos a Munday y a Trent, si los mantenemos aquí, interrogándolos, presionándolos durante la noche y hasta la madrugada, hay una posibilidad de que evitemos que ocurra algo. Si alguno de ellos es el asesino, o está ayudándole, lo sacamos de juego. Bloqueamos el siguiente movimiento.

Giles ya estaba asintiendo. —Podemos preparar las salas de interrogatorio. Llamémoslo una entrevista voluntaria, por ahora. Digamos que tenemos algunos huecos que necesitamos que nos ayuden a rellenar.

—Bien. No enseñemos nuestras cartas a menos que sea necesario. Pero no dejéis que se marchen.

Olivia se movió. —¿Y si el asesino no es ninguno de ellos?

Stephanie se volvió hacia ella. —Entonces haremos todo lo posible por evitar que ocurra de todos modos. Sabemos que los abandonos de cadáveres se producen por la noche, en zonas remotas, bosques o sitios antiguos con algún tipo de referencia a Mother Ludlam: la abadía de Waverley, el Devil's Punch Bowl, los Jumps. Eso es un patrón —tomó aire y recorrió la sala con la mirada —. Así que quiero que todos los parques, campos y bosques con vínculos con el folclore estén vigilados, especialmente después del

anochecer. Poned agentes de uniforme sobre el terreno, dadles equipo térmico, linternas que brillen tanto como el sol... cualquier cosa que puedan usar para pillar a esta persona. Quiero coches camuflados en todas las entradas principales. Quiero una lista de los puntos de acceso y quiero ojos puestos en ellos, desde el anochecer hasta el amanecer.

Noah garabateó algo en su bloc de notas. —Necesitaremos más personal para eso.

—Pide refuerzos a los equipos vecinos si hace falta —respondió ella—. Recurre a los agentes voluntarios. Qué demonios, llamaré a los malditos jefes de los Scouts si creo que van a ayudar a vigilar.

Eso provocó una pequeña oleada de risas —una bienvenida grieta en la tensión—, pero no duró mucho.

—Esta es nuestra oportunidad —dijo Stephanie, más suave ahora pero no menos firme—. Si lo hacemos bien, evitaremos que alguien más muera esta noche. Si lo hacemos mal...

No terminó la frase.

No hacía falta.

—Id —dijo, dando una palmada—. Vamos, vamos, vamos.

El equipo se movió y, de repente, la sala de operaciones volvió a estar en marcha. Stephanie se quedó allí un momento más con la mirada atraída de nuevo hacia la pizarra blanca. Luego cogió sus notas, miró su reloj y se dirigió a su despacho. Tenía más de una hora antes de tener que enfrentarse al jefe de policía y, por primera vez en días, sentía que tenía algo que decir.

CAPÍTULO
CINCUENTA Y CINCO

Stephanie salió del despacho del comisario principal con la sensación de haber aguantado doce asaltos sin haber logrado asestar ni un solo golpe. El pulso le retumbaba en los oídos, tenía la mandíbula tensa y los hombros tan cargados que parecían que intentaban esconderse tras sus orejas.

La reunión había sido brutal.

Él la había acribillado a preguntas sobre cada aspecto de la investigación: desde los retrasos en los análisis forenses hasta la falta de sospechosos bajo custodia, pasando por las consultas de la prensa que se acumulaban sin ninguna declaración oficial. Ella se había defendido presentándole hechos, actualizaciones y cronogramas, poniéndolo al día con las pistas de Munday y Trent. Pero nada de eso había importado. Según él, no se estaba haciendo lo suficiente y ella estaba dejando en evidencia a la institución. Y se estaba poniendo en evidencia a sí misma.

Caminó a ciegas por el pasillo, casi sin registrar las figuras que pasaban a su lado ni las conversaciones que bullían a su alrededor. Lo peor no eran las acusaciones; era cómo algunas de ellas le habían calado. Porque, en el fondo, Stephanie se preguntaba si era capaz de liderar el equipo sin la supervisión de Clive. Se sentía

fracturada, desequilibrada, preocupada por su hermana, de luto y atormentada. Últimamente, ese tormento había empezado a filtrarse en su trabajo.

Se le revolvió el estómago de hambre. Había una máquina expendedora en el piso de abajo. Sabía perfectamente lo que vendía, pues lo había imaginado tras quedarse frente a ella infinidad de veces para acabar marchándose con las manos vacías: Snickers, Twirls, bolsas de patatas fritas, una selección de refrescos en la fila inferior. Todo cosas que podría devorar en segundos y de las que se arrepentiría con la misma rapidez. Sacó el móvil y lo desbloqueó; le picaba el pulgar por abrir una aplicación de comida a domicilio. Pedir algo. Lo que fuera. Perder el control para luego recuperarlo de la única forma que conocía.

Pero entonces el teléfono empezó a sonar.

Parpadeó y bajó la vista hacia la pantalla.

Milton.

Vaciló un momento, quizá dos, y luego deslizó el dedo para responder.

—Inspectora Broadbent.

—Hola, soy Milton. Siento pillarte de improviso —sé que probablemente tengas mil fuegos que apagar—, pero estoy por la ciudad, cerca de Tunsgate, y he pensado en ver si tenías diez minutos para tomar ese café que mencioné. Sin compromiso, solo se me ocurrió preguntar.

Stephanie se quedó petrificada al final del pasillo, bajo un fluorescente que proyectaba sombras bajo sus ojos. Diez minutos. Eso era todo. Solo diez minutos y un café.

Una distracción…

Algo que, sin duda, le vendría muy bien en ese momento.

—Claro —dijo ella—. De hecho, ahora es el momento perfecto.

—¿Ah, sí? —Milton sonaba sorprendido y complacido—. Estupendo. Hay un sitio cerca de Castle Arch donde hacen unos flat whites de leche de avena bastante decentes. Te envío el nombre por mensaje.

—Nos vemos allí —respondió ella y colgó.

CAPÍTULO
CINCUENTA Y SEIS

La cafetería que Milton ha elegido está situada en la parte alta de Tunsgate Quarter, frente a los jardines del castillo de Guildford, en pleno centro de la ciudad. Tras el mostrador, un camarero con un aro en la nariz y un bigote perfectamente arreglado dibuja un cisne en la superficie espumosa de un café con leche.

Milton ya está allí, de pie junto a la pared, cerca del estante de cafés para llevar, con las manos en los bolsillos de su abrigo. Al verla, se yergue y sonríe.

—Has llegado.

—Por los pelos —responde Stephanie con torpeza—. Se tira de la manga del abrigo, reparando de repente en la mancha en la pernera, el aspecto graso de su flequillo y que se le ha torcido la bufanda. —Casi he tenido que pelearme con alguien por una plaza de aparcamiento.

—Me lo imagino. Siempre que hayas pagado por ella.

Ella le lanza una sonrisa de complicidad. —Por desgracia, los agentes de policía somos como vosotros, simples mortales, cuando se trata de aparcar. No podemos evitarlo, por mucho que nos encantaría.

Se acercan juntos al mostrador.

—Invito yo —dice Milton rápidamente, sacando la cartera—. ¿Qué quieres?

Stephanie echa un vistazo al menú, sin verlo realmente. —Un flat white de avena.

—Un flat white de avena y un café con leche, por favor —le dice Milton al camarero.

Se apartan a un lado y esperan, de pie en un silencio incómodo junto a la vitrina de pasteles veganos y barritas de avena carísimas. Stephanie cambia el peso del cuerpo de un pie a otro, se cruza de brazos y vuelve a descruzarlos. Siente que las miradas de todos los presentes recorren su cuerpo, juzgándola y reconociéndola, cuestionando por qué no está trabajando, por qué está perdiendo el tiempo en una cafetería. Y también siente la mirada de él. La de Milton. Sutil, de reojo, evaluando sus ojos hinchados, su pelo sin lavar recogido en un moño bajo y las ojeras que tiene bajo los ojos.

Aunque todo está en su cabeza.

—Y bien —empieza Milton, rascándose la nuca—, ¿cómo va el trabajo?

Ella se gira para mirarlo con una ceja arqueada. —Eso es lo último de lo que quiero hablar.

Milton levanta ambas manos. —Es verdad. Por supuesto. Lo siento. La fuerza de la costumbre.

El camarero anuncia sus bebidas. Las recogen y, entonces, Milton señala una mesa pequeña cerca de la ventana.

—¿Vamos?

Ella duda un segundo más de lo que pretendía. Luego lo sigue. Se sientan uno frente al otro en la mesa de la ventana, que ofrece una vista de postal del castillo de Guildford, escarchado por la luz invernal. La mesa es tan pequeña que sus rodillas casi se tocan por debajo. Stephanie rodea su bebida con ambas manos, mirando

fijamente el remolino oscuro de su interior. Milton remueve la suya con un palito de madera y luego lo deja a un lado.

—Dime —dice él después de un momento—, ¿cómo tienes la mano?

Stephanie la mira de reojo. —Me he quitado el cabestrillo y la férula porque me estaban sacando de quicio, así que ahora la llevo suelta.

—¿Te duele?

Ella asiente. —La hinchazón y los hematomas han bajado, pero sigue doliendo a rabiar, sí. Y conducir es difícil, pero me las he apañado.

Él da un pequeño sorbo a su bebida. —¿Cómo estás por lo demás? ¿Qué has estado haciendo?

—Trabajo, trabajo y más trabajo —responde ella, echándose hacia atrás en la silla—. Ese es el resumen. Siento que no sea muy emocionante.

—Habías dicho que no podíamos hablar de trabajo, ¿te acuerdas?

—Es verdad. Culpa mía. ¿De qué habla la gente normal en las cafeterías, entonces? ¿Del tiempo? ¿De a quién expulsarán de *Strictly* esta semana?

Milton ladea la cabeza. —En eso vas con unas cuantas semanas de retraso. Aunque yo soy más de *Bake Off*, la verdad.

Stephanie sonríe sobre su taza de café. —Déjame adivinar. Lo ves por los «fondos blandos».

Milton levanta una ceja fingiéndose ofendido. —Perdona que te diga. Lo veo por la carga emocional y por el impecable trabajo de manga pastelera. Que sepas que lloré cuando mandaron a Miriam a casa en la semana del pan.

Ella se ríe. Le resulta extraño. Poco familiar.

—Y —dice él, haciendo avanzar la conversación—, ¿qué ves cuando no estás trabajando?

—Eh… —duda ella, teniendo que pensarlo de verdad—. No gran cosa. Documentales de naturaleza, programas de telerrealidad.

—¿Cualquier cosa que no te obligue a pensar?

—Básicamente.

Milton la estudia un momento mientras sigue bebiendo. —Háblame de ti —dice, dejando su taza.

Los dedos de Stephanie se aprietan alrededor de su taza. Siente el familiar tic de la actitud defensiva surgir en su pecho. Esto es una cita. Ella lo sabe. Él no ha intentado ocultarlo. Pero aun así no esperaba hablar de sí misma tan pronto. Ya no está segura de cómo es una cita. No recuerda la última vez que hizo algo así. De hecho, no recuerda haber hecho nunca algo así. No a plena luz del día. No sobria. No sin una intención oculta: información, influencia, control. En eso se ha convertido su vida: en una serie de interrogatorios disfrazados de conversaciones. Pero esto no es más que un café con un hombre que la mira como si fuera alguien a quien merece la pena escuchar.

Y eso la aterra.

Se encoge ligeramente de hombros, intentando suavizar el gesto con una sonrisa. —No hay mucho que contar.

—No me lo creo —dice él—. Pero lo entiendo.

Stephanie vuelve a mirar por la ventana, fingiendo interés en un grupo de adolescentes con mochilas que se dirigen a la tienda de Games Workshop a la vuelta de la esquina. La verdad es que no sabe qué decir. No sin entregarle todo el desastre que es su vida. El trauma, la terapia, su familia rota, los casos que la persiguen más de lo debido.

Se aclara la garganta. —¿Y tú qué? Ya que no hablamos de trabajo. ¿Qué haces cuando no andas detrás de historias por todo Surrey?

Él sonríe, como si agradeciera el desvío. —No es tan emocionante, me temo. Salir a correr, cocinar un poco y perder de vez en cuando en los concursos de los pubs.

—¿Corres?

—Lo intento. Sobre todo para justificar la cantidad de queso que como.

Eso le arranca otra risotada, de esas que alivian la tensión en los hombros. —¿Y qué hay de los concursos de los pubs? —pregunta ella—. ¿Cuál es tu tema favorito?

—Música pop de principios de los dos mil.

—¿En serio?

—No te burles. Soy imbatible cuando se trata de cualquier cosa entre Busted y Beyoncé.

Stephanie sonríe, sintiendo que la tensión se disipa un poco más. —Si alguna vez vamos a uno, me aseguraré de estar en tu equipo.

Milton se inclina ligeramente hacia delante. —Eso suena peligrosamente a invitación.

—A lo mejor lo es —dice ella en voz baja.

Él sostiene su mirada y, por un segundo, ninguno de los dos dice nada. Ella aparta la vista primero, vuelve a su café, a sus manos, a su reflejo en el brillo de la mesa.

Esto es nuevo. Incómodo. Y aterrador.

Pero quizá, solo quizá, no tiene por qué ser así. Quizá *ella* no tiene por qué ser así.

—Gracias —dice suavemente.

Milton ladea la cabeza. —¿Por qué?

—Por esto. Por la distracción. La necesitaba más de lo que pensaba.

Él asiente y las esquinas de su boca se curvan hacia arriba. —Cuando quieras.

CAPÍTULO
CINCUENTA Y SIETE

Giles estaba sentado con las manos entrelazadas con holgura frente a él y los codos apoyados en la mesa de la sala de interrogatorios; mantenía la mirada fija en el hombre que tenía enfrente, quien parecía dispuesto a matar. Andrew Munday estaba trabajando en casa cuando un equipo de agentes uniformados se presentó en su vivienda de Tunbridge para llevárselo a interrogar. Había accedido de forma voluntaria y amable, aunque no es que tuviera mucha elección. Si bien se le explicó que, de momento, se trataba de una entrevista voluntaria, los agentes le habían dejado claro que la situación podría cambiar rápidamente si lo consideraban necesario.

Ahora, bajo las crudas y brillantes luces LED de la sala, Munday se mostraba perfectamente sereno, con las manos cruzadas en el regazo. Vestía un jersey azul marino y vaqueros, con un reloj caro asomando por el puño y el pelo pulcramente peinado hacia atrás. Ni una gota de sudor ni el más leve atisbo de preocupación empañaban su rostro. O poseía una cara de póquer impecable o realmente no tenía nada que ocultar.

La sala estaba en silencio, a excepción del leve zumbido del sistema de ventilación y el golpeteo rítmico y bajo del radiador al

calentarse. Giles pulsó el dispositivo de grabación sobre la mesa y se aclaró la garganta. Tras cumplir las formalidades, comenzó el interrogatorio.

—¿Qué relación tiene con Mark Trent?

Munday ladeó ligeramente la cabeza, como si Giles le hubiera preguntado por el perro de un vecino. —¿Con Mark? Sí, hemos trabajado juntos un par de veces —explicó—. Él está en el consejo de administración de una empresa de ropa y contactó con mi compañía para que nos encargáramos de su publicidad inicial, antes de que formaran su propio equipo interno.

—¿Hace cuánto de eso?

—De hecho, hablamos por teléfono hace un par de días. Solo para ponernos al día. Mencionó que podría tener algo nuevo entre manos para la primavera —se encogió de hombros con naturalidad —. Mantenemos un contacto bastante regular.

Giles garabateó una nota sin apartar los ojos del rostro de Munday. —¿Y su hija? ¿Maddie?

Munday frunció el ceño y se echó un poco hacia atrás. —Sé *de* ella.

—¿Qué puede decirme sobre ella?

Se produjo una pausa.

Munday parpadeó, arrugando el entrecejo. —Nada. ¿Por qué iba a saber nada? Es la hija de Mark, no la mía. La ha mencionado algunas veces: el instituto, los exámenes de secundaria, lo típico. Pero no sé nada de ella a nivel personal.

—¿La ha conocido alguna vez en persona?

—Que yo recuerde, no.

—¿O sea que no sabría quiénes eran sus amigos?

—No.

—¿Ni quién la estaba acosando?

La mirada de Munday se agudizó una fracción. —Perdone, ¿qué? ¿Acoso?

—Bailey Ward —dijo Giles tajante—. ¿Le dice algo ese nombre?

Munday negó con la cabeza de inmediato. —No puedo decir que me suene de nada.

Giles deslizó por la mesa una foto de Bailey Ward, una instantánea en la que aparecía con el uniforme escolar. Munday la cogió y la examinó, pero su expresión apenas cambió. Arqueó las cejas. —Ni idea de quién es. ¿Debería saberlo?

—Está en el hospital con heridas que ponen en peligro su vida.

Munday exhaló suavemente. —Siento oír eso, pero sinceramente no sé quién es.

—¿Y qué hay de Stuart Pritchard? ¿O de Alan Jeffries?

Esta vez, Munday vaciló. Fue solo un instante, una pausa mínima que sugería que tenía que pensar en esos nombres. Una pausa que Giles detectó. Finalmente, Munday respondió: —No. No me suenan de nada.

Giles metió la mano en la carpeta y dejó otras dos fotos sobre la mesa. Ambas víctimas.

—Están muertos.

La boca de Munday sufrió un espasmo y sus ojos se agrandaron mientras miraba las imágenes y luego a Giles. —Muy bien. ¿De qué va esto? ¿Por qué estoy aquí?

—Solo intentamos establecer conexiones entre estos individuos —dijo Giles con frialdad—. Ver dónde pueden haberse cruzado sus caminos. Hablemos de su presencia en internet. ¿Es usted activo en las redes sociales?

—Claro. Twitter, Facebook, LinkedIn. Las uso sobre todo para negocios.

—¿Instagram?

Munday frunció el ceño. —No mucho. He echado un vistazo alguna vez, pero no tengo cuenta. ¿Por qué?

Giles ignoró la pregunta. —Asistió a un seminario sobre redes sociales hace un par de semanas en Tunbridge Wells, ¿es correcto?

—Sí. Lo de Shane Ricks.

—¿Por qué?

—¿Por qué va cualquiera a esas cosas? —dijo Munday, levantando una mano con confusión, como si fuera la pregunta más ridícula que hubiera oído jamás—. Por los contactos. Por la información. Tiene ideas interesantes. No todas son útiles, pero estoy montando un pequeño proyecto paralelo por mi cuenta y quería obtener algunos consejos. Tengo previsto abrir mi propia agencia de publicidad, independizarme y hacer mis propias cosas. Anuncios en redes sociales, Google Ads, Amazon Ads. Ese tipo de cosas. Y pensé que podría ayudarme con el enfoque de la marca.

—Entiendo —dijo Giles—. ¿Y le dice algo el nombre de Ulrika Hennessy?

Otra vacilación. Otra pausa breve y reveladora, mientras repasaba el nombre en su mente.

—Hennessy… Ulrika Hennessy. Eso me resulta familiar. Creo que estuvo en el seminario. Una de las que llegó primero, me parece. No hablamos ni nada.

—¿Está seguro?

—Bastante seguro. Solo recuerdo el nombre. Es poco común.

Giles anotó algo brevemente. —¿No hablaron de negocios? ¿No intercambiaron datos de contacto?

—No.

Giles se recostó un poco, ladeando la cabeza. —Curioso.

Munday levantó la vista. —¿Por qué?

Pero Giles ignoró la pregunta.

Pasó a otra página de su expediente y su tono se volvió más incisivo. —¿Dónde estaba la noche del día dos de este mes?

Munday parpadeó. —¿Por qué?

—Limítese a responder a la pregunta.

Vaciló, lamiéndose los labios. —Estaba en casa.

—¿Solo?

—Sí.

—¿Alguien que pueda confirmarlo?

—No. Mi mujer ha estado fuera por trabajo esta semana.

Giles asintió lentamente, golpeando la carpeta con el bolígrafo. Luego preguntó: —¿Y el cuatro? ¿Y el seis?

Más silencio.

—En casa —dijo Munday finalmente—. Solo.

—Se está formando un patrón, ¿no cree?

—No sé qué está insinuando.

—No estoy insinuando nada. Solo hago preguntas.

Giles volvió a inclinarse hacia delante, entrelazando las manos. —Por último —dijo—, ¿le dice algo el nombre de Mother Ludlam?

Munday abrió ligeramente la boca antes de parecer contenerse. —¿Mother quién?

—Ludlam —repitió Giles—. Mother Ludlam. ¿Le suena de algo?

Munday ladeó la cabeza, frunciendo el ceño. —Bueno, he… oído hablar de ella. El nombre. Sí, creo que me lo encontré una vez. En una publicación de Facebook, quizá.

Munday se removió en su silla, cruzando una pierna sobre la otra y ajustándose la manga, evitando la mirada de Giles. Estaba claro que el hombre que tenía delante distaba mucho del que había entrado en la sala perfectamente sereno.

—¿Qué puede decirme al respecto?

—No mucho. Solo que vivía en una cueva en algún sitio.

Giles lo observó de cerca mientras hablaba, notando cómo sus dedos jugueteaban con el puño. En su mente, las piezas empezaron a encajar.

Se echó hacia atrás en su silla. —Verá, Andrew. Le he estado escuchando con mucha atención. Y creo que ha planteado un buen punto.

Munday se enderezó un poco. —¿Ah, sí?

—Usted no conoce a Bailey Ward —dijo Giles—. No conoce a Stuart Pritchard. No conoce a Alan Jeffries. A simple vista, eso tiene sentido. No hay ninguna razón obvia para que sus caminos se hayan cruzado.

Munday asintió brevemente, como animándole a continuar.

—Excepto —dijo Giles— que sí conoce a Ulrika Hennessy.

Munday abrió la boca, pero Giles levantó una mano.

—Usted la conoció en ese seminario. Y creo que habló con ella —continuó—. Y en algún momento, ella le habló de Stuart Pritchard.

Munday negó con la cabeza, con un movimiento brusco y desdeñoso. —Esto es especulación.

Giles lo ignoró y prosiguió. —Usted decidió que Stuart Pritchard encajaba en sus… criterios. Cruel. Arrogante. Alguien que le había quitado algo a otra persona y nunca se lo había devuelto —Giles golpeó ligeramente la carpeta—. Así que se lo llevó.

Munday se quedó mirándolo, con los labios apretados.

—Luego —continuó Giles— recibe una llamada de Mark Trent, un hombre que confía en usted. Y en algún momento —quizá tomando un café, quizá por teléfono— él menciona los problemas que ha estado teniendo su hija. Así que añadió a Bailey a la lista.

Munday empujó su silla un poco hacia atrás. —Esto es ridículo.

—¿Lo es? —dijo Giles—. Porque ahora lo tenemos vinculado a dos víctimas.

Munday se rió. —Eso no me convierte en un asesino.

—No —dijo Giles—. Pero le da un móvil, acceso y una justificación.

El silencio pesaba entre ellos.

—El único hueco —prosiguió Giles— es Alan Jeffries.

—Exacto. Ahí no tienen nada. Ni conexión. Ni vínculo.

—Pero no creo que necesitara un vínculo —rebatió Giles—. Tras el éxito que tuvo con Stuart, buscó otra víctima. Y la encontró por internet. Esa vez no necesitó que nadie se la presentara.

Munday golpeó la mesa con las palmas de las manos. —Yo no he matado a nadie.

Giles ni se inmutó. Dejó pasar el momento y luego dijo: —Andrew Munday, le detengo como sospechoso de los asesinatos de Stuart Pritchard y Alan Jeffries, y del intento de asesinato de Bailey Ward. No tiene obligación de decir nada, pero puede perjudicar su defensa si no menciona, al ser interrogado, algo en lo que posteriormente se base en el juicio. Cualquier cosa que diga podrá ser utilizada como prueba en su contra.

CAPÍTULO
CINCUENTA Y OCHO

Una combinación de adrenalina, nervios y entusiasmo seguía recorriéndole el cuerpo a Stephanie mientras cruzaba las puertas con calefacción hacia la oficina principal, atravesando la estancia a toda prisa con la cabeza baja para evitar que nadie de su equipo la interrogara sobre la cita.

Se sentía eufórica, un manojo de nervios, como una adolescente que intenta entrar a hurtadillas en casa tras una primera cita. Solo que, en lugar de a sus padres, se enfrentaba a cinco adultos hechos y derechos que, sin duda, se burlarían de ella y la ridiculizarían. Especialmente Fiona. Si Fiona se enteraba de lo que había estado haciendo, la agente soltaría una retahíla de pullas. Y en ese momento, Stephanie no estaba segura de poder soportarlo.

Por suerte, cruzó la sala sin incidentes, abrió la puerta de su despacho de un tirón y la cerró tras de sí. Por fin, soltó un suspiro y se quitó el abrigo. Una extraña mezcla de emociones le recorría el cuerpo. Se lo había pasado bien, había sido agradable. Había disfrutado de la compañía de Milton; era divertido, inteligente y la hacía sentir cómoda, como si no hubiera estrés ni presión ni expectativas en aquel café. Colgó el abrigo detrás de la puerta y se

apoyó en ella un momento, cerrando los ojos mientras dejaba que el recuerdo de la última hora la invadiera.

Había estado… bien.

Mejor que bien, en realidad.

Después de que hubieran cogido confianza y superado los silencios incómodos iniciales, la conversación fluyó sin esfuerzo. No hubo charlas triviales forzadas, ni la sensación de que tuviera que ser nadie más que ella misma. Por primera vez en lo que le parecían años —quizá décadas—, simplemente había sido Stephanie. Una mujer con un café en la mano y un hombre sentado frente a ella que escuchaba, que reía y que la hacía reír. Reír de verdad. El tipo de risa que te pilla desprevenida y te hace olvidar todo lo demás que hay de miserable y gris en la vida.

Aunque ella se había mantenido en su caparazón, reservada y reacia a abrirse acerca de la realidad de su vida, él había sacado a la luz una faceta diferente. Y la forma en que la había mirado, con auténtica curiosidad y calidez, la hacía sentir que quería conocerla, conocerla de verdad.

Quizá algún día le dejara entrar.

Se apartó de la puerta y cruzó el despacho, negando con la cabeza. ¡Madre mía! ¿Qué tenía, quince años? Las comisuras de sus labios se curvaron en el amago de una sonrisa mientras se sentaba en su escritorio. Alargó la mano hacia el ratón para reactivar el ordenador, pero entonces se fijó en un papel doblado sobre la mesa.

Frunció el ceño, lo cogió y le dio la vuelta. En la parte superior de la página estaba el membrete de la Policía de Surrey. Su pulso se ralentizó de inmediato. Un frío terrible y agobiante empezó a treparle de nuevo por el pecho, borrándole la sonrisa de la cara. No era una carta dirigida a ella; era un correo electrónico. Un correo

impreso. Alguien lo había impreso físicamente y lo había colocado allí a propósito.

Leyó el encabezado.

De: Jefe de Policía Neil Robins

Para: Superintendente Richard Heskett

Asunto: Preocupaciones – Urgente

Parpadeó y luego leyó el resto.

Richard:

Siento la franqueza, pero estoy cada vez más inquieto por la gestión de la inspectora Broadbent en el caso Sticks and Stones. Acabo de salir de una reunión con ella y, aunque veo que está intentando mantener el control, no me convence que esté lidiando bien con la situación. No del todo.

Ambos sabemos que la carga emocional que arrastra desde la muerte de Clive tumbaría a cualquiera. Pero no creo que haya tenido —o se haya tomado— el tiempo necesario para procesarlo. Volvió demasiado pronto y creo que todavía está operando en un estado de trauma. Se nota. En sus ojos. En su tono. En su ritmo. Algo no va bien.

Y con la presión a la que nos enfrentamos por parte de los medios y el público, no creo que podamos permitirnos apostar por alguien que, por decirlo educadamente, está tan perdida, a pesar de lo capaz que ha sido en el pasado.

Creo que tenemos que acelerar el plan para encontrar un nuevo oficial al mando que ocupe el lugar de Clive. Lo necesitamos cuanto antes. Mientras tanto, necesito que se prepare para tomar el relevo de la investigación.

Hablemos pronto para comentarlo.

NR

Stephanie no se movió. No podía. No podía creer lo que estaba viendo, lo que había leído. Al principio, ni siquiera sintió ira. Solo un vacío en el estómago, como si en una pesadilla hubiera dado un paso en falso y no dejara de caer.

Lo leyó de nuevo.

Todavía está operando en un estado de trauma… algo no va bien… perdida…

Y no se equivocaba. No del todo.

Había vuelto demasiado pronto. De hecho, había insistido en ello. Se había peleado por terminar su baja por duelo, diciéndose a sí misma que estaba lista. Diciéndose que necesitaba una estructura, un propósito, una distracción. Pero la verdad era que se había equivocado.

Cierto, había cometido errores durante la investigación, pasando cosas por alto, permitiendo que su bulimia volviera a su vida de forma tan visceral, pero estaba mejorando, estaba más centrada, gestionando las cosas adecuadamente, procesándolo todo con más eficacia. Ahora estaba aguantando el tirón. Ahora era ella quien ataba cabos, la que presionaba a su equipo con más fuerza, más rápido y con más inteligencia. Ahora empezaba a ver la forma de lo que estaban persiguiendo. Los contornos de la máscara de cabra del asesino por fin se estaban definiendo, y era gracias a ella. Porque no se había rendido. Porque se había quedado.

Apretó con fuerza la hoja impresa.

Que Robins la subestimara solo hacía que fuera más fácil demostrarle que se equivocaba.

Dobló el correo por la mitad, y luego otra vez en cuatro, se levantó, cruzó el despacho y lo echó a la trituradora. La máquina se puso en marcha con un zumbido, devorando el membrete como si no significara nada.

Porque no significaba nada.
¿Pensaban que no podría con ello?
Bien.
Que miren lo que va a pasar a continuación.

CAPÍTULO
CINCUENTA Y NUEVE

Tenía que llevar cuidado, más que las noches anteriores. Se notaba una mayor presencia policial en todas partes. Patrullaban la A3 de arriba abajo, vigilaban los ramales de acceso a Thursley y Hindhead, y bloqueaban las zonas de descanso. Incluso le habían llegado rumores de que la policía planeaba realizar patrullas a pie por el interior de los propios bosques.

Emocionante.

Nada como una pizca de riesgo para añadir a una mezcla que ya de por sí resultaba embriagadora.

Salió de la carretera principal justo antes de medianoche, dejando que la furgoneta avanzara sin hacer ruido por el sinuoso acceso a Devil's Punch Bowl. Apretaba el volante con fuerza, con los nudillos blancos. Aquello parecía un pueblo fantasma. Ni rastro de otros coches, ni faros tras él.

Aun así, apagó las luces antes de tiempo y dejó que la furgoneta rodara por el pequeño aparcamiento de grava; los neumáticos crujieron al detenerse. Se quedó sentado en la oscuridad un momento, escuchando el viento entre los árboles y el lejano chillido de un zorro.

Y después, el silencio.

Alargó la mano, cogió la máscara del asiento del pasajero y se la puso. La correa de cuero de la parte posterior tiró con fuerza, presionando la curva rígida del hocico contra su nariz. Agitó los hombros, exhaló entre dientes y luego encendió la linterna frontal que llevaba colgada al cuello; el haz de luz blanca iluminó el salpicadero y el volante.

Rodeó el vehículo deprisa y abrió la puerta trasera. Rechinó un poco más de la cuenta, pero él hizo una pausa, esperó y no ocurrió nada.

Ni luces. Ni voces.

Solo el susurro del viento filtrándose entre los árboles.

Allí, en el centro, el cuerpo estaba hecho un ovillo, inmóvil y en silencio, sujeto con cuerdas por los muslos y el pecho. Al meterse dentro, sus dedos se movieron con rapidez para desatar la cuerda y comprobar el pulso, revisando de paso la máscara que llevaba puesta. El hombre seguía inconsciente, con la cabeza ladeada y los labios agrietados y en carne viva. Tenía sangre seca alrededor de la nariz a causa del sedante —había usado un poco de más, en realidad, pero le había hecho ganar tiempo— y la herida del abdomen inferior, que sobresalía de forma grotesca. Sacó al hombre de la furgoneta a rastras, le pasó la cuerda por debajo de las axilas y alrededor del pecho y luego se la echó al hombro. Se dio la vuelta y echó a andar, arrastrando al hombre tras él como si fuera un trineo.

La linterna frontal oscilaba con cada paso, proyectando sombras erráticas sobre la maleza. Las zarzas y los helechos bajos le arañaban las espinillas. Las ramas susurraban por encima de él, esqueléticas y desnudas al viento. La tierra estaba dura, escarchada y gélida, pues la temperatura se había desplomado al caer la noche. El aroma a musgo y a corteza húmeda le llenó los pulmones. Siguió avanzando, hacia lo más profundo de la arboleda, pero sin entrar

demasiado. No podía arriesgarse aquella noche. No podía aventurarse muy lejos. No podía arriesgarse a que lo atraparan.

Con unos pocos metros bastaría.

Lo justo para hacer lo que debía hacerse.

Encontró el lugar. Un claro estrecho, un hundimiento en el suelo, como si la tierra se hubiera socavado en algún momento y nunca se hubiera rellenado.

Entonces lo oyó.

Voces.

Cerca.

Se quedó petrificado a mitad de un paso, con el corazón en la garganta y el aliento entrecortado en el pecho.

El sonido era tenue al principio, distante y lejano, pero se volvía más fuerte, más próximo, más nítido. Pasos. Tierra escarchada crujiendo bajo los pies. Dos voces. Una masculina, la otra femenina. Policías con linternas.

Estaban cerca. Demasiado cerca. Se movió rápido, arrastró al hombre hasta el hundimiento entre los árboles, apagó su linterna frontal y se tiró al suelo junto a él, aspirando el aire frío y amargo.

La oscuridad los tragó por completo.

El silencio era ensordecedor ahora. Permaneció inmóvil, con el cuerpo apretado contra el suelo helado y el corazón golpeándole contra la tierra. Todos sus instintos le gritaban que corriera, que se desvaneciera entre los árboles.

Pero era demasiado tarde.

Estaban al lado.

Justo cuando pasaban, el hombre que yacía a su lado gimió.

Mierda.

Se giró y le tapó la boca a la víctima con la mano de un golpe, ahogando el sonido. Le temblaban los dedos mientras apretaba con

fuerza contra la mejilla húmeda y con barba de pocos días del hombre. La víctima se agitó de nuevo; los músculos de su mandíbula se tensaron y flexionaron bajo la palma de su mano.

Más adelante, uno de los agentes se detuvo.

—¿Has oído eso?

El segundo agente se quedó quieto.

Silencio.

El viento crujía entre las ramas altas. El asesino no se movió. Ni siquiera parpadeó. Todo su cuerpo se tensó contra la tierra como un animal acosado. Mantuvo la cabeza baja, para que los cuernos de la máscara no lo delataran.

Entonces el agente avanzó, despacio y con tiento.

El asesino cerró los ojos con fuerza tras la máscara. Le ardían los pulmones. Estaba a segundos de que lo encontraran.

—Probablemente sea un zorro —masculló la mujer, un poco más atrás en el sendero—. O un tejón. O un ciervo; parece que todo el mundo los ve por todas partes últimamente. Anda, vamos, seguro que no es nada.

Otros pocos segundos de quietud. Una larga pausa.

Luego: —Sí. De acuerdo. Seguramente tengas razón.

Por suerte, el agente se dio la vuelta y se unió a su compañera en el camino. Unos instantes después, reanudaron la marcha; los haces de las linternas oscilaban de lado a lado y el sonido de los pasos empezó a desvanecerse.

Esperó. Cinco segundos. Diez. Veinte. Treinta. Hasta que se fueron por completo, alejándose en dirección opuesta, antes de levantar la cabeza muy despacio.

Exhaló en la noche y retiró la mano de la boca de la víctima.

Al hacerlo, el hombre dejó escapar un suspiro húmedo y ahogado y se movió ligeramente, parpadeando hacia la copa de los árboles.

Confuso. Aturdido. Vivo.

El asesino se incorporó y lo miró fijamente, todavía con el corazón dándole vuelcos en el pecho.

Luego alargó la mano y le acarició el lateral de la cabeza. La máscara proyectaba una larga sombra sobre el rostro aturdido y ensangrentado del hombre.

—Ya está bien —susurró con suavidad—. Se han ido. Y esta noche cumplirás tu propósito. Recuerda: los actos tienen consecuencias.

Dicho esto, se puso en pie y desapareció de vuelta a su coche, en el linde del bosque.

CAPÍTULO
SESENTA

El sol aún no se había abierto paso entre las nubes cuando Stephanie entró en el aparcamiento de Devil's Punch Bowl, en Hindhead. Los coches bordeaban el acceso, con sus luces azules girando en silencio. Varios agentes con chalecos reflectantes se agrupaban junto al cordón policial, mientras las radios chisporroteaban de forma intermitente. Más allá de ellos, ya se habían levantado las tiendas de la policía científica.

Encontró un hueco, aparcó, apagó el motor y se bajó. El frío la golpeó al instante. Un viento metálico y mordaz que atravesaba su abrigo como si no llevara nada puesto. Devon apareció por un lado de una furgoneta, vestido con un mono de papel blanco.

—Buenos días, jefa.

Stephanie se apresuró hacia él. Abrió la boca para hablar, pero se contuvo al ver su expresión demacrada y cansada. —¿Estás… estás bien?

Él asintió, pero su mirada contaba otra historia. —Sí. Estoy bien.

Ella no le presionó. No allí. No en ese momento.

—Cuéntame.

Devon se frotó las manos enguantadas, tratando de entrar en calor. —Un hombre que paseaba al perro ha dado el aviso poco

después de las seis. Ha dicho que ha encontrado el cuerpo a poca distancia del sendero. Varón, treinta y cuatro años, identificado como Cameron Walker.

Stephanie miró más allá de él, hacia los árboles. —¿El mismo modus operandi?

Devon asintió lentamente. —Eso parece. Hipotermia de nuevo. O una sobredosis. En cualquier caso, tiene la misma herida en el estómago…

Stephanie inspiró profundamente. ¿Cómo era posible? Tenían agentes y guardas patrullando el bosque, con equipos de a pie trabajando en turnos solapados. Y aun así, se les había escapado. Otra vez.

Entraba y salía como el humo. Como el puto viento.

Su mirada se desvió hacia la ladera, más allá del cordón, hacia la densa zona boscosa que se extendía en todas direcciones. Era un lugar perfecto para desaparecer. Cientos de senderos que daban vueltas, se cruzaban y se desvanecían. No era de extrañar que existieran fantasmas y mitos. Empezaba a pensar que el asesino podría ser uno de ellos, imposible de avistar y aún más imposible de atrapar.

—¿Dónde está el cuerpo? —preguntó en voz baja.

Devon señaló hacia los árboles. —Por allí.

Devon le entregó un mono de papel blanco doblado y un par de cubrecalzas azules de la parte trasera de la furgoneta. Stephanie los cogió sin decir palabra y se apartó, poniéndose el traje con una eficiencia experimentada. Una vez registrada en la entrada, se agachó bajo la cinta y siguió a Devon por el estrecho y pisoteado sendero hacia el interior de los árboles.

La tienda blanca estaba justo al lado del camino, medio oculta por la maleza, con los laterales ondeando levemente por la brisa. Un

responsable de la escena del crimen estaba de pie a la entrada, con un portapapeles bajo el brazo.

—Buenos días, jefa —dijo, apartándose—. La escena está acordonada y lo hemos registrado todo hasta ahora.

—Gracias —respondió Stephanie mientras se agachaba para entrar.

Dentro de la tienda, el aire se sentía más pesado. Inmóvil. La fina tela amortiguaba los sonidos del mundo exterior, dejando solo el leve crujido de los monos de papel y los movimientos silenciosos y metódicos de personas que habían hecho esto demasiadas veces para contar, ella incluida.

El cuerpo estaba boca arriba en el centro del espacio, con los miembros rígidos y la piel cerosa y pálida bajo una capa de escarcha que aún se aferraba obstinadamente a su ropa y a la piel expuesta. Tenía los ojos cerrados, las pestañas ribeteadas de hielo y la boca entreabierta como si se hubiera quedado a medias de decir algo. La inconfundible herida en el abdomen estaba allí. Arrodillada junto a él estaba Leanna, ya equipada con el mono. Levantó la vista cuando Stephanie entró.

—Buenos días —dijo la patóloga con alegría, como si hubieran quedado para tomar un café en lugar de verse ante un cadáver—. Un día precioso para esto. No hay nada como un paseo matutino por el bosque para despejarse.

—Díselo a él —comentó Stephanie, echando un vistazo al cuerpo. Pero entonces sus ojos captaron algo más allá de la figura tendida de Walker. Se había extendido una lona a un par de metros, de forma pulcra y deliberada. Sobre ella había una pequeña colección de piedras. Stephanie se puso de cuclillas lentamente; el crujido de su traje le resultó atronador en los oídos. Se quedó mirando las piedras durante un largo rato.

Sobre ellas, escritas con un rotulador negro grueso, había palabras sueltas.

Inútil.

Despreciable.

Insustancial.

—Estas… —comenzó, volviéndose hacia Devon y Leanna—. ¿No os parecen muy personales? ¿Como el tipo de cosas que uno se dice a sí mismo? Resultan casi suicidas, ¿no?

Leanna se incorporó de donde había estado examinando las manos, arrugando los ojos por encima de la mascarilla. —Problemas de autoestima, desesperación existencial y un crítico interno demoledor —dijo a la ligera—. Suena a mis veinte años.

Stephanie le lanzó una mirada y después se puso en pie, obligándose a apartar la vista de las piedras. Se sentían íntimas. Demasiado íntimas. Como palabras que alguien se hubiera susurrado a sí mismo en la oscuridad mucho antes de haberlas pronunciado en voz alta. Palabras que ella misma se había dicho en alguna ocasión. Palabras en las que no había pensado desde hacía tiempo.

Salió de la tienda y su aliento formó vaho frente a ella.

—¿Quién patrullaba esta sección anoche? —preguntó.

Devon levantó el brazo y señaló a dos agentes uniformados que estaban cerca del cordón. Stephanie se acercó caminando. Se cuadraron de inmediato al verla.

—Buenos días, jefa —dijo el agente rápidamente.

—Buenos días —respondió ella con voz plana—. ¿Vosotros dos estabais de patrulla aquí ayer?

—Sí, jefa.

—¿En qué horario?

—De diez de la noche a seis de la mañana.

Stephanie se cruzó de brazos. —¿Y no habéis visto nada?

Los agentes intercambiaron una mirada.

—No, jefa.

—¿No habéis oído nada? ¿Ningún movimiento? ¿Ninguna luz de linterna? ¿Ningún vehículo?

—Nosotros… sí que oímos algo alrededor de medianoche —dijo la agente con vacilación—. Pero inspeccionamos la zona y no encontramos nada. Pensamos que lo más probable era que fuera un animal. Una ardilla, un tejón o algo así.

Stephanie se les quedó mirando. La brisa tiraba de su traje de papel, pero ella no se movió. Ni siquiera parpadeó. —¿Una ardilla? —repitió con incredulidad.

La garganta del segundo agente se contrajo. —No vimos nada, jefa. Miramos. Pero no había nada allí.

—¿Y qué hay del equipo térmico que os proporcionamos? —preguntó—. Lo llevabais encima, ¿verdad?

—Sí, jefa.

—¿Y lo usasteis?

Se cruzaron otra mirada, de esas que le daban a uno un vuelco en el estómago.

—Lo intentamos, pero…

—No —cortó Stephanie—. No digas que lo intentasteis. ¿Qué ha pasado?

—El aparato fallaba —dijo el primer agente—. Parpadeaba. No mantenía la carga. Se lo notifiqué a nuestro sargento…

—No me importa a quién se lo notificaste. ¿Seguiste el procedimiento?

Silencio.

—¿Y bien? —exigió.

—No, jefa.

Ahí estaba.

Stephanie tomó aire. Cerró los puños dentro de las mangas del traje de papel y contó hasta cinco antes de volver a hablar. No para calmarse —ese tren ya había pasado—, sino para evitar gritar con la fuerza necesaria para echar abajo todo el maldito bosque a su alrededor.

—A ver si lo he entendido bien —dijo, dando un paso adelante con voz gélida—. Estabais de servicio en una zona donde hemos tenido tres ataques. Se os entregó equipo especializado. Se os dieron instrucciones muy claras. Y cuando ha fallado —cuando habéis sospechado que había fallado—, ¿vuestra respuesta ha sido anotarlo y seguir caminando?

El agente abrió la boca, pero no salió ningún sonido.

—¿Eso es lo que ha pasado? —espetó Stephanie.

—Sí, jefa —susurró él.

Se les quedó mirando a ambos, con el corazón tronando en sus oídos. Ya podía ver los titulares. Y lo que era peor: podía ver el correo electrónico. El correo de Robins. Esperando en su mesa como una pistola cargada.

Un músculo se tensó en su mandíbula.

—Iros a casa —dijo.

Ambos agentes parpadearon.

—¿Jefa?

—Habéis terminado por hoy. Presentaos ante vuestro sargento de guardia. Ya me ocuparé de esto más tarde.

Ellos vacilaron.

—¿Queréis que os acompañe? —dijo, ahora con un tono más cortante—. Largo.

Se dieron la vuelta y se alejaron en dirección opuesta. Stephanie se quedó allí un momento, respirando con dificultad. Le temblaban

las manos en las mangas del traje, pero no se las miró. No se daría la satisfacción de comprobar lo furiosa que estaba en realidad.

Luego se dio la vuelta y volvió a mirar hacia la colina, hacia la tienda y los árboles que había más allá.

En algún lugar de ahí fuera, el asesino volvía a caminar por esos bosques, riéndose de ellos, escurriéndose por las grietas. Pero no por mucho tiempo. No iba a permitir que tuvieran razón sobre ella. No iba a darle esa satisfacción a Robins. Lo encontraría.

Aunque tuviera que tirar abajo todo el puto bosque.

CAPÍTULO
SESENTA Y UNO

Stephanie salió de entre los árboles e hizo el camino de vuelta hacia el aparcamiento. El traje de papel crujió a su alrededor mientras se lo bajaba hasta la cintura, dejando a la vista el jersey que llevaba debajo. Fue entonces cuando los vio. La prensa. Al menos una docena de reporteros, quizá más, amontonados justo detrás del cordón secundario, con las cámaras en alto y los teléfonos grabando. Varias voces la llamaron en cuanto salió del bosque.

—Inspectora Broadbent, ¿puede confirmar si se trata de otra víctima del atacante de Sticks and Stones?

—¿El asesino elige a personas específicas o estos ataques son aleatorios?

—¿Se ha encontrado al hombre con vida? ¿Puede hacer algún comentario?

Stephanie aminoró la marcha y luego se detuvo. Durante un breve y egoísta segundo, consideró pasar de largo. Que se encargara Devon. Que el equipo emitiera un comunicado. Que por una vez fuera otro el que diera la cara en este desastre. Pero las palabras de Robins en el correo electrónico cruzaron su mente.

Enderezó los hombros, se terminó de quitar el traje de papel y se lo entregó a un agente que esperaba, y luego se volvió hacia la

prensa.

—Haré una breve declaración —dijo, manteniendo un tono calmado y controlado—. Después tengo que irme —continuó sin darles tiempo a prepararse—. A primera hora de esta mañana, unos agentes han acudido tras el hallazgo de un hombre fallecido en Devil's Punch Bowl. El hombre ha sido identificado formalmente y ahora se procederá a informar a su familia. Nuestros pensamientos están con ellos en estos momentos. —Hizo una pausa—. Mantenemos todas las hipótesis abiertas, pero, debido a las similitudes, no podemos descartar que el caso esté relacionado. Se está llevando a cabo un examen forense completo y hemos aumentado las patrullas en las zonas circundantes como medida de precaución.

Sus ojos recorrieron la multitud automáticamente y entonces lo vio.

Milton estaba un poco apartado, observando y sonriendo, esperando cruzar miradas con ella para conseguir una exclusiva después. Ella apartó la vista de inmediato.

—Si alguien tiene información, por insignificante que parezca, le instamos a que se ponga en contacto con la policía de Surrey —continuó—. No compartan rumores por Internet. Déjennos hacer nuestro trabajo. Gracias.

El clamor de los periodistas llamándola se silenció cuando cerró suavemente la puerta tras de sí, aunque eso no sirvió de mucho para calmar el ruido interior, una cacofonía de caos arremolinándose en su mente. Otra víctima, otro cuerpo, otro recordatorio de que estaba fuera de su elemento, fuera de su zona de confort. Si no tomaba el control de la situación pronto, la dejarían de lado, la

apartarían en cuanto el jefe de policía solicitara la ayuda de un superintendente. No podía permitirse que eso sucediera.

Soltó un fuerte suspiro, permitiendo que la tensión y el estrés se liberaran de sus hombros y de los músculos de la espalda. Introdujo la llave en el contacto y puso la mano en el volante, tomándose un momento para ordenar sus pensamientos. Para trazar un plan, para maniobrar. Para ir un paso por delante del asesino.

Pero antes de que pudiera siquiera pensar más allá del nombre de la última víctima, el teléfono empezó a sonar en su bolso. Una pesada y aborrecible sensación de pavor la golpeó como un puñetazo en el estómago; sabía quién era antes incluso de ver la pantalla o coger el teléfono.

El jefe de policía Neil Robins.

Y, efectivamente, al sacar el teléfono del bolso, su nombre apareció en la pantalla. La boca se le llenó de saliva al instante, y el sabor a grasa, cebolla y especias de Oriente Medio afloró en sus papilas gustativas. Dios, qué ganas tenía de comer en ese momento. Reprimió la sensación, respirando rítmicamente, recobrando la compostura.

—Buenos días, señor —dijo, llevándose el teléfono al oído.

—Buenos días, Stephanie —respondió él, calmado y eficiente, sin que su voz revelara nada—. ¿Dónde estás ahora mismo?

—En la escena del crimen, señor. Voy de camino a la comisaría ahora mismo.

—Muy bien. ¿Te importaría pasarte por mi despacho en cuanto llegues, por favor? Hay algunas cosas que tú y yo debemos discutir.

CAPÍTULO
SESENTA Y DOS

El corazón le latía a mil por hora, subiéndole del pecho a la garganta y oprimiéndole las vías respiratorias. Se quedó mirando la puerta del comisario principal, atenta a cualquier sonido de vida al otro lado, deseando que no estuviera, que lo hubieran convocado a una reunión de emergencia en algún lugar. Pero el sonido del teclado y el trasiego de papeles confirmaron que estaba dentro.

Finalmente, tras lo que le pareció una eternidad, llamó a la puerta. El sonido resonó por todo el pasillo, amplificado en su cabeza.

Una pausa. Después, su voz, amortiguada pero inconfundible:

—Adelante.

Stephanie giró el pomo y entró.

El despacho del comisario principal se sentía más frío de lo que recordaba. Él vestía el uniforme de gala; la gorra, apoyada en el escritorio, apuntaba hacia ella como un segundo par de ojos que la juzgasen. Neil apenas levantó la vista cuando ella entró; terminó de garabatear una nota antes de dejar el bolígrafo junto a una carpeta de cuero cerrada. Entonces, le sostuvo la mirada.

—Stephanie —dijo él, señalando la silla que tenía enfrente—. Has llegado. Y con puntualidad. Siéntate, por favor.

Ella obedeció, sentándose muy derecha con las manos en el regazo, sintiendo el pulso en el cuello.

Él la estudió durante un instante.

—Estoy seguro de que puedes imaginar por qué te he llamado.

Stephanie permaneció en silencio, manteniendo la mirada fija en un punto justo por encima del hombro de Neil, en una mención honorífica enmarcada que colgaba un poco torcida en la pared tras él.

Neil esperó. Al ver que ella seguía sin hablar, exhaló suavemente por la nariz y se reclinó en su sillón.

—Me ha entristecido enterarme del descubrimiento de esta mañana —empezó—. Sinceramente. Otra muerte nunca es algo que ninguno de nosotros quiera ver bajo tu mando.

Stephanie tragó saliva; sentía la garganta seca.

—¿Están relacionados? —preguntó él.

Esta vez, ella asintió.

—Sí.

No servía de nada mentirle, no tenía sentido intentar retrasar lo inevitable. Iban a tener esta conversación tanto si ella quería como si no.

Neil cerró los ojos brevemente y dejó escapar un pequeño suspiro por la nariz.

—Eso es problemático —dijo, entrelazando los dedos sobre el escritorio—. Para todos nosotros. No queríamos que llegara a esto. Yo, desde luego, no quería...

Los dedos de Stephanie se encogieron en su regazo.

—Pero ya es la cuarta víctima —dijo él—. *Cuatro*. Y nos guste o no, eso cambia las cosas drásticamente. El control que tu equipo tiene sobre la investigación está flaqueando, lo que significa que debo actuar.

Y ahí estaba. Las palabras ya habían salido de sus labios.

Hizo una pausa, observándola con atención.

—Voy a traer refuerzos.

Stephanie levantó la cabeza bruscamente.

—¿Refuerzos?

Neil no vaciló.

—Voy a asignar al superintendente Heskett para que asuma las responsabilidades como oficial al mando de esta investigación.

Stephanie sintió que las palabras la golpeaban en algún punto entre las costillas y la columna vertebral.

—No —dijo de inmediato—. No es necesario.

Neil apenas enarcó una ceja.

—Lo es.

—Con todo el respeto, señor —dijo ella, inclinándose hacia delante mientras el pulso le martilleaba—, traer a un superintendente a estas alturas desestabilizará al equipo. Estamos cerca. Hemos cogido ritmo.

—¿Ritmo? —la interrumpió Neil, alzando la voz por primera vez —. Tienes cuatro cadáveres, Stephanie. Cuatro. Y un asesino que anoche pasó por delante de las patrullas y abandonó a otra víctima en uno de los parajes naturales más vigilados de Surrey.

Ella abrió la boca, pero él continuó sin dejarla hablar.

—Tu equipo está al límite de sus fuerzas —prosiguió—. Distraído. Fragmentado. Y antes de que lo digas: sí, esa responsabilidad es tuya.

Ella tensó la mandíbula.

—Puede decir lo que quiera de mí —espetó, dejando que las palabras fluyeran finalmente—. Puedo aguantarlo. Pero mi equipo no ha hecho nada malo.

Los ojos de Neil se endurecieron.

—¿Ah, sí? —dijo en voz baja—. Porque eso no es lo que yo veo.

Fue enumerándolo con los dedos, uno a uno.

—Olivia: una agente excelente, con un instinto agudo... pero he notado que actualmente está lidiando con problemas de conciliación familiar que la han distraído más de una vez.

Stephanie se puso rígida.

—Giles —continuó Neil—, pasa más tiempo confraternizando con los agentes novatos que haciendo su trabajo. La moral es importante, sí, pero no debería interponerse en el cumplimiento del deber y la profesionalidad.

A ella se le revolvió el estómago.

—Y Devon —dijo Neil, sacudiendo la cabeza—. Ni me hagas hablar de Devon. Esa es una conversación aparte que tendré con él personalmente.

Stephanie lo miró, sinceramente desconcertada. ¿Cómo sabía todo eso? ¿Había estado vigilándola en secreto a ella y al equipo todo este tiempo? Ella lo había mantenido al tanto con la información necesaria en sus informes, los detalles relevantes. Pero las cuestiones personales, ¿de dónde las había sacado?

—Tengo ojos y oídos por todo el edificio —dijo él, como si leyera sus pensamientos, o quizás la expresión de su cara—. Me llegan cosas. Veo cosas. Nada ocurre en esta comisaría sin que acabe llegando a mi mesa, tarde o temprano.

—Con todo el respeto, señor, creo que esto es una mala idea —dijo ella, reclinándose ahora en la silla y cruzándose de brazos.

Neil no reaccionó. Se limitó a observarla, con ojos fríos y evaluadores.

—Lo que está haciendo no es correcto —continuó ella, y sus palabras cobraban fuerza a medida que salían de su boca—. Estamos cerca. Puedo sentirlo. El equipo puede sentirlo. Traer a

Heskett ahora no ayuda a la investigación, sino que la fractura y la confunde.

—Esa es tu opinión —dijo Neil con calma.

—No —espetó ella—. Es mi juicio profesional. El mismo juicio que lleva casi veinte años metiendo a asesinos entre rejas.

Él le sostuvo la mirada sin decir nada.

Y de repente, algo cambió dentro de ella, encajando en su lugar.

—Pero no finjamos que esto es solo por el caso, ¿verdad? —dijo en voz baja—. Nunca ha tenido fe en mí. Ni desde el principio.

La mandíbula de Neil se tensó un milímetro.

—He visto el correo electrónico —dijo Stephanie.

Aquello surtió efecto.

—El que le envió al superintendente Heskett —prosiguió ella—. El otro día. Sobre mí. Sobre cómo no estaba a la altura. Sobre acelerar la búsqueda de un sustituto para Clive y traerlo a él para reemplazarme. Ya había tomado una decisión. Mucho antes de esta mañana. Estaba pensando en sustituirme desde el momento en que asumí el mando.

Neil se reclinó en su sillón, exhalando lentamente.

—Ese correo era confidencial.

—Y, sin embargo, de algún modo lo he visto —le recriminó Stephanie—. No me gusta que me espíen. No me gusta que vigilen a mi equipo como si fueran sospechosos. Son buenos agentes. Son leales. Y están manteniendo este caso a flote bajo una presión insufrible.

Hizo una pausa, volviendo a mirarlo a los ojos.

—Si me desacredita ahora —dijo—, los desacredita a ellos. Y nos ralentiza.

Neil la estudió durante un largo rato.

—Te estás tomando esto de forma demasiado personal, Stephanie.

—Pues claro que lo hago —replicó ella—. Como cualquier oficial al mando que se precie.

Otra pausa.

—No voy a dar marcha atrás en mi decisión —dijo Neil—. Heskett recibirá el informe antes de que acabe el día. Tú continuarás en el equipo, pero ya no lo dirigirás.

CAPÍTULO
SESENTA Y TRES

Stephanie atravesó las puertas de la CID, todavía con el pulso galopando en su garganta y la adrenalina palpitando por sus venas. El equipo ya estaba de vuelta en la oficina, reunido alrededor de sus escritorios y pantallas de ordenador, esperándola. Los convocó a la sala de incidentes graves y, en cuestión de segundos, la rodearon.

Sin esperar a que hablaran, dijo con brusquedad: —Tengo noticias para todos. El superintendente Heskett va a venir. Antes de que acabe el día, asumirá el cargo de oficial al mando de la investigación.

El silencio cayó sobre la sala; incluso el zumbido de los ordenadores pareció detenerse.

—¿Qué? —preguntó Olivia.

—Estarás de broma —dijo Giles.

Devon se limitó a mirarla fijamente.

—¿Por qué? —insistió Olivia—. ¿Qué ha pasado? ¿Qué...?

—Se han tomado decisiones a mis espaldas —respondió Stephanie—. Estará aquí antes de que termine el día y, a partir de mañana, todos le informaréis a él.

El equipo intercambió miradas. Frustración, confusión, incredulidad. Olivia abrió la boca para protestar de nuevo, pero Stephanie levantó una mano para silenciarla.

—Ya nos ocuparemos de la política más tarde. Ahora mismo, quiero saber qué tenemos de la escena de esta mañana. —Entonces se le ocurrió algo—. ¿Dónde están Munday y Trent en este momento?

—Siguen bajo custodia —dijo Giles—. Los hemos retenido toda la noche.

Stephanie asintió y agitó la mano con desdén. —Dejadlos en libertad.

Devon frunció el ceño. —¿A los dos?

—Sí.

—Pero...

—Como el asesino atacó anoche, ninguno de los dos pudo haberlo hecho —dijo ella, con los ojos recorriendo sus expresiones de asombro—. A menos que uno de ellos se escapara de una celda cerrada con llave, se colara en Devil's Punch Bowl, soltara un cadáver en medio de un bosque muy vigilado y luego regresara pavoneándose sin ser visto. ¿De verdad creéis que podrían haberlo logrado?

—Bueno, no —respondió Devon despacio—. Pero...

—Entonces los dejamos ir —dijo Stephanie, esta vez con un tono más firme—. Ya hemos perdido suficiente tiempo y energía con ellos. No son nuestros asesinos, ni siquiera si estuvieran trabajando a dúo.

Devon asintió, sacando ya su teléfono. La sala volvió a quedar en silencio, pero esta vez se sentía diferente. La marea había cambiado. Habían seguido la corriente equivocada durante demasiado tiempo, y ahora se veían arrastrados hacia un lugar nuevo, les gustara o no. Stephanie se acercó a la pizarra blanca. La foto de Cameron Walker

le devolvía la mirada desde la esquina superior izquierda. Estudió la imagen del hombre de unos treinta años durante un largo momento antes de hablar sin darse la vuelta.

—¿Qué sabemos de él?

Un instante de silencio.

—Nada todavía —dijo Noah con cautela desde el otro lado de la mesa—. Quiero decir... solo ha pasado una hora.

Stephanie asintió lentamente, asimilando el dato.

—Me parece justo —dijo—. Pues manos a la obra. Investigad su vida: trabajo, familia, finanzas, rutinas. Quiero que se rastreen las redes sociales, se comprueben los extractos bancarios, se envíen los dispositivos a ser analizados; cada inicio de sesión, cada "me gusta", cada publicación compartida. —Se volvió hacia ellos, con una expresión dura pero concentrada—. Haced lo mismo con los demás. Repasad todo lo que tenemos sobre cada uno hasta ahora. No dejéis nada fuera. Cuestionadlo todo. Tiene que haber una conexión entre estas víctimas, algo que se nos ha escapado en alguna parte. Tenemos que encontrarla antes de que ocurra otra. La urgencia en su voz era inconfundible. —Y antes de que el superintendente cruce esa puerta —añadió, casi con egoísmo—.

Su mirada se posó en Giles, que la miró con torpeza, casi con nerviosismo. —No estoy seguro de que quieras saberlo, pero he estado dándole vueltas a algo...

—Eso siempre es un peligro —comentó Devon.

Giles lanzó una mirada furibunda en dirección a Devon. —Como iba diciendo, he estado dándole vueltas y me preguntaba por el tipo que le ha estado dando la lata en Internet.

Stephanie ladeó la cabeza. —¿Qué pasa con él?

—Bueno, no te sorprenderá saber que ya ha estado comentando publicaciones esta mañana sobre Cameron... Y me preguntaba si

deberíamos traerlo. A ver lo valiente que es cuando esté sentado frente a ti en la mesa de interrogatorios... o frente a uno de nosotros.

—Suponiendo que podamos encontrarlo primero —replicó Devon —. Esa clase de gente no suele tener agallas de entrada. O no son capaces de encontrarlas debajo de sus enormes barrigas.

Unas cuantas risas resonaron en la sala. Incluso a Stephanie se le movió la comisura de los labios, aunque fuera brevemente. Era el primer atisbo de ligereza que habían tenido esa mañana.

—Buena idea —dijo ella—. Traedlo. Veamos qué tiene que decir cuando no tenga una pantalla tras la cual esconderse.

Se dio la vuelta, pero hizo una pausa.

—Y ya que estáis —añadió, mirando de nuevo a Giles—, traed también a Mark.

Olivia parpadeó. —¿Mark? ¿Se refiere a...?

—Ellis —dijo Stephanie simplemente—. Ha sido tan ruidoso como ese otro tipo, si no más. Y en persona también. Siempre está ahí, estorbando, expresando sus opiniones. —Se encogió de hombros—. Tal vez sea el disfraz perfecto. Además, fue el último en ver a Pritchard con vida. Quizá sepa más de lo que cuenta.

Nadie discutió.

Giles asintió brevemente. —Considéralo hecho.

CAPÍTULO
SESENTA Y CUATRO

Giles había visto a hombres como Craig Walsh cientos de veces: hombros encogidos, barbilla en alto y las piernas muy abiertas, como si la sala de interrogatorios fuera el salón de su casa en lugar de un lugar diseñado para intimidarlos y hacer que revelaran sus secretos más oscuros y profundos. Craig era grande en todos los sentidos equivocados: ancho de cintura, con el cuello perdido entre capas de carne y una piel que sugería que no había visto la luz del sol en semanas. Su pelo, que clareaba en la coronilla, estaba engominado hacia atrás, con un ligero brillo de grasa bajo el foco del techo. Estaba sentado frente a ellos con los brazos cruzados y mirada despectiva, sonriendo con suficiencia como si creyera que todo aquello fuera una especie de broma.

Giles apoyó las manos relajadas sobre la mesa, con los codos en el borde, y estudió a Craig durante un largo rato. Fiona, sentada a su lado, permaneció en silencio, con la mirada fija en el hombre.

Aquel mastuerzo se removió en el asiento.

—Hagamos que esto sea sencillo, ¿le parece? —dijo Giles, manteniendo un tono tan calmado y profesional como pudo frente a un hombre que había arrastrado el nombre de Stephanie por el

fango. Había ido a por ella y, al hacerlo, había ido a por todo el equipo—. ¿Reconoce alguno de estos mensajes, Craig?

Deslizó un pequeño montón de impresiones por la mesa. Cada documento contenía capturas de pantalla y copias de los mensajes que Craig había publicado en internet sobre Stephanie y su gestión de la investigación.

Walsh apenas los miró. Bajó la vista un instante y volvió a subirla, con desdén. —No.

Fiona enarcó una ceja. —Ni siquiera los ha leído.

—No me hace falta —respondió Craig—. No son míos.

—Así que dice que nunca ha publicado nada en internet sobre la investigación —dijo Giles—, y que nunca ha hecho comentarios sobre la inspectora jefa Broadbent.

Craig resopló. —Ni siquiera la conozco.

Eso era mentira. Y ni siquiera era inteligente.

Giles se reclinó un poco, entrelazando los dedos. —Ha publicado sobre ella catorce veces en la última semana. Algunos dirían que eso es acoso. —Observó el destello de irritación que cruzó el rostro de Craig antes de que este lo camuflara con otro encogimiento de hombros.

—¿Me está diciendo que miento? —preguntó Craig.

—¿Lo hace?

Craig se mofó. —No.

Giles volvió a meter la mano en la carpeta, esta vez más despacio, deliberadamente. Deslizó una sola hoja plastificada por la mesa y la dejó ahí. Una captura de pantalla de la cuenta. Nombre de usuario. Identificador. Historial de publicaciones. Luego otra hoja: la foto de perfil ampliada y con el color corregido. Un selfi mal iluminado tomado desde abajo, con la barbilla metida, los mismos mofletes caídos, el mismo pelo escaso engominado hacia atrás.

—Ese es usted —dijo Giles en voz baja.

Craig tensó la mandíbula. —Me parezco a la mitad de los tíos que hay por internet.

Giles no picó el anzuelo. En su lugar, se inclinó hacia delante, con voz nivelada, casi aburrida. —Se accedió a la cuenta desde la IP de su casa. Desde un teléfono registrado a su nombre. —Dio un toque a la foto—. Es usted.

Silencio.

Craig clavó la vista en la mesa, mientras su respiración se volvía más superficial y rápida.

Fiona rompió el silencio. —Ahora que hemos aclarado eso... queremos saber *por qué* hace esto.

Craig pareció genuinamente sorprendido por la pregunta. Se encogió de hombros. —No sé. Por aburrimiento, supongo.

Aburrimiento.

Giles lo miró fijamente, pensando en las palabras venenosas que Craig había escrito a altas horas de la noche. El veneno. La malicia. La fijación. El deleite con el que había atacado a Stephanie parapetado tras una pantalla.

—O sea que se aburre —dijo Giles en voz baja—, y decide acosar a una oficial superior durante una investigación de asesinato en curso.

Craig puso los ojos en blanco. —Es internet. No es real, ¿no?

Algo en el interior de Giles se endureció. Para todas las víctimas hasta el momento, sus palabras habían sido muy reales. Lo bastante reales como para herir a quienes iban dirigidas. Y lo bastante reales como para que las mataran.

Alargó la mano hacia la carpeta que contenía las impresiones de los mensajes de Craig, las desplegó sobre la mesa y señaló cada una, leyendo algunas en voz alta.

Craig tragó saliva con dificultad cuando Giles terminó. —Solo digo lo que todo el mundo piensa.

Giles ladeó la cabeza. —¿Todo el mundo?

—Se llama libertad de expresión.

—Se llama obsesión —replicó Giles.

Walsh se erizó. —A ustedes no les gusta que les critiquen; ese es el problema.

Giles abrió la boca para responder, pero Fiona, presintiendo la frustración que bullía bajo la superficie, se le adelantó.

—Hablemos de las víctimas —dijo ella.

Craig la miró con recelo. —¿Qué víctimas?

—Aquellas por las que ha estado acosando a Stephanie —explicó ella—. Stuart Pritchard. Alan Jeffries. Bailey Ward. Cameron Walker.

Los nombres cayeron uno tras otro como piedras lanzadas al agua.

Walsh frunció el ceño. —¿Qué pasa con ellos?

—Ha comentado los cuatro —dijo Giles—. A las pocas horas de que saltara la noticia. A veces, en cuestión de minutos.

Walsh cambió de postura, con un destello de actitud defensiva que rompió su fanfarronería. —Se llama estar al tanto de las noticias.

—¿Conoció a alguno de ellos? —preguntó Fiona.

—No.

—¿Habló alguna vez con ellos?

—No.

—¿Les envió algún mensaje?

Craig negó con la cabeza con más fuerza ahora. —No.

Giles volvió a inclinarse hacia delante. —Porque desde donde estamos sentados, Craig, parece que ha desarrollado un interés

malsano por este caso. Por las víctimas. Por la inspectora jefa Broadbent. Ese tipo de fijación puede delatar ciertas cosas...

Craig soltó una carcajada brusca. —¿Cree que he sido yo?

—Creemos que vale la pena preguntarlo —dijo Fiona.

Craig dio un manotazo al brazo de su silla. —Eso es ridículo.

—¿Lo es? —preguntó Giles.

Craig señaló con rabia su propio cuerpo. —Míreme. Apenas puedo ir a la tienda sin que se me bloquee la rodilla. Estoy en el paro. No conduzco. ¿Se cree que voy arrastrando a hombres adultos por el bosque a mitad de la noche? —Resopló, y el movimiento hizo que sus mofletes temblaran—. No podría ni cargar con una bolsa de patatas sin tener que sentarme después.

Giles no respondió. No le hizo falta. El silencio fue suficiente.

Fiona descruzó las piernas y se inclinó hacia delante, con voz calmada. —Entonces ayúdeme a entenderlo, Craig. Si no conocía a las víctimas y no tuvo nada que ver con los asesinatos, ¿por qué mostrar un interés tan personal? ¿Por qué ensañarse con la inspectora jefa Broadbent?

Otro encogimiento de hombros. Fue más débil esta vez, apenas un leve movimiento.

—Ella es la cara visible, ¿verdad? —masculló—. Alguien tiene que pedirle cuentas. Eso no es delito.

—No —replicó Giles—. Pero el acoso sí lo es. Y entorpecer una investigación de asesinato en curso no es algo que se vea precisamente con buenos ojos. —Cerró la carpeta—. Así que esto es lo que va a pasar. Va a dejar de publicar. Inmediatamente. No mencionará a la inspectora jefa Broadbent. No especulará sobre el caso. No se meterá por medio. Y si lo hace, le traeremos de vuelta y le acusaremos de interferir en una investigación, de obstrucción a la justicia y de acoso. Y la próxima vez, será la propia Broadbent la que

esté aquí sentada, para que pueda decirle todas esas cosas a la cara.

Craig no respondió. Se quedó allí sentado, encogiéndose un poco más sobre sí mismo.

Giles se levantó primero, recogiendo la carpeta y metiendo los papeles dentro. Fiona no se movió hasta que él lo hizo.

—Hemos terminado —dijo Giles, caminando hacia la puerta.

Miró hacia atrás una vez, justo antes de salir.

Craig Walsh no se había movido. La fanfarronería se había desvanecido, revelando al hombre pálido y fofo que había debajo. Un don nadie ruidoso y furioso desesperado por sentirse alguien.

Giles había visto a hombres como Craig Walsh cientos de veces.

Agresivo, ignorante y alimentado por su propio ego. Craig era todo eso.

Pero no era un asesino.

Solo era un imbécil que buscaba guerra tras un teclado.

CAPÍTULO
SESENTA Y CINCO

El superintendente había elegido la sala de reuniones más grande para el encuentro, la que normalmente se reservaba para las actualizaciones del Mando de Oro y las sesiones de estrategia de prensa. Las paredes de cristal creaban una sensación de exposición, de estar en una pecera, que a Stephanie le desagradó al instante. Era algo teatral, deliberado. El superintendente Richard Heskett estaba de pie al frente de la sala, ya sin la chaqueta y con las mangas remangadas, con el aspecto de un hombre ansioso por ser visto como alguien práctico y preparado para cualquier cosa. Stephanie permanecía a su lado, con los brazos cruzados con aire relajado y expresión neutra. Mientras tanto, por dentro, se sentía de todo menos tranquila.

—Bien —comenzó Heskett—. En primer lugar, gracias a todos por reunirse con tan poca antelación. Sé que no es el momento ideal y entiendo que un cambio en la dirección a mitad de una investigación puede resultar... perturbador.

Stephanie resistió el impulso de soltar un bufido.

—Pero quiero ser muy claro —continuó Heskett, con un tono cálido y tranquilizador—. No me han traído porque alguien aquí haya fallado. Todo lo contrario. Han estado lidiando con una serie de

eventos increíblemente complejos y emocionales bajo una presión intensa. Mi papel es apoyarles, aportar una supervisión renovada y ayudarnos a cerrar este caso de forma segura y decisiva.

Hizo una pausa, dejando que las palabras calaran.

—Todos queremos lo mismo: detener a quien sea responsable, proteger al público y hacer justicia por las víctimas.

Stephanie se quedó mirando un espacio vacío en la mesa, desconectando.

—Así que —continuó él—, con eso en mente, ¿en qué punto nos encontramos hoy?

Giles habló el primero.

—Fiona y yo hemos interrogado a Craig Walsh esta tarde, el individuo que ha estado publicando contenido ofensivo sobre la inspectora Broadbent en internet.

Heskett miró a Stephanie y luego volvió a mirar a Giles.

—¿Y?

—Al principio negó cualquier implicación. Pero cuando le presentamos las pruebas, admitió que las publicaciones eran suyas. Sin embargo, no parece haber ninguna conexión con las víctimas. Tiene problemas de salud y de movilidad, y no lo vimos como parte de la línea principal de la investigación, así que lo dejamos marchar. —Giles hizo una pausa y luego giró levemente la cabeza hacia Stephanie, con expresión ilegible pero tono cauteloso—. A menos que quieras que lo traigamos de nuevo, señora.

Todas las miradas se posaron en ella. Stephanie no respondió de inmediato. Sintió el peso de la decisión, la implicación. Presentar cargos sería fácil. Le daría poder y control. Pero no era lo correcto, ni era el enfoque adecuado para el equipo.

Sacudió la cabeza.

—No merece la pena perder el tiempo con él.

—¿Segura?

—Sí —respondió ella con más firmeza—. Es un cobarde tras un teclado, no un asesino. Tenemos peces más gordos que pescar.

Giles asintió y volvió a reclinarse.

—Muy bien —dijo Heskett, dirigiéndose a Olivia—. Sigamos. ¿Cameron Walker?

Olivia se enderezó.

—Hemos estado en su domicilio esta mañana. Vivía con sus padres, que obviamente estaban conmocionados y devastados por la noticia. —Tragó saliva y continuó—. Mientras registrábamos su habitación, hemos encontrado lo que podría ser una nota de suicidio en uno de sus cuadernos: expresiones de falta de valía, sentimientos de ser una carga y pedía perdón por adelantado.

Stephanie sintió que algo se le apretaba en el pecho.

—Noah ha estado revisando su rastro digital —añadió Olivia—. Tenía dos presencias en línea bien diferenciadas. Una cuenta donde Cameron participaba activamente, y en algunos casos acosaba a otros usuarios. Enviaba mensajes ofensivos y provocaba discusiones. Un comportamiento muy similar al de algunas de nuestras víctimas anteriores.

—¿Y la segunda? —preguntó Heskett.

—Una cuenta privada —dijo Noah en voz baja—. Publicaciones sobre depresión, entradas nocturnas, hablando de terapia y medicación, de sentirse vacío e aislado. Sus padres han confirmado que estaba recibiendo apoyo de salud mental. Dijeron que le costaba mantener un trabajo, encontrar pareja y hacer amigos. Tenía treinta y tantos años, no tenía a nadie y seguía viviendo en casa, a pesar de los esfuerzos de ellos por ayudarle.

La mente de Stephanie voló de nuevo hacia las piedras.

Inútil.

Sin valor.

Sin sentido.

—Estaba sufriendo —dijo Stephanie—. Mucho. Y arremetía en internet porque era el único lugar donde se sentía visto o escuchado. Utilizaba la plataforma para transmitir sus propios pensamientos y sentimientos internos. El asesino debió de recibir un mensaje suyo o alguien a quien él escribió se lo contó. Obviamente, no podían saber de ninguna otra forma que así era como se sentía por dentro.

Nadie dijo nada durante un momento.

Stephanie se pasó una mano por los labios y luego preguntó:

—¿Hay alguna conexión entre Walker y las personas a las que ya hemos interrogado? ¿Munday, Trent, Alice Summers? ¿Qué hay de Ulrika Hennessy? ¿Alguien?

Los miembros del equipo se intercambiaron miradas. Giles fue el primero en negar con la cabeza. Olivia hizo lo mismo. Fiona se encogió ligeramente de hombros.

—Ninguna que hayamos podido encontrar —dijo ella—. Hemos revisado sus contactos conocidos, antecedentes escolares y registros laborales. No hay solapamientos. Nada concreto.

Stephanie exhaló por la nariz, de forma lenta y deliberada.

—Bien. Mal asunto.

—Pero aún hay tiempo —dijo Fiona.

Heskett intervino, entrelazando las manos a la espalda como un director de escuela dirigiéndose a una clase.

—¿Sabemos dónde estaba Cameron antes de ser capturado? ¿Sus últimos movimientos?

Olivia consultó sus notas.

—Sí. Salió de casa alrededor de las seis y media de la tarde de ayer. Fue al centro para una noche de juegos; al parecer, solía asistir con regularidad. Se celebra en una cafetería de juegos de mesa, un

evento discreto principalmente para asiduos. Era lo único que hacía para salir de casa e intentar socializar.

—¿Quedó con alguien? —preguntó Heskett.

—El personal dijo que casi siempre iba a lo suyo —respondió ella —. Anoche no jugó con nadie, solo se sentó a una mesa a observar a los demás. Uno de los asiduos intentó invitarlo a una partida, pero dijo que no. Se marchó poco antes de las nueve.

—¿Se fue andando a casa? —preguntó Fiona.

Olivia asintió.

—Eso es lo que suponemos. Sus padres se ofrecieron a recogerlo, pero él dijo que no quería sentirse avergonzado.

Stephanie levantó la vista, tomando el mando.

—Necesitamos averiguar quién sabía que estaba en esa cafetería, si envió mensajes a alguien o si alguien le escribió. Cualquier señal de que lo estuvieran siguiendo o rastreando.

Stephanie cerró los ojos un segundo, pensando, reflexionando.

Cameron Walker no había sido un monstruo. Había sido un hombre solo y herido. No había atacado por crueldad; había atacado porque estaba roto.

Y ahora estaba muerto.

CAPÍTULO
SESENTA Y SEIS

Lo primero que Stephanie notó al entrar por la puerta principal, deseosa de quitarse la ropa de trabajo y ponerse algo cómodo para pasar la noche frente al televisor, fue la música alta que sonaba en la cocina. Lo segundo, mientras cerraba la puerta tras de sí y dejaba el bolso a la entrada, fue el olor. Comida. Deliciosa, una comida que hacía la boca agua. Algo picante. Fajitas, tal vez. O tacos. O enchiladas. Algo mexicano.

Los aromas le despertaron el apetito. La conversación que había tenido antes con el jefe de policía le había dado ganas de darse un atracón y luego purgarse, para recordarse a sí misma que no era lo suficientemente buena, haciendo eco de las palabras de su padre en su mente. Pero había resistido. Algo, en algún lugar profundo de su interior —la parte que había estado adormecida desde la muerte de Clive—, le había dicho que se mantuviera fuerte, que se mantuviera firme y que les dedicara un buen corte de mangas al jefe de policía, al superintendente y a su bulimia.

Era mejor que todo aquello. Era más fuerte que eso.

Aunque no evitaba que se sintiera fatal por lo que había pasado. Había aparecido otro cadáver y a ella la habían dejado de lado. Se sentía abandonada, inútil, débil, inferior.

Se descalzó y avanzó descalza por el pasillo. Dentro de la cocina, la música y el chisporroteo de la comida se intensificaron. El ambiente estaba cargado y húmedo, lleno del vapor de la sartén que no tenía por dónde escapar. Era tan denso que Stephanie se sentía como si estuviera atrapada en un lavavajillas. Apenas podía ver a su hermana, que canturreaba para sí misma, vestida con unos pantalones de chándal anchos y una sudadera con capucha que parecía quedarle dos tallas grandes. Stephanie ni siquiera necesitaba ver el rostro de Kimberley para saber que había un cambio significativo en ella. La energía en sus pasos. La forma en que balanceaba las caderas, la forma en que sacudía el pelo de un lado a otro. Despreocupada, como lo había sido antes de perderlo todo.

—¿Qué hay para cenar?

Kimberley dio un respingo y soltó un chillido agudo de sorpresa antes de darse la vuelta y dejar caer la cuchara de madera. —¡Dios, Steph! —exclamó—. ¿Es que quieres matarme?

Stephanie se detuvo en el umbral, observando cómo su hermana se llevaba la mano al pecho teatralmente. Era lo más animada que había visto a Kimberley en días, quizá incluso semanas.

—Culpa mía —dijo Stephanie al entrar en la habitación—. Pareces estar de buen humor.

Kimberley parpadeó y luego se encogió de hombros. —¿Ah, sí?

—Te he visto cantando y bailando al ritmo de la música. La Kimberley de la semana pasada nunca habría hecho eso. Stephanie abrió la nevera y examinó el contenido, buscando una bebida fría y refrescante. Sus ojos se posaron en uno de los muchos refrescos que tenían allí. Coca-Cola, Fanta o incluso una cerveza de jengibre para Kim.

—¿A qué se debe esto? —preguntó, alargando la mano para coger una lata de Coca-Cola.

—Yo... hoy he visto a Jason —dijo Kimberley con naturalidad, como si mencionara a un famoso olvidado.

Los dedos de Stephanie se congelaron sobre la lata. Vaciló y luego, en lugar de sacarla, dejó que la puerta se abriera más y agarró la botella de vino tinto a medias que estaba en el estante de la puerta. Necesitaba algo más fuerte para esta conversación. La sacó, desenroscó el tapón y se giró para mirar a su hermana.

—¿Qué? —dijo, sirviéndose una copa—. ¿Cuándo? ¿Dónde? ¿Por qué? Habla. Ya.

Kimberley desvió la mirada, de repente cohibida. Bajó el fuego del hornillo y recogió la cuchara, removiendo el contenido de la sartén.

—Ha venido —dijo tras una pausa—. Me ha dicho que quería hablar.

Stephanie bebió un sorbo lento de vino, observando a su hermana por encima del borde de la copa. —¿Y?

Kimberley se encogió de hombros de nuevo, con la vista fija en la sartén. —Me ha pedido perdón. Por todo. Dice que ha estado pensando en mí. Que me echa de menos. Que lo echó todo a perder.

Stephanie entornó los ojos. —¿Ah, sí?

—Al parecer, ha roto con ella —añadió Kimberley rápidamente—. Dice que no era lo que pensaba que sería. Que se precipitó porque tenía miedo. Que cometió un error. Que yo significaba más para él de lo que se daba cuenta.

Stephanie resopló con desdén mientras dejaba la copa sobre la encimera con más fuerza de la necesaria.

—Te está mintiendo —dijo tajante.

Kimberley levantó la vista, entreabriendo los labios en una suave protesta.

—No —la interrumpió Stephanie—. Sé que quieres creerle, pero no vuelve arrastrándose porque de repente haya tenido una epifanía romántica. Acaba de romper con ella y quiere volver contigo porque se siente culpable y solo y no quiere estar solo. Así que cree que puede volver a tu vida y que le saldrá gratis. No le dejes. Solo mira por sí mismo.

Kimberley se quedó helada, con la cuchara todavía a medio remover. El sonido del siseo de la sartén llenó el silencio entre ellas, tan denso como el vapor en el aire. Entonces, sin previo aviso, se dio la vuelta, con los ojos brillando con un fervor repentino.

—¿Y si no es así? —espetó—. ¿Y si, por una vez, está diciendo la verdad? No me digas lo que tengo que hacer, Steph. Ya no tengo quince años.

Stephanie parpadeó. La brusquedad en la voz de su hermana fue como una bofetada. Inesperada. Hiriente.

—Kim...

—¿Por qué no puedes apoyarme? —insistió Kimberley, apartándose del fuego—. ¿Por qué no puedes confiar en que sé lo que hago? ¿Por qué siempre tienen que ser tus reglas, a tu manera, tu opinión? ¿Por qué no puedes dejarme tomar mis propias malditas decisiones por una vez sin aparecer de la nada como si fuera una niñita frágil a la que tienes que arreglar?

Stephanie la miró, atónita. —Siempre he velado por ti —dijo en voz baja—. Siempre. Desde que éramos niñas. Te he puesto por delante más veces de las que puedo contar, Kim. Eso no ha cambiado, y nunca lo hará. No intento controlarte. Solo no quiero que vuelvan a hacerte daño. Otra vez. Creo que estás sufriendo, sufriendo mucho, más de lo que yo pueda llegar a comprender. Y creo que te sientes vulnerable y quizá un poco sola. Pero no estás

sola. Me tienes a mí. Solo no quiero que vuelvas corriendo con él pensando que va a cambiar y a ser el hombre que creías que era.

Kimberley sacudió la cabeza. —No te tengo a ti, Steph —dijo, con la voz casi en un susurro—. Sé que me has estado evitando. Llegando tarde a casa. Quedándote fuera. Escondiéndote en tu trabajo. Comiendo por tu cuenta. Apañándotelas sola para no tener que lidiar conmigo. No creas que no me he dado cuenta. Apenas te he visto.

Stephanie frunció el ceño, aturdida por la acusación. —Eso no es—

—Estás harta de mí —dijo Kimberley, con las lágrimas asomando en sus ojos—. Lo noto. Estás harta de tenerme aquí, de cuidarme, de cargar con mis problemas. Solo que eres demasiado educada para decirlo.

Las palabras la golpearon como un puñetazo en el estómago. Dio un paso adelante, pero Kimberley retrocedió ligeramente.

—Kim —dijo Stephanie con dulzura—. Te equivocas.

—¿Ah, sí?

—Sí —afirmó—. No eres una carga. Eres mi hermana.

—Eso no significa que no me guardes rencor —replicó Kimberley —. Quizá no en voz alta. Pero lo veo. Lo siento. Entras por esa puerta cada noche y tus ojos lo dicen todo. Como si te molestara tener que lidiar conmigo, tener que lidiar con lo que me he convertido.

Stephanie exhaló y se apoyó contra la encimera. No sabía qué decir. Todo lo que Kimberley había dicho nacía de algo real, y eso era lo que más le dolía.

Porque, muy en el fondo, era verdad.

CAPÍTULO
SESENTA Y SIETE

Stephanie estaba sentada en la cama, apoyada en el cabecero, en silencio, con la puerta cerrada. Sujetaba una copa de vino a medio beber con una mano mientras que con la otra sostenía el móvil, cuya pantalla le iluminaba el rostro con suavidad. La casa estaba en calma. Kimberley había apagado la música cuando salió furiosa de la cocina para subir a su dormitorio. Stephanie se había planteado seguirla, pero al final decidió no hacerlo. Las fajitas de pollo picante de la cena seguían intactas en la sartén. Ninguna de las dos había probado bocado.

Había rememorado la discusión una docena de veces en su cabeza. Palabra por palabra. ¿Por qué no habría podido mantener la boca cerrada? ¿Por qué sentía la necesidad de intervenir? Porque la ponzoña de Jason era profunda, por eso. Conocía a los de su calaña. Sabía de lo que eran capaces. La manipulación, el encanto, la forma en que se abrían camino de vuelta a la vida de la gente. Kimberley aún no lo veía, pero Stephanie esperaba que lo hiciera.

Tras dar otro sorbo al vino, se puso a deslizar el pulgar por la pantalla del móvil sin rumbo fijo. Aunque sabía que no debía, estaba consultando las redes sociales. Poniéndose al día de los sucesos de la jornada: guerras en Europa y Oriente Medio, la pobreza extrema y

la creciente desigualdad en el mundo. Un desfile de miseria pasaba ante sus ojos, arriba, arriba, arriba. Entregada al *doom scrolling* con la esperanza de sentirse mejor, aunque el efecto era el contrario. Ya ni siquiera leía las publicaciones, solo dejaba que pasaran de largo como hojas muertas en un arroyo.

Entonces vio una foto de Cameron Walker junto a un GIF que comparaba al asesino con Hannibal Lecter. Debajo, alguien había subido una captura de pantalla de un hilo de comentarios sobre ella. La amplió y leyó los mensajes.

Deberían despedir a la inspectora jefe Broadbent.

Está claro que no está a la altura del puesto.

Cuatro asesinatos en menos de una semana... ¿cómo es que sigue al mando?

A lo mejor es ella quien lo hace. Explicaría muchas cosas.

Stephanie bloqueó el móvil y lo lanzó sobre el edredón, donde aterrizó boca abajo con un golpe sordo amortiguado por la ropa de cama. Sus dedos se apretaron alrededor del tallo de la copa. Sabía que no debía mirar, pero aquel castigo tenía algo de adictivo, como si se lo mereciera. Quizá, si leía lo suficiente, aquello la prepararía de algún modo para lo que le esperaba.

La copa tembló ligeramente cuando la dejó sobre la mesilla de noche y se frotó la cara con la mano. Estaba agotada, cansada, furiosa. Su vida laboral era un desastre, y ahora también lo era su vida doméstica.

De repente, el móvil vibró. Parpadeó y lo cogió, con el pulso acelerado.

Número desconocido.

Vaciló, con el pulgar suspendido sobre la pantalla.

Después, respondió.

—¿Diga?

—¿Steph?

Se quedó helada. La voz era cálida y familiar.

—¿Tomek?

—Sí. Soy yo. ¿Tienes un minuto?

Apoyándose de nuevo en el cabecero, exhaló lentamente. —Para ti siempre.

—Siento llamar tan tarde. No estaba seguro de si...

—No pasa nada. Créeme, no estoy durmiendo.

Hubo una pausa antes de que él continuara. —He visto los titulares. Y he visto las notas internas sobre la llegada del superintendente. Es una faena. Solo quería ver cómo estabas.

—Eso no es propio de ti —dijo Stephanie, acomodando la almohada tras su espalda—. Interesarte por alguien. Ser amable. ¿Te encuentras bien?

Tomek se rió entre dientes. —No te acostumbres. Sigo siendo un capullo la mayoría de los días. Solo he visto cómo te ponían de vuelta y media y he pensado que te vendría bien hablar.

—Empezaba a pensar que habías olvidado que existo —murmuró ella.

—Qué va. Sería difícil olvidarte, sobre todo con tu cara saliendo en todas las malditas noticias.

Ella se rió. —No es precisamente la reputación que buscaba.

—Sé lo que es. Te encargan lo imposible y luego alguien de arriba empieza a olisquear porque no le gusta que hagas las cosas a tu manera. Y en lugar de dar un paso atrás, mandan en paracaídas a algún oficial flamante para que te *apoye*. Si te soy sincero, pensé en lanzarme yo mismo en paracaídas, pero por desgracia no tengo presupuesto para alquilar un helicóptero por un día.

—Qué pena —dijo Stephanie, logrando una leve sonrisa—. Habría pagado una buena suma por verte hacer eso.

—Mira —continuó Tomek, suavizando el tono—, sé que estás en el ojo del huracán. Yo he pasado por eso. He trabajado con muchos inspectores a lo largo de los años. Algunos buenos, otros una mierda. ¿Pero tú? Tú eres de las mejores, Steph.

—No lo dices en serio.

—Claro que sí. Pero no me hagas repetirlo, ¿vale? Tengo una reputación que mantener.

Ella se rió. Una risa de verdad, esta vez, discreta y cálida.

—Mantén la cabeza alta, Steph. Tú puedes con esto. Siempre has podido. Son rollos políticos. No es nada personal, ¿de acuerdo? Has pasado por mucho. No dejes de recordártelo.

Un calor extraño se extendió por su pecho.

—Gracias, Tomek —dijo en voz baja—. De verdad. Necesitaba oír eso esta noche.

—Cuando quieras. Bueno, cuando quieras no. No puedo estar llamándote para charlas afectuosas de medianoche a menudo.

—Una lástima. Se te dan realmente bien.

—Vete por ahí.

Ambos rieron de nuevo.

—Deberíamos vernos para charlar en condiciones en algún momento —dijo él—. Pronto. Tomar un café. O una caña. Puedes ponerme al día de todos los cotilleos sobre Fiona y Rachel.

Stephanie sonrió con sorna. —Tendré que mirar mi agenda. Es posible que pronto me quede sin trabajo, así que podría tener todo el tiempo del mundo —bromeó—. Pero sí, me parece un buen plan.

CAPÍTULO
SESENTA Y OCHO

A la mañana siguiente, Heskett programó una reunión de equipo para el mediodía, más tarde que las nueve, que era la hora habitual de Stephanie. Dijo que era para dar al equipo más tiempo para reunir pruebas y terminar de preparar sus últimas actualizaciones. Pero la cínica que llevaba dentro sospechaba que no era más que una excusa para ponerse al día con la lectura nocturna que le habían entregado para que se familiarizara con los entresijos del caso.

Para cuando entró en la sala de operaciones, ya estaba medio llena. Tomó asiento con el resto del equipo, ligeramente encorvada, con las manos entrelazadas en el regazo. Heskett le había dejado claro que no estaba invitada a quedarse de pie al frente junto a él, un juego de poder para recordarle quién mandaba.

—Gracias por venir, a todos —dijo Heskett, de pie junto a las pizarras blancas y con un aspecto impecable con una camisa blanca bien planchada—. Sé que el mediodía rompe un poco con la rutina, pero quería daros a todos algo de espacio esta mañana. La última semana ha sido intensa. Todos habéis estado trabajando duro y os agradezco el esfuerzo. Entremos en materia. Devon, ponnos al día sobre los tipos que trajeron anoche.

Stephanie se enderezó ligeramente; un ceño fruncido se formó antes incluso de que él terminara de hablar. Miró de Heskett a Devon, con la confusión oprimiéndole el pecho.

—¿Qué gente? —preguntó, interrumpiendo bruscamente.

Devon vaciló, mirando a Heskett antes de responder.

—Un par de tipos de esos amantes del amor libre y la naturaleza fueron encontrados vagando por el Devil's Punch Bowl en la madrugada —explicó Devon—. Llevaban máscaras de animales —de cabra y de ciervo, el mismo tipo de máscaras que usa nuestro asesino—. Estaban cantando, bailando y hablando de Mother Ludlam cuando unos agentes de patrulla los encontraron y los detuvieron.

Stephanie frunció el ceño. —¿Me estás diciendo que un grupo de personas con máscaras, haciendo referencia a una leyenda local vinculada a estos asesinatos, fue encontrado en el bosque anoche y me estoy enterando ahora?

—Eran gente que solo buscaba perder el tiempo —dijo Devon rápidamente—. Drogados, lo más probable. Haciendo algún vídeo de TikTok o Instagram para conseguir «me gusta». Los de uniforme los trajeron, los interrogaron y los soltaron en cuanto quedó claro que estaban tomando el pelo.

Stephanie se cruzó de brazos, sintiendo que el calor le subía a los ojos. —¿Y a nadie se le ocurrió decírmelo? —dijo, dirigiendo su frustración más a Heskett que a Devon.

El superintendente se aclaró la garganta. —Se evaluó y se gestionó. No pensamos que valiera la pena molestarte en la madrugada.

Stephanie se mordió el interior de la mejilla y se obligó a permanecer sentada.

Devon se encogió de hombros con torpeza. —Los hemos registrado, jefa. Las cámaras corporales lo captaron todo. Tenemos

las grabaciones si las quiere.

—Las quiero —dijo Stephanie de inmediato.

Heskett arqueó una ceja, pero no discutió. —No nos distraigamos —dijo con prontitud, golpeando la pizarra con un rotulador con tapa —. Ese numerito ya está resuelto. Lo que importa es el caso. ¿Qué sabemos? ¿Quién tiene algo para mí?

Durante un momento, nadie habló. La mirada de Stephanie recorrió el equipo. Olivia fruncía el ceño ante su libreta. Noah parecía medio dormido. Fiona, evitando los ojos de Stephanie, estaba ocupada hojeando sus notas.

Entonces Giles se aclaró la garganta.

—¿Señor? —dijo, levantando la mano a medias—. Creo que he encontrado algo. Algo... importante.

Todas las cabezas se giraron.

Heskett asintió. —Adelante, pues.

—Creo que hemos estado enfocando esto de forma equivocada —dijo Giles, levantándose con un temblor de emoción en la voz—. Pero totalmente equivocada. Hemos estado tratando de averiguar cómo elige el asesino a sus víctimas, ¿verdad? Intentando conectarlas a través de las redes sociales o la actividad en línea. Pero creo que hemos pasado por alto lo obvio.

Stephanie se enderezó, con un destello de curiosidad atravesando su bruma de frustración.

Heskett arqueó una ceja. —De acuerdo. Explícate.

Giles miró alrededor de la sala como asegurándose de que todos escuchaban. Tomó aire y comenzó. —Bueno, hablé con el responsable de bienestar escolar de Maddie y Bailey —dijo—. Intentaba hacerme una idea de qué pasó con las quejas que habían recibido de los padres de Maddie, y admitió que fue un descuido. El profesor con el que hablaron originalmente Mark y Laura Trent se

olvidó del asunto porque su madre ingresó en el hospital por un ictus ese mismo día, así que nunca le llegó la información. Pero mientras hablaba con él, mencionó algo que me pareció bastante interesante.

—¿Qué?

—Al parecer, aproximadamente una semana antes de que empezaran los ataques, el colegio tuvo a un ponente invitado. Dio un seminario completo sobre seguridad en línea, ciberacoso, responsabilidad en las redes sociales, todo eso.

—¿Y...? —lo apremió Heskett.

—Fue Shane Ricks —dijo Giles.

Silencio.

Stephanie parpadeó. Su mente se detuvo una fracción de segundo antes de ponerse en marcha a toda velocidad.

—¿Qué? —dijo ella.

—Sí —Giles asintió—. Ricks fue a hablar con los chavales. Y aquí viene lo mejor: mientras estaba allí, el profesor al que los padres de Maddie informaron del acoso lo recordó todo y habló con Shane sobre la situación con Maddie y Bailey. El profesor le dio todos los detalles, pidiéndole consejo y apoyo. Mostrándole capturas de pantalla, nombres, mensajes que se habían enviado. Todo. Por lo que parece, a ese tipo no se le debería confiar ninguna información.

La sala se quedó helada. Stephanie pudo sentir el cambio en el ambiente.

—Madre mía —murmuró Fiona.

—Extrajo las palabras de las capturas de pantalla —susurró Olivia —. Así es como lo supo.

Giles asintió. —Y la gente que asistía a sus seminarios —continuó —. Aquellos que habían recibido abusos por parte de Stuart Pritchard y Alan Jeffries. Me he puesto en contacto con un par de

personas que fueron, y me han confirmado que se les pidió que compartieran ejemplos de ataques y abusos que habían recibido en internet, y luego él les dio ideas y consejos para lidiar con ello. Le dieron toda la información que necesitaba porque ¿por qué no iban a hacerlo? Confiaban en él. No se les pasó por la cabeza que fuera a tomar nota de los nombres y detalles de Stuart y Alan para ir a por ellos.

Los pensamientos de Stephanie se aceleraron. Caras. Nombres. Conexiones. Todo encajaba de repente.

—Me cago en todo —masculló Devon.

Heskett no dijo nada durante un buen rato. Estaba de brazos cruzados, con la boca apretada en una línea tensa.

Stephanie miró a Giles. —¿Es seguro?

—Segurísimo —dijo Giles—. Hemos conseguido que el colegio confirme que estuvo allí. Las listas del seminario de la gente que asistió. Yo diría que todo cuadra.

—¿Qué hay de una conexión con Cameron Walker? —preguntó Heskett.

Giles chasqueó los dedos. —Pensé que nunca lo preguntaría —dijo, y luego se aclaró la garganta—. Me he puesto en contacto con la terapeuta de Cameron esta mañana, y me ha informado de que Shane es un contacto suyo al que ha recurrido en el pasado para obtener apoyo específicamente en materia de formación sobre redes sociales. Le ha enseñado a concienciar a sus pacientes sobre los peligros de estas, estrategias para lidiar con el estrés, etcétera. Naturalmente, Cameron compartió muchos de los mensajes y publicaciones que había estado enviando a la gente, y su terapeuta me confirmó que esa información se compartió con Shane. Aparte del hecho de que rompió la confidencialidad del paciente, le siguió el juego sin darse cuenta.

Por un momento, la sala de operaciones permaneció suspendida en un silencio de asombro. Incluso los ruidos de fondo parecieron desvanecerse en la nada. La revelación se extendió como una niebla lenta, calando en cada rincón de la habitación.

Ricks.

El puto Shane Ricks.

Stephanie podía ver la cara del hombre en su mente, el traje impecable, el carisma, el encanto, la sonrisa, de pie al frente de la sala mientras hablaba de autenticidad mientras hacía todo lo contrario, ocultando un secreto oscuro y mortal.

Todo tenía sentido ahora.

El pulso de Stephanie latía tras sus ojos. Una marea creciente de rabia, vergüenza y un mareante remolino de reivindicación y horror se hinchó en la boca del estómago. La respuesta había estado justo delante de ella.

Entonces su teléfono vibró.

Stephanie bajó la mirada a la pantalla en su regazo.

Era de un número que no conocía. Un único mensaje.

Su pulgar vaciló, sintiendo un frío repentino. Luego pulsó.

Se cargó una foto.

Se le encogió el estómago.

Devolviéndole la mirada, ocupando toda la pantalla, estaba Craig Walsh, el hombre que había estado arrastrando su nombre por el fango. Inconsciente, sin camiseta, tumbado sobre una mesa de madera, con los brazos colgando inertes a los lados, con los ojos cerrados.

La próxima víctima de Shane Ricks.

CAPÍTULO
SESENTA Y NUEVE

La comisaría entera se sumió en el pánico en cuanto Stephanie les enseñó la foto. Se movilizó a todos los agentes disponibles. Se enviaron alertas sobre el teléfono de Shane Ricks, su vehículo y su domicilio registrado. El equipo monitorizó la actividad financiera, rastreó sus movimientos a través de cámaras de reconocimiento de matrículas y de CCTV; cualquier cosa que pudieran encontrar. Mientras tanto, un equipo de agentes uniformados había terminado de registrar la propiedad de Craig. No habían hallado ni rastro de él, ni señales de entrada forzada. Había desaparecido. Y mientras los miembros del equipo centraban su atención en los vecinos, realizando encuestas puerta a puerta, Stephanie y Fiona se dirigieron a la hermana de Craig, que vivía en el mismo edificio, unos pisos más arriba. Si existía alguna posibilidad de que siguiera vivo, tenían que actuar rápido. Y su hermana podría haber sido la última persona en verlo con vida. Fiona llamó al timbre del piso de la hermana de Craig y esperaron.

Al cabo de un momento, la puerta se abrió. Una mujer de unos cincuenta y largos asomó la cabeza, con aspecto agotado, como si trabajara de noche o no hubiera dormido bien en semanas. Tenía la misma estatura y complexión que su hermano, y el parecido era

asombroso. De no ser por el pecho y el pelo más largo, Stephanie habría pensado que lo estaba mirando directamente a él.

—¿Sandra Walsh? —preguntó Stephanie, mostrando su placa.

—¿Sí?

—Soy la inspectora Stephanie Broadbent y esta es la agente Fiona Singleton. Estamos haciendo un seguimiento sobre su hermano, Craig. ¿Le importa si pasamos para hablar un momento?

La expresión de Sandra cambió; un destello de confusión cruzó su rostro. —¿Craig? ¿Ha pasado algo?

Se intercambiaron una mirada y Fiona intervino. —Actualmente es una persona de interés para una investigación en curso. ¿Podemos pasar?

Sandra dudó un instante antes de abrir la puerta del todo.

—Está bien —masculló—. Pero no me gusta nada cómo lo han estado tratando. Sacarlo de aquí a rastras delante de los vecinos como si fuera un pederasta. ¿Os creéis que no me he enterado? Debería daros vergüenza.

Stephanie entró en el piso. El aire estaba cargado de olor a cebolla frita, colada húmeda y un ambientador rancio. En el salón, había ropa secándose sobre los radiadores y se oía el murmullo de la televisión matinal en una pantalla plana que parecía demasiado cara para la habitación en la que estaba.

—Él no ha hecho nada malo —continuó Sandra, de brazos cruzados, mientras se quedaba junto a la puerta mirándolas con hostilidad.

Stephanie se volvió hacia ella. —Sandra —dijo con calma—, el motivo por el que trajeron a Craig antes, y el motivo por el que intentamos encontrarlo ahora, es porque me ha estado enviando mensajes personales, injuriosos y malintencionados por internet.

Sandra abrió la boca, dispuesta a replicar, pero se contuvo. Se dejó caer en el brazo del sofá, con el cuerpo flácido como si se hubiera desinflado. —Maldita sea —dijo en voz baja—. No lo sabía. No sabía que estaba haciendo *eso*.

Fiona permaneció en silencio junto a Stephanie, observando, recorriendo el espacio con la mirada.

—Necesitamos saber cuándo fue la última vez que vio o supo de su hermano —explicó Stephanie.

Sandra asintió, todavía aturdida. —Ayer por la tarde. Me envió un mensaje para decir que lo soltaban y que venía a casa desde la comisaría.

—¿Dijo que volvía aquí?

—Sí. Dijo que estaría de vuelta sobre el mediodía, pero que tenía que comprar algo de comida por el camino. Le pregunté si le apetecía sentarse a comer, los dos solos, pero dijo que no estaba de humor. Que solo quería comer, dormir y estar solo.

—¿Y no lo ha visto desde entonces? —preguntó Fiona.

Sandra negó con la cabeza. —No desde antes de que os lo llevarais. Supuse que necesitaba tiempo. Imagino que todo le resultó bastante estresante. Probablemente no fuera bueno para su corazón.

A Stephanie se le frunció el ceño. Intercambió una mirada penetrante con Fiona antes de volver a centrarse en Sandra.

—¿Su corazón?

Sandra asintió despacio, como si le sorprendiera que no lo supieran ya. —Sí. Craig tiene una afección cardíaca. Nada grave, pero se supone que tiene que tomar pastillas dos veces al día. Tuvo un par de episodios hace unos años. Desmayos. Dolor en el pecho. Los médicos le dijeron que cambiara de dieta, que evitara el estrés y todo eso... pero no hacía mucho caso. El típico Craig.

Un peso frío se instaló en el pecho de Stephanie. Volvió a pensar en la foto. Si Ricks le había denegado la medicación, o si el propio impacto de la situación había desencadenado algo, Craig ya podría estar sufriendo. Por no mencionar el daño de la herida incipiente en su estómago.

—Sandra, ¿notó a alguien fuera ayer por la tarde o por la noche? —preguntó Fiona—. ¿Algún coche desconocido aparcado cerca? ¿Alguien merodeando por el edificio que no perteneciera aquí?

Sandra negó con la cabeza. —No. A ver, siempre hay alguien perdiendo el tiempo por aquí: camellos, críos, colegas, chavales esperando a que sus novias terminen de discutir con sus madres. Pero nadie me llamó la atención. Nadie que no hubiera visto antes.

Stephanie dio un paso adelante, con voz baja y controlada. —Sandra, esto es serio. Craig ha desaparecido. Creemos que ha sido secuestrado y la persona que se lo ha llevado es extremadamente peligrosa. Estamos haciendo todo lo posible para localizarlo, pero necesitamos su ayuda. Cualquier cosa que recuerde, por pequeña que sea, podría marcar la diferencia.

El rostro de Sandra se descompuso y le tembló ligeramente el labio. —Dios mío. ¿Secuestrado? —Sí.

—¿Cuándo?

—Basándonos en lo que nos ha contado, en algún momento de ayer por la tarde. Posiblemente hace más de veinticuatro horas.

Sandra ahogó un grito. —¿Más de veinticuatro horas? —repitió, alzando la voz—. ¿Me estáis diciendo que mi hermano lleva desaparecido un día y nadie se ha molestado en venir a preguntar hasta ahora?

Stephanie mantuvo la compostura. —Solo hemos tenido constancia de su desaparición este mediodía.

Sandra se levantó del sofá. —Lo de siempre —espetó, señalando a Stephanie con el dedo—. Sois unos inútiles. Unos completos inútiles.

Stephanie no dijo nada y se dirigió hacia la salida. No necesitaba escuchar aquello. Tenía cosas mejores que hacer que oír a la hermana de Craig repetir las mismas quejas que ya había soltado su hermano.

CAPÍTULO
SETENTA

Devon contuvo el aliento y movió la rodilla con impaciencia mientras observaba desde el coche cómo los agentes de la unidad de armas de fuego echaban abajo la puerta de la casa de Shane Ricks. Shane vivía en una pequeña casa unifamiliar en Hindhead, a poca distancia del Devil's Punch Bowl y de Churt Common. Su hogar era un lugar modesto y anodino que se mimetizaba con las otras casas de la zona residencial. Según la jefatura de tráfico, dos vehículos estaban registrados a su nombre: una pequeña furgoneta camper y un Golf GTI, pero solo uno se encontraba en la entrada. La furgoneta camper, que Devon estaba seguro de que Shane había utilizado para recoger y transportar a sus víctimas, no estaba allí. Era el vehículo que habían estado buscando, y había desaparecido. Se había emitido una alerta sobre la matrícula a través del sistema de reconocimiento de matrículas, las cámaras de seguridad y todas las unidades locales disponibles, mientras Olivia lo orquestaba todo desde la oficina.

No fue hasta que la radio del salpicadero cobró vida un rato después que Devon soltó por fin el aire de sus pulmones.

—La casa está despejada —dijo la voz calmada del jefe del equipo de operaciones tácticas—. No hay señales de vida. Parece

que el lugar ha sido abandonado con prisas. Ni rastro del sospechoso ni de ninguna posible víctima. Pero creo que querrán entrar y echar un vistazo a esto.

Devon y Noah intercambiaron una mirada de preocupación y ansiedad antes de que Noah abriera la guantera y sacara dos pares de guantes de goma. Le lanzó un par a Devon, quien los cogió al vuelo y se los puso de inmediato antes de salir del coche.

Un viento gélido azotó la calle cuando Devon cerró la puerta del coche de un portazo a sus espaldas. Le enganchó el dobladillo del abrigo, haciéndolo ondear alrededor de sus piernas como una capa. Arriba, las nubes colgaban bajas y pesadas; el cielo era un bloque de gris pálido manchado con sombras más oscuras. Empezó a caer una fina llovizna. No lo suficiente como para empaparlo, pero sí para filtrarse por el cuello de la prenda.

Devon sentía cómo la anticipación aumentaba con cada paso, conteniendo el aliento de nuevo mientras se preparaba para lo que le esperaba. Noah caminaba a su lado, con los hombros tensos bajo el abrigo. Ninguno de los dos pronunció palabra.

En el umbral de la puerta destrozada, dos agentes se hicieron a un lado y uno de ellos asintió. —Por ahí, sargento —dijo en voz baja.

El interior de la casa estaba impecable. Demasiado impecable. Todo estaba en su sitio; los abrigos colgados en las perchas, los zapatos —incluido un par de Nike Air Max 95— colocados junto a la puerta, y la alfombra del pasillo perfectamente centrada. Todo demasiado ordenado.

Más agentes uniformados esperaban en el pasillo. Ellos también se apartaron en silencio, como si fueran reacios a volver a entrar; su lenguaje corporal lo decía todo. Devon sintió que el corazón empezaba a martillearle con un ritmo constante y funesto.

El pasillo formado por los agentes los condujo a través de la cocina hasta el comedor.

Devon se quedó muerto en el umbral.

Tres agentes permanecían en silencio alrededor de la mesa que ocupaba el centro de la estancia, con los ojos clavados en ella como si fuera sagrada. O maldita. Devon se acercó más; la goma de sus guantes crujió suavemente al flexionar los dedos. La mesa era rectangular, de roble, y estaba cubierta de sangre. La superficie estaba resbaladiza por ella, con manchas arrastradas en arcos largos y horribles, como si alguien hubiera intentado limpiarla con las manos desnudas y hubiera fracasado. O peor aún: como si alguien hubiera sido arrastrado por encima de ella.

Devon tragó saliva y pensó en Craig Walsh, yaciendo allí, inconsciente, mientras lo abrían en canal y la sangre manaba de su cuerpo. El fluido se había filtrado en las vetas de la madera, tiñéndola. En algunos puntos, el rastro se había alterado de nuevo, con huellas dactilares impresas y marcas emborronadas a los lados. La silla más cercana a la mesa estaba ligeramente torcida; una de sus patas cubría el borde de un cerco oscuro donde la sangre se había estancado.

A Devon se le revolvió el estómago.

A la derecha de la mesa había un aparador destartalado, a la altura de la cintura, con una hilera reluciente de productos de limpieza: lejía, amoníaco, alcohol quirúrgico. Un paquete a medias de toallitas industriales yacía tirado a su lado, algunas cubiertas de sangre. Quizá Shane había intentado limpiar el rastro antes de irse, pero se había quedado sin tiempo, o quizá aquellos artículos solo estaban allí de adorno. Devon no lo sabía.

Al lado de los productos químicos había un frutero de cerámica, decorativo, como el que se encontraría en un centro de mesa. Pero

en lugar de manzanas o naranjas, estaba lleno de palos y piedras, trozos de corteza y detritos, todo cuidadosamente seleccionado, como si Shane hubiera ido de compras al bosque.

Junto al cuenco había una bandeja metálica, del tipo que Devon había visto en la habitación del hospital cuando el médico les mostró los palos y piedras hallados en el cuerpo de Bailey Ward. Dispuestos ordenadamente en filas había cuchillos de diversos tipos y longitudes: hojas de cocina, navajas automáticas. Junto a ellos reposaban una aguja, algo de hilo y unas tijeras, todo cubierto de sangre. Todo usado.

Noah masculló algo entre dientes, casi inaudible.

—Madre mía —susurró Devon, y luego miró a Noah—. Necesitamos a la Científica aquí. Ya mismo. Y dile a Steph que hemos encontrado el lugar del crimen.

CAPÍTULO
SETENTA Y UNO

Al caer la tarde, la noche empezó a cerrarse; el cielo se había vuelto plomizo y la temperatura había caído en picado.

Sin embargo, la búsqueda seguía sin dar resultados.

El teléfono de Shane Ricks se había apagado poco después de enviar la fotografía. No había utilizado sus tarjetas bancarias y no había nuevos avistamientos en las cámaras de seguridad que no se hubieran verificado y descartado ya. Era como si ambos se hubieran esfumado de la faz de la tierra.

O, como Stephanie consideraba más probable, habían encontrado un lugar donde esconderse en algún punto de las colinas de Surrey. Se apoyó contra el escritorio, sosteniendo el teléfono entre el hombro y la oreja mientras Milton hablaba con voz distante.

—Tengo agentes rastreando todas las vías de acceso de aquí a Farnham —dijo ella, mirando por la ventana hacia la oscuridad—. Patrullas rotuladas, agentes de paisano, unidades caninas. Todo el despliegue. —Hizo una pausa, hojeando las notas que tenía en la mano—. La furgoneta es una VW California Ocean gris de 2016. Es enorme y, con suerte, fácil de reconocer; alguien tiene que haberla visto.

—Puedo incluir eso en la publicación —respondió Milton.

Stephanie se cambió el teléfono de oreja mientras se frotaba con la mano libre el nudo que se le estaba formando en la base de la columna. —Estamos hablando con la familia, con amigos, con cualquiera que haya podido verlo recientemente. Pero necesitamos que la gente colabore. Si alguien ha visto algo inusual en el bosque esta tarde o noche, queremos saberlo. Por pequeño que sea.

Milton emitió un gruñido de asentimiento. —Haré que lo añadan. —Hizo una pausa—. ¿Cómo se las ha apañado para hacer esto? Me tiene desconcertado.

—Vivía justo en el centro de las cuatro ubicaciones, justo fuera del perímetro de las encuestas puerta a puerta que el equipo ha realizado en la última semana y media —explicó ella, mientras una luz roja y blanca parpadeaba en el cielo, desplazándose lentamente al otro lado de la ventana—. Creo que ha estado recogiendo a sus víctimas, llevándolas a su casa, abriéndolas en canal, limpiando y luego volviéndolas a depositar en el bosque para volver a casa en mitad de la noche, dejando la furgoneta en el garaje como si nada hubiera pasado.

Milton exhaló con fuerza al otro lado de la línea. —Dios mío. ¿Y nadie oyó ni vio nada?

—Parece ser que no —contestó Stephanie—. No nos deja en muy buen lugar que estuviera justo en el corazón de todo y no nos diéramos cuenta.

—No puedes registrar cada casa, Steph...

Se hizo un silencio entre ellos. Stephanie miró el reloj de la pared. Casi las seis.

Entonces Milton se aclaró la garganta. —Actualizaremos nuestras redes sociales y lanzaremos todas las publicaciones lo antes posible para ayudar a encontrar a este tipo. Y veré qué puedo hacer con...

El teléfono de Stephanie vibró en su palma. Se lo apartó de la oreja y echó un vistazo a la notificación, ignorando el dolor que le recorrió la muñeca. Era un mensaje de texto de un número desconocido, distinto al que Shane había usado antes para escribirle.

Se le dio un vuelco el corazón. Abrió el mensaje.

La imagen tardó un momento en cargarse, pero no necesitaba verla para saber que sería horrible. Ya se le había quedado el cuerpo frío.

Entonces apareció.

Craig yacía de costado en lo que parecía una cueva estrecha, acurrucado como un muñeco desechado. Su rostro estaba pálido, perlado de sudor. Sus muñecas parecían estar atadas, aunque una sombra ocultaba los detalles. Había sangre seca en su sien y en el suelo de piedra bajo él.

Parecía apenas consciente.

Bajo la foto aparecía una línea de texto:

Venga a la cueva de Mother Ludlam si quiere que sobreviva. Su destino está en sus manos, inspectora. ¿Cree que este hombre merece morir esta noche?

Se le heló la sangre.

Su pulgar se quedó suspendido sobre el mensaje, con el corazón golpeándole contra las costillas.

La voz de Milton regresó débilmente a través del receptor, distante, casi metálica.

—¿Steph...? ¿Sigues ahí?

Ella parpadeó, regresando a la realidad de la habitación, y volvió a llevarse el teléfono a la oreja.

—Tengo que irme —dijo ella, con voz repentinamente seca y queda.

—¿Qué ha pasado?

Colgó antes de responder. Durante un momento, permaneció inmóvil en medio del despacho, con el texto grabado a fuego en su visión. Se quedó mirando el mensaje, mientras el brillo de la pantalla le iluminaba el rostro con una luz pálida. Fuera de su oficina, la sala de investigación bullía levemente, pero todo se sentía lejano, como si estuviera sumergida, escuchando el mundo desde el fondo de un lago.

Su pulgar flotó sobre el mensaje.

Bórralo.

El pensamiento surgió de la nada. Pero no lo desechó. Al menos no de inmediato. Si lo borraba, nadie lo sabría. No habría registro, ni pruebas, ni preguntas. Nadie preguntaría por qué no actuó lo bastante rápido, por qué no respondió, por qué no detuvo aquello.

Nadie sabría que se le había dado la opción, el poder de salvar la vida de un hombre... o no hacerlo.

Tragó saliva con dificultad y dejó el teléfono boca abajo sobre el escritorio.

Craig Walsh no era inocente. No era un hombre indefenso y libre de culpa que se hubiera metido en un lío por accidente. La había herido, la había atormentado. La había hecho dudar de sí misma, despertando sus peores recuerdos, su vergüenza, su rabia.

Y ahora... ahora yacía sangrando en una cueva, a merced de un hombre que había hecho lo mismo a otros, potencialmente al borde de la muerte.

¿Acaso era algo tan terrible?

Sus ojos buscaron de nuevo el teléfono, todavía boca abajo.

No lo cogió.

Todavía no.

El reloj de la pared seguía marcando los segundos.

CAPÍTULO
SETENTA Y DOS

Caminaba de un lado a otro; el teléfono descansaba ahora boca arriba en el borde del escritorio, con la pantalla mostrando todavía la imagen del cuerpo destrozado de Craig, atrapado en aquella cueva.

Entonces, la imagen cambió.

Clive. El hombre que había muerto por su culpa. Imaginó su cuerpo desplomado en la silla, sostenido por la cuerda que le rodeaba el pecho. Tenía los ojos aún abiertos, mirándola, a través de ella, más allá de ella.

No lo había salvado. No había sido capaz. Tenía las manos manchadas con su sangre.

Pero esta vez…

Esta vez, *podía* salvar a alguien. Podía salvar a Craig. Enmendar su error, expiar lo que le había ocurrido a Clive.

Era lo que debía hacer.

Tras respirar hondo, cogió el teléfono del escritorio y salió de su despacho a grandes zancadas, con pasos enérgicos y decididos, y el corazón atronándole contra las costillas. En cuanto entró en la sala de operaciones principal, el ruido la golpeó como un muro. Teléfonos sonando, teclados repiqueteando, el zumbido de las conversaciones

entre las mesas. Su mirada se posó en Giles, encorvado ante su ordenador de sobremesa con los auriculares al cuello. Alzó la vista cuando ella se acercó.

—¿Alguna actividad en el número de Shane? —preguntó ella con brusquedad, cortando el ruido imperante.

—Nada —respondió él.

Stephanie desbloqueó el teléfono y se lo puso delante de la cara a Giles.

Él cogió el dispositivo, quedándose mirando la imagen un instante de más antes de dirigir la vista al texto de abajo.

—¿Cuándo ha llegado esto? —preguntó en voz baja.

—Hace unos minutos —respondió Stephanie, aunque le habían parecido treinta. Se giró para dirigirse al resto de la sala.—¡Atención, todos! Acabamos de recibir un mensaje. Shane ha enviado una ubicación: Mother Ludlam's Cave. Tiene a Craig, y no está en buen estado.

Se oyeron exclamaciones de sorpresa y murmullos mientras las sillas chirriaban y la gente se ponía en pie.

—No tenemos tiempo que perder —continuó ella—. Quiero averiguar dónde está esa cueva, y quiero a todo el personal disponible allí abajo. Pero no entrarán hasta que yo lo diga.

Antes de que pudiera seguir, el superintendente apareció a su lado, atraído por el cambio en el ambiente. —¿Qué está pasando aquí? —preguntó con tono acusatorio, mientras su mirada pasaba del rostro de ella al teléfono que Giles aún tenía en la mano.

Stephanie lo puso al corriente rápidamente.

—¿Me estás tomando el pelo?

Stephanie negó con la cabeza. —Ojalá fuera así, señor.

La expresión del superintendente se ensombreció. —Entonces no perdamos el tiempo. Acordonad la zona y entrad con todo.

—No. —Stephanie se giró para encararlo— No podemos hacer eso.

Él arqueó una ceja. —¿Perdón?

—Si entramos a la fuerza, me temo que Shane matará a Craig en el acto. Me ha enviado el mensaje directamente a mí. Lo que le ocurra a Craig está relacionado conmigo. —Le sostuvo la mirada—. Tengo que entrar sola.

El silencio recorrió la sala como un trueno.

El superintendente parpadeó. —¿Quieres meterte de lleno en una trampa?

—Quiero entablar una negociación —respondió ella—. Una en la que saque a Craig con vida y detengamos a Shane sin que muera nadie.

Richard Heskett no respondió de inmediato; mantenía la mirada fija en la de ella, mientras el peso de la decisión recaía sobre sus hombros. A su espalda, en la sala de operaciones, todos contenían el aliento, como un ente vivo lleno de nervios, preguntas y pantallas parpadeantes.

Volvió a mirar el teléfono, la imagen del cuerpo de Craig, maltrecho y destrozado.

Luego miró de nuevo a Stephanie.

Por su expresión, estaba claro que no le gustaba. Ni lo más mínimo. La idea de dejarla entrar sola iba en contra de todos sus instintos. Pero ambos sabían que este no era un caso convencional.

Y si ella tenía razón…

Si no era ella quien entraba…

Craig estaría muerto antes de que los refuerzos llegaran a mitad de la cueva.

—Procede según lo previsto —dijo él con voz baja, reticente, pero decidida—. Seguiremos tus instrucciones. Pero si la cosa se

tuerce ahí dentro…

—Lo sé —dijo ella—. Hará lo que tenga que hacer.

CAPÍTULO
SETENTA Y TRES

El aire en el interior de la cueva palpitaba como el latido de algo antiguo y vigilante. Shane estaba acuclillado junto a la pared, con la máscara de cabra ocultándole el rostro; la luz de la linterna proyectaba una larga sombra sobre el hombre deshecho que se ovillaba en el suelo a su lado.

Como si estuviera ensayado, Craig gimoteó, un sonido lastimoso que brotó de él en cuanto Shane lo miró.

—Chitón —susurró.

Pero Craig no se detuvo. Su boca se movía incesantemente, suplicando, rogando por su vida, quejándose del dolor en el pecho.

Shane se levantó despacio y se acercó, poniéndose en cuclillas a su lado. —He dicho chitón —repitió con voz suave—. ¿Quieres que nos encuentren demasiado pronto? ¿Quieres que esto termine sin ella?

La cabeza de Craig cayó hacia atrás, con los ojos vidriosos. Menudo pedazo de carne flácida, inútil y patética, pensó Shane.

—Por favor... déjame ir —graznó—. El pecho... El corazón... Mi...

—Estás bien. —Shane puso un dedo sobre los labios agrietados de Craig—. No estropees el momento.

Craig sollozó, un sonido ahogado y patético, y Shane se apartó un poco, apoyándose sobre los talones.

—La sientes, ¿verdad? —susurró, echando un vistazo alrededor de la cueva—. Sientes su presencia. La Madre Ludlam. Está aquí. Siempre está aquí. En la piedra. En el aire. —Apoyó una mano enguantada contra la fría pared que tenía al lado—. Esta es su matriz. Su santuario. Su sala de justicia. —Cerró los ojos un instante, inhalando profundamente, como si extrajera poder del aire húmedo —. La invoqué. Le pedí fuerza. Claridad. Y me la dio. Siempre me la da. —Volvió a mirar a Craig, ladeando la cabeza como un niño curioso—. Ya viene —continuó, casi vertiginoso—. En cualquier momento. Oirás sus botas sobre la grava. Su voz resonando en estas paredes. Y entonces se decidirá todo. Tu destino lo determinará Stephanie...

Se inclinó hasta que Craig pudo sentir su aliento tras la máscara.

—Ahora ella es la jueza, Craig. ¿No es poético? La mujer a la que hiciste daño. La mujer a la que atormentaste. Y ahora ella decidirá si sales de aquí de una pieza... o si tu alma gorda, inútil y patética se pudre en esta cueva por toda la eternidad.

Craig sacudió la cabeza con debilidad. —No... no, por favor...

Shane se puso en pie, sacudiéndose el polvo de las rodillas. Empezó a caminar trazando un arco lento y pausado, como si el tiempo mismo se hubiera detenido para adaptarse al momento. Un maestro de ceremonias preparándose para la ronda final.

—¿Crees que te salvará? —preguntó—. ¿Después de todo lo que le hiciste? Has sido un niño malo, Craig. Muy, muy malo.

Se detuvo para mirar de arriba abajo al hombre que yacía en el suelo.

—¿Te mereces que te salven?

Craig no respondió. No podía. Se limitó a sollozar de nuevo, entrecortado y hundido, acurrucado sobre sí mismo como un perro apaleado.

Shane consultó su reloj.

—Falta poco —susurró—. De un momento a otro. Tic-tac... Tic-tac...

CAPÍTULO
SETENTA Y CUATRO

Los bosques de Moor Park, donde se encontraba la cueva de Mother Ludlam, se alzaban a su alrededor como un muro oscuro e interminable de árboles, sombras y silencio. Stephanie avanzaba con tiento y lentitud, usando la linterna para iluminar el camino frente a ella. Por detrás, fuera de su vista, el resto del equipo esperaba; a una distancia de entre treinta y sesenta metros, fuera del alcance del sonido o de la luz. Estaba sola. Completamente sola.

Y cada fibra de su ser era consciente de ello.

Su aliento formaba vaho en el aire frío. Ya empezaba a sentir el agarrotamiento en los muslos; el ardor de la tensión y la anticipación se intensificaba cada vez que el viento susurraba entre los árboles con silbidos tenues y agudos. No le gustaba; hacía que el bosque pareciera estar vivo.

La cueva no podía estar ya muy lejos. Unos sesenta metros, quizá menos.

Y entonces algo se movió a su derecha. Stephanie se quedó helada, alzó la linterna y contuvo la respiración.

Fue entonces cuando lo vio: un ciervo esbelto, inmóvil, con los ojos brillando tenuemente bajo el haz de su linterna.

Se miraron fijamente durante un instante antes de que el ciervo se diera la vuelta y saliera huyendo, desapareciendo en la oscuridad casi sin hacer ruido.

Stephanie exhaló, dándose cuenta de que había estado conteniendo el aliento.

El corazón le latía con fuerza en el pecho y tenía los dedos entumecidos por el frío y los nervios. Se llevó la mano al pecho, intentando calmarse.

«Sigue adelante», se dijo. «Se ha ido. Craig te necesita…»

Y así lo hizo, caminando de puntillas sobre la tierra, con cuidado de no hacer demasiado ruido. A medida que se acercaba, el terreno empezó a descender y resbaló sobre unas hojas mojadas; el pie se le escurrió y cayó de espaldas sobre el coxis. La linterna se le escapó de la mano y rebotó una vez antes de quedarse quieta contra una raíz.

—Mierda —siseó.

Por suerte, había amortiguado la caída con la mano izquierda, evitando agravar el daño que ya tenía en la derecha. Poniéndose en pie, recogió la linterna, se sacudió el barro del culo y del codo, y continuó.

El terreno se hundía de forma más pronunciada esta vez, conduciéndola hacia una hondonada más oscura que tenía delante. El haz de la linterna iluminó una piedra cubierta de hiedra antes de detenerse en algo que la hizo quedarse petrificada.

Una verja de hierro forjado sellaba la entrada, ennegrecida y fría, con su superficie trabajada de forma intrincada en apretadas espirales y rizos que se retorcían sobre sí mismos una y otra vez.

La cueva de Mother Ludlam.

Stephanie dio unos pasos cautelosos para acercarse. El aire se sentía distinto allí. Más frío, más pesado. Arrastraba un tenue olor a

piedra húmeda y descomposición, un toque mineral que se le instaló en la garganta.

Se detuvo a un par de metros de la verja, con el aliento saliendo en ráfagas lentas y controladas.

Entonces lo oyó.

Un susurro procedente del interior de la cueva, seguido de algo más.

Un quejido. Largo y bajo. Húmedo.

A Stephanie se le encogió el estómago.

Craig.

Avanzó sigilosamente, paso a paso, con cuidado, cada pisada deliberada, evitando ramas, hojas o cualquier cosa que pudiera chasquear o crujir.

Y entonces los vio.

Una figura sentada cerca de la entrada de la cueva, que llevaba una máscara de cabra. Justo más allá, iluminado por la linterna de Shane, estaba Craig, desplomado en el suelo.

Lentamente, la máscara de cabra giró para mirarla y luego ladeó la cabeza.

Pasó un largo momento antes de que alguien hablara.

—Bienvenida, Stephanie —dijo Shane finalmente—. Craig se moría de ganas de volver a verte.

CAPÍTULO
SETENTA Y CINCO

Durante lo que le pareció una eternidad, Stephanie permaneció inmóvil. No se movió, no parpadeó ni desvió la mirada del hombre que yacía en el suelo, atado de pies y manos, con la sangre manando de la herida en su estómago. Sabía que debía actuar con rapidez; una parte de su mente le gritaba por su inacción. Sin embargo, no era capaz de reaccionar. Comprendía que se estaba muriendo, que le quedaban horas —quizá solo minutos—, y que si no hacía nada, si permitía que el frío y el choque se le calaran hasta los huesos, moriría.

Y, sin embargo, había algo inquietantemente satisfactorio en verlo allí. La ira y el deseo de venganza que había albergado hacia Craig Walsh surgieron en su interior. Las palabras que él había escrito en internet se reprodujeron en su mente, saltando al primer plano, brotando de su boca abierta mientras jadeaba y suplicaba desde el interior de la cueva.

Craig se moría de ganas de volver a verte.

Solo cuando las palabras de Shane resonaron en su mente regresó a la realidad. Al hacerlo, el frío empezó a filtrarse a través de sus capas de ropa, envolviéndola como un abrazo apretado,

calándole hasta los huesos. Los dientes empezaron a castañearle y su respiración se volvió agitada y entrecortada.

—¿No vas a saludar? —le preguntó Shane a Craig, dándole unos toques en la pierna con un palo.

Craig gimió y se hizo un ovillo de dolor antes de rodar sobre su costado.

—Pido disculpas por mi invitado —continuó Shane—. Se está portando de forma muy grosera. Quizá sean los nervios de la situación.

Stephanie permaneció en silencio mientras observaba la dinámica entre los dos.

—Ven —la llamó Shane, indicándole con un gesto que entrara en la cueva—. Ven, por favor. Tienes que tomar una decisión importante y no querría que te murieras de frío antes de tener la oportunidad de hacerlo.

Stephanie vaciló. ¿Era una trampa? ¿Planeaba Shane matarlos a ambos de alguna manera? ¿O realmente le estaba ofreciendo la oportunidad de mantener a Craig con vida? Nunca se había enfrentado a una situación así.

—¿Stephanie? —continuó Shane—. ¿Puedo llamarte Stephanie?

—S-sí —tartamudeó ella.

—Bien. Por favor, entra. Craig no muerde. Ya no. No después de que esto termine.

Stephanie se movió. Un pie, luego el otro. Lentamente, con vacilación. La entrada de la cueva había sido sellada al público, pero eso no había impedido que Shane entrara. No fue hasta que llegó a la boca de la cueva que vio el cortafríos que les había permitido el acceso.

Se detuvo en la entrada y dirigió la mirada hacia Shane. Estaba sentado con las piernas cruzadas, en una caricatura de calma, con la

luz de su linterna iluminando la grotesca máscara que se aferraba a su rostro. No era un accesorio barato de Halloween; era una pieza artesanal, hecha de hueso real, amarillento y agrietado en algunas partes, fundido con cuero o piel ennegrecida. Los cuernos se retorcían como raíces nudosas, estriados y astillados. Sus ojos marrones, que habían brillado bajo las luces de la sala del seminario, ahora parpadeaban con algo oscuro tras ellos.

La máscara hizo que se le erizara la piel. Ahora comprendía por qué había infundido tanto terror en aquellos que habían tenido la mala suerte de presenciarla.

Lentamente, desvió su atención de él hacia Craig, observando a aquel hombre débil y endeble cuyo pecho subía y bajaba rápidamente, aferrándose a la vida que le quedaba. La sangre había empapado la tela alrededor de su cintura, acumulándose en la piedra bajo él en un charco brillante.

A Stephanie se le cerró la garganta.

—¿Cuál es el plan, Shane? ¿Cómo termina esto?

Shane soltó un suspiro bajo, casi divertido. —Directos al grano —dijo—. Me gusta. —Se levantó lenta y deliberadamente, como si cada movimiento formara parte de una actuación, y se situó junto a la cabeza de Craig—. ¿Cómo termina? Eso depende enteramente de ti.

Ella tragó saliva; sentía la boca seca. —Eso ya lo has dicho.

—Porque es cierto. —Se puso de cuclillas, apoyando los codos en las rodillas—. Míralo, Stephanie. Míralo de verdad.

Craig Walsh era apenas reconocible ahora. Su fanfarronería se había esfumado junto con su sangre. Su rostro estaba flácido y pálido, los labios le temblaban. Este no era el hombre que vertía veneno tras una pantalla, que la había llamado inútil y débil. Este solo era un hombre herido y endeble que sufría.

—Te hizo daño —dijo Shane en voz baja—. Una y otra vez. Te eligió a ti. Te señaló. Sabía exactamente lo que estaba haciendo. Disfrutaba con ello. Con cada mensaje. Cada vez que te hacía dudar de ti misma. Te hacía sentir pequeña. Llevas eso contigo, ¿verdad?

—Tú no eres quien para decirme lo que siento.

Shane se rió entre dientes. —Ah, pero lo soy. Ese es el objetivo de todo esto. —Hizo un gesto hacia la cueva—. He estado escuchando a gente como tú durante años. Observando. Aprendiendo. Personas que han sido destrozadas por las palabras, por una crueldad que nadie merece. Pero *él* merece su destino, al igual que todos los demás lo merecieron. Stuart, Alan, Bailey, Cameron. Hicieron daño a la gente, la atormentaron, la hicieron dudar de sí misma, tal como Craig ha hecho contigo. Necesitaban aprender que las acciones tienen consecuencias, que las palabras pueden cortar más profundo que cualquier cosa que podamos ver, que los palos y las piedras pueden hacer mucho más que romper unos cuantos huesos. —Le dio unas palmadas frívolas a Craig en sus mejillas regordetas—. ¿No es así, Craigy? ¿Ya has aprendido la lección?

—Por favor... —susurró Craig, aunque apenas fue un sonido.

Shane se enderezó lentamente, dio un paso atrás e inclinó la cabeza mientras miraba a Stephanie.

—Tiempo —dijo en voz baja—. Eso es lo único que no le queda.

A Stephanie se le oprimió el pecho. Se sorprendió contando las respiraciones de Craig sin querer. Cada una sonaba como si pudiera ser la última.

—¿Por qué a mí? —preguntó en voz baja—. ¿Por qué no le diste esta opción a nadie más?

Shane hizo una pausa de un momento. —Por tu trabajo —respondió simplemente—. Por quien eres. Cuando asististe a mi

seminario el otro día, vi algo en ti. Noté el dolor y el daño tras tus ojos cuando tu colega mencionó el problema que tenías con Craig. Intentaste restarle importancia, pero pude ver que te pesaba, recayendo con fuerza sobre tus hombros. Más que en cualquier otra persona que hubiera visto.

Por supuesto, aquello no tenía nada que ver con Clive y los recuerdos de su muerte que se reproducían en su mente casi a diario. Pero Ricks no tenía por qué saberlo.

—Y por tu cargo —continuó Shane—. Una agente de policía. Cuando viniste a verme el otro día, pensé que mi tiempo se había acabado. Que me pisabas los talones, a punto de resolverlo y venir a buscarme en cualquier momento. Pero cuando eso no sucedió, me di cuenta de que tenía una oportunidad de escapar. Una oportunidad de salir vivo de esto. Así que cambié el plan. Tenía que convertirlo en una cuestión de elección, de responsabilidad. Para ver si alguien como tú, alguien que ha jurado defender la ley, incluso para proteger a los que no lo merecen, elegiría la justicia... o la verdad.

Craig dejó escapar un sonido fino, de ahogo.

Shane no lo miró esta vez.

—Así que —dijo en voz baja—, ¿quieres que muera?

La pregunta quedó suspendida entre ellos, pesada y obscena.

El corazón de Stephanie latía con tanta fuerza que pensó que él debía de oírlo.

Tragó saliva. —¿Qué pasa si digo que sí?

Shane sonrió bajo la máscara. —Si dices que sí —asintió—, me marcho. Lo dejo aquí. La cueva se queda con su alma. La tierra lo reclama. No más dolor. No más elecciones.

Se le revolvió el estómago. —¿Y tú?

—Yo desaparezco.

Ella sostuvo su mirada. —¿Y si digo que no?

—Entonces te dejo intentar salvarlo. Llamas a los tuyos. Vienen los médicos. Vive. Quizá. —Se inclinó más cerca—. Pero cargarás con ello. Cada vez que respire, sabrás que dejaste que se saliera con la suya, que volverá a hacerlo y que lo elegiste a él por encima de tu propio dolor.

Sin pretenderlo, ella se rió. —¿Crees que esto termina contigo marchándote tranquilamente? —dijo con voz débil e incrédula—. No hay salida, Shane. Se acabó. Te vas a la cárcel.

Shane inclinó la cabeza lentamente, y los cuernos curvos de su máscara captaron la luz, proyectando sombras retorcidas en la pared de la cueva. Los agujeros de los ojos parecieron profundizarse mientras sus ojos brillaban en su interior. La estudió en silencio, con el pecho subiendo y bajando con una calma inquietante. Entonces, llevó la mano a su espalda y susurró: —No puedes salvarlo... y atraparme al mismo tiempo.

El cuchillo brilló antes de que ella llegara a darse cuenta de que lo tenía en la mano. Shane hincó una rodilla junto a Craig y le clavó la hoja en el estómago con una estocada brutal hacia abajo. Craig se arqueó, agitando las extremidades, con un sonido desgarrándose de su garganta que apenas parecía un grito. La sangre brotó instantáneamente de su abdomen, oscura, espesa e interminable.

Stephanie se lanzó hacia delante con la mano extendida, pero Shane ya se estaba moviendo. Cogió un puñado de tierra del suelo y se lo arrojó directamente a la cara. Ella gritó cuando la arenilla le escoció en los ojos y se le metió en la boca; retrocedió tambaleándose, tosiendo y parpadeando furiosamente, mientras el haz de la linterna oscilaba violentamente por la cueva.

Cuando su visión se aclaró, lo vio venir hacia ella. Apenas tuvo tiempo de reaccionar antes de que Shane cargara contra ella. Su hombro impactó contra las costillas de la mujer, expulsándole todo el

aire de los pulmones. Se tambaleó lateralmente hacia la pared de la cueva, golpeándose el codo contra la piedra al soltar la linterna.

Pasó un segundo hasta que se recuperó. Luego agarró la linterna y se impulsó desde la pared, quedándose helada.

Craig.

Estaba jadeando en el suelo, encogido, la sangre se acumulaba ahora más rápido, empapando su ropa y la piedra bajo él. Necesitaba ayuda médica urgente. Una ayuda que todavía tardaría más de unos minutos en llegar. Lo más importante: necesitaba ayuda *profesional*. Una ayuda que ella era incapaz de proporcionar.

Sacó la radio del bolsillo con rapidez, con el pulgar buscando el botón mientras se arrodillaba junto a Craig.

—¡Se requiere asistencia médica urgente! —gritó por la radio—. Craig ha sido apuñalado, repito, apuñalado en el abdomen. Hemorragia masiva. Cueva de Mother Ludlam. ¡Se requiere asistencia médica urgente!

No esperó confirmación.

—Shane ha escapado. Lo persigo a pie. ¡Enviad a todo el mundo!

Durante medio segundo, miró a Craig. Sus ojos se abrieron ligeramente, desenfocados. Sus labios se movieron, pero no salió ningún sonido.

—La ayuda viene de camino —dijo ella—. Aguanta.

Luego se dio la vuelta y echó a correr. Fuera de la boca de la cueva, Shane ya se estaba moviendo, desapareciendo en la profundidad de la oscuridad. Y rápido.

Stephanie rompió a correr, adentrándose en el bosque, con los pies golpeando la tierra blanda mientras el haz de luz de la linterna daba sacudidas con cada zancada. Los árboles pasaban a su lado, las ramas le arañaban los brazos y las espinas le desgarraban el

abrigo. En algún punto por delante, a unos cientos de metros, divisó la silueta de Shane moviéndose en la distancia.

—¡Shane! —gritó—. ¡Detente!

Él no lo hizo.

Ella lo siguió fuera del sendero principal, hundiéndose en la maleza donde el terreno se volvía irregular. Forzó su respiración para que fuera rítmica, mientras el pulso acelerado ahogaba cualquier otro sonido. Manteniendo los ojos fijos en la forma pálida que tenía delante, notó la máscara de cabra balanceándose entre los árboles. Él no tenía linterna y corría a ciegas, lo que significaba que ella tenía la ventaja.

Entonces, por algún milagro, él tropezó con una rama caída y chocó de hombro contra el tronco de un árbol cubierto de musgo. El impacto hizo que la máscara se le cayera de la cara, saliendo despedida hacia un lado y golpeando el suelo con un golpe seco. Shane maldijo, con un sonido bajo y gutural, y fue tras ella a gatas. Pero ese momento de vacilación le había salido caro.

Stephanie apretó el paso y acortó la distancia.

Tres metros.

Dos y medio.

Apenas un metro y medio.

Shane se giró, la vio venir y volvió a arrancar sin la máscara. Pero ella no le dio la oportunidad de escapar. Se lanzó hacia delante y su cuerpo chocó contra el de él en un caos de extremidades. La fuerza los derribó a ambos al suelo. Shane soltó un gruñido al expulsar el aire. Forcejeó, pero ella ya estaba agarrándole los brazos, inmovilizando uno debajo de ella mientras intentaba sujetar el otro y él se retorcía bajo su peso, ignorando el dolor que le recorría la muñeca y el pecho.

—¡Quítate de encima! —gritó él.

Ella le hundió el antebrazo en la nuca, presionándolo contra el mantillo del suelo. Le clavó la rodilla en la parte baja de la espalda.

—¡No te muevas! —ladró, sin aliento—. ¡Se acabó, Shane! ¡Se acabó!

Antes de que pudiera responder, un grito resonó en el bosque tras ella.

—¡Policía! ¡No se muevan!

Al sonido de las botas aplastando la maleza le siguió la visión de varias linternas acercándose rápidamente. Refuerzos. Irrumpieron a través del bosque. Stephanie vio el rostro de Giles al final del grupo, la única persona que no iba de uniforme. Un agente placó las piernas de Shane, mientras otro le retorcía los brazos a la espalda. Un tercero le puso las esposas en las muñecas, mientras él yacía boca abajo en la tierra, jadeando.

Mientras tanto, Stephanie retrocedió tambaleándose, sin aliento y apoyándose en el árbol más cercano para sostenerse. Le ardían los pulmones, le dolían las costillas y le temblaban las manos.

Pero se mantuvo erguida, mirando a Shane, al hombre que había matado, al hombre que le había dado la opción más obscena a la que jamás se había enfrentado, viéndolo yacer en el barro, ya sin poder, ya sin control.

—¿Estás bien? —preguntó Giles, apareciendo a su lado, sin aliento.

Ella asintió, tragando con dificultad. —¿Qué pasa con Craig?

—Sigue vivo —logró decir él—. Por poco. Los médicos están en camino.

—Tenemos que llegar hasta él ahora mismo.

Giles dio la orden al instante, hablando por su radio, organizando el despliegue y despejando el camino.

Stephanie se volvió hacia la cueva y empezó a correr de nuevo.

Llegaron momentos después, jadeando, sin aliento. La entrada, iluminada por la luz de las linternas y bullendo de actividad, parecía diferente ahora. Menos ominosa, menos mítica, más humana. Uno de los agentes uniformados gritó que los paramédicos estaban dentro, mientras otro agente le indicaba a Stephanie que entrara.

En el interior, Craig Walsh yacía en el suelo, con la camisa apartada para revelar una mezcla espantosa de sangre, gasas y carne expuesta. Todavía tenía las manos atadas, aunque alguien había empezado a cortar las ligaduras. Un paramédico presionaba con firmeza la herida, otro hablaba con urgencia por una radio y un tercero abría un kit de traumatismos con una eficiencia profesional y experimentada.

Stephanie se detuvo justo antes de llegar a ellos, con el pecho agitado.

Uno de los paramédicos levantó la vista y la vio. —Está consciente —dijo con firmeza—. Pero por poco. Su pulso es débil. Estamos presionando la herida, pero tenemos que movernos rápido. Va a estar muy justo.

Muy justo.

Las palabras la golpearon con fuerza.

Ella asintió pero no dijo nada, desviando la mirada hacia el rostro pálido y cerúleo de Craig, con matices azulados. Sus labios se movieron de nuevo, articulando en silencio algo que ella no podía oír. Quizá intentaba hablar. Quizá estaba rezando.

En ese momento, mientras observaba a los sanitarios trabajar y veía la vida de Craig pendiendo de un hilo, se dio cuenta de que Shane nunca tuvo la intención de que sobreviviera. Todo había sido una actuación, un juego que él controlaba. En el momento en que ella dijo que no, en el momento en que eligió salvar a Craig, Shane ya había tomado una decisión. Nunca iba a respetar su elección. El

apuñalamiento no había sido una reacción; siempre había sido el plan.

Había cambiado las reglas.

Así de simple.

Pero, de alguna manera, Craig seguía vivo.

De momento.

—Sacadlo de aquí —dijo ella en voz baja—. Haced todo lo posible para aseguraros de que sobreviva.

CAPÍTULO
SETENTA Y SEIS

Stephanie entró en el despacho del jefe de policía y cerró la puerta con un clic suave. La habitación estaba tal y como la recordaba: escrupulosamente ordenada, casi estéril. La luz del sol entraba a raudales a través de las lamas de las persianas, proyectando duras franjas blancas sobre la alfombra. Tras el escritorio, el jefe de policía se levantó, se abrochó la chaqueta y le dedicó una leve sonrisa.

—Stephanie —comenzó él, con voz firme—. Gracias por venir. ¿Cómo estás? —Se dejó caer de nuevo en su silla—. ¿Cómo lo has estado llevando?

—Bien —respondió ella con brusquedad mientras tomaba asiento. No quería darle más detalles que esos, especialmente cuando creía que no se los merecía.

—Me alegro —dijo él, aunque no parecía del todo convencido—. Sé que han sido un par de semanas intensas y que has pasado por mucho, pero... supongo que, y perdóname si esto suena sarcástico de algún modo, debo darte la enhorabuena.

Stephanie frunció el ceño. —¿Por qué?

—Por Craig... —dijo él despacio—. Por lo que me han dicho, va a salir adelante.

—Eso espero —respondió ella—. Pero todavía es pronto para cantar victoria. Le queda un largo camino por delante antes de recuperarse por completo.

—Y tendrá que agradecértelo a ti.

Ella no estaba tan segura.

—De no haber estado tú allí en ese momento, puede que ya estuviera muerto.

Ella esbozó una mueca de desdén. Aquello era un pobre consuelo para cómo se sentía.

El jefe de policía la observó durante un momento, luego se removió en su asiento, exhaló lentamente y bajó la mirada al escritorio antes de volver a hablar: —Te debo una disculpa.

Stephanie no se movió ni respondió.

—He leído tu informe —continuó él—. He hablado con Giles y con tu equipo. He visto cómo has manejado los momentos finales de la investigación, especialmente con todo lo que has tenido que afrontar.

Stephanie mantuvo las manos en su regazo.

—Y yo... —vaciló—. Yo no te lo puse nada fácil. Me extralimité. Cuestioné tu criterio cuando debería haberlo respaldado. Y lo siento. Perdí a un buen oficial con Clive. Todos lo perdimos, y me entró el pánico de que pudiéramos perder a otro.

A Stephanie se le cerró el pecho. Inspiró lentamente, pero siguió sin hablar. Todavía no.

—No te pido que me perdones —dijo él—. Pero quiero que sepas que no volverá a ocurrir. Te has ganado más que mi respeto; te has ganado mi confianza.

—Gracias —dijo ella en voz baja.

Neil se aclaró la garganta y se recostó ligeramente. —Las entrevistas para el puesto siguen en curso. Pronto tendremos a

alguien para sustituir a Clive. Pero hasta entonces, quiero que sepas que cuentas con todo mi apoyo. No volveré a interferir.

—Entendido.

—Tú y tu equipo... habéis hecho un buen trabajo. Y sé que no es fácil cuando las cosas se vuelven personales.

La comisura de los labios de ella tuvo un leve espasmo. —Nunca es fácil. Pero es el trabajo.

El jefe sonrió levemente. —Dicho como alguien que todavía cree en él.

Ella se levantó, y él hizo lo mismo.

—¿Estamos bien? —preguntó él.

—Sí —respondió ella—. Estamos bien.

—Gracias, inspectora Broadbent.

Ella se dio la vuelta para marcharse, pero se detuvo cuando su mano alcanzó el pomo de la puerta.

—Por lo que pueda valer —dijo con voz queda—, no creo que haya salvado a Craig. Simplemente no dejé que muriera.

Acto seguido, salió al pasillo, cerrando la puerta silenciosamente tras de sí.

CAPÍTULO
SETENTA Y SIETE

Stephanie estaba sentada en un rincón del sofá con las piernas encogidas y una rodilla bajo la barbilla, mientras la luz parpadeante del televisor proyectaba sombras sobre su rostro. Estaban echando otro documental de naturaleza, pero no sabía cuál. Al menos ayudaba a llenar el silencio y a acallar un poco el ruido que tenía en la cabeza. Consultaba su teléfono con desgana cuando oyó abrirse la puerta principal, seguida del crujido de bolsas de plástico y el tintineo de unas llaves.

—¡Hola, Steph! —gritó Kimberley.

Stephanie no respondió. Unos segundos después, Kimberley apareció en el umbral del salón cargada con varias bolsas de la compra y un café para llevar en la mano izquierda.

—He traído cosas para cenar —dijo, dejando las bolsas a sus pies. Luego cruzó la habitación y le tendió el café, posándolo con cuidado sobre la mesa de centro, frente a Stephanie.

—¿Qué es esto? —preguntó Stephanie.

—Una ofrenda de paz.

Stephanie miró a su hermana arqueando una ceja. —¿Una ofrenda de paz? ¿Por qué?

Kimberley se encogió de hombros con timidez y se dejó caer en el sofá junto a ella, doblando una pierna bajo el cuerpo. —Por lo de la otra noche. Por haberme portado como una completa imbécil, básicamente.

Stephanie parpadeó, sorprendida por su franqueza. Kimberley rara vez iba al grano, especialmente cuando se trataba de pedir perdón. Sus discusiones solían terminar con una de las dos marchándose hecha una furia, para luego fingir discretamente que no había pasado nada durante tres o cinco días.

—No te portaste...

—Sí que lo hice —la interrumpió Kimberley—. No he dejado de darle vueltas desde entonces. No te merecías eso. No hiciste nada malo. Simplemente... me puse a la defensiva. Me sentí insegura y la tomé contigo cuando no debía.

Stephanie permaneció en silencio, dejando que su hermana hablara.

—Solo intentabas protegerme y velar por mí. Como siempre.

Stephanie cogió el vaso y dio un sorbo al café. —No pasa nada —dijo tras un momento—. Las dos estábamos cansadas. Estresadas. Hemos pasado por mucho.

—Lo sé, pero eso no es excusa.

Pasaron unos segundos antes de que Stephanie le hiciera la pregunta que le quemaba en los labios: —Entonces, ¿qué va a pasar entre Jason y tú? ¿Vas a seguir viéndole o has terminado?

Kimberley soltó un suspiro por la nariz y se recostó. —He terminado con él —dijo—. Está fuera de mi vida de una vez por todas, y por muchas gilipolleces que me suelte, no va a convencerme de lo contrario.

Stephanie arqueó una ceja. —Por fin has recuperado el juicio —comentó—. Una vez más, se demuestra que tengo razón.

Kimberley le lanzó una mirada de reojo, fingiéndose molesta. —Sí, sí. No hace falta que me lo restriegues.

Stephanie sonrió. —¿Qué harías sin mí?

—Preferiría no tener que averiguarlo —respondió Kimberley.

CAPÍTULO
SETENTA Y OCHO

El Weyside estaba a reventar.

Stephanie estaba sentada en un rincón del reservado, con medio cuerpo orientado hacia el resto de la mesa y la otra mitad acurrucada contra el radiador bajo el alféizar. Giles estaba ocupado llevando la voz cantante en la conversación, por descontado. Apoyado en el respaldo con una pinta en la mano, hablaba animadamente con Noah y Olivia sobre por qué no estaba enamorado de Hazel. Aunque, a juzgar por sus caras, ninguno de los dos parecía creerle. Mientras tanto, en el otro extremo de la mesa, Devon y Fiona reían bajito por algo que Devon le había enseñado en el móvil.

Había sido una semana larga y pesada, pero esa noche, por primera vez en lo que le parecía una eternidad, el equipo volvía a sentirse como un equipo.

De repente, Stephanie se puso en pie, provocando algunas miradas curiosas con su movimiento.

—Venga —dijo, echando mano al bolso—. ¿Quién quiere otra ronda? Invito yo.

—Uy, no te diré que no —dijo Olivia, levantando su vaso casi vacío.

—Ponme lo mismo —añadió Giles, alzando su pinta.

Devon dijo que tenía suficiente con su pinta de Coca-Cola, mientras que Fiona levantó su copa y la agitó con intención. Noah hizo un gesto con la mano que Stephanie no terminó de entender, pero que interpretó como un pedido de ron con cola.

—Te echo una mano —dijo Fiona, deslizándose ya fuera de su asiento.

Juntas se abrieron paso entre la multitud, esquivando mesas y grupos de clientes que tomaban algo después del trabajo hasta llegar a la barra, donde esperaron a que las atendieran.

—¿Lo has leído? —preguntó Fiona, pillando a Stephanie por sorpresa.

—¿Leer qué?

—El correo electrónico.

—¿Qué correo? —Stephanie parpadeó. Y entonces cayó. El impreso que habían dejado en su escritorio.

Fiona le lanzó una mirada de complicidad.

—¿Has sido tú? —preguntó Stephanie.

Fiona asintió de forma casi imperceptible.

—¿Cómo? ¿Cuándo? ¿Por qué?

—Lo encontré por accidente —explicó Fiona, sin quitar ojo al camarero—. Estaba entregando unos informes en el despacho del jefe de policía y el correo estaba abierto en su pantalla. Vi tu nombre y no pude evitarlo, así que lo imprimí desde su ordenador en la impresora principal de la oficina.

Stephanie la miró estupefacta. Notó que el calor del pub aumentaba de pronto y sintió un bochorno que le subía por el cuello.

—Fiona, podrías meterte en un lío muy gordo...

—Nadie me vio —la interrumpió Fiona—. Tuve cuidado.

—Aun así...

—Lo volvería a hacer —dijo Fiona con sencillez, girándose ahora hacia ella—. Merecías saberlo.

Stephanie no supo qué decir.

Por fin el camarero se dirigió hacia ellas y le hicieron el pedido. Mientras él empezaba a servir las copas, Stephanie se volvió de nuevo hacia Fiona.

—Gracias —dijo—. De verdad.

Fiona sonrió y se encogió de hombros. —Bueno, si te ascienden, acuérdate de lo que he hecho por ti, ¿vale? Solo pido un ordenador nuevo y una silla de escritorio antes que Giles.

Stephanie soltó una risita y sintió cómo el nudo de su pecho se aflojaba un poco. Un minuto después, pagó, recogieron las bebidas y regresaron a la mesa.

Al llegar, los demás se apartaron para hacerles sitio y despejaron la mesa para los vasos. Cuando Stephanie se sentó, Giles alzó su pinta. —Por Stephanie —dijo, alzando la voz por encima del estruendo—. Por invitar a la primera ronda desde que se unió a nosotros y por gestionar este caso como ninguno de los demás habríamos podido.

Stephanie negó con la cabeza. —No he sido solo yo...

—No —dijo Fiona, interrumpiéndola con suavidad—. Pero empezó contigo.

Devon se aclaró la garganta y se inclinó hacia delante, levantando su Coca-Cola. —Y por Clive —dijo.

La mesa se quedó en silencio por un instante.

Stephanie tragó saliva y luego alzó su copa.

—Por Clive —dijo en voz baja—. Siempre con nosotros.

OTRAS OBRAS DE JACK PROBYN

La serie de misterio y asesinato del DS Tomek Bowen:

LIBRO 1: LA JUSTICIA DE LA MUERTE

Southend-on-Sea, Essex: El detective sargento Tomek Bowen —dedicado, tenaz y atormentado por la muerte de su hermano— es llamado a una de las escenas del crimen más impactantes que jamás haya visto. Un hombre ha sido asesinado ritualmente y abandonado en un huerto cerca del aeropuerto local. Las primeras investigaciones indican que se trataba de un hombre con un pasado. Un pasado que le ganó muchos enemigos.

Descargar La Justicia de la Muerte

LIBRO 2: LAS GARRAS DE LA MUERTE

Annabelle Lake creyó reconocer el Ford Fiesta que esperaba fuera de su escuela, y al conductor. Se equivocó. Su cuerpo es descubierto algún tiempo después, colgando de un columpio en un parque infantil local en Canvey Island.

Descargar Las Garras de la Muerte

LIBRO 3: EL TOQUE DE LA MUERTE

Cuando la niebla se despeja una mañana de diciembre en Essex, se descubre el cuerpo de una adolescente tendido boca abajo en un campo. Como resultado, el caso rápidamente llega al escritorio del DS Tomek Bowen quien, mientras intenta compaginar su nueva vida como padre soltero de una hija de trece años, debe desentrañar la mortal secuencia de eventos y sacar la verdad a la luz.

Descargar El Toque de la Muerte

LIBRO 4: EL BESO DE LA MUERTE

Los secretos más oscuros nunca permanecen ocultos por mucho tiempo...

Cuando el cuerpo de un hombre sin hogar es descubierto en el paseo marítimo de Southend, encajado entre las casetas de playa de Thorpe Bay, la gente de Essex ni siquiera arquea una ceja.

Pero cuando la autopsia revela que la identidad es la del diputado local, Herbert Tucker, el pueblo comienza a prestar atención.

Descargar El Beso de la Muerte

LIBRO 5: EL SABOR DE LA MUERTE

Algunos secretos nunca se desvanecen...

En una mañana ventosa y gélida, Morgana Usyk, propietaria del Café Morgana, visita el puerto Mulberry a poco más de un kilómetro y medio mar adentro. Poco después, su cuerpo es encontrado en las aguas poco profundas, flotando junto al puerto.

Descargar El Sabor de la Muerte

LIBRO 6: EL ÁNGEL DE LA MUERTE

Cada ángel merece sus alas... Cuando la azafata Angelica Whitaker es reportada como desaparecida tras una noche en uno de los clubes nocturnos más populares de Southend, el caso es asignado al DS Tomek Bowen por primera vez en su carrera. Tan pronto como comienza la investigación, las sospechas recaen sobre el hombre con quien ella bailó en el club, pero cuando su cuerpo es encontrado posteriormente en una iglesia, colocado como un ángel, las mismas sospechas empiezan a apuntar hacia un asesino calculador, sereno y sádico.

Descargar El Ángel de la Muerte

LIBRO 7: EL SALVADOR DE LA MUERTE

Durante una fuerte tormenta, un DJ de radio local es brutalmente asesinado en su mansión de Essex. Cuando las nubes y la lluvia se disipan a la mañana siguiente, el DS Tomek Bowen y su equipo descubren una escena del crimen que parece sacada de los libros de historia.

Las pruebas sugieren que se trata de un asesinato aleatorio. Pero a medida que Tomek va desvelando las capas de la vida de la víctima, se da cuenta de que hay más en el DJ de lo que aparenta.

Descargar El Salvador de la Muerte

LIBRO 8: EL ALIENTO DE LA MUERTE

Isla de Mersea. Más de 2.500 acres de tierras de cultivo, marismas y varios parques de caravanas. Normalmente, alberga a 7.000 personas. Pero durante el fin de semana festivo de agosto, cuenta con dos residentes más: el DS Tomek Bowen y su hija, Kasia, que buscan aprovechar al máximo el final de las vacaciones escolares, el final del verano y el final del prolongado tiempo de Tomek fuera del trabajo.

Descargar El Aliento de la Muerte

SOBRE EL AUTOR

Jack Probyn es un escritor británico de novela negra y autor de la serie de thrillers policíacos de Jake Tanner, ambientada en Londres.

Actualmente vive en Surrey con su pareja y su gato, y está trabajando en una nueva serie de misterio y asesinatos ambientada en su ciudad natal de Essex.

¿No deseas registrarte en otra lista de correo? Puedes mantenerte al día con los nuevos lanzamientos de Jack siguiendo alguna de las siguientes cuentas. Te enterarás cuando tenga un nuevo libro a punto de salir, sin la molestia de unirte a mi lista de correo.

Botón de "Seguir" en la página de autor de Amazon:

1. Haz clic en este enlace: https://geni.us/AuthorProfile
2. Debajo de mi foto de perfil hay un botón que dice "Seguir"
3. Haz clic en él y Amazon te enviará correos sobre nuevos lanzamientos y promociones.

Botón de "Seguir" en la página de autor de BookBub:

1. Similar al de Amazon, haz clic en este enlace: https://www.bookbub.com/authors/jack-probyn
2. Junto a mi foto de perfil hay un botón que dice "Seguir"
3. Haz clic en él y BookBub te notificará cuando tenga un nuevo lanzamiento

Si quieres información más actualizada sobre nuevos lanzamientos, mi proceso de escritura y todo lo demás, el mejor lugar para estar al tanto es mi página de Facebook. Tenemos una pequeña comunidad creciendo allí. ¿Por qué no formas parte de ella?

